
DARK ROMANCE
ABRE
LA BOCA,
MI RUINA
Naomi Swanson

Abre la boca, mi Ruina

Naomi Swanson

© Naomi Swanson 2026

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en e ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita d los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquie medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, as como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos Advertencia, esta es una novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.



OBJ

1

SINOPSIS

Un hombre de ojos verdes me persigue. Tuve la mala suerte de toparme en su camino y ahora no me deja en paz.

Me cuesta admitirlo, pero tengo un **acosador**.
Me llama **Corderito** y en su retorcida y macabra cabeza, él es el **lobo feroz**.
Me observa. Me sigue. Me acecha.

Intento denunciarlo, pero nada me sale como espero. Debería huir. Debería dejar de pensar en él. O como mínimo, **dejar de temblar cada vez que noto su sombra detrás de mí.** Pero el corazón **me traiciona** acelerándose hasta el infarto, haciéndome sentir **viva**.

"Haré lo que haga falta para que sea mía. Ningún hombre volverá a tocarla, a mirar en su dirección. Tiene que entender que voy a hacerla mi reina cueste lo que cueste" -Varek.
No es un juego… Y lo descubriré demasiado tarde.

Las primeras lectoras opinan que…
«¿Este lobo no tiene algún hermano disponible? ¿O un primo? ¡ME VALE CUALQUIER COSA QUE SE LE PAREZCA UN POCO!».
«Me lo he bebido en una noche. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora con mi vida?».
«Necesito un Varek Kaelven en mi vida, por favor, ¡y pronto!».
«Me he enamorado de un perturbado, ¡estamos apañadas!».

Dicen que si dejas vivo a un lobo,
las ovejas nunca estarán a salvo.



Para todas aquellas personas salvajes que se han visto obligadas a ocultar aspectos de su personalidad para encajar.
El momento de tener la boquita cerrada ha acabado.



Si sabes lo que te conviene
no pasarás la página

No tienes miedo a nada, ¿eh?
Bien, Corderito, ahora abre las piernas

Advertencia para l@s lector@s:

Esta historia contiene escenas violentas, contenido sexual explícito y temas que pueden herir la sensibilidad.
Disfrútalo de manera responsable y recuerda que la salud mental siempre va primero.

Aviso adicional importante:

Esta novela forma parte de una bilogía así que esta primera parte no es autoconclusiva.

En cuanto a las situaciones oscuras que podrás encontrar entre los protagonistas, se describen escenas delicadas que pueden provocar malestar, como obsesión, vigilancia constante, acoso y una relación marcada por fuertes desequilibrios de poder.

A nivel sexual, hay conductas explícitas con objetos poco convencionales, escenas con coerción, dinámicas de poder extremas y sexo de consentimiento dudoso.

En cuanto a violencia física, hay violencia explícita a personajes secundarios.

Todo el contenido es ficción y no pretende romantizar, ni justificar, comportamientos de acoso/abusivos.

CAPÍTULO 1

La ruina



El miedo se refleja en los ojos de mi cruel víctima, el mismo monstruo que no mostró compasión por todos aquellos a los que causó dolor. Un caníbal, ¡un asesino! No, no merece misericordia. El cuchillo se clava en su espalda y yo casi suelto un grito de euforia.

Pauso la peli cuando no me queda más remedio.

¡Cómo me gusta empezar la mañana con un poco de cine de terror Es una pena que ya sea hora de ir al trabajo.

Sonrío cuando al salir de mi apartamento, la puerta chirría como si se tratara de una casa encantada. Vivo en un edificio de dos plantas y la de arriba está vacía. ¿Por qué? Fácil, en ella se produjo un asesinato y nadie ha querido alquilarla desde entonces.

De hecho, la planta baja había corrido la misma suerte hasta que se presentó una chiflada a la que no le da miedo lo siniestro.

A mis ojos, es una suerte, así tengo todo este lugar para mí sola, ¡y encima baratísimo!

—¿Sigues ahí, Anastasia? —pregunta mi mejor amiga al otro lado de la línea.

La única persona con la que me gustaría compartir este lugar es con ella. Lo que pasa es que le pilla muy lejos del trabajo y no le sale a cuenta. Es una lástima, nuestras fiestas siempre han sido épicas.

Cine de terror, palomitas, sexo con desconocidos en un armario cualquiera y antes de que amanezca, todos fuera y nosotras dos compartiendo un sofá mientras nos carcajeamos sobre alguna que otra tontería que nos haya pasado hasta acabar con calambre abdominal.

—¿Stassie?

—Sí, ya he salido de casa.

—¿Estás segura de eso?

—Claro. Aquí estoy. En la calle, congelándome el culo y lista para caminar hasta mi oficina mierdosa.

—Mentirosa.

—Juls, yo no mient… —me callo la boca cuando al salir la veo ah parada, frente a mi puerta, con dos cafés enormes, con canela y ur toque de calabaza—. No te merezco.

—Claro que no, pedazo de zorrón. Anda, cógelo.

¡Ha venido hasta aquí solo para quince minutos de charla!

Dios, ¡¿por qué no me hiciste lesbiana?!

Juls me da un tirón de pelo y me roba la goma que sujetaba m peinado.

—Ehhh.

—Sigues sin saber hacerte una trenza decente, te estoy haciendo ur favor. Créeme.

—¿Y no podrías hacer el favor de aprender a hacer una?

—Verano de mil novecientos doce, cuatro y media de la tarde, dos campesinas miraron un TikTok y tras mil quinientos intentos se dieron cuenta de que eran del todo estúpidas y nulas para las trenzas.

Se me escapa una carcajada involuntaria al recordarlo. Nos ponemos a hablar como las dos cotorras que somos y el tiempo se nos pasa volando.

—Hay una fiesta esta noche en el *Highlight*, podríamos ir —propone cuando está a punto de bajar las escaleras hacia el metro de la ajetreada ciudad de Seattle.

—¿Nosotras, Julia? ¿Socializando? —*No se nos da bien, a menos que sea para ligar*.

Entonces se nos da de puto lujo.

—Necesito olvidarme de Evan.

Evan, su ex, un cretino redomado que se me aparece en sueños. En todos termino clavándole chinchetas en los huevos. Mi mente sádica no tiene un repertorio muy variado. ¿Qué se le va a hacer?

—¿Anastasia?

—Hecho.

—¿De verdad?

—Pues claro. ¿Pero hay algún motivo repentino para…?

—Me llamó ayer. Y me envió flores.

—El muy imbécil.

—Eso le dije yo antes de prenderles fuego en su puñetera cara de *«hola, me he follado a mi secretaria y ahora quiero que me perdones»*.

—¿De verdad les prendiste fuego?

—Sí.

—No quiero asustarte, pero, ¿quieres ser mi mejor amiga?

Lo llevamos siendo desde hace cuatro años, pero es genial que se arrodillen ante ti y se te declaren.



Horas después de llegar a mi odioso trabajo, me pregunto qué he hecho yo para merecer esto.

Es ya mediodía y todavía no he salido a comer porque mi jefe ha decidido que echarme su podrido aliento en la cara era necesario.

—Has hecho un buen trabajo, Anastasia, como siempre, pero el análisis es mejorable —dice señalando la pantalla, inclinado sobre mi silla, ignorando todo el tema del PUTO ESPACIO PERSONAL.

Perdón, perdón, no quería alzar la voz.

—¿Crees que podrás corregirlo antes de la tarde? —pregunta y en realidad, lo que quiere decir es «sáltate tu hora de comer y corrígelo anda, que te pago un buen sueldo».

Esta noche pienso beberme hasta el agua de los floreros.

Asiento mientras me levanto y sí, soy más alta que él con tacones y no, por nada del mundo renunciaría a esta sensación. *Soy una puta mala, qué le vamos a hacer.*

—Voy un segundo a comprarme un sándwich mixto y vuelvo para corregirlo.

—Sabía que podía contar contigo.

Traducción: sabía que eras tan pringada como para decirme que sí.

*¿Alguien en la última fila puede fingir que algo de esto la sorprende? *Gracias.**

Paso la tarjeta de identificación para usar el ascensor y luego para cruzar el torno de seguridad. En cuanto estoy en la calle, inhalo una buena bocanada de aire no-putrefacto.

Quizá Juls y yo deberíamos invertir en una nueva *ouija*.

Quizá así nuestras plegarias a que se lleven pronto a mi jefe, serían escuchadas.

Putos fantasmas sibaritas.

Entro al 7-Eleven que tiene las luces de neón de la entrada titilando desde hace siglos. Podría ir a cualquier otro, pero me gusta el aspecto cutre y tétrico de este. Lo que no me gusta tanto es la miradita de baboso que hay tras la máquina registradora.

Pienso en la última novela sangrienta que leí, en lo que la prota hacía con los babosos que se encontraba, y no puedo evitar sonreír.

Me encuentro en el pasillo de las neveras que contienen el tesoro que he venido a buscar cuando oigo voces, gritos y golpes.

¿Sabes cuando el shock ante algo es tan grande que tardas varios instantes en registrar lo que está pasando y reaccionar? Pues eso es exactamente lo que me sucede.

—¡Está sangrando, joder!

—¡Cierra la puta puerta!

—¿Qué mierda vamos a hacer aquí?

—Buscad gasas, ¡lo que sea para parar la hemorragia!

Disparos. Un buen puñado dirigidos al techo de la tienda. El corazón se me sube a la garganta y dejo de respirar.

—¡Esto es un atraco!

—¡A quien no mantenga la calma le vuelo la puta cabeza!

—Os quiero tras el mostrador, ¡ahora! ¡No os conviene verme nervioso! ¡Vamos!

Me flojean las piernas y caigo de rodillas sin siquiera tiempo para pensar si esconderme aquí es un buen plan.

CAPÍTULO 2

La ruina



No me lo puedo creer.

Esto no me está pasando. A mí no, qué va.

Yo solo venía a por un bocadillo mediocre tirando a súper cutre ¡no a por un balazo en la frente!

Sé que han dado una orden clara, pero mi instinto me grita que no debo obedecerla, así que apuesto todo al rojo y me escondo. Al fin y a cabo, si se les va la mano con la pistola, no me gustaría estar en un lugar visible.

Al darme cuenta de que el resto de rehenes del 7-Eleven corren a obedecer, dudo de esta y de todas mis decisiones previas en la vida.

—¡¿Y las putas gasas, Angelo?!

—Ya voy yo —dice otro, que no es Angelo.

Me tiembla tanto el cuerpo que el sándwich que todavía tengo en la mano se sacude sin freno. Tengo ganas de vomitar por el pánico y estoy empapada en sudor gélido.

Voy a morir en un puto 7-Eleven con un patético sándwich frío en la mano.

—¿Y tú qué cojones miras, abuelo? —ladra uno de los tíos armados.

—Que alguien me traiga el puto alcohol, ¡joder cómo duele esto!

—Tú aguanta, vas a salir de esta —dice otro de los encapuchados iniciando su TED talk motivacional de «no te mueras, tronco».

Tardo poco en entender que esos cuatro han intentado robar un banco, les ha salido mal y han parado aquí huyendo de la policía.

Una de dos, o son tontos, o están desesperados, porque sería poco creíble que consiguieran ocultarse en plena ciudad. *Si te digo la verdad, no sé cuál de las dos opciones prefiero.*

Suelto el sándwich por miedo a hacer ruido y me arrastro por el pasillo frente a las neveras oyendo pasos. Varios. En distintas direcciones.

Giro la esquina conteniendo el aliento y me quedo petrificada al ve a uno de los encapuchados eligiendo una botella de alcohol a un par d pasillos de distancia. Podría verme si se diera la vuelta, pero m escondo antes de que lo haga. Me muerdo el labio inferior con fuerz para no emitir un gemido, un lloro o un grito de pánico. Mi ritm cardíaco es un F1 y creo que no he estado tan aterrada en mi vida.

Hasta que doy media vuelta y casi no tengo oportunidad de gatea porque me topo con un par de piernas firmes como dos columnas Entonces ese se convierte en mi mayor momento de terror.

Desde mi posición vulnerable, alzo la vista y veo un arma y una gasas. Sigo el recorrido por el inmenso cuerpo del aterrador gigant musculado enfundado en ropa negra y me encuentro con un par de ojo verdes en la rendija del pasamontañas.

El color es claro e intenso. Es irreal, del todo imposible y precioso Si no fuera porque va a matarme, igual hasta se lo diría.

El pasamontañas solo le tapa parte de la cara, así que puedo ver do de sus cicatrices: una que le cruza la ceja y otra que le cruza la nariz. E genial porque así, cuando me convierta en fantasma, sabré encontrar a quién coño tengo que acechar. *Prepárate para una vida de noches e vela y mensajitos en el espejo del baño, tío.*

Me aguanta la mirada y el miedo me aprieta el pecho. O eso quier creer, porque justo debajo de este, un calor distinto empieza a trepa por mi piel. Uno que me encoge el estómago y me lo retuerce. *No e porque esté de rodillas frente a él, no soy una pirada calenturienta Así que no sé por qué es.*

Él avanza hacia mí y yo retrocedo hasta caer de culo. Sus ojos verde se crispan con una emoción que no entiendo al tiempo que se agach hasta mí, despacio. Con su arma.

No dice nada.

Ni. Una. Sola. Palabra.

Es posible que me mee encima. Mi cuerpo se encoge y mi corazó palpita más deprisa. Clavo los dedos en el suelo, como si pudier aferrarme a él de alguna forma y, por ende, a la vida.

Respiro de manera errática.

El encapuchado recorre mi rostro con la mirada, desde mis ojo hasta mi boca y se detiene en ella unos segundos. No tengo ni idea de l que piensa, pero hay algo de lo que estoy segura. Aunque no llevara un puto arma en la mano, mi instinto seguiría gritando «peligro» con él.

Retrocedo un poco más, tonta de mí, como si tuviera alguna posibilidad de escapar. Es entonces cuando alza el arma en mi dirección y me detengo en seco. *Que voy a morir de verdad.* El encapuchado la mueve hacia el pasillo que da al mostrador.

Sacudo la cabeza y él ladea la suya. Como si le divirtiera. Como si fuera un animal del zoo que no ha visto nunca y que tiene un comportamiento muy extraño.

De repente, el verde se vuelve oscuro. Rompe la distancia. Me coge del brazo de un tirón brusco y hace él los honores. Me mueve como le da la gana, como si no pesara nada. Es probable que sea el hombre más fuerte que me ha tocado nunca.

—¡No! ¡Suéltame! ¡No moriré en un 7-Eleven! ¡Es demasiado patético! —me revuelvo porque si voy a morir, al menos espero ser un fastidio.

—¿Qué mierda pasa, joder? ¿Y esa puta zorra de dónde sale? —pregunta el tío que está sangrando.

Intento retroceder, pero tengo un muro detrás que me lo impide y me empuja hacia delante. Maldita sea su fuerza. Sin decir palabra —el tío debe ser mudo—, me obliga a caminar hasta que llego al mostrador junto a una niña pequeña que llora pegada a su padre.

—¡Hacedla callar, me está poniendo nervioso! —grita otro enmascarado, el de gatillo fácil.

Por inercia, me pongo delante de la niña. Por lo menos yo he vivido veintiséis años, ella tiene pinta de tener solo siete, y de que su padre no está muy por la labor de dar su vida por ella.

Lo que no entiendo es por qué el que me ha cogido, se pone delante de mí.

Mi corazón se salta trece latidos seguidos y estoy a punto de necesitar un desfibrilador. Un olor a cuero, humo y menta me inunda las fosas nasales.

Al dejar claro su mensaje —uno que no estoy segura de comprender —, se acerca al herido con las gasas sin decir palabra y este se las coge. Luego camina hasta el que custodia la puerta para decirle algo en voz baja que no oigo.

Pero el enmascarado de ojos verdes me mira. Solo a mí. Y una irritada voz en lo más profundo de mi cabeza remarca que voy a morir sin oír la del capullo que me ha asesinado trayéndome aquí, en vez de dejar que me oculte en el pasillo de los fritos.

Oímos sirenas.

Empiezan a ponerse nerviosos.

Todo pasa muy deprisa.

Habían atrancado la puerta y uno de los enmascarados la revienta disparando a diestro y siniestro, y echa a correr como si no hubiera un mañana. Otro le sigue la pista.

—¡Cabrones! —dice el herido antes de que uno lo coja y se lo lleve a rastras.

El puto psicópata de las cicatrices me lanza una gélida mirada antes de salir corriendo como alma que lleva el diablo.

Mi corazón no se calma hasta horas después.

Y durante todo el día, cuando cierro los ojos… Lo veo a él.

CAPÍTULO 3

El verdugo



Me limpio la sangre cuando me salpica la cara y me replanteo comprarme la máscara de *Scream* con tal de no pillar una infección ocular. Son un verdadero fastidio.

Miro sus ojos. Rojos. Hinchados. Inundados de férrea desesperación. Se los habría sacado de las cuencas si no fuera porque encuentro verdadera satisfacción al beber de su espanto.

—¡Ya basta, por favor! —grita torturado, pero en este almacén abandonado solo estamos él y yo.

Le clavo los dedos en la herida del hombro. Grita como un cerdo y sangra como uno. Cojo el cuchillo con forma de gancho, un arma exquisita si me preguntas a mí. Lo llevo hasta su cuello y me hace falta mucho autocontrol para no decapitarlo en el acto. *La escoria podrida como él merece que se deleiten con su dolor y yo me presento voluntario todas las veces.*

Vuelve a pedirme que lo suelte. Me cabrea. Y cabrearme a mí siempre tiene graves consecuencias.

—¿Eso es lo que suplicaba Alana?

—¿La...? ¿La conoces? ¿Te envía esa zorra? —Se queda blanco y su rostro pronto se transforma en una expresión de traición.

—Sería un poco difícil que me mandara ella después de la paliza que le diste, ¿no te parece?

—¿Entonces?

—¿Entonces? —le imito—. Dejas en coma a tu mujer y te vas de rositas porque tu cargo en la política te cubre las espaldas, ¿no? ¿Ese era el plan? Pues alerta spoiler. *Recalculando ruta* —imito la voz de un GPS y le clavo un destornillador oxidado entre las costillas porque a veces me gusta ser un poco guarro.

Sus gritos son música para mis oídos. ¿Y la sangre chorreando en el suelo? Joder, me relamo del gusto.

Empieza a toser sangre y me pone la camisa perdida.

—Vamos, no te mueras todavía. Todavía tienes que darme tu clave —le digo, aunque es mentira.

Hace horas que he tenido acceso a todas sus contraseñas y he enviado todo su dinero a su mujer. Ni testamentos ni pollas. Transferencia y a chuparla.

—¿Me… me matarás si… si te la doy?

Se me escapa una carcajada sonora.

—No lo sé. Prueba.

—Dame tu palabra.

Me río más fuerte.

—Con un par, ¿eh? —le limpio la sangre de la cara—. *"Cariño, lo siento, no volverá a pasar. Es que me has puesto nervioso. En el fondo, esto es culpa tuya."*

Repito una por una las palabras que le decía a su mujer después de darle una paliza. Cojo mis dos sierras y con un solo movimiento le corto ambos cuádriceps, a la altura a la que sé que no tardará en desangrarse.

—N-no. ¡Espera! Mi clave… hagams… t-trato —llora.

—00-666. Qué original. Eres un maltratador de tomo y lomo, y encima te va el rollo satánico. Bueno, te iba. Es hora de empezar a hablar de ti en pasado.

Uso las sierras para atacar su garganta y el peso muerto de su cabeza rueda detrás de la silla.

Disfruto de acabar con la vida de maltratadores y asesinos como él porque soy un cabrón sádico. Pero el puto olor a podredumbre, vómito, sangre y meado, eso sin duda preferiría ahorrármelo.

Arrastro el cuerpo hacia la piscina de ácido que ya tenía preparada para él y me encargo de liquidar todas las pruebas que podrían incriminarme. No he llegado hasta donde estoy siendo descuidado. Pateo la cabeza como un balón de fútbol y la meto también.

Hay personas que no deberían haber nacido.

La justicia y el brazo duro de la ley se encargan de cazar a algunos de los errores.

Yo me ocupo de eliminar a los que se les escapan.



Después de una larga noche de duro trabajo extracurricular, me contento con la idea de pasarme la mañana durmiendo. *A mi humor no le gusta nada la falta de descanso*. Pero por desgracia, no tengo la oportunidad de cumplir mis deseos.

Me toca currar.

Conduzco hasta el tugurio en el que vive Maverick y allí nos reunimos con Yago y Angelo. No son los tipos más brillantes que existen, pero voy a atracar un banco con ellos a eso del mediodía.

Nos subimos a un furgón negro y nos ponemos en marcha. Yago tras el volante, espera a cuando nos paramos en la esquina del banco que vamos a robar para preguntar:

—¿Todos los pasamontañas están en el coche?

—Sí, aquí los tengo —dice Angelo, sacándolos de una mochila oscura y repartiéndolos.

Alzo una ceja cuando le echo un buen vistazo a lo que me ofrece.

—¿Pero tú eres gilipollas? —ladra Maverick, con él en el asiento de atrás.

—¿No os gusta? ¡Dijisteis que tenían que dar miedo! Tienen una calavera en la parte de atrás, ¿lo veis?

—Angelo —carraspeo—, se supone que un pasamontañas tiene que taparte la cara para que nadie pueda identificarte.

—¡Con esto se nos ve media cara, pedazo de gilipollas! —grita Yago bien alto.

—¡Es que nunca piensas, joder! —se une Maverick—. ¡Tienes la puta cabeza llena de serrín!

Entre los tres juntan un gramo de paciencia y media neurona.

Por eso son tres exconvictos.

Este es un momento importante del que llevamos semanas hablando, así que decido ser la voz de la determinación y los empujo a todos fuera del coche.

CAPÍTULO 4

El verdugo

Entramos en el banco y dos minutos después ya estamos saliendo de él con la pasta, pegando tiros. Ningún herido, salvo Yago, que se ve alcanzado por una bala perdida de un par de policías que llegan antes de lo que esperábamos a la escena del crimen.

Huimos y si no nos estrellamos contra una boca de incendios o contra el escaparate de una lavandería es porque soy yo quien conduce.

Nos quedamos sin gasolina porque Yago no comprobó cuánta nos quedaba. El coche se frena ante un 7-Eleven y deciden entrar a coro Porque sí, esa es la mejor decisión que puedes tomar cuando te persigue la pasma. *Claro*. Ponemos una estantería en la puerta y capturamos a todos los presentes como rehenes.

—La hostia, cómo duele —se queja Yago.

La bala tiene salida, no se va a morir, pero si algo he aprendido de él, es que le gusta mucho lloriquear.

Me ofrezco a ir a por las gasas con tal de no meterle el arma en la boca y apretar el gatillo. Las cojo, pero entonces oigo algo en el pasillo de al lado. Es sutil, pero está ahí: es como un chirrido suave.

Sigo mi instinto y encuentro a una mujer a cuatro patas, observando a Angelo mientras coge el alcohol. Tiene un buen culo y sí, eso es lo que pienso justo después de «Angelo la matará si la ve». Pero no me hace falta avisarla, ella se da la vuelta y se petrifica. Pensaba gatear como un animalillo, pero se frena en cuanto me ve.

Hostia. En mayúsculas. Casi se me cae la puto arma de las manos.

Vaya labios. Y menudos ojos. Son pardos y las vetas marrones se mezclan con las verdes de una manera imposible, como luchando por la supremacía. Su melena oscura cae en ondas despreocupadas y es larga *Me gusta*. Tiene un rostro dulce, unos rasgos redondeados, y por algún satánico motivo las gafas le dan un aspecto casi pornográfico. Pero recalco: vaya puta boca.

He visto a miles de mujeres hermosas que no me han despertado e más mínimo interés y me gustaría saber qué tiene ella de especial para dejarme así.

Parece querer decir algo, pero no emite ningún sonido. Solo respira de manera agitada, en pánico, como un corderito frente al lobo feroz cuando sabe que en breves instantes va a ser devorada.

No deja de mirarme y yo a ella tampoco.

Me gusta saber que le impongo. Que me cede el poder. Que no sabe lo que voy a hacer con su vida y que, en efecto, esta está en mis manos. Pero lo que me pone enfermizamente cachondo es ver una chispa de ardiente deseo tras su miedo.

Como si estuviera tan loca como para que algo de esto la excitara.

Me agacho frente a ella antes de que me fallen las putas rodillas, joder. Nunca en toda mi vida me he topado con alguien así, jamás. Decir que me cautiva sería quedarse muy corto.

El corazón se me contrae cuando compruebo que la chispa sigue ahí por más que la mire. Siento un latigazo de placer directo en la polla.

Es ella. Mi camino. Mi destino. Mi fijación. Mi futura obsesión.

Quiero llevármela de aquí. Quiero que me pertenezca. Que sea mía. Va a serlo. Romperé las cuerdas y tiraré de los hilos que hagan falta. Ni siquiera la he tocado y ya sé que lo que siento es una adicción incurable.

Me fijo en el collar que cuelga de su garganta. «Anastasia». Una punzada de decepción se me clava en la lengua cuando me doy cuenta de que la caza va a ser mucho más fácil con esa pista.

Hago que se levante antes de que esos idiotas nos pillen y tenga que matarlos antes de que la toquen.

Los siguientes minutos transcurren lentos. Tengo la sensación de que la sangre se está espesando en mis venas convirtiéndose en lava. No puedo dejar de mirarla.

Entonces oímos sirenas.

Maverick, Yago y Angelo salen corriendo como cucarachas y yo me escapo por el hueco que han dejado en la cristalería. No sin antes lanzarle un último vistazo y prometerle con él que nos veremos muy pronto.

Troto, pero no llego lejos. Me topo con tres coches de policía de frente, y me cortan el paso. El jefe de la investigación es el primero que llega hasta mí.

—¿Dónde están?

—En el callejón.

—¿Estás herido?

—No, señor, pero Yago sí.

—¿Y los rehenes?

—Todos sanos y salvos. —Me quito el pasamontañas y voy hasta e oficial que me ofrece mi placa y mi chaleco, aunque este último ya nc vaya a necesitarlo.

No suelo hacer este tipo de trabajillos. Lo mío son las multas, e papeleo típico de comisaría de poca monta. *Para no llamar la atención*. Por la noche trabajo en solitario vengando a mujeres maltratadas.

Pero he hecho una excepción. La semana pasada un político de tres al cuarto llamado Christopher Thomson contrató a los idiotas de Angelo, Yago y Maverick para que secuestraran a su hija adolescente y le dieran un susto. Ninguno de los tres le puso la mano encima, aunque el padre aseguró que sí cuando la policía encontró a su hija magullada hasta lo indecible.

Digamos que se ha liberado una vacante en cierto cargo político y que a esa hija nadie volverá a tocarla. Aunque el desgraciado del padre era mi verdadero objetivo, tampoco le voy a hacer ascos a que enchironen a esos tres despojos.

Tienen lo que se merecen.

CAPÍTULO 5

La ruina

Clavo mis puntiagudas uñas negras en el bote de perfume antes de pulverizarme entera, más o menos, hasta que mis pulmones griten basta.

—Es que no me puedo creer lo que te ha pasado —dice Julia mientras me sumerjo en el aroma dulce y picante.

—Tranquila, estoy bien. Vámonos.

—¿Estás segura de que quieres salir? —Juls me mira todavía horrorizada. Mi error ha sido contárselo todo por teléfono y no esperar a verla por la noche.

Ha tenido todo el día para hacerse a la idea de lo que llevaría puesto en mi funeral. *Vale, puede que esa haya sido una broma mía para relajar el ambiente y sí, puede que haya conseguido todo lo contrario.*

—¿Anastasia?

—Sí, necesito echar un buen polvo y olvidarme de este día de mierda.

Quizá así pueda dejar de pensar en esos ojos verdes que veo cada vez que cierro los míos y en los putos escalofríos que me producen.

—¿Estás seg…?

—Si me lo preguntas otra vez, te mato.

—Vale. Lo pillo. Pues vámonos, tenemos que buscarte a un tío que te folle tan bien que te sacuda hasta las entrañas —dicho esto, ancla nuestros brazos y salimos de mi apartamento, pero no lo hacemos solas.

Su mueca de preocupación se viene con nosotras.

Llevamos un buen rato bailando como locas.

Y tengo la sensación de que alguien me observa. Es ridículo, lo sé este lugar está muy oscuro y las luces de neón nos bañan a todos por igual. Estoy convencida de que la única que me ve es mi amiga. Pero aun así, no me quito la intranquilidad de encima.

Llega un momento de la noche en que se nos acercan dos chicos con los que sí nos apetece bailar. Matthew y Scott. No son amigos, ni tampoco tienen interés en serlo. Lo habitual es que desconfíe de un tío que viene solo a este tipo de clubs, pero llevo dos martinis y un chupito de tequila en vena y otro en el vestido, a estas alturas, bailo con quien sea.

Estoy sudada, pringosa por el alcohol, el vestido lencero rojo con la raja lateral se me pega al cuerpo y algunas gotitas de sudor resbalan por mi escote. A Matthew no parece importarle, por cómo me agarra de la cadera y me frota contra sí. El tío está buenísimo y encima está licenciado en literatura, así que lo de la lengua debe dársele muy bien.

—Qué buena estás —me susurra al oído, y como charla erótica deja un poco que desear, pero sube las manos hacia mis pechos y siento un calambre de gusto al que precisamente hoy, no estoy dispuesta a renunciar.

La sensación de ser observada persiste y noto una punzada de miedo en la nuca, así que levanto los brazos y meto los dedos en el pelo de Matthew sin dejar de bailar. Se acerca a mi boca, pero desvío la cara con tal de no darle lo que quiere todavía. *Yo también lo quiero.*

Así es el juego, porque la mayoría de seres humanos somos débiles y estúpidas criaturas que solo desean lo que no pueden tener.

—Pero qué cruel —gruñe y no tiene una de esas voces rasposas, pero es sexy.

Le sonrío y me acerco. Paso la lengua por su labio inferior, pero me aparto antes de que me atrape en un beso. Su boca acaba en mi cuello y empieza a descender a mis pechos. Inclino la cabeza hacia atrás dejando que mi pelo ondulado caiga en cascada hasta mi culo. Cierro los ojos para centrarme en el placer y me tenso cuando veo esos malditos ojos verdes penetrándome tras el pasamontañas.

Tengo el tiempo justo de quitar la cara de susto antes de que Matthew se alce hacia mí.

—¡Te la robo un segundo! —interviene Juls, seguida de Scott, el tiarrón de rasgos asiáticos y camiseta de calavera que no le quita los ojos de encima.

Los he visto morrearse hace no mucho, pero yo soy más de estirar e chicle hasta que se rompa. Espero que Matthew no se aburra de mí y s enrolle con otra mientras hablo con mi mejor amiga.

—¿Quieres que te lo quite de encima?

—No, me gusta.

—¿De verdad?

—Sí, quiero llevármelo a casa. ¿Y tú?

—Hector es encantador.

—Se llama Scott. Le he oído decírtelo.

—¿Ah, sí? Bueno, creo que por una noche aceptará que le cambie e nombre —me guiña el ojo y se me escapa una carcajada.

Mi mejor amiga era la chica más romántica de la faz de la tierra *Antes*. Sí, le encanta el cine gore como a mí, pasar mucho miedo de l mano de asesinos enmascarados, pero también los príncipes que l hacen todo por la princesa.

Pero desde hace unos meses está distinta.

Bebe mucho. Se acuesta con todo lo que se mueve y no quiere oí hablar de tener pareja.

Al principio indagué si le había pasado algo con algún chico, alg que no me hubiera contado, pero no di con nada. Además, se la ve feliz así que imagino que no hay motivo para preocuparse.

Si te fijas en mí, yo siempre he sido de rollos de una o dos noches Ergo, la constancia de gustos no significa salud mental.

Nos damos un abrazo de despedida y nos separamos.

—¿A dónde va tu amiga?

No contesto a Matthew, en vez de eso choco mi boca con la suya y l beso con las ganas que me vibran desde dentro. Él me mete la lengu hasta la campanilla como respuesta, pero como soy una buen samaritana que no da nada por sentado, le pregunto:

—¿Quieres venir a mi casa?

—Joder, claro que sí. —Me aprieta el culo—. Tengo mi coche fuera.

Me corta el rollo que no veas que sea uno de esos tontos qu conduce borracho.

Si puedo, después de follar, le tiraré las llaves del coche al váter.

Nos subimos a un taxi y seguimos comiéndonos la boca. No me h puesto el abrigo aunque hace frío, pero yo no lo noto. Si tuviera qu apostar, diría que tiene más que ver con el alcohol que con Matthew Besa bien, pero a mí me gusta más duro, más salvaje y él está siend demasiado precavido. Repetitivo. Previsible.

Por eso le cojo la mano y la meto bajo mi vestido, entre mis piernas Él gruñe, acepta lo que le ofrezco y vuelve a besarme.

—Joder, ¿tan lejos está tu casa? —gruñe en mi boca masajeándome el clítoris.

Parece que tiene más ganas de correrse que yo, y eso que yo tengo muchas.

—No, qué va. Para nada.

—La policía ha cortado la calle —comenta el taxista por encima de la música.

Me recorre un escalofrío desagradable cuando veo las luces a lo lejos y recuerdo lo que ha pasado este mediodía.

El puto 7-Eleven. Las esmeraldas ardientes… Las dos cicatrices…

Abro la puerta del coche y le ofrezco mi mano a Matthew.

—¿Qué estás haciendo?

—Vamos caminando, será más rápido.

No duda. Paga al taxista, se baja y no sé lo que ha entendido, pero me empotra contra el primer árbol que encuentra y me come la boca.

—Si crees que voy a dejar que me folles en la calle, vas listo.

—¿En el taxi sí, pero aquí no?

—No es lo mismo.

Parece que le importa una mierda mi opinión, pero me lo quito de encima sin darle opción y tiro de su mano. No tardamos mucho en llegar.

Por desgracia, él frena en seco, clavando los tobillos al suelo cuando ve de qué edificio se trata.

—No jodas, ¿vives aquí?

Claro que ha visto las noticias. Claro que conoce el edificio.

—Sí, pero a pesar de lo que hayas podido oír, el casero es un encanto.

—Hostia puta, pero aquí mataron gente, ¿no?

—Lo que está siendo asesinada es mi excitación. Me has puesto muy cachonda para no hacer nada al respecto. —Abro la puerta y su mirada se enciende, y entra conmigo.

Este vestido es infalible.

CAPÍTULO 6

La ruina



Matthew me embiste contra la pared del pasillo, me mete la lengua en la boca y una pierna entre las mías. Imagino que quiere hacerlo aquí porque es lo más cercano posible a la puerta. Me da que tiene miedo.

Por algún motivo, mi mirada cae sobre el mueble de la entrada en el que guardo mis zapatos. Está abierto. En especial, me fijo en el hueco donde siempre coloco los tacones que he llevado hoy a trabajar.

Ya no están. *¿No los he dejado ahí antes?*

En cuanto mi clítoris empieza a recibir la fricción que necesito, todo lo demás se emborrona y se mete en el cajón de las cosas que me importan un bledo.

—¿Eres una de esas que necesita correrse veinte veces antes de que se la metan?

—Todas somos de esas.

—Pues es una pena porque yo estoy a punto y va a ser rápido cariño.

Lo dicho. Lo del consentimiento no es lo suyo. Pero estamos en mi casa y tengo un espray de pimienta en dicho mueble a su espalda, un séquito de cuchillos jamoneros en la cocina y un par de tacones puestos que, sin duda, podrían ser utilizados como armas.

—Vas a tener que ganarte el polvo, Matthew. Convénceme de que te lo mereces —me muevo contra él y me arranca el vestido del cuerpo.

Aparta la pierna justo cuando estaba a punto y me come las tetas mientras sus dedos se meten tras mi tanga de encaje. Gruñe y luego se tensa.

—¿Qué ha sido eso?

—Tú —gimo al tiempo que sus dedos dejan de hacer círculos sobre mi clítoris.

Le beso y pierde el hilo de lo que fuera a decir.

Empiezo a sentir espasmos en la columna vertebral y en el coño, que me palpita más rápido que el corazón. Gimo su nombre obligándome a

recordarlo. El tío sabe lo que hace con los dedos y con un poco de guía hasta se olvida de sus prisas para centrarse en las mías. El sonido húmedo choca contra las paredes. Ya casi puedo morder el orgasmo.

Entonces para.

—No —gimo en queja, pero Matthew se arrodilla frente a mí.

—Quiero que te corras en mi boca —dice y sus deseos son órdenes.

Me corro mientras me mete los dedos y me trabaja con la lengua No es uno de mis mejores orgasmos, pero para empezar no está mal.

Por desgracia, todavía estoy convulsionando con los últimos relámpagos de placer cuando oímos un estruendo en el piso de arriba y se aleja de mí. Bueno, a decir verdad Matthew se cae de espaldas blanco como la leche y sacude la cabeza con pavor.

—¡No...! ¡Matthew, espera! Es un edificio viejo.

—Me largo.

—Espera, no hay nada de qué asustarse, en serio —intento, pero sale corriendo y cierra tras de sí con un portazo. *Adiós a mi polvo*. Vuelvo a escuchar un crujido y miro hacia el techo cabreada—. Ya lo pillo, a vosotros os asesinaron y no queréis ver a nadie feliz, ¿no?

Oigo un portazo y doy un bote en el sitio. La borrachera se me pasa de sopetón y la tontería también.

Dios mío.

Mi ritmo cardíaco se dispara porque eso no ha sido el viento *Alguien ha cerrado una puerta con mucha rabia. Y mucha fuerza*.

Miro las escaleras al final del pasillo, las que nunca subo. Esas que acaban en una puerta que conecta con el piso de arriba. Julia puso una señalización en lo alto, una con forma de fantasma en la que se lee «mal rollo», para recordarme que no debía ir por ahí a curiosear Tampoco he querido hacerlo nunca, hasta yo tengo mis límites.

Pero ahora esa señal está caída.

—Puede haber sido el viento —me convenzo.

El ruido vale, pero ¿y el portazo? ¿También el viento?

De repente oigo pasos. Pisadas cabreadas y firmes por encima de m cabeza. Con mi encaje como único atuendo, corro hacia mi bolso, saco el móvil y llamo a la policía.

—Emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?

—Socorro, hay alguien en mi casa.

CAPÍTULO 7

La ruina

No dejo de pasearme en la puerta de casa, suponiendo que aquí bajo la luz de la entrada, estoy a salvo.

No hay ni una sola habitación iluminada en las casas cercanas, lo cual, si lo piensas, es el momento perfecto para ser asesinada. A) No habrá testigos, B) Mi asesino tendrá menos trayecto que recorrer de aquí a su coche, C)...

—Miau.

Doy un bote y suelto un grito cuando un gato sale del lateral de m edificio. Me llevo la mano al corazón como si eso fuera a contener los salvajes latidos y exhalo. *Qué susto, la virgen santa.*

Lo miro bien. Es bastante pequeño para andar por ahí solo, pero se le ve cuidado. Vuelvo la vista hacia las casas cercanas. *¿Será de alguna de ellas?*

No tiene pinta.

El pequeñajo es blanco, salvo por una mancha en la oreja derecha que la tiene negra. Se acerca a mí sin prisa ni pausa y me quedo muy quieta, convencidísima de que si este gato callejero empieza a mordisquearme los gemelos será el empujón que necesito para pirarme del piso de mis sueños.

Pero resulta que no me ataca.

Se roza contra mí enroscando brevemente la cola con uno de mis tobillos y luego vuelve a mi jardín. Es tan rápido que no puedo acariciarlo. Salta al tocar algo. Al principio no sé lo que es, luego fuerzo la vista y distingo el bulto en la oscuridad.

El zapato de Matthew. Debe haberlo perdido al salir corriendo y ni siquiera ha vuelto a por él. *Desde luego. Sin duda, tiene agallas.*

El gato curva la espalda y se le pone el pelo de punta cuando lo huele. Me imagino que lo oigo hablar en mi cabeza.

Desprecio al dueño de esta cosa.

En medio de la noche (y el día) de mierda que llevo encima, me siento súper bien conmigo misma porque este gato que acabo de conocer crea que yo soy guay, pero que Matthew no lo es.

Oigo las sirenas policiales.

—Menos mal —jadeo aliviada, otra vez con la mano en el pecho.

No quiero joderle el polvo a mi amiga, así que no la he llamado. Por desgracia para mí, Julia es la única persona que conozco en la ciudad de Seattle.

Como si eso me mantuviera cerca de ella, todavía sigo aferrada a mi móvil cuando la policía entra en casa. Los agentes se dispersan por las habitaciones y yo sigo ahí, en la entrada, frente a las escaleras. Me falta un granito de arena para agarrarme a la cintura de uno de los agentes y suplicarle protección. En estas últimas veinticuatro horas, las ventajas de tener un guardaespaldas cada vez forman una lista más larga.

Al no encontrar nada, vuelven conmigo a la entrada. La verdad es que no me relaja en absoluto.

—¿La puerta estaba forzada? —me pregunta el agente con bigote entrado en carnes y en los cuarenta.

—No, qué va. He abierto con la llave y no he notado nada raro.

—¿Y había algo roto? ¿Alguna ventana?

—Tampoco. —Lo he mirado mientras buscaba un lugar en el que esconderme y me ponía una bata sobre los hombros—. Todas las mías las de esta planta, tienen rejas. —Trago saliva con dificultad y bajo el tono—. Los pasos han sonado arriba. Quizá siga ahí.

Suben las escaleras cubriéndose unos a otros, como en las películas. Abren la puerta que yo nunca cruzo y desaparecen. *Otra vez sola*. A mi corazón no le gusta un pelo.

Miro hacia el jardín para ver si el gato sigue allí, pero no. Vaya. Siento los nervios contrayéndome el estómago.

Voy a morir y yo con una bata. Bueno, al menos los últimos minutos antes de estirar la pata, lo pasé teniendo un orgasmo. No uno genial, pero aceptable, que ya es algo.

Varios minutos después, los tres policías vuelven abajo conmigo sin nadie arrestado, ni amordazado, ni con un tiro entre ceja y ceja. *Desilusión tras desilusión. ¿Y para esto pago mis impuestos?*

—¿Dónde está?

—Allí arriba no había nadie, señorita.

—¿Cómo que no? ¡Pero si lo he oído! ¿Y el portazo? ¿Y las pisadas fuertes y rabiosas?

Comparten una mirada los unos con los otros, junto con una mueca tensa, llamándome loca sin emitir sonido alguno.

—Mire, este lugar tiene muy mala fama por la tragedia que vieron estas paredes.

—Es normal que oiga cosas extrañas.

—Y más por la noche, estando sola.

—¡Que no me lo he imaginado! —insisto—. ¡Había alguien ahí arriba! ¡Tienen que creerme!

—Puede que lo hubiera, pero ya no está. Lo único que hemos encontrado allí es esto —dice el policía pecoso de cabello rojizo bajando el último escalón de la escalera, saliendo de detrás del agente del bigote.

Me enseña una caja. No, me la ofrece.

No la cojo.

—¿Qué es eso?

—Un paquete.

Que alguien le dé una medalla a la obviedad a este hombre.

—Ajá. ¿Y qué quieren que haga yo con este paquete?

—Tiene su nombre, señorita Valestri, y la dirección de esta casa.

—¿Es posible que alguno de sus amigos le estuviera gastando una broma y se haya asustado al ver que llegaba la policía?

—Mi única amiga se llama Juls y primero, ella jamás subiría al segundo piso sin mí. Puede que ni siquiera conmigo. Y segundo, está muy ocupada esta noche. Además, ¿cómo iba a cruzar la puerta que conecta mi piso con el de arriba, si mi casero y yo somos los únicos que tenemos la llave? *Además* —insisto—, como he dicho, he oído pisotones fuertes. Unos que mi amiga no podría dar ni aunque saltara con todas sus fuerzas. Era alguien grande. Corpulento.

—¿Como Robbin Wanson?

Pongo los ojos en blanco.

Robbin Wanson está muerto, claro. Este agente cree que los fantasmas no tienen otra cosa que hacer que venir a asustarme a mí una buena samaritana del montón.

—Agentes, la persona que estaba ahí arriba, la que ha dado semejante portazo, no parece de las que se asustan porque venga la policía. Debe ser inteligente si ha conseguido colarse sin llave. Y si es inteligente, es todavía más peligroso. ¿Podrían dejar los chistes a un lado y tomarme en serio?

—Señorita, sin pruebas no podemos hacer nada.

—Además, la única testigo está ebria —puntualiza el pelirrojo.

—¡No soy la única testigo, pero Matthew ha salido corriendo asustado!

—¿Sería tan amable de facilitarnos el número de ese tal Matthew para que le interroguemos? —pregunta el agente del bigote.

—No lo tengo.

Cierra la libreta que acababa de sacar y me mira con un *«niña, ¿me estás haciendo perder el tiempo por alguna razón en especial?»* impreso en la cara y rozo el límite de mi frustración.

Me cruzo de brazos sintiéndome pequeña, frágil, vulnerable y con ganas de llorar.

Que no crean lo que dices es una de las peores sensaciones que existen. Punto.

—Si oye cualquier otra cosa, llámenos. Y si se siente insegura pasando la noche sola aquí, vaya a casa de algún familiar o amigo.

¿Familia? Imposible. ¿Amiga? Esta noche ni hablar.

No hace falta que digan nada, es evidente que creen que su trabajo aquí ha terminado y que quieren largarse a sus respectivas casas, que es tarde. Por eso cojo el paquete que se me ofrece, el que ha estado en el terrorífico segundo piso. Entiendo que quieren ver qué hay dentro y puedo leer en sus ojos cómo ya le han dado carpetazo al asunto.

Estoy a punto de decirles que si mañana aparezco degollada en mi cama, cargará sobre sus conciencias, pero me lo callo y tiro del abrefácil del cartón. Me tiemblan las manos muchísimo. Tengo un mal presentimiento.

El crujido del papel de seda me confunde todavía más. Entonces desenvuelvo el regalo y veo…

Un *choker* de terciopelo negro con un diamante verde esmeralda en el centro. *¿Una joya que sugiere sumisión? ¿Un diamante de este color específico?*

Lo peor no es eso. Lo peor es que hay una nota dentro, con una única palabra.

Mía.

Varios días después

CAPÍTULO 8

La ruina

Me incorporo en la cama de golpe, empapada en sudor frío. Es la una de la madrugada… y acabo de oír algo. Un golpe.

Estoy paranoica, lo sé, pero no tiene nada que ver con que en el piso de arriba el padre de la familia que vivía allí se pusiera en plan El Resplandor y los asesinara a todos antes de darse a sí mismo el mismo destino.

Tiene que ver con que tengo un puto acosador. ¿Que cómo lo sé? Porque después de llamar a la policía para ver si habían encontrado huellas en el paquete, —no—, volví a mi dormitorio y vi a alguien fuera de mi casa. *Era una gran silueta, capaz de dar pisotones de los fuertes*.

Volví a llamar a la policía. Volvieron a tomarme por loca y paranoica. Les faltó decir «deje de molestar». Incluso llamé a la puerta de varios de mis vecinos para descubrir que estoy sola en este lado de la calle. Los de enfrente se mudaron y aún no han vendido la casa, y la mujer de la casa de al lado se murió de vieja…

Otro golpe. Un escalofrío me recorre entera. *¿Ven cómo no está en mi mente, agentes? Eso es lo que pienso decirles cuando me reencarne en fantasma. Pienso joderles todos los polvos de aquí hasta los restos*.

Debería habérselo contado a Juls. Soy una idiota. Una mujer independiente y muy idiota.

Con mi pijama de arañas y calabazas que apenas me tapa el culo corro a la cocina sigilosa. Cojo dos de mis mejores cuchillos y los alzo hacia… nadie concretamente. Pura oscuridad. Me da muy mal rollo no ver a mi posible atacante así que voy encendiendo luces. Montones.

Esta tarde he instalado una cerradura inteligente en la puerta que conecta con el piso de arriba. Mi casero no ha puesto inconveniente porque la he pagado yo y porque soy la única inquilina que va a tener en su vida.

Ya de paso, he instalado nuevas cerraduras en la puerta de la calle y en todas las ventanas, y me saltará una alarma en el móvil si alguien la

desconecta. Soy lista. Me he cubierto las espaldas.

¿Verdad?

Entonces lo oigo. Pisadas. Justo encima de mí. Deliberadas, como s no tuvieran nada que ocultar. ¡Y en el piso de arriba! Se me hiela l sangre. Dejo de respirar.

El miedo me hace dar un grito.

—¡Vete de mi casa, energúmeno!

Los pasos se vuelven más rápidos. Los sigo. Van directos hacia l puerta que conecta ambos pisos. Se cae uno de los cuchillos de la man del puto miedo que tengo.

De repente, al llegar a la puerta, ni siquiera toca el pomo. No intent abrirla, ni la golpea, ni nada. Y ya no vuelvo a oír pasos. Mi ritm cardíaco no vuelve a la normalidad hasta que paso horas a solas con e silencio.

La única pega es que no le he oído marcharse.

CAPÍTULO 9

La ruina



En cuanto amanece, me salto el desayuno. Después de una noche inquieta y para nada reparadora, no me apetece pasar ni un solo minuto más en esta casa, sola. Necesito un descanso, así que salgo de casa, me subo al coche y me largo.

Llevo días queriendo un vestido nuevo para las noches de fiesta con Julia. ¿Ahora mismo me apetece tanto buscarlo como hacerme una colonoscopia? Pues sí, quizá incluso un poco menos, pero estoy desesperada por una distracción y no soy tan pringada como para irme al trabajo horas antes.

Aparco en el centro comercial y me pongo manos a la obra.

Miro en todas direcciones a medida que paso por los pasillos y los escaparates de las tiendas. Hay bastantes cerradas, pero la más grande la que tiene parte de supermercado, es de veinticuatro horas.

Me voy haciendo una pésima trenza por el camino con tal de tener las manos ocupadas y de arreglar mis pelos de loca. No hay mucha gente y nadie de los presentes se fija en mí, pero aun así camino rápido y aferrada a mi bolso.

El corazón me va a mil por hora como si estuviera en un túnel de terror. Me chifla todo lo que tenga que ver con las pelis de miedo, pero que tu vida se convierta en una, es un pelín diferente. Sin duda, algo que solo disfrutaría una chalada.

No tardo mucho en elegir tres o cuatro vestidos, ni tampoco en meterme en el probador. Echo el cerrojo y exhalo aliviada. Me desvisto y me pruebo un par. Estoy con el tercero, uno gris que abraza mis pechos con devoción y me queda como un guante, cuando lo oigo.

Es poco más que un *clic*.

Me doy la vuelta rápido y veo la puerta abierta, entornada. Me quedo helada, paralizada, un largo segundo. Pero reacciono. Le doy un tirón para abrirla del todo y salgo del probador, pero no hay nadie.

Ni siquiera la dependienta del probador que me ha preguntado cuántas prendas llevaba. Solo estoy yo y mi respiración agitada.

Me cambio rápido, dejo los vestidos en el perchero de fuera y salgo pitando de allí, con el corazón en la garganta y un sudor frío resbalándome por la espalda.

Hay más gente que antes en el aparcamiento. Echo a correr los últimos metros. Reviso el asiento de atrás en cuanto entro, pero esta vez no exhalo de alivio. No hay nadie y dentro del coche no hay nada aparentemente distinto de cuando me fui. Pero sí hay cambios sutiles. Como si alguien hubiera estado toqueteando algunas cosas sin dejarlas exactamente donde estaban.

Abro la guantera buscando un fantasma y encuentro una foto. Una polaroid. De mí. Es de hace veinte minutos, tengo uno de los vestidos que me he probado colgando del brazo y una expresión aterrada y nerviosa en la cara.

Tengo un acosador.

CAPÍTULO 10

La ruina



A mi amiga le va a dar un ataque. Y lo sé, siete minutos después de entrar en nuestra cafetería favorita.

—¿Y me lo cuentas ahora, zorra? ¡¿Cómo pudiste no llamarme ayer pedazo de puta?! ¿O el día anterior?

—Tenías doble turno. Siempre tienes doble turno.

—¡Anastasia!

—Vale, perdona, he sido una idiota.

Ya no podía callármelo más. Después de llamar a la policía con la foto como prueba y que a duras penas creyeran conveniente revisar las cámaras del centro comercial y la entrada a los probadores —en cuyas grabaciones no encontraron nada—, me preguntaron si no sería una amiga gastándome una broma. OTRA VEZ.

Empiezo a pensar que la policía local es un chiste malo, de esos que no tienen ni pizca de gracia.

—¿Y si contactamos a un detective privado?

—No me gustaría tener que recurrir a eso. —Hago una mueca.

—A mí sí, eres mi única gran amiga. No puedo perderte.

—Antes de salir de comisaría, dos policías me dijeron que podía poner una denuncia conforme alguien me estaba acosando —*y lo hice aunque me dio la impresión de que iba a serme de tanta utilidad como su visita, aunque esto mejor me lo callo.*

¿Cómo no? Si no sé de quién se trata.

—Recapitulemos. Se cuela en tu casa. En tu coche. Te sigue al centro comercial y te hace una foto. Y te envía un puñetero paquete a domicilio. ¿Y de verdad con todo eso la policía no puede hacer nada? ¡¿Pero qué broma es esta?! —se enfurece atrayendo miradas en la cafetería.

—No pudieron encontrar nada sobre la procedencia del paquete y no había huellas ni en él, ni en la foto. De lo demás, la única "prueba" es mi testimonio y para mi desgracia, eso no sirve de mucho.

—¿Crees que puede ser tu jefe?

—¿Edgar? Pero si está casado. Y es viejísimo.

—Ya, pero babea por ti.

—Babea por cualquier veinteañera, pero estoy segura de que es inofensivo. Y demasiado vago para todo este trabajo.

—¿Crees que tu…?

—No —la corto—. Nunca nos hemos llevado bien, pero de ahí a acosarme va un rato. Además, no tendría sentido, ¿qué iba a hacer aquí en Washington? ¿Y qué iba a querer de mí?

Hace una mueca y asiente, negándose a quitarse su gorra de detective.

Menos mal que la tengo a ella.

—Quizá Matthew tenga una novia rara que os vio salir de la discoteca juntos.

—Sí, una que se coló en mi casa, se quitó su choker del cuello y luego me lo dejó en una caja con una notita diciendo que yo le pertenecía ¿Pero tú te oyes?

—¿Y entonces quién puede ser?

No le digo a Julia que he visto a alguien frente a mi casa las últimas noches, porque no quiero que proponga quedarse a dormir. Es peligroso. Y sé que para mí también, pero no puedo evitar que el instinto protector me domine.

No quiero que le pase algo a la única persona que me quiere de verdad.

Y tampoco le digo a Julia que la complexión del hombre que veo parado frente a mi casa, es muy parecida a la del hombre que me apuntó con un arma en el atraco al 7-Eleven.

Pero yo no hice nada para que los pillaran. ¿Quizá cree que llamé a la policía mientras estaba escondida? Si ese fuera el caso, creo que ya estaría muerta y que no habría venido él solo, ¿no? Además, ¿qué clase de venganza supone quedarse fuera de mi casa espiándome?

Lo peor es que me ve. Me ve observarle desde la ventana.

Me acosa y quiere que sepa que me acosa. Es enfermizo.

—¿Anastasia? ¿Me estás escuchando?

—No lo sé. Siento no habértelo contado antes, me asusté. Perdona. No quería preocuparte.

—Voy a mudarme contigo.

—De eso nada.

—¡No puedo fiarme de tu sinceridad tardía! ¿Y si te pasa algo?

Intento calmarla enseñándole mis dos nuevos espráis maxi de pimienta extra picante, pero lo cierto es que me cuesta un par de trozos de tarta conseguirlo. Comemos como cerdas, pero no pasa nada porque follando se gastan muchas calorías.



Llego a la oficina y personas cuyo nombre no recuerdo, con las que llevo años comunicándome con asentimientos de cabeza mutuos, me dicen lo terrible que es lo que me está pasando.

Desde que vinieron dos agentes a verme, soy el cotilleo. Pero tras el centro comercial, la oficina era el lugar que me parecía más seguro.

A media mañana estoy tan harta de poner mi sonrisa tranquilizadora y de repetir las mismas palabras cordiales «gracias por preocuparte, estoy bien, descuida» una y otra vez, que cuando el repartidor se acerca a mi mesa, le lanzo una mirada asesina.

—Es para ti, Stassie.

—Ahhhh —digo cambiando mi cara de bruja por una mueca más amable—. ¿Necesitas una firma?

—No hace falta —me guiña el ojo y se marcha.

Llevo tres noches con pesadillas, así que abrir un paquete de maquillaje o algo genial que no recuerde haber encargado, me pondrá de buen humor. Ya siento el calorcito de la novedad atosigándome para que me dé prisa. Pero cuando lo abro no es maquillaje, ni nada que yo haya encargado.

Es un sobre. Con fotos. Mías. Durmiendo.

Los pijamas son distintos, así que no son de la misma noche.

Alguien ha entrado en mi casa. Mientras dormía.

Se me caen de las manos y lo siguiente es la silla, cuando me levanto demasiado rápido. Nadie me presta atención. Nadie se da cuenta de lo que pasa. *En una de ellas tengo dos cuchillos en la mesita de noche.*

Con la respiración atragantada y las manos temblorosas, descuelgo el teléfono.

Hay una nota dentro del sobre, soy consciente, pero no me atrevo a leerla. No, hasta que la policía está conmigo en una sala de reuniones y

me preguntan sobre ella.

La leo para ellos y la voz me tiembla más que las manos.

¿Sabes lo que hacen los lobos cuando un corderito se les escapa?
Morderle para marcarlo y poder reconocerlo.
¿Quieres que te cace, Corderito?

CAPÍTULO 11

El verdugo



Estoy cabreado.

Y no porque me duelan los nudillos.

—Tío… *tío*, ¿vas a soltarme? ¿P-por favor? —Matthew vuelve a mearse en los pantalones y es ya lo que me faltaba.

Qué descortés por su parte no saber que odio los olores desagradables.

—La tocaste. Por eso he venido a hacerte una visita a domicilio –señalo el roñoso sótano en el que estamos.

No entiendo cómo mi Corderito ha podido permitir que este pelagatos toque lo que es mío. Lo que me pertenece solo a mí.

—¿A quién? ¿A quién he tocado? Yo no he tocado a…

—Anastasia.

—¿Anastasia? ¿La zorra esa del bar? ¿Eres su n-n-novio o algo así? ¡Es tuya, tío! ¡A mí no me van las pirad…!

Le interrumpo con un puñetazo.

—No ensucies su nombre pronunciándolo con tu asquerosa lengua.

Es evidente que con este no voy a tener el aguante necesario para llevarlo hasta mi almacén. Le está haciendo un pulsito a mi autocontrol.

No solo la ha llamado zorra, sino que encima no aprecia la suerte que tuvo.

No ha nacido mujer como ella. Es única y es mía.

—¡Perdona tío, no quería llamarla zorra!

Gruño mientras él asimila el nuevo golpe.

—Como iba diciendo, iba a ser una visita rápida, pero ¿qué estabas haciendo? Vamos, dímelo. Estabas haciendo algo con tu polla diminuta cuando he llegado, ¿a que sí?

—Tío, p-por favor… —llora y de su boca gotea sangre.

—Yo te diré lo que estabas haciendo. Te estabas pajeando con fotos que los dos sabemos que no cumplen el mínimo de edad legal. Por no

hablar de los álbumes de fotos de los críos de tus vecinos.

—Por favor… no avises a la policía.

Me carcajeo. Que piense que eso es lo peor que puede pasarle es ridículo y patético. Oigo un ruido y el paliducho se queda todavía más blanco.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Mis hue… huesos! ¡No ha sido nadie! ¡E-es-ssspera!

Me yergo despacio y camino por la mohosa moqueta marrón levantada por aquí y por allá. Abro la puerta del baño y…

Hay una mujer en el suelo esposada al radiador, con la cara mojada por las lágrimas y el vestido negro levantado. Tiene moratones por todo el cuerpo. Y pinta de universitaria.

Chilla a través del esparadrapo que le tapa la cara y llora más mientras intenta alejarse de mí.

—¿Te lo ha hecho él? —pregunto en tono dulce, suave.

Tengo que repetírselo varias veces para que me escuche. Asiente con la cabeza un gran número de veces.

Hay vasos rojos por el suelo y algunas botellas. Como si Matthew hubiera dado una fiesta en su casa y no hubiera dejado que todos sus invitados se largaran.

La ropa interior de esta chica está arrugada en una esquina.

—Voy a acercarme a ti a quitarte el esparadrapo, ¿vale? ¿Me lo permites?

Se queda muy quieta. No está nada segura y joder, no me sorprende. Me muevo muy despacio, para no asustarla.

Si por mi fuera, la liberaría de las esposas cargándomelas con la fuerza de mi rabia. Esas son las ganas que tengo de hacerlo rápido. Pero no quiero ser brusco con ella teniendo en cuenta las condiciones en las que se encuentra.

Me conformo con el esparadrapo.

—¿Cómo te llamas?

—Evangeline.

—Hola, Evangeline, soy Varek. ¿Has oído algo de lo que estaba pasando ahí fuera? —pregunto y cuando sacude la cabeza, sigo—. Bien, voy a darte dos opciones. Tú eliges la que prefieras, ¿vale? El control es tuyo.

—¿Qué opciones? —me mira con recelo y desconfianza, sin dejar de temblar o llorar.

—Te esperas a que lo mate y luego te saco de aquí, o te saco de aqu y luego vuelvo a matarlo.

Esperaba que se horrorizara un poco, pero la ira mana de sus ojo como la lava de un volcán en erupción.

—¿Puedo… ayudarte a hacerlo?

Me hace sonreír. Esa fortaleza resulta admirable.

—Me encantaría y te dejaría hacer los honores, sin duda. Pero n quiero añadir más peso al trauma.

—Quiero vengarme —escupe.

—Vale, ¿qué tal si te saco de este baño, disfrutas de ver cómo est ahora y luego yo me ocupo del resto? Tiene muy mal aspecto, t prometo que valdrá la pena.

Acepta.

Me cargo sus esposas llevándome conmigo el radiador, salimo fuera y Matthew parece morirse en el sitio. Como si la chica fuera u juez que acaba de firmar su sentencia. *Como que no estaba firmada ya joder*.

Estaba rebuscando entre mis herramientas algún trapo con el qu poder limpiarme las manos cuando cuando oigo un gruñido.

La sangre chorrea de la boca del pedófilo y violador. Parece ser qu la chica le ha dado una patada en los huevos y otra en la cara.

No quería tocarla, pero tengo que apartarla antes de que haga alg de lo que pueda arrepentirse el resto de su vida.

—Vete. Sube arriba y espera en la puerta de la casa. Llamaré alguie de mi confianza para que venga a buscarte.

—¿De verdad vas a matarlo?

—Yo siempre cumplo mi palabra —digo en poco más de un gruñido por encima de la voz llorosa de Matthew.

—¿Y qué harás luego con él?

—Soy policía, eso es todo lo que necesitas saber de mí —trato d convencerla, aunque es lo último de la lista que usaría par describirme.

Ex-militar, hacker, verdugo a tiempo completo… Sí, cualquiera d las tres valdría.

—Los policías no matan a gente así como así.

—¿Acaso los conoces a todos personalmente para saber lo que hace en su tiempo libre?

La pregunta suena tan tonta como si la hubiera hecho Maverick Yago o Angelo, pero la convenzo y al irse cierra la puerta del sótan

como le he pedido. Entonces puedo empezar a pensar cómo voy a meter a este pedazo de escoria en el cubo de ácido sin armar un estropicio en esta pocilga.



Horas después, cuando por fin tengo las manos limpias, recibo un mensaje de Lina.

Evangeline ha accedido a dormir en el refugio esta noche.

Bien, qué buena noticia.

De todas las mujeres a las que rescatamos mi gran equipo y yo algunas no tienen una familia a la que volver, ya sea porque no están vivos o porque las rechazan después de su experiencia traumática.

Como si fuera su puta culpa. Ese tipo de comportamientos de mierda despiertan mi instinto asesino, en serio.

El caso es que Lina se encarga de hacer terapia con ellas, de proporcionarles un techo y de darles la comida que necesitan durante el tiempo que lo necesiten.

A cambio, solo les pedimos que, antes de marcharse y volver a sus vidas, hablen con una persona que llegue después que ellas. Hemos podido comprobar que entre las víctimas pueden ayudarse mucho. Aunque tampoco las secuestramos, si quieren irse sin hacerlo, es su decisión. La teoría es que solo con una chica ya es suficiente, pero una vez se abren la mayoría se ofrecen a ayudar a más con su propia experiencia.

Para animarme después de la sorpresa de mierda que ha supuesto conocer la verdadera cara de Matthew, camino hasta la casa de mi Corderito.

Es de madrugada, pero para mi sorpresa, encuentro varias luces de su casa encendidas. Sonrío al pensar que son por mí. Para

ahuyentarme.

¿El Corderito tiene miedo? ¿Se habrá puesto el collar que le regalé rodeando su bonita garganta? Doy una vuelta a la casa, pero ha corrido todas las cortinas. Sonrío sin poder evitarlo.

Pero qué chica más mala…

Se está sorteando un castigo y tú tienes todas las papeletas Corderito.

Uso el ladrillo gris de la fachada para trepar por ella, ayudándome de las rejas de las ventanas para llegar al piso de arriba. Hoy no quiero ver su reacción a través de la pantalla de mi móvil. Quiero verla en directo. *Y yo siempre consigo lo que quiero.*

CAPÍTULO 12

La ruina



El edificio al completo en el que trabajo está dirigido a un millón de cosas relacionadas con la biología marina.

En la planta en la que estoy yo, junto con las cinco inferiores, nos dedicamos a escribir informes de especies en peligro de extinción, a dar voz a investigaciones varias y a poner al día a la gente rica sobre dónde deberían invertir su pasta gansa.

En la planta de arriba y en las diez superiores hay biólogos que trabajan en laboratorios tratando de dar con la forma de preservar la vida en el océano y arreglar todo lo que nos estamos cargando los seres humanos. No es nada benéfico, es un negocio como cualquier otro.

A mí me encanta escribir informes, pues siento que al menos así exploto algo de mi creatividad.

Hoy el alcalde nos ha hecho una visita para pedirnos un escrito favorable para el nuevo acuario de especies exóticas de la ciudad. *Vamos, que ha venido a pedirnos que inflemos un poco su buena obra y el dinero que se ha gastado, a cambio de que él suelte un poco de pasta a nuestra empresa*. Quiere que le hagamos la pelota y aseguremos a los lectores aficionados que las criaturas estarán mejor que en brazos.

A mí me da igual, la verdad. ¿Qué más da que exageremos un poco si el departamento de investigación, —y por ende las especies que tratamos—, se va a ver beneficiado?

Además, desde hace meses que aunque sea yo quien escribe los artículos, es mi jefe quien pone la firma. Eso tampoco me importa. No mientras me deje trabajar con el National Geographic y ahí sí figure mi nombre.

—Es un placer volver a verte, Anastasia —dice el alcalde mientras me estrecha la mano.

Lo hace porque sabe que soy yo la escritora original, igual que yo sé que en realidad no ha venido aquí por nosotros, sino porque Katia, una

jovencita que trabaja en contabilidad en las primeras plantas de edificio. Sale con él. No soy quién para juzgar el amor, pero no parec que sea eso lo que une a la veinteañera y al sesentón. *¿En ese caso, s me permite comentar? ¿Soltar algún que otro puajjjjj? ¿Un pequeñito?*

Quizá esto me ofenda más porque mi padre intentó emparejarm con un viejo cuando cumplí dieciocho.

Vuelvo a prestar atención a la conversación que me trae sin cuidad y que estos dos hombres han decidido tener delante de mi mesa.

—El artículo estará dentro de poco. Tenemos mucha motivación – miento sin pestañear como una psicópata.

El alcalde se carcajea y me pone una mano en la espalda. Me aparto pero vuelve a ponérmela mientras se ríe por otro chiste que no h escuchado, pero que de oírlo, estoy segura de que no me haría gracia.

—Estamos muy entusiasmados por tenerle en nuestras oficinas – dice mi jefe, lo que yo traduzco en «¿le estoy lamiendo bien el culo? ¿L gusta así o más fuerte?».

De repente, el alcalde saca su móvil del bolsillo, descuelga y, l verdad, no sé lo que le dice quienquiera que le llame, pero el tío s queda blanco como la leche y se va.

—Eso ha sido repentino —le digo a mi jefe mientras le pongo un mueca de «supongo que tu también te vas, no?».

Él asiente y se larga. *Fíjate, igual algo de suerte sí que tengo.*



Esa misma noche…

—¿Estás segura de que estás bien? —su voz insiste nerviosa perdid a través del teléfono.

—Julia, por enésima vez, vete a la cama. Tus pacientes correrá peligro si no tienes las horas de descanso necesarias. Les pondrá tequila en la vía y luego tendremos que ir a juicio.

—La policía debería haber aparcado uno de sus coches en t entrada, como les sugerí.

—Claro que sí, no tienen otra cosa mejor que hacer.

—Repíteme eso de que has instalado cámaras de seguridad Repíteme que estás a salvo y no vas a morir.

—Lo he heeecho —canturreo paciente—. Ahora vivo en un búnke del terror. Es mi sueño hecho realidad. Así que vete a dormir, mamá.

—¿Quieres que llame a tu madre? Deberíamos contárselo.

A mis padres no, ellos hace años que actúan como si estuvier muerta. Y si lo piensas tiene su gracia puesto que mi nombre en griego significa «la que resucita, la que vuelve a la vida». Aparte de Juls, m jefe es el único que se acuerda de mi cumpleaños. Así que no. M familia está descartada.

—Ambas sabemos que mis padres no moverían un dedo por esto.

—Pero…

—A mis padres les daría igual que el edificio saliera ardiend conmigo dentro. Les daría igual que el asesino que vivía arriba volvier de entre los muertos para terminar su sesión homicida conmigo.

—No digas eso —dice horrorizada, pero no insiste más porque sab que es verdad—. Hagamos una cosa.

—¿Qué?

—Mañana las dos subiremos al piso de arriba. Juntas. Para ver s hay algo raro. ¿Te…? ¿Te parece bien?

A mi amiga ya le tiembla la voz solo de decirlo y a mí las piernas.

Pero acepto.

Colgamos poco después. Como ya tengo el móvil en la mano, abro l app de las cámaras de seguridad para comprobar que sigo estando sola que todo está en su sitio, que mi casa sigue siendo mía. No hay nadi dentro, pero el alivio no es lo que inunda mis venas, sino la adrenalin y el miedo. Casi se me cae el teléfono de entre los dedos cuando ve que… fuera sí.

Apago las luces a toda prisa. Me tropiezo con la alfombra, me do un golpe en el dedo meñique del pie con la pata de una mesa de café y me choco con el borde del sofá. Cojo el spray de pimienta que teng más cerca y me asomo a una de las ventanas del salón moviendo mu poco la cortina.

No me ve. La sombra está muy ocupada atravesando con la mirad las cortinas de mi dormitorio. Porque sabe qué habitación es la mía *Dios, ¿cómo pudo colarse aquí? ¿Cómo pudo conseguir esas fotos ¿Podría volver a hacerlo?*

Respiro con dificultad y espero. Pasan dos minutos. Veo por la cámaras que todavía está ahí. Aunque el sudor frío sigue resbalándom

por la columna y tengo miedo, también estoy cabreada.

¿Quién se cree que es para jugar conmigo así?

Esta vez soy yo la que da pisotones sonoros y rápidos. Necesito recuperar el control. Saber que soy algo más que la presa que ese pirado ha decidido observar esta noche. Abro puertas sin preocuparme del estruendo. Llego a mi dormitorio, me subo al asiento junto a la ventana en el que me he pasado horas leyendo historias de terror eróticas, y descorro las cortinas.

La luz de la luna es suficiente para que sepa que mi acosador me ve perfectamente.

Marco el número de emergencias y antes de pulsar a llamar, pego la pantalla a la ventana.

—Vete. De. Mi. Casa —vocalizo.

Durante un buen instante, no se mueve. Se queda ahí inmóvil haciéndome dudar si estoy enfadándome con un espantapájaros que alguien ha colocado en mi jardín.

Uno inmenso. Y musculado.

Entonces se mueve.

Echa a andar. Se acerca más. Y más. Camina como si el jardín fuera suyo, como si esta fuera su casa. No quiero soltar el móvil, pero cuando mis piernas flojean y caigo de culo en la banqueta, es lo que pasa. Él no se detiene hasta que está súper cerca del cristal.

Lleva una capucha así que no le veo los ojos. La única parte de su rostro que vislumbro es la boca y parte del cuello. La boca la tiene bonita. Apetecible, si no fuera quien es. Y en el cuello tiene tatuajes. Montones. De hecho, su piel está llena a rebosar y aunque intento reconocer qué simbolizan esas líneas para ayudar a la policía en su investigación, la oscuridad no me lo permite.

Me da rabia que las sombras se pongan de su parte.

Está muy cerca y aunque no tengo pruebas, noto el peso de su mirada por mi cuerpo. Seguramente en mi pecho, que sube y baja de manera abrupta porque estoy muy asustada, tal y como él quiere. *Porque esto le encanta, ¿no?*

«Vete», intento empujar esa palabra fuera de mi boca, pero mi lengua no se mueve.

Siento el cuerpo ardiendo, imagino que por la rabia.

De repente, sus gruesos y grandes dedos acarician las rejas. Tira de lo que protegía mi ventana con una sola mano y sin aparente esfuerzo. Oigo un *clong*.

No. *No*. *No*. Luego las deja en el suelo como si le estorbaran.

Es imposible. A menos que ya estuvieran flojas. Que la hubiera desatornillado hace horas, cuando yo no estaba. A menos que este hubiera sido su plan desde el principio. *Dios mío*.

Ladea la cabeza despacio. Estoy al borde de un infarto. Me hago pequeña. Es evidente que no necesita un choker para dominar la situación.

Es muy posible que acabe perdiendo el conocimiento. *La ventana está cerrada, pero puede romperla*. *Puede entrar aquí, si quiere*. Se me llenan los ojos de lágrimas.

Entonces mi acosador retrocede. Un paso y luego otro.

Y se marcha.

Oigo el rugido de una moto poco después.

Solo quería demostrarme su poder. *Dejarme claro puede que hacer mucho más de lo que yo espero*. *Evidenciar que es él quien lleva las riendas del juego*. *Uno que no quiero jugar*.

El miedo me sacude de tal forma que parece que me está dando un ataque. Mi corazón no late, vibra a toda velocidad. Y con él mi cuerpo entero.

En cuanto estoy segura de que se ha ido, llamo a un taxi y voy a piso de Juls.

No puedo dormir aquí esta noche.

CAPÍTULO 13

La ruina

Pensábamos subir a la segunda planta del edificio encantado en e que vivo cuando todavía fuera de día. Ese era el plan, vaya, pero no e lo que termina pasando porque ambas hemos salido tardísimo de trabajo y al llegar aquí ya era de noche. *Yupi*.

—¿Quieres rajarte?

—No —me aprieta la mano—, a menos que decidas mudarte de est lugar esta misma noche. Entonces sí, me rajo a la de ya.

—Yo no me mudo, me chifla tener este sitio enorme para mí. —Sub el primer escalón y ella otro—. Si no hubiera ocurrido un asesinato e el piso de arriba, sería perfecto para cualquiera y el alquiler se volverí desorbitado.

—"Esas fueron las últimas palabras de la joven e inconscient inquilina, antes de que la encontraran muerta en su cama".

—Bueno, al menos me pillará cómoda y no en el váter.

Subimos despacio hasta la puerta que conecta ambos pisos Apartamos la señal del suelo con forma de fantasma, la que dice «ma rollo». Me saco el teléfono del bolsillo y quito el cierre de seguridad co el móvil. Ambas damos un pequeño bote cuando escuchamos el *clac* que nos confirma que la puerta está abierta.

Llevo la mano al pomo y la de Juls cae sobre la mía. Nos miramos asentimos y la abrimos.

El pasillo está oscuro, claro, así que busco un interruptor con l mano. Juls lo encuentra antes.

—No va. Creo que han cortado la luz de aquí arriba.

—Tranquila, saca la linterna del móvil —hago lo mismo y algo se ve.

—El aire es gélido, como si hubiera espíritus entre nosotras.

—Juls, cierra la boca, ¿quieres?

—¿Para que no me trague al fantasma?

—Para que no te convierta yo en uno. Joder, qué frío hace, está clar que hay alguna ventana abierta.

Una garra gélida se aprieta en mi nuca.

Estoy sudando de miedo.

—¿No deberíamos ir calladas? Y si de verdad hay alguien aqu arriba, ¿cuál es el plan? ¿Le decimos «hola, por favor, márchate»? No quiero acabar como Casey Becker solo porque sea rubia con el pelo corto como ella.

—Le grabamos, corremos de vuelta hacia mi piso y le encerramos aquí hasta que venga la policía.

Hacemos el resto del recorrido en silencio. Nada. No hay nadie.

Solo nos queda una habitación, la que está justo encima de m dormitorio. Esa en la que dormían el Sr. y la Sra. Resplandor.

Le hago una señal a Juls para que apague su linterna y prepare la cámara de su móvil. Ella empieza a grabar con el flash. Tengo e corazón bombeando a toda velocidad. Abro la puerta y… ambas nos quedamos sin aliento.

—Stassie…

—Lo veo.

El suelo está repleto de pétalos de rosa negros, chamuscados, como los del tatuaje de mi hombro.

—Madre mía, Stassie.

También hay algunas velas encendidas. *Ha preparado esto para nosotras. Porque sabía que veníamos. Porque es un puto acosador que lo sabe todo.*

No hay muebles en esta habitación, salvo un armario en una de las esquinas. Camino hasta él en zancadas, ignorando la preocupación con la que mi amiga me llama porque tengo que verlo. Abro las puertas de un tirón, pero… pero…

Está vacío.

—Tenemos que llevarle esto a la policía. Y salir de aquí pero ya.

Asiento y la acompaño. Recorremos el pasillo a paso ligero y sé que los golpes que estamos provocando en mi techo no son nada en comparación con los que yo oí.

Me cabrea. Me enfurece que una persona de carne y hueso se crea con el derecho de molestarme y asustarme.

Por eso hago lo que hago. Cuando llegamos a la escalera freno mis pasos y digo:

—Llama a la policía.

Cierro la puerta entre Juls y yo, quedando cada una a un lado. Echo el cerrojo con el móvil para que nada ni nadie pueda salir de la segunda

planta a menos que yo lo diga.

Tengo que averiguar cómo narices entra aquí arriba. No piens
ceder al miedo que siento.

—¡Anast...! ¡No, no, no! ¡¿Te has vuelto loca?! ¡Abre la puerta
¡¡¡Anastasia!!!

—Juls, tranquila, solo quiero...

—¡No! ¡¡No!! ¡Abre ahora mismo! —grita de forma tan desgarrador
que hasta me asusta.

Cojo el móvil tan rápido que casi se me cae de las manos. Abro l
puerta a toda prisa y la encuentro en puro pánico. Llorando
borbotones. En cuanto me ve, tira de mí y cierra de un portazo a m
espalda sin dejar de sollozar.

—Juls, tranquila, solo pretendía...

—¿Por qué has hecho eso? ¡¿Por qué has hecho eso?! —solloz
aterrada de verdad, como si la hubiera encerrado a ella en el segund
piso.

No lo entiendo, ella no es de lágrima fácil. Me rompe el corazó
haber asustado así a mi amiga.

Mientras esperamos a la policía para la visita del día en la que no
dicen que somos unas paranoicas que no hacen más que molestar, Jul
no deja de llorar. Al menos ahora es más suave, eso sí.

—Ha sido un día duro en el trabajo, nada más —dice—. Perdón po
ponerme así.

Ladeo la cabeza y me pregunto si realmente es por el trabajo.

Si no hay algo más.

Esa noche me obliga a dormir en su apartamento de nuevo y l
verdad es que no me opongo. Creo que mi amiga me necesita más de l
que demuestra.

CAPÍTULO 14

La ruina



Un nuevo día, un nuevo reto.

Durante tooodo el camino hacia mi casa, Julia se dedica a preguntar:

—¿Estás segura de esto?

La adoro, ¿pero puedo estrangularla?

He pasado dos noches con ella y me ha resultado evidente que quería que me quedara indefinidamente. Mi amiga es un tesoro, pero el chico asiático y guapísimo que conoció en el bar, Scott, ha resultado ser un encanto y han empezado a salir.

No quiero joderles los polvos del principio de la relación, son los mejores.

—La policía ha dicho que es mucho más probable que lo encuentren si tienen más pruebas.

Me frena en la entrada de casa con la misma mano con la que sujeta mi móvil, pues ha estado comprobando las cámaras sin parar.

—Anastasia.

—*Julia*.

—No quiero que la prueba que confirma que te acosaban sea la de tu cuerpo inerte en el suelo.

—No seas dramática.

—Sabes que conozco muchos casos como el tuyo.

—Porque eres enfermera y trabajas a menudo con la policía. —Los ha ayudado con la investigación de algunos casos, mi amiga es una pasada.

—Tienes que irte de esta casa.

—Ni hablar, me pilla muy cerca del trabajo.

—Anastasia.

—Escucha —la sujeto por los hombros—, voy a estar bien. Han comprobado todas las rejas del edificio, incluso las cerraduras de las ventanas del piso de arriba, al que yo ya no puedo acceder.

—Pero las quitó una vez, puede volver a hacerlo.

Sí. Puede. Y esa verdad no hace que tenga menos miedo precisamente.

Julia entra conmigo y trata de enseñarme algunas llaves de taekwondo que demuestran que ella no desaprovechó su niñez. *Maldita sea mi adicción a la lectura.*

Cenamos comida china y ponemos una romcom a la que ninguna le hace mucho caso.

A ambas nos va más el cine de terror mezclado con escenas de sexo salvaje con hombres enmascarados. *Pero resulta que puedes ser una psicópata en gustos, pero no en la vida real. Tener un acosador no es para nada como en las películas.*

«Entonces háblale de él a Julia. Cuéntaselo todo», dice una voz en mi cabeza. Una que ignoro.

A eso de las doce, cuando insiste en quedarse a dormir, me niego en redondo. Puede que esté chiflada por quedarme aquí, pero, ¿que se quede Juls? ¡Ni hablar!

—Fíjate, si ya me he quedado frita en tu sofá —apoya la cabeza en un cojín y cierra los ojos.

Me veo obligada a infligir un ataque de cosquillas. Lo sé, soy una persona horrible. Pero funciona.

En cuanto me quedo sola, decido darme un baño de burbujas para deshacerme de la tensión que me ha provocado pasarme todo el día fingiendo estar bien. Funciona. Sobre todo porque el baño tiene pestillo.

Me seco un poco el pelo con la toalla y luego la envuelvo alrededor de mi cuerpo.

Abro la puerta del baño y en cuanto pongo un pie en el pasillo con los pies descalzos, frunzo el ceño confundida. Desvío la mirada hacia abajo, sin entender qué es ese tacto rugoso y seco. Encuentro una pequeña cartulina en el suelo. Una nota escrita en un papel caro que dice:

Te he echado de menos, Corderito.

Emito un gemido sordo y ahogado.

Estaba al otro lado de la puerta. Mientras me bañaba. ¡El puto psicópata! ¿Cómo ha entrado? ¿Sigue aquí?

Corro de vuelta al baño a por el móvil y compruebo las cámaras. No hay nada. Ni nadie.

No es posible. ¿Qué es, un puto fantasma?

Llamo a la comisaría local, desde la que envían siempre a las patrullas, y no doy crédito a lo que escucho cuando un policía confundido me dice:

—Esta tarde se ha cerrado el caso.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? ¡Pero si aún no habéis dado con él!

—Hemos recibido una carta detallada suya, señorita Valestri. Una que explicaba todas las falsas alarmas y los malos entendidos con uno de sus vecinos. ¿No la ha escrito usted?

—¡No! —chillo deseando poder sacudir al hombre tras el teléfono.

Me aseguran que una patrulla viene directa hacia aquí y que no tardará nada.

Tengo miedo de salir del baño, pero me envalentono al saber que pronto dejaré de estar sola. Corro a la cocina a por uno de mis cuchillos. *O sesenta.* Allí encuentro fotos. Son de Matthew, el tío de la discoteca que salió corriendo de aquí antes de que nos acostáramos debidamente.

Está… Muerto. De una forma espantosa.

—Dios. ¡Dios! —chillo.

También hay una nota. Mi visión se vuelve borrosa unos instantes por el estrés, la ansiedad y el miedo, pero termino enfocando y viéndolo todo.

No me gusta compartir, ni que nos interrumpan.
Despacha a la policía, diles que todo está bien.
No vuelvas a hablarle de mí a nadie…
A menos que quieras que les pase lo mismo que a Matthew, Corderito.

Tiemblo de pies a cabeza. Me atraganto con mi propia saliva. La nota está junto a TODOS mis cuchillos. Como si le diera igual que los cogiera. Como si fuera un corderito inofensivo que nada puede hacer contra el lobo feroz. Ni se ha molestado en robarme uno siquiera.

Oigo sirenas.

¿Juls? ¿Le haría esto a mi mejor amiga si se lo contara todo? Puede que esté muy asustada, pero prefiero ser yo la que siga los pasos de Matthew antes que mi amiga.

—Policía, abra la puerta —oigo y corro hacia esa voz femenina como si fuera mi salvación, pero en cuanto abro la puerta me cambia el chip.

Una mujer y un hombre de mediana edad me miran preocupados y en alerta. *No puedes hacerles eso, Anastasia. No puedes ser la responsable de su muerte.*

Me hacen varias preguntas que no escucho. Intentan entrar en casa pero les freno.

—Lo siento, no debería haber llamado. Me he dado cuenta de que la nota era antigua.

—¿No ha escuchado ruidos?

—No, esta noche no. Creo que solo estoy cansada. Han sido unos días muy estresantes. —Me cruzo de brazos para disimular lo que me tiembla el cuerpo.

Comparten una mirada. No termino de convencerlos y ahora mismo sus vidas dependen de ello. *Matthew está muerto. Muerto y re muerto.* Contengo las arcadas como puedo.

—¿Pero usted no escribió la carta, verdad? —la policía entrecierra los ojos.

—Mi mejor amiga —improviso en voz bien alta, por si está escuchando—. La he llamado… todo había sido una broma suya. Lo siento tanto. Me disculpo por todas las molestias ocasionadas.

—El aviso decía que estaba alterada y en peligro —interviene el hombre con mirada de padre preocupado—. Señorita, ¿puede hablar con libertad? ¿Está usted ahora en peligro?

Joder, no. Y sí. En ese orden.

—Sí, sí, claro que puedo hablar con libertad. Y no he estado nunca en peligro en esta casa. Lo siento. Quizá es por vivir aquí y encima sola o por tener una amiga a la que le gustan las bromas pesadas. Creo que voy a mudarme a otro edificio. Uno nuevo y sin historias tétricas –

aprieto la toalla que me rodea el cuerpo—. Debería ir ya a cambiarme
El aire de fuera es frío y me estoy helando.

Resulta ser la excusa perfecta para que se marchen. Al llegar a m
habitación y echar el cerrojo, compruebo que no hay nadie escondid
bajo mi cama o dentro del armario. Este lugar es inmenso y siempre m
había parecido un puntazo, pero ahora preferiría vivir en una caja d
cerillas.

Se me contrae el estómago cuando la veo. Hay una nota sobre m
almohada, en mi cama. Me muerdo el labio inferior con fuerza. Miro
través de la ventana por si me está viendo, pero ahí fuera solo ha
oscuridad.

Buena chica.
Como recompensa, esta noche te dejaré dormir.
Sueña conmigo, Corderito.

Trato de ignorar la calidez que chorrea por mi piel y cómo mi puls
se acelera como no debería al releer las dos primeras palabras.

Debo estar mal de la cabeza porque no puedo estar excitad
mientras lloro desconsoladamente. A ver, ya sabía que lo estaba, per
es evidente que estoy *muy* mal de la cabeza.

Y también lo es que voy a salir en las necrológicas.

CAPÍTULO 15

El verdugo



Mi almacén es mi santuario. Me siento tan a gusto en él que podría dormir aquí sin problema.

El espacio se abre nada más cruzar las puertas dobles por las que caben varios coches. Es un espacio enorme sostenido por vigas de hierro muy altas y no, no me darían ningún premio a la mejor decoración, pero a mí eso me da igual. Al fin y al cabo, a este lugar es a donde traigo a muchos desgraciados a morir.

A la derecha, pegados a la pared, están las mesas con los monitores y las torres de los ordenadores, alineados como un altar tecnológico. El zumbido de las máquinas llena el silencio como un enjambre eléctrico que nunca duerme y, la verdad, me gusta. Me funciona de ruido blanco.

En un lateral de la planta baja, junto a las escaleras que dan a los pisos superiores, hay algunas sillas ancladas al suelo con correas de cuero desgastado y hebillas. Cualquiera podrá imaginarse para qué ¿no?

En los pisos superiores están las celdas. Ahí es donde meto a los que van a morir si tengo que ocuparme de más de uno a la vez. Me gusta que cada escoria humana tenga su momento de tortura. No es algo que quiera hacer en cadena y sin disfrutarlo, ¿sabes? La diversión debe ser parte del proceso.

Pero si me preguntan a mí, la parte favorita de este almacén no es ninguna de las mencionadas.

En el centro de la planta baja hay una parte del suelo que se desliza y, solo con pulsar un botón, se genera un hueco esférico con una caída de unos cinco metros de profundidad. Al final de dicha caída hay una piscina con ácido sulfúrico, capaz de dejar cualquier cuerpo irreconocible.

Esa es mi parte favorita.

En cualquier caso, termino de limpiarlo todo sin dejar pruebas de mi último rato de diversiones. Entonces abro una carta.

Su carta.

La pasada noche cumplí mi palabra, igual que hizo Anastasia. Ella despachó a la policía y yo la dejé pasar una noche tranquila.

Pero a la mañana siguiente se le ocurrió dejar en el buzón de la comisaría una carta en la que lo contaba todo. Una que ahora tengo yo en mis manos.

—Pero qué letra más bonita tiene mi Corderito.

«Me está persiguiendo», «tienen que ayudarme»…

Sonrío. Hay algo muy interesante en su carta. ¿Les ha contado que la primera vez que nos vimos, yo tenía un arma y ella tenía los ojos impregnados de miedo y deseo? *No*. Tampoco les ha comentado que soy yo quien la acosa, y estoy seguro de que a estas alturas ya sabe que soy el enmascarado del 7-Eleven que la cubrió con su cuerpo cuando un idiota la apuntó con el arma.

Lo cual lo hace todo mucho más interesante.

Voy a tener que hacerle entender que esto de escribir cartas traicionando mi confianza tampoco puede hacerlo. Chisto la lengua. *Mi chica rebelde. ¿Cuánto me va a costar que se comporte como una buena chica?*

Se suponía que esta noche podría pasarme por su casa, pero Lina me reclama. Es urgente, así que cojo la moto y me dirijo al refugio.



—No creía que pudieras venir tan rápido —dice en cuanto me quito el casco mientras se hace una coleta alta con su larga melena rubia. Apago la moto y pregunta con sorna—: ¿Tu trabajo de policía tiene horario flexible?

—Ahora mismo estoy de vacaciones. Quisieron darme una compensación monetaria por los criminales a los que ayudé a encarcelar y les dije que podían ahorrárselo si a cambio me daban unos días.

Tengo dinero de sobra y me apetece mucho más disponer de unos días para estar con mi Corderito sin que nadie me toque los cojones.

Lo cierto es que solo trabajo en comisaría para tener una coartada cuando me conviene. Para no levantar sospechas y eliminar todas las pruebas cuando me plazca.

—Suerte la mía.

—¿Qué ha pasado?

—Evangeline ha preguntado por ti.

Entramos en el recinto rodeado de árboles, flores y calma. El agua del pequeño estanque está tranquila, como si todos los peces siguieran nuestro horario de sueño. *¿Lo hacen? Lo cierto es que no tengo ni idea.* Cruzamos el vestíbulo y llegamos al patio, donde está el jaleo. Veo a algunas de las mujeres que reconozco y aprecio, pero en quien me fijo es en la nueva.

—¡No quiero hablar con ninguna de vosotras, dejadme en paz! —chilla Evangeline, alterada, despeinada y con el pijama arrugado—. ¿De verdad creéis que puede ayudarme oír historias horribles como esas? ¡Solo quiero...!

—¿Qué quieres? —mi voz hace eco en el silencio.

—*Varek* —deja caer los hombros y duda un segundo, pero solo uno.

Viene corriendo hacia mí y me rodea con ambos brazos.

—¿Qué ha pasado?

—No quiero estar aquí.

Le hago un gesto a Lina y al resto y me la llevo hacia los jardines para hablar. Me cuesta un buen rato sacarle alguna frase coherente pues Evangeline no deja de llorar.

Puede que sea un poco obsesivo, que me haya vuelto adicto al olor de Anastasia, a observarla, a oír su voz. Puede que me la ponga muy dura ver lo calladita que se queda cuando me tiene cerca.

La excitación que llega cuando el miedo desaparece de sus ojos y la sumisión, forman un pack irresistible para mí.

Pero yo no voy a traumarla como hicieron con estas mujeres. No voy a destrozarla de esa manera. Lo que yo haré será abrirle las puertas de verdadero placer. Acatar las órdenes que la chispa de su mirada me suplican que siga.

Evangeline se queda mirando las rosas blancas que hay junto a la fuente, pero sé que su mente está mucho más lejos que eso.

—¿No quieres estar aquí? —pregunto cuando se calma.

—Lina es un encanto, es solo que preferiría...

—¿Qué?

—Hablar contigo —suelta como si fuera algo malo, o temiera decepcionarme.

Veo a Lara en ella. Supongo que esa fue otra de las razones por las que me ensañé tanto con el puto Matthew.

—Esas mujeres han pasado por experiencias similares a la tuya Evangeline. Ya sea por un padre, un hermano, un exnovio…

—Lo sé, lo sé —me corta—. Es solo que saber que no soy la única que ha pasado por algo fuerte no lo hace mejor. Para mí no. Sé que a ellas les ha funcionado, me lo han dicho varias, pero creo que si sigo escuchándolas me volveré loca. Cuentan unas historias *horribles*.

La verdad es que sí. Pero no hablar de ellas no hará que nada sea menos terrible. La aceptación es una parte primordial para sanar.

—¿Y qué lo haría mejor? —pregunto.

—¿Hablar contigo? —hace una mueca—. Tú me salvaste. Creo que eres el único hombre en el que voy a ser capaz de confiar en la vida.

—¿Te viene bien a las cinco?

Alza las cejas sorprendida. Llorosa. Vulnerable.

—¿Cada día?

Asiento.

—Hasta que dejes de necesitarme, sí, cada día.

Pasan los días…

CAPÍTULO 16

El verdugo



Soy Varek Kaelven, el puto verdugo de Seattle y eso no me ha dejado mucho tiempo libre últimamente. He encontrado nuevas víctimas que salvar hasta el punto de necesitar refuerzos. Llevarlas con Lina, darles su merecido a sus agresores y hablar con Evangeline me ha ocupado mucho tiempo.

Así que cuando por fin llego a mi casa, estoy hecho polvo. Me doy una ducha rápida y entro en la sala de las cámaras. Cada noche me quedo dormido en esta silla, viendo a Anastasia asomada a la ventana de su dormitorio.

Noche tras noche.

Esperándome.

Me echas de menos, ¿Corderito?

Sonrío de lado sin poder evitarlo y siento cómo se me pone dura. Me la cojo a través del pantalón y me la masajeo mientras saco el móvil. Me muero de ganas de pajearme solo con verla con uno de esos putos pijamas sexys a rabiar. *¿Qué digo? Puedo correrme solo con verla* Aunque reconozco que esos pijamas... El de hoy es un camisón corto negro, de seda, y me pone enfermo.

Anastasia se estira, se levanta y va hacia su cómoda para calzarse uno de esos calcetines suaves y muy gruesos que le llegan hasta las rodillas. Cuando mi Corderito se inclina hacia delante, veo la poca tela que le cubre el culo. Gruño. Su escasa ropa interior hace que la polla me dé una sacudida. *Su coño adornado con encaje rojo. Joder, ¿por qué me castiga de esta manera?*

En vez de sucumbir al placer, de masturbarme pensando en ella como ha ocurrido tantas otras veces, hago algo más productivo que eso

Algo... *mejor*.

CAPÍTULO 17

La ruina



Encuentro otra vez al gato. Es toda una casualidad, de repente lo oigo comerse tan ricamente la comida que alguien (yo) le ha dejado en mi entrada. Que la comida viniera con un platito negro con forma de puñal ensangrentado, también es casualidad.

Vale, se lo he comprado yo, pero, ¿y si sus dueños están fuera y se han olvidado de dejarle papeo? Peor, ¿y si resulta que este soborno no es suficiente para que me suplique que lo adopte?

Alza la vista cuando termina y tiene los bigotes manchados.

—Qué adorable —me arranca una risa ronca y los ojos azules del gato blanco se clavan sobre los míos con una intensidad aplastante y demoledora.

Y de pronto:

Le echas de menos.

Me caigo de culo ahogando un grito.

Sigue mirándome con su iris azul-hipnótico y esas cuatro palabras se repiten en bucle en mi cabeza.

Le echas de menos.

Me levanto a toda prisa, entro en casa y cierro tras de mí. Veo al felino irse a la carrera, pero mi ritmo cardíaco no mejora. *Eso no acaba de pasar*. Me llevo la mano al pecho. *Tranquila, Anastasia, aquí no ha pasado nada.*

Nada de nada.

—Solo estás cansada, solo eso —me digo.

Subo al baño a toda prisa para darme una ducha fría que me espabile. Pongo la música a todo volumen.



Después de cenar, ya no me acuerdo de nada.

Han sido los mejores días de la historia, esa es la pura verdad. M acosador me ha dejado en paz, así que no me siento tan mal por habe mentido a mi mejor amiga a la cara cuando me preguntó si había pasado algo más.

Aun así, la espera me está matando. *Mató a Matthew por celos. N va a olvidarse de mí tan fácilmente.* Este es el momento de la película donde la tonta protagonista ya sabe que hay fantasmas en su sótano y se mete en él de todas formas con la única protección de una linterna.

Yo sigo teniendo rejas en mi ventana, pero me siento a esperarl cada noche. Esa es la pura verdad. No porque me haya enganchado a tira y afloja, porque quiero que venga. Aquí. ¿Para qué? Fácil.

Para así poder matarlo.

Si es en mi casa, sería defensa personal, ¿no?

—¿Pero qué estás diciendo, Anastasia? Tú no eres una asesina – susurro para mí.

Madre mía, tengo que contárselo a alguien. A Juls, por lo menos ¡¿Pero y si le pasara algo?!

Estoy con el camisón puesto, asomada a la ventana y sé que debería irme a dormir, pero no puedo. *No quiero*. De repente, me vibra e móvil. La única que podría escribirme a estas horas es mi mejor amiga pero cuando desbloqueo la pantalla me doy cuenta de que no es ella.

Número oculto: ¿Estás esperándome, Corderito?

Mis ojos vuelan al exterior tan rápido que podría haberme partid el cuello en el acto. Lo busco, pero no está por ninguna parte. El aire e mis pulmones se vuelve un bien de lujo que no puedo pagar y el puls me late tan desbocado en las sienes que no siento otra cosa. *Corderito* La sangre me hierve.

El móvil me vibra en la palma de la mano.

Número oculto: Espero que hayas aprendido la lección y no vuelvas a darle lo que es mío a nadie. Ni a llamar a la policía. Ahora estamos solos tú y yo.

Número oculto: Pd, ese camisón negro me está volviendo loco.

Estoy cabreada. Más que eso. *¿Quién narices se cree que es?* Suelto el móvil y cierro las cortinas. Me paso de un lado a otro con la respiración atascada, pensando qué hacer.

Saco mi lista de contactos y busco a mis ex. Sé de unos cuantos que estarían más que dispuestos a una noche de sexo sin compromiso. ¿Con quién podría demostrarle a ese psicópata que soy yo la que tiene las riendas de mi vida?

—¿Dylan, tal vez? ¿Anthony?

Recibo otro mensaje.

Número oculto: ¿Estás pensando quién es el siguiente hombre que quieres que asesine?

Chillo.

Puede oírme. *Y verme.* Alzo la vista y busco por la habitación. Me hago con la cámara de seguridad instalada en la esquina de mi dormitorio, la arranco de su sitio y la pateo hasta destrozarla.

Toma eso, hacker de los cojones.

Luego salgo de mi dormitorio y me cargo el resto de las cámaras de seguridad de la casa. Esta noche me toca a mí enviarte un mensaje.

Anastasia: No se lo diré a nadie porque no quiero despertarme una mañana y descubrir que los has asesinado. Pero no voy a ser tuya.

Número oculto: Ya lo eres.

Anastasia: Tendrás que matarme para conseguirlo. BUENA SUERTE SI NO TE VA LA NECROFILIA, CABRÓN.

CAPÍTULO 18

La ruina



A la mañana siguiente tengo una idea. Mirando en toda direcciones, cambio de ruta para ir al trabajo.

Le cuento una trola a Julia, diciendo que no puedo desayunar co ella porque tengo unos dolores de regla espantosos (algo que suel pasarme) y que iré directamente al trabajo.

Pero no es allí a donde voy.

Es temprano, el cielo está gris y llueve un poco, pero no tengo frío Debería, pero lo que siento es un fuego descontrolado dentro de mí Uno del que no consigo zafarme. Está en mi cabeza. En otras zonas má al sur de mi cuerpo.

Me voy a volver loca.

Me cargué tooodas las cámaras después de saber que había conseguido hackearlas, ¿pero y si también tiene micrófonos que no h visto? ¿Y si tiene acceso a mi teléfono y puede ver mi registro d llamadas? No puedo arriesgarme, así que voy a la comisarí personalmente.

Entro desde el aparcamiento, aunque no he cogido el coche, por s acaso. Nunca lo cojo para ir al trabajo y no quería hacer nada qu provocara que sus alarmas se encendieran.

El plan es el siguiente: ir y llorar. Es un buen plan, a mis ojos porque no dejará rastro de ningún tipo. He apagado el móvil y sé qu un hacker novato no podría acceder a la red policial ni en mil vidas. E el plan perfecto.

Estoy a punto de subir las escaleras de la entrada cuando oigo u silbido. Ni siquiera sé por qué ladeo la cabeza en dirección al sonido.

Pero ahí está.

Entre dos árboles, con la capucha puesta. Observándome.

Noto un cosquilleo mordiéndome la capa superficial de la piel y u airecillo gélido en la nuca que susurra la nana de la muerte. Ni siquier pestañeo y de respirar ya ni hablamos. Es por eso por lo que mi cerebr

no tiene oportunidad de reaccionar. Es por eso que cuando se acerca y camina hasta mí, yo ni siquiera doy un paso atrás para impedírselo.

Se quita la capucha y deja a la vista una mata de pelo oscuro que contrasta con la claridad de su mirada. Dos, dos cicatrices, dos que reconozco muy bien. Trago saliva y él da el último paso que le falta para que la punta de nuestros zapatos choquen.

Es él. El atracador, el del arma, el del 7-Eleven.

Lo sabía.

Ahora sin nada que le cubra la cara, puedo ver que... está buenísimo. Irrelevante, pero un hecho. Sus ojos siguen siendo un cúmulo de vetas en tonos verdes claros imposibles. Siguen transmitiéndome frialdad mezclada con ese aura magnética que me impide apartar la mirada. Mi corazón tropieza consigo mismo por todas las razones equivocadas. Es un arma silenciosa y letal, pero su boca tampoco me deja indiferente.

Mi miedo se dispara demostrando que tengo el instinto de supervivencia de una tortuga vaga que se pone a dormir delante de la boca del león. O quizá soy un corderito estúpido jugando en la boca del lobo.

Emito un jadeo ahogado. Es posible que mi alma abandone mi cuerpo en los próximos segundos. El corazón me va a mil por hora y el calor me quema por dentro.

—Eres tú —digo como una idiota.

Es tan alto que tengo que dejarme el cuello para mirarlo a los ojos.

Él curva los labios en una ligera sonrisa satisfecha. Burlona, incluso. Como si algo de esto tuviera la más mínima gracia.

—Ibas muy decidida a hablar con la policía, ¿ahora te has quedado muda?

Su voz. Dios santo *su voz*. Es un arañazo de garganta. Es ronca como si se hubiera pasado la vida fumando... o gritando. Es inoportunamente sexy, masculina y arrebatadora.

Sus cicatrices le dan un aspecto aún más peligroso que el hecho de que me esté acosando y sea un atracador. No estoy loca, voy a salir corriendo, pero él tiene unas piernas como dos putas columnas. Ah, y los hombros más anchos que un quarterback. ¿Y los bíceps? Esos son más grandes que mi cabeza.

Que sea tan inmenso me da miedo, me pone en desventaja y... me pone a secas. *Soy una perturbada. Merezco lo que me pase.*

Alza la mano hacia mí y por instinto, me llevo la mía al bolsillo y saco el spray de pimienta. Antes de que tenga oportunidad de rociarle ya me lo ha quitado y está entre sus dedos. No es que sea lenta hasta el punto más decepcionante posible, es que él es rapidísimo.

—¿Te gusta jugar, eh? —pregunta en tono sensual y cachondo, como si el hecho de que hubiera estado a punto de dejarlo temporalmente ciego fuera lo más divertido que se le ocurre.

Soy una gallina a la que están apretando el pescuezo segundos antes de partírselo, no me llega oxígeno a la cabeza.

Todo está inundado por el terror líquido y algo más ardiente que la lava.

—¿Q-qué quieres de mí? ¿Por qué me estás haciendo esto? Mira, si piensas que llamé a la policía durante el atraco te equivocas. Estaba cogiendo un sándwich de las neveras y no hice nada.

—Ya lo sé. He visto el registro de tus llamadas.

Que admita tan libremente haber violado mi intimidad cibernética y haberse colado en mi móvil es… Nunca he tenido tanto miedo. Ni ganas de vomitar. *Voy a morir joven y tonta, es evidente*.

Mis ojos vuelan hacia el edificio de la comisaría. Hay algunos agentes en la entrada. Podría gritar.

—Yo que tú me lo pensaría mejor, Corderito. No saldría bien… para ti.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí. Aunque si quieres una segunda opinión, puedes preguntárselo a Matthew.

Será hijo de…

—Te odio —mascullo apretando los dientes.

—Ya cambiarás de opinión.

—No, qué va. Lo que voy a hacer es matarte. O morir en el intento.

Se ríe. Suelta una puta y jodida carcajada en mi cara. Lo peor es que es grave y reverbera por mi piel, mis células y en zonas de mi cuerpo que me hacen sentir traicionada por mí misma.

—¿Eso crees?

—Lo sé. Estoy segura. Lo de la necrofilia iba muy en serio.

—¿Pues sabes qué es lo que creo yo, Anastasia? —oírle pronunciar mi nombre por primera vez me desestabiliza. Luego toca la punta de mi barbilla con los dedos y siento ganas de gritar y un chispazo de adrenalina que me impide apartarme—. Que estás muerta de ganas de que te toque.

—En tus sueños.

—¿Entonces por qué no le has dicho a tu amiga que era yo el que estaba merodeando por tu casa? ¿O a la policía? ¿Por qué de todas las veces que los agentes han ido a tu casa, no has mencionado nuestro encuentro ni una sola? —se acerca más y susurra—: Yo sé por qué.

Aprieto los puños.

Retorcido montón de…

—¿Y sabes qué más? —su voz se convierte en humo que me intoxica cuando lo inhalo en contra de mi voluntad—. Creo que vas a suplicarme que te meta la polla hasta el fondo más pronto que tarde.

Se me abren los ojos por el horror. Jamás querría eso. Ni en un millón de años. Y estoy a punto de dejárselo claro cuando un par de agentes pasan cerca de nosotros y dicen:

—Buenos días, Kaelven.

—Buenos días —le responde en tono cordial y ronco sin dejar de mirarme.

Volvemos a quedarnos solos. La mandíbula ya se me ha caído hasta los pies.

—N-no —tartamudeo con un puñado de piezas que no encajan—. No es posible. Tú eras el ladrón.

Se inclina hacia mí. Hasta mi oreja. Hasta que siento su aliento cálido rozándome el lóbulo y la sangre bajando a una zona muy concreta y desesperada de mi cuerpo.

—Soy muchas cosas, Corderito. Pero tú eres mía.

Me doy la vuelta y corro. Es probable que darle la espalda a un perturbado no sea lo ideal, pero es lo que hago. No me siento mejor cuando consigo poner tierra de por medio porque lo que ha dicho es una daga que me atraviesa el estómago.

Porque tiene razón. No he hecho lo que debería. ¿Por qué no le hablé de él a la policía cuando tuve la oportunidad? ¿Por qué no les dije que en el 7-Eleven ese perturbado con el arma se me quedó mirando como si quisiera algo de mí?

«Porque tú también te lo quedaste mirando. Y porque se puso delante de ti para cubrirte» dice una voz susurrando en mi cabeza. Pero… pero… ¡eso no es suficiente motivo! *¿Qué significa esto? ¿Que voy a dejar que me acose? ¿Que quiero que lo haga? No puedo estar tan loca.*

Para mi desgracia, al llegar a la oficina y ocupar mi mesa, encuentro una nota doblada. Estoy por quemarla, pero la curiosidad me puede.

Pero qué chica más mala.
¿Sabes el dinero que me va a costar volver a poner todas esas cámaras?
Voy a pensar en el castigo que te mereces, Corderito.
No va a ser bonito.

CAPÍTULO 19

El verdugo



En la comisaría de poca monta en la que trabajo nunca pasa nada interesante. Por eso la escogí.

Las únicas veces que he trabajado en algún caso más importante ha sido cuando alguien de arriba ha venido a buscarme. Lo cual para mí es una putada que me evita poder pasar desapercibido y dedicarme a mi verdadero trabajo. Pero al ser ex-militar... bueno, digamos que tienen mucha información sobre mi agilidad con las armas, así que a veces tengo las manos atadas.

Actuar como un buen tipo para que nadie sospeche que descuartizo varias personas a la semana, es un buen plan.

En cualquier caso, ahora estoy libre, así que estoy investigando a Jeremiah Thomson. ¿Nos acordamos del político al que liquidé hace poco por maltratar a su hija? ¿El puto Christopher Thomson de los cojones? Jeremiah es el padre de Christopher, el abuelo de dicha adolescente y me han saltado algunas alarmas.

Principalmente porque la cría está muerta.

Tengo algunos de mis mejores hombres investigándolo. En total, a unas treinta personas de mi confianza trabajando en ello. Pero a la hora de la verdad, no permito que nadie me robe el trabajo sucio porque me encanta. De matar siempre me encargo yo. Soy un sádico que está muy mal de la cabeza, no, no me escondo.

Dedico mis horas de trabajo a investigar a Jeremiah, a hablar con Evangeline por teléfono si me necesita, pero en cuanto bajo la guardia mi mente vuela hacia un solo nombre.

Anastasia Valestri.

Cuando mi resistencia se agota y el impulso toma el control, abro mi ordenador privado y paso por encima de todas las fotos que tengo de ella. Aún no he tenido oportunidad de repasar al completo las de la colección de su móvil. En su mayoría son de su mejor amiga Julia

Jones, que no me interesa para nada, y ella. En realidad, no me interesa lo más mínimo nadie que no sea Anastasia.

Nunca he conocido a nadie como ella.

Nunca he visto ese fuego rugiendo con voracidad en una situación extrema en la que cualquier otra persona se mearía encima.

Es única. Y tiene que ser mía.

Deslizo el pulgar por su galería y de repente: *boom*.

—Joder —gruño al ver…

Dios.

—¿Todo bien? —pregunta el carcamal de Gerald, a punto de jubilarse.

—Claro —respondo inexpresivo cerrando el portátil y llevándome el móvil al baño.

Apoyo la frente en los azulejos grises y exhalo el aire contenido.

No está desnuda, pero sí en lencería muy provocativa. Negra. Lleva un collar de una tétrica araña que se cuela entre los pechos. O entre sus labios, cuando lo muerde.

¿Por qué se haría estas fotos, joder?

Me aprieto la polla cuando amenaza con salirse de mi pantalón. Hay más. En la bañera. Desnuda. Con burbujas de jabón estratégicamente colocadas, pero no lo suficiente como para que no me vuelva loco.

¿Esto se lo ha enviado a alguien?

La ira me nubla el juicio y supera incluso mi erección. No voy a actuar como un posesivo celoso revisándole las conversaciones que ha tenido con cualquiera con nombre de tío. Me cojo la polla cediendo a lo que quieren las imágenes. A lo que me piden sus ojos pardos que haga a través de la pantalla. Me cabrean muchas cosas de esto, que no esté aquí conmigo, la primera.

Follarme la mano con rabia es más satisfactorio de lo que podría parecer.

Pierdo el control sin dejar de mirarla a ella. Mi dueña, mi reina, mi diosa.

Mía.

Al terminar de lidiar con mis asuntos, salgo del baño y Lucas me llama al móvil. Es un buen hacker, aunque como tiene ocho años menos que yo, a mis treinta y cinco sigo preguntándome por qué he contratado a un crío como él. Digamos que tenía enchufe.

—¿Qué quieres? —gruño.

—Uhh, el jefe está de mal humor.

Sí. Sí, joder. ¿Qué soy un puto quinceañero que no sabe hacer otra cosa que empalmarse, pajearse y repetir? Se supone que soy yo quien tiene que someterla a ella. Quien tiene que hacer que se doblegue.

—¿Qué mierda quieres?

—Lo que me has enviado de Jeremiah me ha dado que pensar. He estado curioseando en su horario, los bares que frecuenta, a dónde va después del trabajo.

—¿Esta conversación se vuelve interesante en algún momento?

—Ha estado frecuentando varios institutos, pero no al que iba su única nieta. De hecho, fue a un par tras el funeral de Christopher. Lo más curioso de todo es, que no va con su coche. Sino en un furgón.

Me largo de la comisaría.

Es hora de llenar un tanque de ácido y de mancharse las manos de sangre.

Varios días después.

CAPÍTULO 20

La ruina



Me he quedado en la oficina. ¿Por qué? Porque aquí no puede juga conmigo.

Lo cierto es que a mí la biología marina me importa bastante poco igual que los informes que hago al respecto, pero mis padres no querían que estudiara cine *mi verdadera pasión*, me especializara en el terro y me muriera de hambre, así que aquí estamos.

Es genial cuando tu familia no cree en ti y tú tampoco.

Pasan de las nueve de la noche y, la verdad, no sé cuál es el plan ¿Quedarme aquí hasta que se haga de día, subir a ducharme a gimnasio de la azotea y fingir delante de mis compañeros que esta no e la ropa que llevaba el día anterior? A mí me suena a buen plan.

De repente, mi móvil vibra.

Número oculto: ¿Trabajando hasta tarde?
Anastasia: Muérete.

Pasan los minutos y yo sigo tecleando en el ordenador mi informe sobre criaturas marinas en peligro de extinción. La biología marina e un mundo fascinante.

No para mí, para otra gente.

Yo solo escribo artículos ingeniosos con chascarrillos porque lo científicos aburridos me pagan.

Número oculto: Sé lo que estás haciendo.

Reconozco que he sido muy rápida en leerlo. Casi podría decirse qu he saltado al móvil ansiosa. Pero esta vez no le contesto. Yo también s jugar a eso.

No sabes nada de mí. Ni lo harás. Esto va a acabar antes de empezar.

Abro mis contactos en el móvil para llamar a Juls y distraerme cuando lo veo. La mandíbula se me abre tanto que me da contra la mesa. Todos mis contactos, todos a excepción de Juls, han desaparecido.

Me. Ha. Borrado. Mis. Contactos.

Número oculto: Vamos a jugar a algo, Corderito. Tú te escondes, y yo te encuentro.

Estoy lista para ignorar también ese mensaje cuando todas las luces de la planta desértica en la que me encuentro se apagan. Se me eriza el vello de la nuca y mis manos se petrifican sobre las teclas.

Nonononononono.

Enciendo la linterna de mi móvil como acto reflejo. *Esta es la parte de la película donde la rubia tonta muere. Pero yo no soy rubia, joder, ni tonta.*

Oigo el *ding* del ascensor y en un segundo mis rodillas dan contra el suelo. *No puede ser.* Empiezo a gatear, silenciosa, jadeante, cagándome en todo y muerta de miedo.

Es capaz de entrar en mi casa cuando quiere. En mis cámaras. En mi móvil. ¿Y también aquí? El corazón me late tan deprisa como lo hizo en el *7-Eleven*.

Oigo pasos.

Mi vida pasa por delante de mis ojos que se inundan de lágrimas.

Menuda mierda de recopilatorio, ¡¡me han faltado muchas cosas por vivir!! Juls y yo debíamos encontrar marido, celebrar infinitas fiestas de Halloween y dos bodas que dieran mucho mal rollo. Si una de nosotras acababa teniendo hijos, debía ponerle un nombre siniestro tipo Oscuridad o Temor. ¡Teníamos un plan!

Las lágrimas me caen en silencio cuando oigo pasos, pero no respiro.

—¿Anastasia?

Sorbo por la nariz y me levanto sintiendo mis piernas flaquear
Levanto la cabeza al reconocer la voz de una de mis compañeras. Co
su novio. Ambos mirándome como si hubiera perdido el juicio. La peo
parte es que la luz ha vuelto. Una parte de mí se quiere morir y la otr
exhala aliviada porque no vaya a morir todavía.

Irónico, ¿eh?



Horas después de que mi compañera se marche y quede claro que l
he jodido el polvo de oficina con su pareja y más claro todavía que m
odiará para siempre, bajo la tapa del ordenador, me quito las gafas
recojo mis cosas.

Hay una cafetería en esta misma calle que vende rollitos de canel
recién hechos a cualquier hora del día durante la temporada de otoño
Pienso que un par me ayudarán a sobrevivir a esta noche.

—¿Qué haces en la calle? —pregunta Julia al otro lado del teléfono a
poco de descolgar.

—Nada, trabajando hasta tarde.

—Odio a tu jefe. ¿Lo señalamos con el dedo en la próxima quema d
brujas?

—Por favor.

—Oye, ¿el viernes por la noche podemos salir? Ya sé que falta poc
para Halloween, pero lo necesito ya.

—Claro, ¿por qué?

—Acabo de terminar mi jornada y ha sido dura. Hoy han llegado a
hospital cinco niños que habían sido utilizados como juguetes sexuales
Estaban traumatizados y yo... digamos que me ha despertado e
instinto asesino y ahora necesito mucho alcohol para olvidar. ¿Qu
clase de hijo de puta haría algo así?

—No lo sé, es horrible. Hay gente que no debería haber nacido. ¿H
dicho algo la policía?

—No han querido soltar prenda de cómo va la investigación, lo de siempre. ¿Sabes? Creo que alguien famoso está detrás de todo y no quieren que se arme un escándalo. Oye, ¿estás bien? Suenas agitada.

—Cansada, nada más. —Freno mis pasos en seco y a duras penas sigo respirando—. Cielo, te llamo mañana, que necesito terminar unos emails. —Ni siquiera espero a que Julia conteste.

Cuelgo. Voy a darme la vuelta y a echar a correr de vuelta al edificio es lo que mi instinto de supervivencia grita que haga, pero el monstruo de ojos verdes me agarra de la muñeca y me lo impide.

Lleva un casco de moto en la otra mano e imagino que podría atizarme con él hasta abrirme la cabeza, si quisiera. Debería, ya le he dejado claro que la necrofilia es la única posibilidad que tiene conmigo.

—No te has escondido muy bien —dice cerca de mis labios agachado para poner nuestros rostros a la misma altura, obligándome a echar la cabeza hacia atrás para evitar su aliento fresco y mentolado.

—No sé de qué hablas.

—No me gustan las mentiras. Vas a ganarte otro castigo y se te están acumulando.

No sé qué decir. Tengo miedo de lo que este asesino pueda hacer con mi respuesta. Él se da cuenta de cómo se me encoge el pecho, de cómo tiemblo como una hoja y sonríe como un capullo que disfruta con esto.

—Solo voy llevarte a casa, Corderito. Las calles de la ciudad son peligrosas a estas horas de la noche.

—¿Qué parte de «que te mueras» no has entendido? —espeto antes de poder frenar mi mal genio. Desvío la mirada hacia el borde de su chaqueta de cuero y veo manchas rojas—. ¿Eso…? ¿Eso es *sangre*?

—No lo sé, ¿quieres que lo sea? —su tono afilado me produce un hormigueo sucio, cruel y perverso arrastrándose por mi espina dorsal calle abajo, recordándome que estoy en peligro y que puedo acabar muerta.

Hay gente a la que le va tirarse de un puente.

O de un avión.

Yo soy un poco más rara que eso.

CAPÍTULO 21

La ruina

Mi estómago se convierte en un pozo sin fondo de pánico por el que caigo sin freno mientras me mira.

—¿Anastasia?

—No. No quiero que lo sea.

—Entonces sube a mi moto.

—¿Por qué iba a hacer eso, a ver? —pregunto logrando hacerlo sin tartamudear.

—Porque lo deseas.

Estrecho la mirada en su dirección. Podría decirle que no. Pero no hago eso.

—¿Sueles espiar, acosar y amenazar a todas las mujeres de las que te encaprichas?

—Busca un espejo y pregúntaselo a ese «todas».

Ya claro, y ahora voy yo y me lo creo.

Me subo a su estúpida (e inmensa, sexy, monstruosa, brillante y cara) moto antes de que amenace con matar a todos los policías que respondan a la llamada de emergencias que no voy a hacer.

Él me coloca el casco y me abruma tenerlo tan cerca. Huele bien. Muy bien. Mis músculos están tan tensos que parece que estoy envasada al vacío en mi propio cuerpo. Si es que eso tiene el más mínimo sentido.

—Respira. Vas a poder soportarlo. Soy un buen conductor.

—Y un asesino.

—Acusar a un policía de algo así sin pruebas… —chista la lengua divertido mientras yo pienso en mil formas de matarlo.

Sacude la cabeza y pone su propio casco. Al levantar los brazos, una franja de piel firme se asoma sobre la cinturilla del pantalón. Tiene la típica «v» marcándole las caderas y me da rabia que la idea de pasar la lengua por ahí me empape cuando debería darme asco.

Se sube delante de mí y me pide que me abrace a su cintura si no quiero caerme y morir.

—No.

—Que te cojas a mí.

—Que te vayas a la mierda.

—No era una sugerencia.

—Lo mío tampoco.

Me gruñe. *Con soniditos animales a mí, va listo.*

—Pues por las malas, entonces. —Me da un tirón en la mano, pero la lleva más allá de su cintura.

¿Qué está...? Oigo una especie de «crrr», como de una ruedecita girando. Hace lo mismo con mi otra mano. Tardo unos segundos en entender qué acaba de pasar con mis muñecas.

No. Me. Lo. Puedo. Creer.

—¡¿Me has esposado a ti?!

—No, te he esposado a ti misma alrededor de mi cuerpo. Aunque puedo hacer cosas peores que eso, Corderito. ¿Te apetece verlas? ¿Debería enseñártelas? —El deje afilado en su voz es un zumbido que me araña el corazón y la garganta.

—Para, ¡suéltame! ¡Me duele muchísimo! —fuerzo un sollozo digno de un Oscar, aunque mis muñecas apenas notan la presión.

Es pura interpretación y sé que no me va a llevar a ninguna parte pero aún así lo intento. Casi consigo que se me salte alguna lagrimilla.

Entonces ocurre lo que menos esperaba.

El psicópata deja de regodearse, de burlarse de mí, se quita los guantes a toda prisa y me toca las muñecas con suavidad para comprobar cuánto las ha apretado.

Entonces ve que todo era cuento chino. Muuuy despacio, gira la cabeza y me mira por encima del hombro recriminándome el teatrillo. *Si mi instinto de supervivencia saliera del chat, ahora soltaría una risita de suficiencia.*

—No uses esas palabras a la ligera conmigo.

—A mí tú no me mandas.

—Esto también tendrá consecuencias —promete poniéndose los guantes de nuevo, tirando de mis manos hasta que mis pechos dan contra su espalda.

Arranca su monstruosidad de moto y ni siquiera me choca la velocidad que cogemos. Es rápido y con muy buenos reflejos. Escandaloso y totalmente despreciable. Estoy rezando porque alguien

choque contra nosotros y vea con mis propios ojos cómo se parte e cuello cuando nos detenemos al llegar a un semáforo en rojo.

Al principio no sé que está pasando. Achaco lo que siento a eso qu el miedo me ha producido siempre, aparte de escalofríos. A es ardiente parte de mí que intento esconder al mundo.

Pero esta vez no soy yo. Esto no lo está haciendo mi cuerpo.

Ohhhh, no. La moto.

CAPÍTULO 22

El verdugo



Cuatro segundos en el semáforo en rojo y Anastasia ya se revuelve a mi espalda. Puedo sentir su respiración agitada. Noto la forma en la que aprieta sus muslos contra mis piernas intentando cerrar las suyas.

Pero lo mejor de todo es que la oigo. He puesto un micrófono dentro de su casco y un auricular en el mío. Así que la oigo jadeando.

—¿Todo bien por ahí atrás, Corderito? —saboreo el resultado de mi obra.

Gruñe. Jadea. Intenta golpearme.

—¡¿Qué crees que estás haciendo?!

Podría contestarle, sí, explicárselo. Pero en vez de eso, giro la muñeca con rapidez y acelero en vacío. El motor ruge sin avanzar como un animal enjaulado, y eso a su coño lo vuelve loco.

Mi moto vibra con brusquedad y ella tiembla. Tiene miedo de que la vean y de ceder a esto, y sé bien lo que le produce el miedo. Lo supe en cuanto la vi a cuatro patas en un pasillo remoto de ese bendito 7 Eleven.

Supe que iba a ser mía.

Que iba a obsesionarme con ella como jamás me he obsesionado con nadie.

Muevo la muñeca en el manillar y acelero de nuevo sin que nos movamos del sitio. Cierro los ojos y me imagino lo mucho que su sexo estará goteando. Con gusto lamería el charco que deje en el asiento cuando acabe con ella. Anastasia gime y se retuerce mientras mi polla monta una tienda de campaña en mis pantalones.

Intenta zafarse de las esposas. No puede.

Pobre, pobre corderito desamparado. Está cada vez más mojada ¿quién la va a ayudar?

—Cuidado con tus muñecas, preciosa. Necesitarás las dos manos intactas para nuestra futura vida juntos.

Sus insultos quedan amortiguados por el jaleo. Apoya su casco en mi hombro y acelero de nuevo. Subo y bajo la agresividad de las vibraciones, para que no se lo espere, para pillarla con la guardia baja.

—¡Capullo! Pedazo de… *¡ahhhh!* —gime desmoronándose y joder qué bien suena con la voz así de rota.

Quiero arruinarla. Dejarla echa un desastre sin siquiera tocarla Quiero que se resbale del puto asiento de atrás de tanto correrse Quiero que entienda hasta que punto la domino y que la llevaré a mismísimo cielo si me lo permite.

Es una suerte que sea tarde y estemos solos aquí parados, de lo contrario tendría que sacarle los ojos a quien vea lo que está a punto de pasar.

—¿Quieres más? ¿Necesitas más, Anastasia?

Cree que no oigo lo que gime en voz baja. Quizá ella misma ni siquiera se da cuenta de lo que me está pidiendo en susurros. Pero yo lo oigo alto y claro por el auricular. *«Sí, por dios. Sí»*.

—N-no me lo pued-do creer. *Ahhh* —grita, me golpea la espalda con el casco, pero no usa esa boquita de oro para pedirme que pare.

En vez de eso, susurra lo contrario.

Se rinde. Se ablanda. Se aferra a mí. Entonces acelero en vacío tanto como puedo. Oigo su grito en mi oído. Humillado. Avergonzado. Repleto de placer. Cómo se le corta la respiración antes de correrse. Se rompe. Se hace pedazos y yo sigo acelerando hasta que termina. Hasta que el orgasmo la deja mansa contra mi espalda. Verla así trastoca todo mi universo y parte de su éxtasis pasa a través de mí dejándome tonto.

Solo entonces, arranco y dejamos atrás el semáforo.

CAPÍTULO 23

La ruina

Veo el siguiente semáforo aproximándose y yo todavía no doy crédito a lo que ha pasado, pero la calidez que empapa mi ropa interior es inequívoca. Y los temblores que aún zumban por mi piel. *El semáforo está en verde, por favor no cambies todavía.*

Verde.

Verde.

Verde.

Mi mayor fuente de miedo ahora mismo no tiene que ver con él sino conmigo. Con lo que está rugiéndome dentro. Le odio, ¡cuantísimo le odio!

Trato de calmarme, pero mi respiración no coopera, no lo consigo. Mi corazón no asimila lo que acaba de pasar. Mi entrepierna tiene muchas opiniones al respecto, pero NINGUNA que quiera oír ahora mismo.

Ámbar.

El problema está en que una vez te corres, la sensibilidad está a flor de piel y tener un segundo orgasmo es mucho más fácil. Mi sexo —que va por libre—, ha disfrutado de cada acelerón que ha dado hasta aquí.

Rojo.

Mierda. La moto se detiene y él vuelve a usar el mismo burdo truco con la diferencia de que esta vez él tira de mí, inclinándome hacia delante. Mi clítoris entra en contacto más directo contra el asiento y la vibración se vuelve… demencial. Desproporcionada. Increíble. Se me escapa un chillido de placer desde lo más profundo de mi garganta.

No soy capaz de pensar en lo que está moralmente bien.

Lo cual, me aterra.

Estoy segura de que hay muchas cosas que podría hacer para evitar esto, incluso esposada. Se me ocurren algunas. Pero mi mente no quiere que escuche esas opciones. No, cuando mis piernas tiemblan con vida propia y mi coño palpita sin control.

Es una batalla interna muy dolorosa. En cualquier otro momento disfrutaría del orgasmo que veo aproximándose a mí, pero la ética no me lo permite.

Él gira el manillar, la moto ruge, pero no nos movemos así que la vibración retumba por todo mi cuerpo. En todas direcciones. De fuera adentro y de dentro afuera. Vuelvo a gemir retorciéndome ante su atenta mirada clavada en el puto retrovisor. Sádico. Le doy otro cabezazo fuerte con el casco, pero parece que al muy psicópata le gusta verme luchando contra mí misma.

—¡Pienso sacarte los ojos de las cuencas! —grito en cuanto puedo respirar, pero él gira el manillar otra vez y se me encoge el cuerpo.

Sí. Sí, dios.

Mi espalda se arquea con el siguiente acelerón. Estoy tan excitada que aunque acabe de correrme, sé que estoy cerca de convulsionar de nuevo. Mi tanga no es barrera suficiente y voy a acabar sentada en un charco. Y él lo verá. Y yo tendré que comprarme un rifle para pegarme un tiro.

Estoy a punto. El orgasmo viene hacia mí corriendo como un F1. Se acerca más y más, mordiendo mis terminaciones nerviosas y anunciando lo que va a pasar.

Entonces el motor se apaga y la moto guarda silencio.

—No he podido evitar oír tus quejas de disgusto —dice en un tonito educado y distante que me repatea—. ¿Acaso quieres que pare?

Gimoteo. Intento decir palabras, pero no me salen.

Estaba a punto, un solo segundo más y me habría corrido quizá incluso con más intensidad que la primera vez.

La prisión en la que se convierte mi cuerpo es un fuego difícil de sofocar. Mi raciocinio cortocircuita y empiezo a oír voces raras como «frótate contra el asiento y será suficiente» o «solo un par de círculos con la cadera y el paraíso será tuyo».

El semáforo se pone verde, pero el monstruo no arranca.

—Solo una palabra, Corderito, y tendrás lo que necesitas —paladea esa última palabra como un cabrón despiadado y perverso.

—Muérete.

Enciende la moto y ruge con severidad, pero vuelve a apagar el motor antes de que consiga nada. Lo repite. Chillo rabiosa. El silencio cuando apaga su moto es tan violento como un accidente de coche en el que el vehículo da vueltas de campana antes de estrellarse.

Está torturándome. Humillándome. Dejándome claro de quién es e control. Obligándome a reconocer el deseo que no quiero que exist dentro de mí. Me da igual que no sea un ladrón. Es un asesino.

Ámbar.

Rojo.

Ámbar…

—Vamos, sé una buena chica —una de sus manos me acaricia e muslo con mimo lanzando agujas a mi bajo vientre mientras su vo retumba en mi interior y me empuja un poco más hacia el precipicio.

Buena chica. Mi perdición hecha palabras.

—Que. Te. Mueras —jadeo.

Arranca la moto cuando la luz se vuelve verde y dejamos atrás e semáforo. Ignoro el baño de decepción que me inunda y, en bucle, m repito que no la estoy sintiendo, que lo único que pasa es que l situación me está sobrepasando.

Me siento sucia. Necesitada. Defectuosa. Insuficiente. Lo que dese no está bien.

Cada giro del manillar de la moto me deja jadeando, en cad inclinación pronunciada, mi clítoris sensible e hinchado se lleva un estimulación que finjo no agradecer. Necesito dejar de pensar en ello en el orgasmo, en lo que podría haber tenido, en lo que haría po conseguir alivio.

Me doy cuenta de que no me paran de salirme sonidos vulnerable de queja de la garganta. *Soy lo peor*. Cuando quiero darme cuenta, mi caderas se han movido una vez contra el asiento, buscando más. *N puedo traicionarme más a mí misma. En serio que voy a necesitar u rifle*.

Pero entonces llegamos al siguiente semáforo en rojo y el monstru no apaga el motor.

La vibración vuelve. *Vrrrm*. Más fuerte. *Vrrrm*. Más sucia. *Vrrrm*.

Y me corro.

CAPÍTULO 24

El verdugo



Anastasia grita cuando entro en su calle y ya vemos su casa.

—Espera, espera, para. ¡Detén la moto!

—¿Qué pasa? ¿Quieres dar un rodeo más largo, Corderito? ¿Te ha quedado con ganas de más?

—¡Tienes que quitarme las esposas, ahora!

Entonces entiendo que sus exclamaciones bajas y urgentes tiener mucho que ver con quien está esperando frente a la puerta de su casa.

—¿Te avergüenzas de mí, Corderito? Me ofendes.

—Si Juls te ve, si descubre que me acosas, jamás se rendirá. Hará lo que sea para acabar contigo.

—*Adorable*.

—¡Hablo en serio! Es mi única familia y prefiero que me mates a m a que le toques un pelo a ella —dice medio llorosa.

Me quito el casco, la cojo de la cadera y de un tirón la pongo delant de mí. Encima de mi regazo. Está empapada, noto el calor qu desprende su entrepierna cuando le quito el casco.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta en voz baja, ojiplática, mirand dónde está sentada—. ¿Vas a aprovecharte de mí ahora que esto esposada? ¿A hacerlo cuando mi mejor amiga está en esta misma calle?

—Nunca me he aprovechado de una mujer.

—¿Y qué narices se supone que me has hecho con tu moto?

—¿Liberarte?

—Eres asqueroso.

Tiro de ella para juntar nuestros cuerpos todavía más. Su olo picante y dulzón me embriaga.

—Has estado muy callada cuando he apagado el motor de la moto l primera vez. Y todas las siguientes. A excepción, claro, de eso gimoteos desesperados que soltabas y que creías que no escuchaba —l doy toquecitos a su casco—, llevas un micrófono ahí dentro. He oíd *todo* lo que ha salido por tu boca.

Parece querer morirse. Pero no he acabado con ella.

—Podrías haber dicho, «no vuelvas a encenderlo» y no habría seguido. Podrías haberme pedido «haz que el motor ruja hasta que me desmaye de tanto correrme» y eso es justo lo que te habría dado. Pero tampoco lo has hecho. Sé por qué. Prefieres no admitirte lo que quieres porque así es más fácil.

—Psicoanalizada por un psicópata. Lo que hay que ver.

Sigue sin negarlo.

—Te has pasado la vida escuchando que calladita estás más guapa y ahora que alguien te dice que abras la boca, no sabes qué decir.

—Porque tú me conoces muy bien, ¿no? Y lo sabes todo de mí ¿verdad?

Sonrío satisfecho, perverso al ver el fuego de sus ojos. *Juro que si no tuviera el casco puesto…*

—¿Alguna vez has oído que los ojos son el reflejo del alma Anastasia?

—No pienso romantizar un acto tan asqueroso como lo que acaba de pasar —dice, pero sus palabras no suenan creíbles.

—¿Romantizar? Esas son palabras mayores.

Se pone roja de enfado y está todavía más guapa, pero se le llenan los ojos de lágrimas y no quiero cargarme el bonito y retorcido recuerdo de esta noche.

Sé que le estoy pidiendo mucho y que le voy a pedir mucho más muy pronto, así que cedo. Libero sus muñecas de las esposas, le quito el casco y la ayudo a bajar de la moto. Me interpongo en su camino antes de que salga pitando.

—¿Tanto la quieres?

—¿Qué parte de «es mi familia» no has entendido? —dice borde con las mejillas coloradas de tanto correrse.

—En ese caso no le haré daño.

—Ella a ti sí, si tiene la oportunidad. Márchate.

—Estás tan guapa cabreada. Esta es nuestra primera discusión de pareja, ¿te das cuenta?

—Yo no soy tu pareja —escupe asqueada.

—Tienes razón. Tú me perteneces y yo a ti también. Esto es algo más profundo que eso.

Se acerca y alza la cabeza tanto como puede.

—Te odio. Eres un asesino. Y yo nunca seré tuya.

—Ya verás como sí.

Sonrío de manera arrogante y se le contrae la cara de miedo. Nada de lo que siento por ella deja de ser turbio, pero me muero de ganas de que se reconozca que no es tan distinta a mí. Le vibra el móvil con el único contacto que dejé, el de la persona que la está esperando frente a su casa, pero no lo coge.

—Ya me has castigado en cuatro semáforos distintos. Has acabado conmigo, vas a dejarme en paz y no volveremos a vernos nunca. Fin de la historia.

—Oh, Corderito. ¿Eso? ¿Crees que eso ha sido un castigo? —Toco el asiento trasero de la moto, inhalo y sacudo la cabeza—. Para empezar si no me falla la memoria, diría que han sido cinco semáforos. Y para que nos entendamos, lo de hoy no ha sido un castigo —me inclino hacia su boca y susurro—, ha sido un premio.

—¿Q-qué? —se le separan los labios de forma pornográfica.

—Mi castigo no te lo verás venir. Pasará cuando menos te lo esperes. Y será mucho más violento que un paseo en moto.

Se da la vuelta y se marcha a pasos rápidos y furiosos.

Me cuesta lo mío no seguirla.



Hace días que acabé con la vida de Jeremiah y pese a que juego con la caja roja donde guardo los dientes que le arranqué, no consigo sentirme saciado.

La nieta murió, eso significa que no hice un buen trabajo. No tengo derecho a estar bien.

Además, me parece poco creíble que dos personas como Jeremiah y Christopher Thomson tuvieran tantos trapos sucios sin que nadie más lo supiera. Imposible, más bien. *Tengo la sensación de que cuanto más escarbo, más mierda sale de la mina.*

—¿En qué piensas? —me pregunta Lina tras abrirme la puerta.

—Nada que vaya a hacer esta conversación más agradable.

—¿Quieres saber qué lo hará?

—Ilumíname.

—Hoy Evangeline ha estado hablando con cinco de las mujeres de por aquí. La terapia contigo está funcionando.

Me alegro, joder, ya lo creo. Aunque no me cabe en la cabeza cómo alguien como yo podría ayudar a curar nada.

CAPÍTULO 25

La ruina



Paso días sin verle y es tiempo suficiente para que ingenie la manera de matarlo.

Una trampa, en la entrada. Ese es el único punto ciego que tengo en mi apartamento, pues me he cargado la cámara hace unas horas, tras llegar del trabajo. Si estaba espiándome justo en ese momento lo único que verá será un conveniente conflicto de intereses con un paraguas grande que "no podía doblar". *Upsss*.

En cuanto se cuele en mi casa, un par de cuchillos afilados se precipitarán directos a su cabeza y mis problemas habrán acabado.

Bueno, no. Tendré que pasarme el resto de mi vida yendo a terapia, convenciendo a todo el mundo de que mi obsesión insana por el cine de terror, la muerte y la sangre no tuvieron nada que ver con el asesinato de mi acosador.

¿El problema? No viene.

Es de noche y no aparece por ninguna parte. *Y tiene que ser hoy porque si mañana intento salir por una de las ventanas con reja, digo yo que empezará a sospechar que algo pasa*.

Me ha jodido la vida, esa es la pura verdad. No consigo deshacerme del revoltijo en el estómago cada vez que pienso en lo excitante y humillante que fue tener los mejores orgasmos de mi vida subida en su moto.

No puedo seguir así. Necesito cerrar este capítulo de mi vida. ¡Estoy desesperada! Por eso hago lo que hago, porque situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

Voy hasta el baño, pero no entro. Me quedo en el pasillo, justo en el lugar exacto donde me dejó la nota la noche que admitió haber asesinado a Matthew.

Una parte de mí considera que me merezco que acabe conmigo por haber disfrutado tanto subida en su moto, siendo él un asesino. *En cualquier caso, todo se resolverá hoy*.

Toco el lazo de la bata de seda roja que envuelve mi cuerpo y la deslizo más allá de mis hombros. La dejo caer. Meto los dedos más allá del fino encaje de mi tanga y empiezo a masajearme el clítoris.

Sé que él lo estará viendo, sé que eso debería darme miedo. Asco. De todo. Pero en el momento en que me toco, tengo que morderme el labio para no gemir del gusto. Lo achaco a lo bien que se me ha dado siempre masturbarme y no a que estoy loca de atar.

Cierro los ojos y sin querer pienso en sus ojos verdes. En sus cicatrices. En todas las nuevas que le harán los cuchillos cuando se topen con su bonita y angulosa cara.

Retrocedo hasta que mi espalda da contra la pared y acerco mis dedos a la entrada, a mi centro. *¿De verdad voy a hacerlo?* Alzo la vista hacia la nueva cámara del pasillo, la que me pide a gritos que la haga añicos y la destroce. Me arqueo por el calambrazo de placer y no puedo esperar más.

Me meto los dedos.

Los hundo en la humedad de mi sexo hambriento y me doy lo que ansío. El placer es fuerte y un poco decepcionante. Por más que lo intente, nada se asemeja a lo que él hizo conmigo.

Oigo la puerta de la entrada cuando el orgasmo está a punto de arrollarme.

El miedo hace que palpite más fuerte, más rápido. El terror moja mis pliegues y me deja a una brisa de correrme. Y lo habría hecho de no ser porque le veo ahí parado frente a mí, con la cabeza intacta sobre los hombros y un ligero rasguño en el hombro.

—N-no es posible —tartamudeo. Saco la mano de mi sexo con un jadeo y retrocedo mientras él avanza—. Deberías estar muerto. ¿Solo un rasguño en el hombro? ¡Calculé bien la altura!

—Esto no me lo has hecho tú, Anastasia —se relame al pronunciar mi nombre.

Cualquiera diría que cree que mi intento de matarle es lo más halagador del mundo. Me doy la vuelta y semidesnuda, corro a la cocina acompañada del deseo inoportuno de mi sexo de terminar la faena. *Sí, claro, no tengo otra cosa que hacer ahora.*

Cojo uno de los pocos cuchillos que me quedan y empuño el mango redondeado con ambas manos. Sus pasos lo anuncian. Llega justo detrás de mí

—Podrías haberte cargado todas las cámaras, así no habría sospechado que habías hecho algo en la entrada. No habría podido

saber qué parte de la casa era peligrosa. Pero tú eso ya lo sabías ¿verdad? —recorre mi cuerpo con hambre en los ojos—. Porque en realidad no querías hacerme daño. Solo querías hacerme venir aquí Porque estabas tan desesperada por verme como yo por verte a ti.

Quiero negarlo con todas mis fuerzas. Gritarle que está equivocado Pero no lo hago. *¿Estaba desesperado por verme?* Debo estar perturbada por completo. *¿Por qué no puedo asegurarle que lo quiero muerto?*

Saca dos cuchillos de su pantalón cargo y los deja en la encimera Son dagas profesionales.

—¿Mataste a Matthew porque me folló? —pregunto bordeando la isla como él.

Yo para alejarnos y él para lo contrario.

—No te folló. No se lo habría permitido —puntualiza con un tono perturbador—. Hizo que te corrieras y aunque me he cobrado su castigo, el tuyo todavía no.

—Puedo follarme a todos los hombres que quiera.

—Si te da tiempo antes de que los mate, puedes probar. A ver quién de los dos es más rápido.

—¿Pero tú te oyes? ¿De verdad vas por ahí matando a gente inocente? ¿Por qué no me matas ya y acabamos con todo?

—No voy a hacerte daño.

—Pero vas a violarme.

—No —se detiene.

En vez de aprovechar para huir, freno mis pasos.

—Si quisiera matarte ya estarías muerta. No he venido a hacerte daño, Anastasia. Lo sabes y yo sé que lo sabes.

—¿Qué hay de Matthew? —esquivo su petición indirecta de sinceridad con maestría.

—A Matthew lo maté porque era un pedófilo, un violador y un maltratador.

—Es evidente que atraigo a lo mejorcito de Seattle.

Se le vuelve a curvar la puta sonrisa. Debe ser el acosador intimidante más risueño de la puta historia.

—No pareces muy sorprendida tras saber que el último tío que te metió la lengua en el coño era un animal.

No lo estoy. Supongo que en el fondo sabía que no mataba inocentes si yo seguía vivita y coleando.

Se acerca de nuevo y no retrocedo. Dejo que me alcance. A mí y a cuchillo.

—Buena chica.

Ignoro el relámpago directo al clítoris y mis ganas de atravesarle e ojo con el arma.

—Has dicho que no vas a violarme.

—No.

—¿Entonces qué vas a hacer conmigo?

Suena un estruendo. Pierdo el cuchillo. Mi espalda irradia de dolor Me ha empotrado tan rápido que no lo he visto, tan fuerte que el golpe aún reverbera por mi interior.

—Voy a hacerte entender hasta qué punto quieres ser mía y que igual que yo, no eres tan fuerte como para luchar contra esto. —Me coge del culo y acerca sus labios a mi boca, pero yo la aparto.

Él sonríe y ataca mi mandíbula, mi cuello, mi oreja. Lo que pilla. E oxígeno se vuelve un bien de lujo al tiempo que el destino me convierte en una chica muy pobre. Sé que la calidez de su lengua debería darme asco, pero me incendia más de lo que me asusta y me asusta más de lo que me asquea.

Intento zafarme de él, huyendo de la hoguera de intriga que aviva en mí, pero creo que se piensa que me estoy restregando porque me pone. *¡Ya le gustaría!*

Gruñe saboreándome y un calambrazo titánico me agarra la parte baja del estómago arrancándome un gemido contra mi voluntad Haciéndome desear unos labios que jamás querría.

Me mira paladeando lo que acaba de oír y quiero sacarle los ojos de las cuencas.

—¿Cómo te llamas?

—Varek Kaelven —responde en el único registro que conoce: e gutural—. ¿Quieres saber mi color favorito?

—No, preferiría saber si tienes alguna alergia con la que pueda envenenarte.

Sonríe y me clava los dedos en el culo. El dolor se mezcla con la excitación acrecentándola hasta lo colosal. Acerca su boca a la mía y no desperdicio la oportunidad. Le muerdo el labio inferior con fuerza. Aprieto hasta que noto el sabor de la sangre. Él hace lo mismo con mi superior y no tengo nada que hacer. Tengo que soltarle para que no me lo arranque. Me suelta de golpe y me trago su sangre sintiéndome victoriosa y dolorida.

Emite un gruñido de frustración. Casi parece sentirse traicionado por mi intento de apartarle.

—No juegues sucio conmigo, Corderito.

Pero quiero hacer justamente eso. No, quiero hacer todo lo que le moleste para que rabie, para que se aleje y me deje en paz. O para que baje la guardia el tiempo suficiente para que pueda asesinarlo. Cualquier opción me sirve.

—¿Y ahora qué? —me relamo los dientes sintiendo como mi labio superior todavía se queja dolorido.

Pero no pienso demostrarlo. ¡Sí, hombre!

—Ahora voy a castigarte hasta que entiendas que ningún otro hombre puede tocarte sin ensuciarte.

Trago saliva. Lo mío me cuesta.

Quiero que haga que me corra tan fuerte como el otro día.

—¿Y luego te irás?

Ladea la cabeza. Su mirada verde clara brilla de manera gélida calculadora, hambrienta y arrolladora. Es como si tuviera al mundo entero en la palma de su mano. Está ebrio de poder.

Me coge del cuello y aprieta.

—Depende de lo bien que te portes, Corderito.

—Puto en-enfermo.

Sonríe.

—Puede, pero tu coño está goteando por un puto enfermo.

Las mejillas me arden. Él sonríe de manera arrogante. Estoy a su merced y eso me da mucho miedo.

—¿Q-qué vas a hacer?

—Voy a darte placer de un modo que odies —aprieta más su agarre —. Voy a dejarte temblando, saciada y asqueada. Y cuando me vaya desearás que lo repita todo otra vez.

Parece un juramento. Lo dice tan convencido que casi creo que ha pasado ya, todo tal y como él ha dicho. Me suelta y recupero el oxígeno que me faltaba. Tira de mi mano y coge un cuchillo con la otra.

CAPÍTULO 26

La ruina



Me lleva al salón y me tumba en el gran sofá en un ángulo perfecto para que lo capten las cámaras. El metal de su filo brilla con la luz de la luna que entra por la ventana.

Estoy medio desnuda, pero todavía me queda la ropa interior. La única pega es que el tanga blanco está mojado y estoy bastante segura de que puede ver a través. Justo por eso junto las rodillas cuando él se yergue sobre las suyas.

—Abre las piernas, Corderito. —El chispazo que me produce su voz me electrifica hasta las entrañas.

Mi sexo se vuelve una piscina, pero sacudo la cabeza.

—*No*. Has dicho que no ibas a violarme. ¿Vas a fallar a tu palabra?

Se detiene de nuevo. Su mano libre deja de acariciarme. Se ha alejado solo unos centímetros, pero ya no hay ningún punto en el que nuestras pieles se toquen y siento que existen tres continentes de distancia entre nosotros.

Y lo odio.

—¿Quieres que me vaya? —pregunta en tono inexpresivo.

No respondo. Apenas respiro mientras le aguanto la mirada.

—No vamos a volver a jugar a eso, Anastasia. Ese privilegio solo lo obtienen las novatas. Cinco orgasmos no te hacen una novata. No te lo preguntaré otra vez.

Me arde el cuerpo.

Me hundo en una piscina de vulnerabilidad y humillación.

Pero lo admito.

—No quiero que te vayas.

Sus ojos brillan como si le hubiera dicho la cosa más bonita del mundo entero.

—Bien —sonríe como el gato de Cheshire y me pone los pelos de punta.

—¿Q-qué vas a hacerme?

—Castigarte. Demostrarte que no debiste abrir las piernas para un hombre que no merecía ni siquiera mirarte. Evidenciar hasta qué punto eres mía.

Jadeo cuando envuelve la tira de mi tanga en su mano libre, la enrolla y le da un fuerte tirón hasta que se rompe. El sonido que emite su garganta al verme el coño mojado, brillando de deseo, es el de una bestia.

—¿Y si no quiero este castigo?

—¿Para qué centrarnos en una posibilidad que no viene al caso? Es evidente que la curiosidad te está matando y que puede que empieces a gemir antes incluso de que te toque. Lo mal que crees que está esto es equivalente a lo mucho que te pone.

Me pongo roja mientras me mira esperando que se lo rebata. Pero tiene razón y eso me hace odiarlo. Y odiarme a mí misma.

—Quítate el sujetador, Anastasia —ordena con seriedad. Aguarda dos pacientes segundos—. No me hagas repetírt-

—Oblígame —le interrumpo.

Mi corazón golpea con fuerza cuando el metal llega a mi esternón. Con un solo movimiento raja la delicada tela que hasta hace un segundo abrazaba mis senos despojándome de ella.

Tengo mucho miedo. Es un psicópata y lo peor es que creo que yo soy otra.

Me lo arrebata mientras jadeo inmóvil. Su forma de mirarme las tetas me aplasta contra el sofá y me oprime los pulmones sin piedad. Ufff.

—¿Qué pretendes h…? —no termino la frase porque lo veo.

La fina tela del sujetador que acaba de robarme envuelve la hoja justo por donde mi acosador lo coge un segundo después. *Dios mío. Ay Dios. Mío. ¡!¡!¡!* Le ha dado la vuelta, así que cuando lo acerca a mí, lo que roza mis pliegues es la fría empuñadura. El mango.

Primero tantea el terreno haciendo que resbale por mi piel, luego empieza a moverlo en círculos justo en mi clítoris.

La sensación fría apalea mi poca resistencia mojando la empuñadura con mi humedad, avergonzándome ante las evidencias.

Me estremezco por las sacudidas que me azotan y el veneno que libera la adrenalina. El placer. Alzo la cabeza para mirarlo y sus ojos se han vuelto pura oscuridad. Veo sus intenciones y tiemblo.

No. Será. Capaz.

Repito la pregunta y una vez más él la ignora.

—Abre más las piernas. *Más* —me gruñe insatisfecho y lo hago hasta que siento las caderas calientes—. Lo que voy a hacer es enseñarte las consecuencias de tus actos. ¿Estás lista para recibir tu castigo, Corderito?

No debería, pero…

SÍ.

Me muerdo el labio inferior. Asiento dos veces y él lo admite como respuesta válida. Grito de la impresión cuando mi coño se ve obligado a tragarse lo que le ofrecen.

El pulgar de su mano libre presiona mi clítoris en círculos obligando a mi cuerpo a relajarse, provocando que la empuñadura entre más. Despacio. Dilatándome. Arrancándome sonidos de dolor y placer a partes iguales.

—No voy a correrme. No tienes ni idea de cómo satisfacer a una mujer.

Me lo mete un puto palmo más. De golpe. Lo saca y vuelve a metérmelo tanto como estaba. Chillo de la impresión, pero eso no le detiene. *No… no quiero que pare.* Entra y sale de mí como le da la gana y empiezan a temblarme las piernas con brusquedad.

—¿No? Pues yo creo que sí, Anastasia.

Esa voz. Esa condenada voz. Me endurece los pezones y me traiciono a mí misma por su culpa. Tengo hielo y lava en mi interior. Necesito que se aleje de mí y que siga. Quizá incluso que lo haga más

fuerte. Rompo en gemidos de placer cuando estoy tan húmeda que e placer gana a todo lo demás.

—Sabía que tenías un coño precioso. No puedo esperar a ver cómo me mojas la polla mientras te la entierro hasta el fondo.

Quiero rebatirle que eso nunca va a pasar, pero los sonidos obscenos que emite mi sexo me cierran la boca. Me muerdo el labio para no gemir de esa manera. *Dios, si es que ni me reconozco*. Justo en ese momento, mientras estoy a punto de perder la cabeza de tanto luchar contra el orgasmo que se cierne sobre mí, cometo el terrible error de mirar lo que hace.

La mano que masajea mi clítoris es enorme y está repleta de venas igual que su arrebatador antebrazo tatuado, pero la otra... Un reguero cálido resbala de su palma, traspasando la tela de mi sujetador.

Se está haciendo daño para darme placer.

Mucho daño.

—Estás loco —jadeo.

—Oh, venga, Corderito, ¿vas a empezar a soltarme cumplidos solo porque estoy dándote lo que quieres? —pregunta con sorna, con un tonito arrogante y me hace querer clavarle algo en la yugular.

—Eres un...

De repente, me hunde el mango por completo, hasta las profundidades de mi coño. Y no puedo hacer otra cosa que aceptarlo y chillar. El placer y el dolor me ponen los ojos en blanco.

—Eso es. Buena chica.

Esas dos palabras, joder.

Grito mientras me folla con él, mientras me castiga de forma salvaje y hambrienta. Siento culpa, vergüenza, miedo y excitación. Sobre todo eso, excitación. Alarga la mano hasta mis pezones y los moja con mi propio deseo. El que ya resbala por la cara interna de mis muslos.

Quiero correrme.

No puedo más.

Mueve el mango cada vez más rápido, en un ángulo nuevo y diferente que me pilla desprevenida. Y me rompo en mil pedazos

Estallo y él no hace otra cosa que acelerar. La avalancha orgásmica es intensa, digna de un animal. Me corro como ninguna otra vez y luego sigo corriéndome, y sigo. No entiendo a mi cuerpo, ya no. Él no se detiene hasta que me quedo afónica de tanto gritar, prolongando mi placer tanto como puede.

Me lo saca de golpe y me deja vacía. Anhelante. Con ganas de repetir cuando lo que debería sentir es otra cosa. Entonces lo lleva hasta mis labios y gotas oscuras provenientes de su mano me caen sobre el abdomen. Lleva hasta mis labios el mango que hace un segundo estaba dentro de mí.

—Chúpalo.

Tan de cerca, soy aún más consciente de lo grande que es la empuñadura y no me puedo creer que me haya cabido entera.

—Vete a la mierda.

—Es evidente que todavía no has aprendido quién manda aquí —pellizca mi clítoris con dos dedos y chillo.

Él aprovecha que abro la boca y me mete el mango cálido en la boca.

Es asqueroso. Y excitante. Y aterrador.

—Eso es —dice dándome caricias en el sexo con suavidad como premio.

Gruñe al ver que lo dejo limpio. De repente, soy del todo consciente de la erección que abulta en su pantalón. *Es más grande que el mango. Mucho más. Creo que ha llegado la hora de pedir socorro. O de bajarle los pantalones. Una de dos.*

—¿Te pone cachondo castigar a tus víctimas? —pregunto intentando cerrar las piernas cuando vuelvo a recuperar el dominio de mi boca.

—Tú no eres mi víctima, Corderito. Eres mi diosa. Abre las piernas.

Me roba un jadeo por pillarme con la guardia baja. Otra sonrisa.

—Te odio. Haznos un favor a los dos, clávatelo en el entrecejo y desaparece de mi vista.

Una no debería ser tan niñata cuando está en una clara posición de desventaja, pero es evidente que mi instinto de supervivencia está de vacaciones.

En vez de considerar mi maravillosa propuesta, suelta el arma y consigue que rebote en el suelo. Me mira cabreado. El estómago se me encoge al ver lo manchada que está la mano que aún agarra mi sujetador con posesión. Pero yo no puedo sentir lástima de alguien por cuya muerte rezo a diario... *¿verdad?*

—¿Qué estás haciendo? —pregunto con las cuerdas vocales estranguladas por el miedo cuando me abre él mismo las piernas.

—El castigo aún no ha terminado. —Se inclina sobre mí—. Vamos, pídeme que pare.

Todo es un reto para él. Siempre hay un ganador y nunca soy yo.

—¿Piensas matarme de aburrimiento? —aprieto la sonrisa para no mostrar debilidad—. Ese era el plan desde el principio, ¿no?

Se pone serio. Tanto que su rostro se vuelve más anguloso y aterrador.

—Dejaste que otro te comiera el coño. Ahora tengo que limpiarte esa impureza.

Tira de mis caderas para posicionarme donde él quiere y abre la boca contra mi sexo para comérselo entero. Me succiona y me deshago en gemidos sin control, ahogada en la impresión de su brusquedad, en su odioso talento, empeño y perseverancia. Es rudo, me muerde y aprieta con fuerza, pero también suave y muy capaz de seguir el ritmo.

Al principio estaba segura de que podría aguantarme las ganas de correrme una segunda vez. Luego ya estoy corriéndome.

No sé cuándo se detiene, de verdad que no, pero para entonces ya estoy limpia.

En cuanto se pone en pie con esas dos columnas que tiene por piernas, me siento aún más diminuta. Creo que si no se aleja de mí pronto acabaré muerta. Pero también quiero que se tumbe encima y me haga lo que quiera.

Me trae mi bata y me tapa con ella, alcanzando mi pie cuando intento darle una patada en la cara. Me da un beso en la planta cosa que me deja completamente paralizada. Coge mi ropa interior rota y manchada y se la mete en el bolsillo, junto con la prueba del crimen.

Es irónico, pensaba usarlo para acabar con él y al final ha sido é quien lo ha utilizado para acabar conmigo.

Su erección quita el hipo y me pregunto qué narices va a hacer cor ella y si estoy preparada. Creo que no.

Entonces se va de la habitación y a los pocos segundos, de la casa Me asomo a la ventana para verlo marcharse en su moto, esa inmensa que reconozco y que hoy ha aparcado frente a mi casa con todo e descaro.

Un cúmulo de emociones reprimidas afloran a la vez.

Se me escapan las lágrimas mientras la angustia me aprieta la garganta.

¿Por qué a mí?

CAPÍTULO 27

El verdugo

Si vigilarla me la pone dura, ver cómo se corre casi acaba conmigo.

Apoyo la espalda contra la puerta de su casa y me cojo la polla a través del pantalón en un impulso de control urgente. Pronto se convierte en otra cosa. Un año y medio sin interés por nadie y después de conocerla estoy aquí, en mitad de la puta calle, a punto de correrme en los putos pantalones como un adolescente.

Lo único que me salva es que soy diestro y mi mano derecha está sangrando un cojón y medio. Me obligo a avanzar hacia mi moto, sin tener muy claro si me llega algo de riego a la puta cabeza.

Me vibra el móvil y lo saco con la izquierda.

Es Lucas. Me llama con información que me interesa y quiero matarlo como si fuera él quien me está alejando de ella. Pero soy yo. Porque lo único en lo que puedo pensar es en hundirme en el delicioso coño de Anastasia, meterle la polla tan profundamente que la note hasta en el corazón y dude si también se lo estoy follando.

Pero tiene que pedírmelo, suplicármelo, y eso aún no ha pasado. Aunque la forma en la que me miraba la erección abultada en el pantalón...

Deja de pensar en eso ya o vas a tener un problema.

—Tío, ¿me estás escuchando? ¿Y por qué estás sin aire?

—Sí, te estoy escuchando. Me has pillado en mitad del entreno —gruño cuando me subo a la moto y al intentar ponerme el guante con la herida abierta me acuerdo de todos mis antepasados.

—¿Tu entreno en qué consiste exactamente?

—Lucas, habla joder, que no tengo todo el día.

—Me dijiste que te avisara si alguna vez alguien de la familia del ex marido de Lina, o el susodicho, intentaba encontrarla.

Me quedo muy quieto.

—No me jodas.

Sí, me jode

—Pues te estoy avisando.



Es muy temprano. Por lo menos, las ocho y media de la mañana.

Ah, perdona, me refería a muy temprano para ser tan gilipollas.

Estoy en el bufete de abogados en el que trabaja Damián Volkov, e hermano del ex-marido de Lina, con su cara pegada contra la refinad mesa de cristal y he de reconocer que me está costando lo mío n acabar con él.

—Te lo voy a preguntar otra vez. ¿Dónde está tu hermano?

—No lo sé.

—Respuesta incorrecta.

Golpeo la nariz de Damián y procede a sangrar como una fuente. E cuerpo humano es maravilloso. Fascinante, incluso.

El ex-marido de Lina se llama Eric Volkov. Ese es el nombre de desgraciado que se atrevió a ponerle una mano encima a mi amiga hac ya muchos años. El que le daba palizas y la maltrataba de forma repulsivas. El que, en su día, Lina no me permitió matar por mucha ganas que yo tuviera de hacerlo.

Decía que el hecho de saber que Eric seguía existiendo en algun parte del mundo la mantenía en alerta y que una mujer, por desgracia siempre tiene que estarlo. Odié y respeté su decisión a partes iguales.

Damián lloriquea que no veas cuando le rompo la nariz al terce golpe —porque me estoy controlando—, y me pregunto si es así com convence al juez de que falle a su favor cada vez que tiene un caso.

—Eric no quiere hacerle daño, ¿vale? Solo quiere dinero.

—¿Dinero? —Suelto una carcajada.

Una sincera, la verdad.

Esto es cosa de Anastasia, yo antes no era capaz de reírme.

Este tío puede parecer respetable para según quién. Es de esos qu tienen un palo metido por el culo y miran por encima del hombro a resto, pero tiene tres denuncias de acoso sexual de ex-empleadas, cuya demandas por despido improcedente quedaron barridas bajo l alfombra. Curioso, ¿verdad?

En serio, si empiezo a repartir hostias no acabo ni el año que viene

—Me parece recordar que Catalina le dejó muy claro lo que pasaría si volvía a acercarse a ella.

—Sí, pero… —Lo callo con un puñetazo.

—Habla cuando yo te lo diga. A tu hermano se le ha debido borrar la memoria de esnifar tanta cocaína. —Aguardo un instante—. Si le tienes aprecio a tus piernas yo que tú no tardaría tanto en responder cuando te hablo.

—No me has hecho ninguna pregunta —lloriquea.

—¿Dónde está Eric?

—Está aquí, en Seattle, aunque no tiene ni idea de dónde está ella. Parece una gallina sin cabeza, dando tumbos. No es peligroso, en serio ¡ha cambiado!

—Ha cambiado mucho, ¿verdad que sí? —curvo las cejas mientras me acerco y él, sabiamente, se pega al ventanal de su despacho en un inútil intento de alejarse de mí—. Por eso la semana pasada estuvo detenido por abofetear y molestar a una prostituta en mitad de la calle ¿no? Porque está reformado y es un hombre nuevo, ¿a que sí, Damián?

A estas alturas Mr Corbatitas solo tartamudea y suda a mansalva.

—P-p-p-por favor.

—Dile que venga. *Ahora*.

—¿Aquí?

—No, coño, a las Bahamas. Dile que vaya tirando que nosotros cogemos un avión enseguida —le doy un puñetazo en el estómago con el que se cae al suelo—, ¿quieres hacer más preguntas tontas Corbatitas?

Eric no tarda en aparecer cuando su hermano sacude un par de dólares en el aire. Es oler el dinero y viene corriendo como un ratón salivando por un pedazo de queso.

—Tú —dice quedándose blanco al reconocer al que fue el intimidante y leal guardaespaldas de Lina hace muchos años.

—Pasa, pasa, no seas tímido.

Si el resto de la oficina escucha algo, finge que no. Puedo imaginarme que se debe a que nadie aquí aprecia a los Volkov.

Lina me hizo prometer que no mataría a Eric, y no lo hago, pero no dijo nada sobre darle una paliza que lo deje medio muerto. *Medio muerto no es muerto del todo.*

Lo hago delante de su hermano Damián, que también se lleva lo suyo, para que use la influencia que tiene sobre Eric y así dejarle claro

lo que no tienen que volver a hacer si quieren seguir en el mundo de los vivos.

¿Lo he dicho ya?

Me encanta mi trabajo.

CAPÍTULO 28

La ruina

Estoy partiéndome el espinazo, echando horas, hincando los codos y dejándome los dedos en un teclado plano que no ha sido diseñado para mis horas de máximo rendimiento periodístico.

Mis manos acabarán resentidas, pero con lo que cobraré podré comprarme zapatos nuevos, así que a la mierda. *No estoy intentando mantener la cabeza ocupada, qué va.*

La empresa en la que trabajo firma colaboraciones y convenios con distintas revistas y esta vez le ha tocado al National Geographic. Es por eso por lo que estoy matándome para hacer un buen artículo. Necesito que sea brillante.

Así que cuando mi jefe viene a verme a media mañana y me hace un gesto para que le siga, le sonrío con cordialidad, pero por dentro estoy maldiciendo a toda su extirpe porque me ha interrumpido en el mejor momento. *Al final voy a tener que poner el cartel de «por favor, no molestar» típico de los hoteles.*

Se detiene junto a la fotocopiadora. Siempre dice que prefiere hablar ahí porque así no estorbamos al resto de la plantilla, pero es algo que solo hace conmigo.

—Esta noche hay cena de empresa a las ocho, espero que no tuvieras planes.

—¿Esta noche? —frunzo el ceño—. Nadie ha dicho nada.

—No, es que solo estaremos tú y yo. Verás, tengo demasiadas cosas que comentarte y la jornada laboral no da para tanto. Además, conozco un sitio de sushi buenísimo. Te gusta el sushi, ¿verdad, Anastasia?

Reprimo el escalofrío y el «puaaajjjjjjjj» que se me forma en la boca y no precisamente por el sushi.

—Puedo hacer hueco en mi día para comentar las correcciones. No hay problema.

—No, no hace falta. Tú trabaja en lo tuyo. Cenamos esta noche y arreglado —sonríe y asiente dando la conversación por zanjada.

Cuadro los hombros y estiro la espalda. Odio tener que enfrentarme a situaciones así, pero voy a hacerlo con la cabeza bien alta.

—Sin ánimo de ofender, no me sentiría cómoda cenando a solas con mi jefe. Lo siento.

—Anastasia —estrecha la mirada, se acerca y baja el tono *aliento apestoso entrando en el chat*—, es trabajo y como bien has dicho, soy tu jefe. Lo cual significa que no tienes opción de negarte. Te veré a las ocho. —Me mira de arriba abajo—. Mira el lado positivo, así tendrás oportunidad de cambiarte de ropa y todo.

—Quizá no me he expresado bien. Mi jornada laboral termina a las cinco de la tarde. A las ocho no estaré disponible.

—¿Quieres que tu jornada laboral y tu contrato terminen ahora mismo?

Apenas doy crédito a lo que pasa en los siguientes instantes. En un segundo voy a perder el empleo y al siguiente su voz susurrante retumba por los altavoces de toda la planta.

«—Sin ánimo de ofender, no me sentiría cómoda cenando a solas con mi jefe. Lo siento.
—Anastasia, es trabajo y como bien has dicho, soy tu jefe. Lo cual significa que no tienes opción de negarte. Te veré a las ocho. Mira el lado positivo, así tendrás oportunidad de cambiarte de ropa y todo».

Montones de mis compañeros se levantan de sus cubículos y nos buscan con la mirada. No tardan en encontrarnos. A la boquiabierta y al que se está quedando más pálido que un muerto.

«—Mi jornada laboral termina a las cinco de la tarde. A las ocho no estaré disponible.
—¿Quieres que tu jornada laboral y tu contrato terminen ahora mismo?».

La grabación vuelve a empezar con mi «sin ánimo de ofender» y el corazón me late a toda velocidad. La agresividad asesina y la creciente ansia de violencia de género emanan de las pupilas de mi jefe, pero no puede hacer nada porque nos está mirando todo el mundo.

Aun así, decido dar un paso atrás. Y luego otro.

Compañeras con las que no he cruzado más de dos palabras me flanquean más o menos cuando las puertas del ascensor —en el que

también se está reproduciendo la grabación—, se abren y sale uno de los jefazos.

Casi dudo si va a echarme la bronca por negarme tan categóricamente a la puta cena, pero no. No es eso lo que ocurre.

—A mi despacho, *ahora* —brama a mi jefe, provocando que su cuerpo viejo y encorvado dé un respingo y se reduzca al de un ratón aterrado. En un tono mucho más suave me dice—. Señorita Valestri, en nombre de la empresa, mis más sinceras disculpas.

Y luego se larga tras él.

Los gritos provenientes de la sala se oyen desde los cubículos.



—Entonces, ¿a partir de mañana vas a tener otro jefe? —pregunta la chica que me ha traído tres táperes llenos de comida a rebosar de parte de su madre porque los Jones son un verdadero tesoro.

—Como lo oyes. Juls, como siga así la cosa voy a terminar por creerme que el progreso existe de verdad y que no ningún cuento chino.

Se ríe mientras yo me niego categóricamente a pensar en otras posibilidades más allá de que la tecnología se ha puesto de mi parte justo cuando lo necesitaba. *Nadie* ha propiciado lo que ha pasado hoy en mi trabajo. Ha sido casualidad. Suerte.

—Entre eso y que no dejas de tener sueños eróticos, vas a hacerme querer ser tú.

—Shhhhhh.

—Pero si estamos solas en tu casa.

Ya en teoría, pero en la práctica…

—¿Lo estamos? —señalo al piso de arriba y ella sonríe, pero no es sincero.

Al menos, no es una de sus grandes sonrisas.

A veces a las amigas pibonazo como Juls, justo antes de salir de fiesta, les entra el bajón. Incluso cuando lleva un vestido ajustado y taconazos, y parece sacada de un desfile de moda.

Pero ella no parece reparar en eso.

—¿Debería renegar de los hombres?

—Nop. —La empujo hacia la puerta de mi piso.

—Scott parecía majo. —Se sienta en el escalón de la entrada tonteando con el broche de sus zapatos.

—Tampoco lo conocíamos tanto. Él se lo pierde.

—O no. Quizá sea yo la que se lo pierde —me pone morros—. Quizá no debería haber esperado un trato especial por su parte, ni un poco de romanticismo, ni…

—El rape abisal, ese pez tan poco agraciado con la lucecita delante de la cara, vive en las profundidades donde es muy difícil encontrar pareja. Las hembras son grandes, pero los machos son miniatura. Cuando un macho encuentra una hembra de la que enamorarse, se engancha a ella, le clava los dientes y literal, se fusiona con su cuerpo. Para siempre. Pierde los ojos, sus órganos, su voluntad… se queda como un saquito de testículos pegado a ella y solo sirve para darle esperma cuando ella lo necesita. Bien, amiga. Tú te mereces un hombre que se entregue a ti de esa manera. No dejes que ningún Scott te haga dudarlo.

—Esa ha sido la charla motivadora más espeluznante, guarra y perturbadora que me has dado nunca.

—¿Ha funcionado?

—Pues sí.

—Pues nos vamos.



OBJ

CAPÍTULO 29

La ruina



El vestido negro y rojo me aprieta un poco más de la cuenta. Mis pechos están aprisionados en un corsé que no admite mucho más que algunas bocanadas pequeñas de oxígeno, ¿pero qué se le va a hacer? Ya estamos en la discoteca.

En honor a la verdad hay una razón por la que me lo he puesto. No es mi vestido favorito, pero es uno de los pocos que cubría mi cuerpo lo bastante como para que Juls no viera ninguna de las marcas que mi acosador me dejó por el cuerpo.

Por qué mi sexo palpita cada vez que recuerdo tenerlo entre mis piernas es algo en lo que no voy a pensar. Igual que en el hecho de que ahora ver una moto me pone cachonda. Pero, sin duda, y por encima de todo, no me voy a preocupar del estado de la mano de un hombre a que quiero ver muerto porque no sería coherente.

Me castigó, se acabó lo que se daba. No volveré a verle. ¡Y mejor Prefiero que las muertes se queden en mis películas de terror favoritas, gracias.

Vacío mi copa, la dejo en la barra y me llevo a mi amiga a la pista de baile. Hoy no hemos ido al *Highlight*, estamos en un club muy exclusivo al que solo hemos podido entrar porque el segurata va a gimnasio de Juls y está colado por ella.

¿Hay algún hombre que no caiga rendido a los pies de mi mejor amiga? Lo dudo.

Se nos pegan unos cuantos tíos mientras bailamos, pero al principio fingimos ser lesbianas sobándonos un poco para que nos dejen en paz. La muy mala pécora me sube un poco el vestido de las caderas al bailar y cuando le doy un manotazo en la mano, rompe en carcajadas.

Me vibra el móvil, pero lo ignoro porque me ha costado muchísimo meterlo en el microbolso que cuelga de mi hombro.

Entonces llega un tío musculoso con gafas, tipo Clark Kent y a mi amiga le tiemblan hasta las pestañas. No dejamos de bailar, por eso es

más fácil para mí inclinarme hasta el oído de mi amiga.

—¿Quieres que vaya a por unas bebidas y os deje a solas?

—Mami quiere bebérsela en el cuerpo pecaminoso de este guapetón —ronronea.

Parece que ya se ha olvidado de todas sus penas. Mejor. Trabaja mucho y se lo merece. Le sonrío y me largo. Paso entre tanta gente que no puedo evitar temer un poco por mi vida. Un *empujón y al suelo. Pfff, no me imagino lo horrible que debe ser morir pisoteada*. Casi prefiero acabar en las manos de Jack El Destripador.

Noto algo en el pelo, como la hoja de un árbol o algo por el estilo me hubiera caído de la parte superior de la discoteca. Me llevo la mano a la raíz esperando ver uno de esos confeti plateados que han salido volando hace un rato, pero no es eso. Es un papel doblado. Y yo cometo el error de desdoblarlo.

He pensado en algo.
Sé mucho de ti, pero para que estés tan obsesionada conmigo como yo lo estoy contigo, hay mucho que deberías saber.
Dato número uno:
No llevo bien que toquen lo que es mío. Y si alguien va a hacerte daño, ese voy a ser yo y en mis propios términos.
—Ya sabes quién.

Me recorre un escalofrío y miro en todas direcciones. *Está aquí ¡¿Estaba tan cerca de mí como para ponérmelo en el puto pelo?!*

Chillaría si creyera que serviría de algo. *Alcohol. Necesito alcohol. Olvidarme de todo esto. Acercarme a la barra donde hay gente que podría ser testigo de mi rapto.*

Me he planchado el pelo, así que está bastante más largo que cuando tengo mis rizos naturales. Casi me llega al culo. Voy camino a la barra cuando alguien se lo enrolla en la mano y tira de él haciéndome caer hacia atrás. No llego a chocar la espalda contra el suelo, tal y como esperaba, en vez de eso quedo sujeta por unos fuertes brazos.

De repente estoy encarando esos ojos únicos de un intenso esmeralda. Una mano invisible me aprieta la garganta y no puedo respirar.

—Hola, Corderito.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Te echaba de menos.

—Pues yo a ti no.

—¿Estás segura? —se acerca tanto que su nariz roza mi cuello. En mi oído, pronuncia—: tu vestido deja tan poco a la imaginación que puedo ver tu corazón latiendo frenético por mí.

—Vete a la mierda.

—No te confundas, estás preciosa, pero me pone celoso que alguien más vea tanto de ti.

—Me desnudaré aquí mismo si no me sueltas.

—Tírate un farol más creíble, Corderito.

—Gritaré que me estás acosando, que eres peligroso.

—Entonces tendré que matarlos a todos —dice con gélida seriedad en cada angulosa esquina de su rostro—. Aunque lo haré, si es lo que quieres. Pero primero déjame invitarte a algo, no vaya a ser que hieras tus bonitas cuerdas vocales por tenerlas demasiado secas. Las necesito intactas para oírte gemir mi nombre.

Me lleva hasta la barra y yo pienso en la nota. *«No llevo bien que toquen lo que es mío. Y si alguien va a hacerte daño, ese voy a ser yo y en mis propios términos». ¿Se refiere a los pobres desgraciados que han intentado algo conmigo esta noche?* Ninguno ha pasado de la cintura el hombro o la espalda.

¿Y qué se supone que quiere decir con que va a hacerme daño en sus propios términos?

Cuanto más necesito que mi mente se calle, más avivada está mi imaginación.

El monstruo pide una bebida masculina y sin pretensiones, algo como whiskey solo o yo qué sé. No me importa. Pero a mí me pide un martini. Solo entonces sé que ha estado espiándonos a Julia y a mí desde que hemos llegado, fijándose en cada uno de nuestros movimientos.

Con el corazón acelerado abro mi diminuto bolso y no para coger el móvil, ni las llaves, sino lo otro. No, el condón tampoco. Algo más diminuto. Algo que he traído por si esto pasaba.

Da un trago a su copa y luego desvía la mirada hacia donde lo hago yo: Juls. Cree que estoy preocupándome por ella, como sería normal que hiciera, así que rompo la pastilla en su vaso y dejo que los polvos se disuelvan. En cuestión de segundos ya no se ve nada en el líquido oscuro.

«Un ataque al corazón inevitable», eso decía la página turbia qu encontré a las tres de la mañana. Habrá que ver si es verdad.

Desvía la mirada hacia mí y bebo con la esperanza de que la neuronas espejo le impulsen a hacer lo mismo. No sucede. *Claro, es u psicópata, Anastasia. Este es de los que te ven bostezando y n bostezan.*

Aparto los ojos de los suyos. Ha pasado una semana y su man derecha sigue vendada. No es que me importe, solo puntualizo hechos.

—¿Te ha pasado algo? Estás furiosa.

—Lo estoy.

Se acerca a mí y su olor a cuero nuevo, humo intoxicante y un liger toque de menta me enloquece. Dejó esa peste en mi casa y tuve qu abrir todas las ventanas. Mi sexo sufre un espasmo por otra razó distinta a su olor.

—¿Con quién estás cabreada, Corderito? —sus labios rozan mi oíd y durante un instante pienso en saborear su boca.

—Conmigo misma. ¡He dejado que me tocaras a pesar de que sé qu eres un asesino y me estás acosando! ¡Me desprecio tanto como a t Sino más. —Termino la copa y me largo al baño.

Allí no podrá seguirme.

El problema está en que me corta el paso en el oscuro pasill iluminado solo con luces de neón lilas, violetas y púrpuras. Trae s copa consigo cuando me acorrala lo cual significa que, para m desgracia, aún no se la ha bebido.

—¿Asesino? Sí, pero bastante justiciero, ¿no te parece? Matthew er una muy mala persona. No me hicieron falta más que un par d llamadas para saber que sus gustos y placeres no se limitaban a la fotos inapropiadas. Ese barrio estará mejor sin él.

Puede. Si lo que dice es cierto, Matthew está mejor muerto. No e como que vaya a robarme horas de sueño. *Pero eso no quita que él l asesinara*. Y según tengo entendido, lo hizo ensañándose con él de l lindo.

De repente, Varek mueve el brazo para llevarse la copa a los labios.

Un latigazo de pánico y espanto me sacuden de pies a cabeza.

No lo pienso, porque de tener un segundo para escuchar a la lógic quizá no lo habría hecho. Pero lo hago. Tapo la copa con la palma de l mano y sus labios me rozan el dorso. Luego le doy un tirón haciend que resbale de sus dedos. El vaso se hace añicos en el suelo, pero e golpe queda ensordecido por la música.

Él me mira a mí y luego a los pedazos.

Se agacha a mirar el líquido y sé que es imposible, que no hay ni un solo rastro visible de lo que le he echado. Pero cuando alza la cabeza sus ojos me gritan que lo sabe. *Todo*.

En un segundo se yergue sobre sus piernas y sus dedos me rodean en el cuello.

CAPÍTULO 30

La ruina

Su mirada podría cortar cristal, o peor aún, a mí.

—Vaya, vaya, ¿quién es una chica mala?

—Había un bicho —miento, casi sin oxígeno.

Es una putada que la oscuridad nos oculte y nadie pueda ayudarme Se le curva la sonrisa. Parece querer devorarme como el payaso de It.

—¿Ibas a hacerme daño, pero te has arrepentido? ¿Es que ya está lista para dejar de luchar contra lo nuestro?

—Y una mierda.

Chista la lengua, acercando su boca a la mía.

—Ay, Corderito, cualquiera diría que te encanta que te castigue.

Me suelta el cuello tras un último apretón y hago una fuerte inhalación desesperada. Para entonces él ya ha metido la mano bajo m vestido, ha dado un fuerte tirón y se ha quedado con mi tanga. Suelto un chillido que nadie oye y el corazón acelerado se me sube a la garganta. Hasta mirarle a los ojos da miedo, pero aún más saber que nadie va a venir a salvarme de esto.

—¿Qué vas a…?

Se arrodilla, alza mi vestido y mete la cara entre mis piernas y me somete con su lengua. Chillo arqueando la espalda contra la pared.

Está loco. Solo un pirado total podría querer regalarme un orgasmo después de que haya intentado matarlo. «Dile que pare o dale una patada» dice una voz en mi cabeza, pero la desobedezco cuando los calambres me dominan gracias a la succión directa de m clítoris.

Oigo voces. Risas aproximándose. Vamos a dejar de estar solos en e pasillo de un momento a otro.

—Viene gente —digo, pero él solo gruñe, mete las manos bajo m vestido y me aprisiona el culo—. ¿De verdad quieres q-q-que alguien más vea *esto*? —pregunto jadeante intentando activar su personalidad celosa.

Separa la cara lo justo para que vea lo brillante que tiene los labios.

—No importará si luego los mato.

—No los mates. Llévame a un baño y seré yo la que se arrodille –prometo a la carrera.

Le doy un tirón a sus manos aprovechando su sorpresa y me bajo e vestido justo a tiempo. La gente pasa por el escaso hueco que hay detrás de su inmensa espalda y él se yergue despacio e imponente, sin apartar sus ojos de los míos. Trago saliva.

—Si vas a castigarme, deberías obligarme a hacer algo que odio ¿no? —tanteo.

Me coge de la mejilla y me atrae hacia sí, hunde las manos en m pelo hasta agarrarme de la nuca. Mi respiración se vuelve ahogada. Más cuando me ahogo en el verde de su mirada.

—No vas a odiarlo.

Sus labios están muy cerca de los míos. Trago saliva cuando se me seca la garganta, pero no me besa.

Aunque quiero.

CAPÍTULO 31

La ruina



Tira de mí y pasamos los baños grandes, esos a los que va todo e mundo. Pulsa una serie de botones y una tercera puerta se abre. Es ur baño más pequeño, individual y con olor a limpio. Lo miro. *Y yo qu pensaba que este club era exclusivo y resulta que dejan entrar a tod tipo de basura.*

Sonríe como si oyera la voz de mi cabeza que no para de maldecirlo.

Le gusta verme así, roja, rabiosa y con esa humedad característic entre mis piernas. Está enfermo. Pero no ha conseguido que me corra todavía y eso para mí es una victoria.

Se quita la camisa oscura y la deja en el suelo, delante suyo. Su torso desnudo tiene más músculos de los que biológicamente creía posible También muchos tatuajes, algunos con relieve ocultando cicatrices otros sobre piel lisa. Las hendiduras de sus abdominales se vuelver más pronunciadas a medida que las recorro con la vista. Alzo la mano hacia las placas que cuelgan de la cadena que rodea su cuello.

Ex-militar.

Un maldito ex-militar se ha obsesionado conmigo. Estupendo.

Le doy un tirón y se las quito. Entonces me las guardo en las tetas así tendré algo que entregarle a la policía cuando lo denuncie. *Porqu sigo queriendo hacerlo, ¿verdad?*

—Arrodíllate, Anastasia.

El suelo estaba limpio, era del todo innecesario que se quitara la camisa y la tendiera en él, pero me arrodillo sobre ella de todas formas No porque me lo diga, ni porque me flojeen las rodillas, sino porque yo siempre cumplo mi palabra.

Veo la erección a través de su pantalón y se me cae el mundo a los pies, porque es inmensa. Más incluso de lo que la recordaba. *Se supon que los pirados están pirados porque la tienen pequeña y su vida es una mierda, ¿no? Pues no. En su caso, la tiene enorme.*

Antes de que agarre su cinturón, me coge del pelo y me da un tirón fuerte para que lo mire a los ojos.

—No me muerdas.

—Tendrás que confiar en mí. —Sonrío—. ¿Qué pasa? ¿El monstruo tiene miedo?

Vuelve a mirarme como si fuera lo más bonito que ha visto nunca.

—No —dice, pero se mantiene lejos para que sea yo quien me acerque. Cuando lo hago su voz suena terrible y poderosa—. Pero sabes hasta dónde llegaría por conseguir lo que quiero. No me tientes – desvía la mirada hacia la puerta.

Hacia el exterior, la discoteca, donde está mi mejor amiga.

Lo peor es que no acabaría solo con Juls. Sus padres y sus tres hermanos que siempre han sido un encanto conmigo... seguro que ellos también correrían peligro. Si es policía es bastante probable que tenga a todo el mundo fichado. Incluido a esos trillizos que adoro y que me han hecho sentir como en casa cuando la mía propia nunca fue un hogar.

Trago saliva y asiento.

Una parte de mí está convencida de que es un farol, pero no voy a arriesgarme. El monstruo me mantiene sujeta, pero no vuelve a darme un tirón, así que desabrocho la hebilla de su cinturón y lo libero.

SANTO DIOS.

La erección le da en el ombligo antes de que se la coja y la parte baja de mi abdomen se vuelve de lava. Tiene un grosor glorioso y es larga como una espada. *Está lista para matar. Está lista para mí.*

Las chispas saltan ya con el primer contacto. Está caliente, muy dura y cuando me acerco a su punta, huele <u>tan</u> bien. Igual que en mis sueños.

La recorro con los labios, rozándola con mi mejilla y la punta de mi nariz, y él gruñe. Me clava los dedos de la mano libre en el hombro y aprieta fuerte. Me hace daño, pero no me importa. Siempre he tenido una relación turbia con el dolor.

—¿Cómo lo has hecho estos días, teniendo la mano herida? – pregunto con sorna.

Saco la lengua y lamo despacio la punta del glande, que está salada con líquido preseminal, sintiendo como mis propios pliegues se humedecen más, traicionándome. Quiero torturarlo, pero en cuanto abro bien la boca él me mete la polla tanto como le da la gana.

Jadeo por la sorpresa y siento que me va a desgarrar los labios de tanto abrir la boca. Mi sexo se contrae y emite calambres indecentes cuando me admito que nunca había tenido una tan grande, gruesa y larga en la boca. Ni en ninguna parte de mi cuerpo. Si me la metiera entera, seguro que podría conmigo.

Acomodo la lengua a su demanda. Me pone que me digan lo que tengo que hacer en la cama y sí, es una desgracia que sea él quien me haya encontrado. Succiono y hago lo que sea por dejarle el menor espacio posible, para que no quepa. *Pero es que ya de por sí no cabe joder*.

—La hostia, qué bien lo haces —dice con el eco de gorjeo de fondo.

Me encargo de la base de su erección con las manos porque ni de coña me va a caber entera. Sus caderas lo traicionan y acelera el ritmo rompiendo su máscara inexpresiva y de control.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos y la garganta me arde. No puedo evitar pensar lo que sería tenerle de otras formas, recurriendo a fantasías subidas de tono que han inundado mi mente desde que me subí a su puñetera moto. Esas que tanto odio.

Pienso si esos sonidos que salen de su garganta son los que hace cuando se hace una paja en su casa. O si ahora son más graves, más duros, como sus embestidas.

Me doy prisa en acabar porque a este paso va a volverme loca a mí, y no quiero correrme chupándosela. Sería demasiado denigrante.

—¿Vas a dejar que me corra en tu boca, Corderito?

Se me escapa un gemido afirmativo. *Otra traición más que añadir a la puta lista*.

Tira de mi pelo cuanto quiere para guiarme y el dolor de mi cuero cabelludo me moja todavía más los muslos internos. Jadeo con fuerza. Su polla palpita con rapidez y es perfecta, deliciosa, y va a terminar por desencajarme la puñetera mandíbula.

Está muy cerca. A punto de acabar. Lo noto.

—Mírame a los ojos, Anastasia.

No lo hago.

«—¿Alguna vez has oído que los ojos son el reflejo del alma Anastasia?».

Me aferro a mi rebeldía como a un clavo ardiendo. No me da otro tirón, como si la violencia fuera un recurso burdo que él no necesita.

—*Mírame* —ordena y su voz carga con todo el poder y el mal de este mundo.

Así que cedo y alzo la vista.

Con otra embestida, se mete tan dentro de mí que por poco me ahoga. Espero que sepa cuánto le odio. Rezo porque pueda verlo. Pero si es así, no parece que le importe, porque aprieta los dientes con fuerza y emite un gruñido ronco y gutural de placer descontrolado.

Se libera, se corre y es como si le arrancaran el alma de cuajo. Verlo es todo un espectáculo. Ruge como un animal a medida que el orgasmo lo rompe como hará la dinamita que pienso colocar entre las ruedas de su moto.

Es demasiado y el semen se me escurre por las comisuras de la boca pero me trago lo demás porque lo necesito, lo deseo. Cuando sale de mi boca me desprecio a mí misma por echarlo de menos, por haber disfrutado tanto, por haber estado dispuesta a suplicar porque me dejara hacerle esto.

Una retorcida dependencia emocional está naciendo dentro de mí y tengo que matarla antes de que ella acabe conmigo.

Se agacha frente a mí y me limpia el semen con el pulgar, para luego metérmelo en la boca. No hay nada romántico en esto, es humillante. Es una muestra de poder tras otra.

—Si alguien te molesta dentro o fuera del trabajo, dímelo y me ocuparé de él —su voz me hace palpitar fuerte mientras recoge más restos de semen derramado.

—Tú me molestas.

—¿Hablamos de quién protagoniza tus sueños recurrentes?

Aprieto los dientes.

Siempre he sabido que estaba mal de la cabeza, era la única niña de mi clase que paseaba a Chucky en su carrito de bebé, la única que no lloraba en Halloween, la que pedía batidos rojos porque parecían sangre…

Sé que este hombre debería repugnarme, pero le chupo el pulgar hasta dejarlo limpio sintiéndome cada vez más cerca del orgasmo. Con ganas de repetir. Con ganas de que se adentre hasta el fondo de mi garganta con su miembro y me asfixie. O mejor, en mi sexo.

—Buena chica.

«¿Y sabes qué más? Creo que vas a suplicarme que te meta la polla hasta el fondo más pronto que tarde», me recuerda su voz. *Dios mío, tengo que alejarme de él.* En cuanto estoy segura de que no me fallarán las piernas, me apoyo en sus hombros, me levanto y salgo corriendo del baño sin mirar atrás.

Es una suerte que Clark Kent siga bailando con mi amiga como si no hubiera nadie más en la discoteca. Así puedo ir a la barra y tomarme varios chupitos para recuperar la compostura antes de volver con ellos y fingir que no ha pasado nada.

Algunos días después.

CAPÍTULO 32

El verdugo



A estas alturas de la mañana, dudo que alguien pueda cabrearme más. En serio, lo dudo muchísimo.

—Ni de puta coña.

—Lina dijo que dirías eso —comenta Evangeline con el cantar de los pájaros de fondo y el agua de la fuente burbujeando en el jardín.

Este refugio no parece haberse enterado de que el verano ha acabado y que todos esos colores intensos deben morir para dar paso a gris que no le gusta a nadie.

—Escúchala primero, gruñón —me ladra Lina, dándome un manotazo en el hombro antes de marcharse y dejarnos solos.

—Quiero…

—*No* —la interrumpo.

—Acabas de prometerle a Lina que me escucharías.

—¿Cuándo he hecho yo eso?

Me pone morros y se cruza de brazos.

—¿Por favor?

Pongo los ojos en blanco y guardo silencio, porque eso es lo máximo que estoy dispuesto a ceder.

—Quiero ayudar a otras mujeres. Quiero acompañarte a donde vayas y ser de utilidad.

Fíjate cómo ha cambiado la cosa. Al principio solo quería hablar conmigo, después se ha convertido en consejera del lugar y ahora quiere ensuciarse las manos.

—Vale, ya he escuchado tu propuesta. La respuesta es no.

Miro el móvil esperando la llamada de Lucas. Ni rastro. Escribo a la única persona que puede evitar que haga arder el mundo entero ignorando a Evangeline.

Número oculto: ¿Qué has hecho con mis placas?

No tarda nada en contestar.

Pero qué buena es mi chica.

Anastasia: Llevarlas a la policía.
Número oculto: Ambos sabemos que eso no es cierto.
Anastasia: Desconozco lo que crees saber, pero yo voy de camino a la comisaría ahora mismo.

El localizador de su móvil dice lo contrario, pero no es eso lo que le respondo.

Número oculto: ¿Quieres que vaya a preguntarle a Juls lo que piensa de tus intenciones?

Tarda en contestar.

Suele pasarle cuando se cabrea.

Anastasia: Te odio.
Número oculto: Ea, ea. Te dejo que te las metas en el coño y te corras pensando en mí.

Evangeline me quita el teléfono de las manos. Un vídeo muy inoportuno empieza a reproducirse cuando sus dedos se deslizan por la pantalla y entra en el buscador.

—¿Me estás escuchando? ¿Y por qué tienes abierto un vídeo tutorial sobre cómo hacer trenzas?

Lo recupero.

—No, no estoy escuchando. Y no vuelvas a hacer eso.

—¿Por qué insistes en que no forme parte de esto? ¡¿Por qué no puedo ayudar?!

—Porque este lado del mundo es una mierda y tú ya has visto bastante. Sufrido bastante. Además, no es lo mismo estar metido en esto siendo un hombre que siendo una mujer *—no lo digo en plan machista, lo digo porque yo no les intereso a esos degenerados, pero alguien como Evangeline sería una tentación.*

La cosa podría torcerse bien rápido.

—Lina está metida hasta las cejas y es una mujer.

—Lina es un arma andante. Tiene casi más años de experiencia luchando que yo. Y en la mayoría de ocasiones ella solo trata con las víctimas.

—Eso haré yo. Me ocuparé de sacarlas de la casa donde estén alejarlas de quien sea quien le haga daño.

—Tú no eres un arma. Eres débil. Una víctima muy fácil.

Aprieta los labios frustrada y ofendida. Dolida, incluso. Pero me importa una mierda que le duela si eso le salva la vida.

—Además, los nombres de los que trabajamos para Varek suelen empezar por la letra «L». Ya sabes, Lina —se señala a sí misma— Lucas...

—¿Tú no te habías ido? ¿Y acaso no has oído hablar del término «privacidad»?

Ya, que sea yo quien lo dice tiene su punto irónico.

—La «E» no es frecuente, Evangeline —continúa ignorándome— Quizá si dejaras que te llamáramos Line como diminutivo...

—No hay problema —acepta ella con una sonrisa.

—He dicho que no, joder. No quiero que formes parte de esto Evangeline. Vuelve a la universidad. Retoma las clases y vive tu vida.

—Esta es mi vida ahora. Este lugar, lo que hacéis es lo único que tiene sentido para mí. Lina, la gente del refugio, ayudar a salvar vidas.. Quiero devolverte el favor que me hiciste, Varek. Quiero ayudar a otras chicas, otras mujeres que lo necesiten tanto como lo necesitaba yo. Y Lina nos enseña a pelear a todas, ya lo sabes.

Exhalo, cada vez más cabreado. Se han compinchado. Es una puta emboscada en toda regla.

Ambas me miran expectantes. Me froto la cara, me aprieto el puente de la nariz y me levanto del banco. Atravieso a Evangeline con la mirada, pero ella me la mantiene demostrando valentía y coraje.

—Entrena con ella un mes. Pídele que te acepte como su maestra y..

—La acepto —se apresura a intervenir Lina.

Le lanzo una mirada asesina a sus ojos negros, pero exhalo aceptando mi derrota.

—Si aguantas cuatro semanas como su discípula, hablaremos.

Me vibra el móvil. Por fin. Me alejo de ellas y descuelgo el teléfono Lo primero que le digo a Lucas es:

—Estás despedido.

—Eh, ¿quieres que consiga la información correcta o que la consiga mal y rápido? Joder, pareces de la Generación Z con las putas prisas.

Hace un sonido de aspirar y sé que está bebiendo alguno de esos batidos complicados de proteínas y caramelo que tanto le gustan.

—Lucas…

—He descubierto algo.

—Más te vale. Suéltalo.

—Jeremiah Thomson tenía amigos, como ya sabemos. Pero después de que lo mataras a él y a su hijo, han habido movimientos monetarios *curiosos* de ciertas personas con cargos políticos. He escarbado un poco por allí, un poco para allá y he encontrado un hotel al que suelen ir. Uno que hasta hace dos días era propiedad de Jeremiah Thomson. En su testamento no se lo cedía a su hijo, ¿no te parece sorprendente?

—¿Puede ser porque su hijo ya estaba muerto?

—No, el testamento lo hizo mucho antes. ¿No te parece genial?

—Al grano, joder.

—Eclipsas mis dotes dramáticas —se queja y vuelve a sorber su bebida—. En fin, que se lo dejaba a un grupo de políticos de todo tipo de rangos y partidos gubernamentales.

Lucas me da el nombre del hotel y lo reconozco.

Hace un par de años salvé a una prostituta que había pasado una mala noche allí, en manos de un policía. Creí que era un hecho aislado y que matando al culpable en el aparcamiento calle abajo, se solucionaba el problema.

Estaba equivocado.

—Pero hay más de lo que crees. Cada martes y cada jueves un grupo exclusivo de personas poderosas realiza actividades cuestionables tras las puertas de ese hotel.

—¿Has dicho «personas»?

—Sí, mucho me temo que quienes están detrás de esto no son solo hombres, también hay mujeres.

Cierro los ojos y los aprieto con fuerza. *Maldigo mi estampa.*

—¿Sabemos qué hacen?

—Podemos hacernos una idea, sí. Han corrido un tupido velo sobre varias muertes de algunas universitarias, todas jóvenes y muy guapas. Te envío las fichas policiales que he rescatado de la papelera cibernética —el móvil me vibra tres veces—. Ah, y hace dos jueves, a eso de las dos de la madrugada, un par de tíos metieron en el hotel a cuatro

mujeres en pésimas condiciones. Apenas conscientes, casi no se tenían en pie. Están reclutando a nuevas víctimas.

Preferiría que me dieran un navajazo y me abrieran en canal.

Si han tejido un entramado tan grande es que tienen muchos hilos de los que tirar. Es evidente que resolver esto no será tan fácil como plantarnos allí una noche y entrar a matar a un par de perturbados. Menos todavía si son gente poderosa.

—Vas a tener que infiltrarte. Hacerte pasar por uno de ellos.

—Sí. Joder, ¿cómo hemos podido no saber que esto estaba pasando en nuestra cara, en nuestra puta ciudad?

—No es que no hayamos estado ocupados, precisamente. Además son listos, precavidos y tienen a gente poderosa de su parte. Figúrate.

Antes de entrar a matar necesito tener una lista de nombres para que cuando acabe con ellos, acabe con todos sin dejar ningún cabo suelto que les permita volver a instalarse en otro hotel a hacer barbaridades.

Lo cual significa que, por ahora, no puedo ayudar a las víctimas que sabemos que están encerradas ahí.

Háblame de tortura.

CAPÍTULO 33

El verdugo

He tenido un día de mierda detrás de otro.

La investigación avanza despacio, aunque yo apenas duermo. Tengo los músculos agarrotados, el estómago en un puño y a buena parte de mi equipo esclavizado. Tengo a muchos de mis hombres recabando información como hago yo y a Lucas trabajando día y noche.

Pero nos topamos con más muros de lo que me gustaría admitir.

Necesito a mi Corderito más que nunca y me da igual que sean las dos de la mañana.

Haciendo uso de mis duros años de entrenamiento, trepo por la fachada de su edificio ayudándome de los barrotes de las ventanas del piso de abajo. Me muevo con precisión mecánica y llego hasta arriba sin problema. Empujo la ventana que siempre dejo abierta y me cuelo dentro.

Una vez arriba, recorro el pasillo con sigilo y después, con un par de tecleos en mi móvil, desactivo la cerradura que conecta el segundo piso con el de Anastasia.

Solo con oler el perfume picante y dulzón que desprende su cuerpo y envuelve su piso, ya me calma y me hace sentir vivo a la vez. Camino despacio, esquivando todos los ruidos delatores de este edificio viejo. Mi Corderito nunca se da cuenta de cuándo vengo. Siempre me aseguro de que no quede registrado en las cámaras. Si me viera, sería solo porque yo la dejara.

Y hoy lo único que quiero es verla a ella.

Entro en su dormitorio y me apoyo en una pared paralela a la ventana. Colocado junto al armario, puedo beneficiarme de las sombras que hace la luz de la luna. Quedo completamente oculto mientras una luminosidad pálida se cuela entre las cortinas que no están del todo echadas. Si hace poco que se ha dormido, su sueño es más ligero, así que no me arriesgo a acercarme más. Últimamente mi Corderito se ha

viciado a una novela erótica que no la deja descansar y yo me prestaría para traer a la vida todas sus escenas favoritas.

Disfruto viéndola leer. Dormir. Disfruto viéndola y punto. Me relaja. Me hace sentir que hay un sitio para mí en el mundo: ella.

Pasa una hora hasta que la oigo.

Al principio no distingo las palabras. *¿Código? ¿Podio?* Respira de forma muy entrecortada para estar en paz.

—Te odio —susurra en una mezcla de gemido y súplica, con su rabia característica, su deseo, todo.

Vaya, vaya.

Anastasia arquea la espalda con las sábanas enrolladas en los muslos y se roza las piernas manteniendo la boca abierta. Revivo haber tenido sus labios rodeándome la polla y me arranca un gruñido. El aire se le escapa en pequeños jadeos, más suaves a los que emitió en aquel baño. Se retuerce como si tuviera algo dentro que necesita hacer estallar. Un fuego que la consume.

—Acabaré… contigo.

Es evidente que está soñando conmigo. Se me curva la sonrisa en un gesto perverso porque me siento jodidamente halagado de ser el protagonista. Me acerco despacio mientras ella se muerde el labio inferior y su mano… Su mano baja más allá del ombligo. Se altera como si olerme agitara sus entrañas. *Así me gusta.*

Le aparto las sábanas para ver lo que hace y se encoge, pero ahora mismo su cuerpo está demasiado caliente para que el frío la despierte. Su piel de terciopelo me grita que la toque, que la venere, pero no intervengo. La dejo hacer.

Entonces lo veo.

Lleva mis placas colgadas del cuello, permitiendo que se cuelen entre sus pechos. Ay, Corderito.

Por si fuera poco, la siguiente vez que se retuerce contra el colchón el camisón negro se le sube. El tanga de encaje no va a ser ningún impedimento para que consiga darse lo que desea. *Está muy mojada. Empapada hasta los muslos.*

Inhalo con fuerza a los pies de su cama.

—No soy t…tuya —jadea buscándose.

¿Que no, dices?

En cuanto se roza el clítoris, se le escapa una ristra de sonidos de la garganta.

Mi corazón no se acelera, late lento, fuerte, como un tambor de ejecución. Mi erección se aprieta contra mis tejanos oscuros, queriendo ser liberada.

Anastasia mueve los dedos en un círculo perfecto y se le curvan los dedos de los pies. Sus pezones erectos se marcan a través de la seda de camisón y llaman a mi boca a gritos.

Cada músculo de mi cuerpo me pide que le abra bien las piernas para poder verla jugar consigo misma. Que le aparte la mano y la sustituya por mi boca. Mi polla. Pero no lo hago. Vuelvo a pegar mi espalda a la pared y la observo desde la distancia.

El sonido húmedo retumba contra las paredes de su dormitorio cuando empieza a meterse los dedos en el coño. Entran y salen haciendo a un lado la fina tela del tanga, permitiéndome verlo todo generándole espasmos involuntarios que mataría por provocarle.

Aprieto los dientes mientras ella se retuerce más todavía y sus lloros se vuelven agudos gemidos, rotos y desesperados. Pero ni de coña tan intensos como cuando la hice correrse en mi moto, o en el mango de cuchillo.

La observo sin parpadear mientras se masturba pensando en mí.

Quiero hacerle muchas cosas, pero no soy ningún niñato salido. Soy un depredador paciente. Esto lleva mucho tiempo en mi lista de deseos puedo aguantar un poco más.

—Ahí, jus-to… *ahhh* —mece las caderas somnolienta y sé que el orgasmo va a azotarla en cualquier momento.

Salgo de la habitación antes de que ocurra, pero la oigo a través de la puerta. Y cuando cierro los ojos, siento que la veo más allá de mis párpados.

Me cojo la polla a través de los pantalones y le doy un apretón en busca de control. Gruño y camino. Doy un golpe fuerte con el puño en la pared de la entrada, cuando tengo que apoyarme en busca de algo de oxígeno. Para no caerme al suelo. *Dios, tiene un coño tan precioso*.. Lucho, pero no hay nada que hacer. Me corro sin siquiera sacármela.

Igual que las anteriores veces.

CAPÍTULO 34

La ruina

Voy a ver a mi mejor amiga antes del trabajo, así que tengo que coger el metro para volver a mi zona.

Como estoy cariñosa, lo hago con su perfume de lirios y lavanda impregnado en la ropa, pero la verdad es que no me molesta nada. Lo habitual en mí es que camine porque soy un poco claustrofóbica y la idea de estar bajo tierra me pone un poco nerviosa, pero no pasa nada. Puedo con ello.

—Ehhh, guapa —oigo.

Como todo lo que tengo alrededor son hombres, giro la cabeza despacio hacia la fuente del sonido. Veo a un tío cerca de los cincuenta y-muchísimos, haciéndome señas para que me acerque sin dejar de silbarme. Es gracioso que algunos puedan pensar que la experiencia de ser mujer es igual a la de ser hombre.

Miro a mi alrededor, pero nadie hace contacto visual conmigo. No pasa nada, lo de necesitar que alguien me eche una mano y que nadie se ofrezca voluntario es algo a lo que mis padres me han acostumbrado desde pequeña.

—¿Por qué no sales conmigo? —alza más la voz—. Podría comértelo muy bien.

—Señor… —estoy a punto de decirle que lo que se va a comer es un puntapié como no me deje en paz, cuando se inclina en su asiento y se le abre un poco la chaqueta, lo cual me permite ver el cuchillo que lleva.

Decido alejarme, pero él se pone en pie y me sigue. El metro está tan lleno que no me alcanza. Además su cuerpo es unas siete veces el mío lo cual ya de por sí le dificulta moverse.

—Todas empezáis igual, haciéndoos las estrechas. Pero un poco de cloroformo hace maravillas.

¿Este tío acaba de…?

No me lo puedo creer.

—Eh, fíjate, creo que tú me gustas más. Eres muy bajita —le dice a otra mujer.

Clavo los talones al suelo. Me giro y vuelvo hacia él. No sé para qué Quizá para gritarle cuatro cosas, que acabe apuñalándome y así lo detengan. Quizá porque me aterra ser de las que no hacen nada, y vivir en un mundo en el que la gente ha asumido que esto es normal.

Mi abuelo siempre decía que para que los malos ganen, la gente buena tiene que no hacer nada. Yo no voy a ser de esas, por muy cagada que esté.

El problema es que cuando estoy volviendo, las puertas del metro se abren, lo cual se traduce en que está entrando y saliendo gente de vagón a mansalva.

Una mujer rubia y alta con una trenza larga camina muy rápido para llegar a una de las salidas y se choca con él. La mujer debe ser súper fuerte porque el baboso se cae en un asiento vacío de golpe. La desconocida no se disculpa y tengo la impresión de que lo ha hecho a propósito. Apenas puedo contener la sonrisa.

El hombre empieza a dar voces otra vez, pero hay una serie de risitas en el vagón.

Mi parada es la siguiente y dudo si debería decir algo o no. De todas formas, me quedo junto a la mujer pelirroja, la mencionada bajita que le ha gustado más.

—¿Cuándo te bajas?

—En esta —me responde.

—Igual que yo. ¿Quieres que salga contigo?

Asiente aliviada. Salimos del vagón y el hombre poco lúcido viene unos pasos detrás de nosotras. Se le vuelve a abrir la chaqueta, pero ahora ya no veo el cuchillo. Compruebo nerviosa si lo tiene en la mano. Pero no.

Una serie de policías, acompañados de varios perros, lo frenan. Los perros ladran y uno de ellos casi se le sube encima. La policía dice algo que no escucho y empiezan a registrarlo. Uno de los agentes saca una bolsita de plástico pequeña con una buena cantidad de polvo blanco.

—¡Eso no es mío! ¡Alguien me lo ha metido en la chaqueta! —brama pero nadie le cree.

Mi cabeza tampoco se cree que esté pensando en cierta persona que puede estar detrás de todo esto. Mi corazón bombea adrenalina pura y dura.

Mis ojos se cruzan con los oscuros de la mujer rubia de antes. Me está mirando a mí, sin moverse del sitio. Pasa tanta gente entre nosotras que en un abrir y cerrar de ojos...

Ya no está.



A media mañana tengo que ir a comprar algunas revistas y libros a unas cuantas manzanas de mi oficina y como tengo reunión dentro de poco, pido un Uber.

Me subo en el asiento de atrás y sigo leyendo el interesantísimo artículo que me ha llegado de Trisha, una compañera australiana maja de narices, que suele actualizarme de las cosas impresionantes que descubre por allí antes de que pueda leerlo a fondo en sus posts unas semanas después. La adoro.

Solo alzo la vista del teléfono cuando me doy cuenta de que hemos llegado al destino y el conductor no ha dicho nada. Ya le he pagado, así que le doy las gracias por el viaje mientras me inclino hacia la manetа de la puerta.

Entonces oigo *«clic»*.

Acaba de poner el seguro. Me recorre un escalofrío de pies a cabeza. Hago uso de todo mi valor para alzar la vista hasta el retrovisor y ver esos ojos verdes clavados en los míos.

—Hola, Corderito.

Trago saliva con la garganta seca y los pulmones vacíos.

—Gritaré si no me dejas bajar. Romperé las ventanas.

—No deberías subirte al coche de nadie sin mirarle al menos la cara. Llevo un puto pasamontañas y ni te habías dado cuenta.

—¿Por qué lo llevas si sé quién eres?

—Rememorar buenos momentos.

No le veo la cara, pero sé que sonríe, lo oigo en su voz. *Cretino.*

Me pongo roja. Quiero decirle que serán buenos recuerdos para él y que se vaya a la mierda, pero se gira en el asiento y me estremezco.

Es enorme, ¿y por qué huele tan bien? Todo el mundo debería tener en cuenta el relevantísimo detalle de que no estoy bien de la cabeza.

Mi acosador deja algo en el aire para que lo coja. Un llavero con forma de linterna.

—Es una navaja —explica poniéndome la piel de gallina con su voz gutural—. Ponla junto a tus llaves.

—¿Quieres que la use contra ti? ¿Te va ese rollo?

Me mira por encima del hombro y sonríe de lado.

—Sería adorable verte intentándolo.

—No me hace falta ninguna navaja, sé defensa personal. Voy cada domingo de cada semana desde hace años. —*Sola, por desgracia, ya que mi mejor amiga es demasiado vaga para eso*.

Me mira en plan «ya lo sé» y «ponlo en tus llaves de todas formas».

—Tiene veneno en el filo, con un solo corte servirá.

—No seré yo quien le haga ascos a algo que podría clavarte en un ojo en caso de necesidad —digo y él, sin apartar la mirada, sube el cristal que separa el asiento delantero del de atrás.

Sé que ha sido una gracia, un chascarrillo versión tío-enmascarado aterrador, pero me muerdo el labio para no reírme.

—¿Puedo irme ya?

—Claro, cariño, que tengas un buen día en la oficina —dice sarcástico.

Gilipollas.



Horas después, ya en casa y con el pijama, sigo sin preguntarme por qué ha aparecido justo hoy y si lo que ha sucedido en el metro ha tenido algo que ver.

No me lo pregunto, porque no me importa. Y la gente no se cuestiona cosas que no le importan que tienen que ver con personas que le importan todavía menos. Así que eso hago: nada.

Oigo un maullido y corro a la entrada ignorando mi pequeño extraño y lejano ataque de nervios de aquel día en el que creí leer lenguaje humano en los ojos de un inocente gato que tiene pinta de no tener dueño.

Abro la puerta para que no se vaya y digo:

—En un segundo te traigo la cena.

Me doy prisa en llenar el bol del cuchillo hasta arriba. Es un bo genial y la comida venía en latas enormes que no voy a tirar a la basura No ha entrado en casa, lo cual supongo que se traduce en que es ur pelín tímido.

Me tenso cuando se me acerca. *Cálmate*. Me acaricia las piernas a modo de saludo. Desvío la mirada nerviosa oyendo sus patitas acercarse al bol. El gato empieza a comer mostrando plena confianza en mí y en mis inclinaciones no-envenenadoras. Se lo come todo, como un campeón.

—Miau.

Le oigo y me imagino que se está quejando porque no le estoy mirando a los ojos. *Menuda tontería. Menuda chiflada estoy hecha* Me centro en su cola, en sus patitas y le acaricio la cabeza con mimo. É se cuela entre mis manos y su nariz casi da contra la mía. Me topo con su cara sin poder evitarlo, con sus ojazos azul cielo de un tono claro precioso, casi blanco.

Deja de huir, Anastasia.

Una gota de sudor me corre por la frente y un escalofrío me recorre la espina dorsal.

Veo las palabras escritas en su mirada. Las cuatro. Me obligo a no apartar la mía. A convencerme de que lo único que está pasando aquí es que me siento unida a este animal. Aprecio inexplicable y ya.

Deja de huir, Anastasia.

Emito un gemido lloroso ahogado. Me aguanta la mirada y esas cuatro palabras —dichas con mi puñetera voz—, siguen repitiéndose como un código numérico que mi cerebro no puede permitirse olvidar.

—¿De quién? —musito y él parpadea.

Ya lo sabes.

CAPÍTULO 35

La ruina



Julia tiene una cita con su nuevo ligue y se ha plantado en m apartamento con un par de modelitos de guarrona para que la ayude a decidir cuál debería ponerse. ¿Quién puede culparla? Se pasa el día cor el mono azul y la bata blanca, es normal que quiera sacar a relucir e divino cuerpo que tiene. Mi amiga es una diosa y no hay más vuelta de hoja.

—Este —cojo el azul que descansa en mi cama y se lo pego al pecho.

—¿Segura? ¿No enseña mucha espalda?

—Lo justo para que todavía se considere elegante. Y encima te hace un culo que no veas. El resto son demasiado escotados y no queremos que el pobre Clark Kent coma con una erección que haga que la sangre no le llegue al cerebro durante mucho tiempo y muera. Eres enfermera tienes que preocuparte por esas cosas.

—Mason, se llama Mason.

—El primo de Superman, sí.

Rompe en carcajadas y yo también, y no paramos hasta que nos duele el estómago. *Son momentos como estos los que me hacen pensar que llevamos siendo amigas en todas nuestras anteriores vidas ¿Quién sabe? Igual fuimos un par de brujas que mientras ardían en la hoguera prometieron volver a encontrarse.*

Se maquilla sola porque sabe exactamente cómo le gusta, pero a acabar vamos al baño y la ayudo con el pelo. Finjo no darme cuenta de que mis cosas están algo movidas de sitio. Es mínimo. La toalla, e neceser, el cepillo… todo está ahí, pero no igual.

¿Quizá estoy paranoica? ¿Si me mudara, me encontraría?

Centro la atención en mis manos. Juls se ha recogido el pelo en una coleta estilo *clean look* —que dudo si terminará por dejarla calva de lo tirante que está—, y yo me encargo de rizársela y convertírsela en un moño con ondulaciones sueltas.

Queda precioso. Mi amiga es una diosa, ¿lo he dicho ya?

—¿Y esa mueca? —pregunto—. No es porque la haya hecho yo, perc
me ha quedado de puta madre.

—No quiero que me pase lo de la última vez. Tanto Matthew como
Scott parecían buenos tipos, pero al final ninguno cuajó.

Matthew parecía un poco tonto, luego resultó ser un pedófilo. *Pued*
que me haya pasado por su vecindario y haya oído las barbaridade
que se rumoreaban y, que después de eso, me haya pasado un par d
días sin poder comer a gusto.

Y Scott es un capullo que dejó de llamarla de un día para otro sin
darle más explicación. Incluso bloqueó su contacto.

Si me lo encuentro por la calle, lo secuestro y lo encierro en el pis
de arriba. Si es como Matthew, se desmayará del miedo y obtendré m
venganza.

—Mi abuelo tenía un dicho.

—¿Cuál?

—«Si el espíritu del amor golpea tu puerta, no corras a abrir. Te
caerás por las escaleras y un hombre de verdad sabe esperar». —Era un
señor muy sabio, además de genial.

Le echo de menos.

—Pues qué mal rollo.

—Superman es un tipo listo, ¿no ves que lleva gafas? Tú quédate con
eso. Todo irá bien.

—Tonta —se carcajea y bajo la guardia.

La bata se me mueve y deja al descubierto una franja de piel más
allá de la clavícula. Al instante, Julia se percata de la marca violácea en
mi hombro.

Una que él me hizo mientras estaba arrodillada en el baño del club
con su polla en la boca. Una que he estado apretándome para que no
desaparezca.

Mi amiga se levanta a toda prisa de la banqueta del baño y me mira
alzando las cejas.

—¿Qué es esto?

—No es nada. Me di un golpe tonto.

—¿En el hombro? ¿Cómo?

—Haciendo pesas. Me compré un par por Amazon, pero se me cayó
una en el hombro y me deshice de ellas. Eran solo de dos kilos, lo cual
hace que todo sea un poco más humillante, pero me hizo un daño
tremendo.

Hace una mueca que rebosa compasión y vuelve a sentarse maldiciéndolas. Pese a que es una historia ridícula, Juls me cree sin dudar de mí ni por un segundo y la culpa por poco me ahoga.

Soy la peor persona del mundo. Una amiga nefasta. Una mentirosa.

Volvemos a hablar de Scott y recuerdo algo. Salgo pitando hacia mi dormitorio. Juls me sigue. Voy al tocador y saco unos pendientes. *Esos* pendientes.

—Toma. Casi se me olvida. Quería prestártelos.

—Pero si son tus pendientes de la buena suerte —las calaveras decapitadas que chorrean sangre.

Son de plata y la sangre es negra y está hecha de brillos, molan mucho.

—No creo que la necesites, pero por si acaso. Anda póntelos y vete ya, que al final llegarás tarde.

Me apretuja las manos, tira de mí y me da un buen abrazo. Las luces de la calle parpadean en plan tétrico y rezo porque sea casualidad.

Luego se marcha y los latidos de mi corazón suenan con eco. A ella nunca le miento, nunca le oculto nada. Considero a Juls mi familia, la verdadera, la escogida, la que importa. Pero sé que la estoy protegiendo y que a veces hay que hacer cosas malas para proteger a gente buena.

Me pongo *Scream*, pero la pauso enseguida. No estoy de humor ni siquiera para pasear por las calles de Woodsboro. Decido darme un baño caliente de burbujas con un buen vaso de vino y replantearme todas mis decisiones de vida.

Me quito el colgante y las placas repiquetean contra la cerámica. Las llevaba puestas para devolvérselas en cuanto tuviera la oportunidad para arrebatarle cualquier motivo para venir a verme. Pero hace días que no le veo y sinceramente no me apetece que me roce las tetas mientras me baño.

De repente, recibo una llamada de un número que no tengo guardado en la agenda, —ya no—, pero que me sé de memoria. Al fin y al cabo, su teléfono fijo no ha cambiado en los últimos veintiséis años.

—Hola, mamá.

—Te tengo dicho que debes presentarte al descolgar el teléfono.

—Y yo que este no es un móvil de empresa. —Hago muecas sacando la lengua.

¿En serio sería tan difícil un «¿Qué tal estás, hija?» para empezar con buen pie por una vez?

—Es igual, tu padre quiere que vengas a cenar.

«Tu padre quiere» ergo*, «a mi me importa un pepino y medio»*.

—¿Y eso?

—Vamos a celebrar una gala benéfica muy importante y es necesario que demos una buena imagen. La familia unida.

—¿Cuándo es?

—Mañana por la noche.

—¿Mañana? ¿Y me avisas ahora? No puedo irme así como así.

—¿Por qué, has sido una holgazana y has gastado todos tus días de vacaciones? Hija, que no eres cirujana, imagino que porque faltes un día no se va a morir nadie.

Ellos nunca están satisfechos con nada de lo que yo hago. Querían un niño y llegué yo. Mala suerte. Lo gracioso es que trabajo de lo que querían. Estudié lo que ellos decidieron. Aprendí alemán y francés cuando yo quería estudiar español. Fui de Erasmus a Bélgica cuando yo quería ir a Grecia.

La primera cosa que hice por mí fue hace cuatro años, cuando los mandé a la mierda y me largué a la otra punta del país. Ellos nunca me han aceptado como soy, pero Julia sí. Ella lo hizo nada más conocerme. Es una suerte que el destino la pusiera a trabajar justo en el lugar donde cayó la chincheta cuando la lancé. Seattle se ha convertido en el hogar que Nueva York nunca fue.

—Por raro que a ti te parezca, sí importa si falto o no al trabajo.

—Te mando el billete por correo.

—He dicho que no.

—Ven arreglada y, si puede ser, con un vestido que no sea negro. –Me cuelga y suelto un gruñido animal.

La. Odio. Tanto.

Estoy por sumergir el móvil de la rabia que me da, pero en vez de eso bloqueo el número para que no vuelvan a llamarme. *Ella sí que es un monstruo y no lo que sale en mis películas favoritas. Siempre me sorprendió que me miraran mal por mis gustos, cuando todos en mi casa eran mucho peores.*

Entonces, cinco minutos después, tengo una idea. Una que lo cambia todo.

Estaba segura al cien por cien de que no iba a ir. Bajo ningún concepto. Traducción coloquial: NI MUERTA.

Pero se me ha ocurrido algo que tiene que ver con la única persona que alguna vez me hizo sentir querida. Mi abuelo, el padre de mi padre.

CAPÍTULO 36

La ruina

Está fuera de mi casa. Otra vez. Son las diez de la noche y todavía tengo el pelo mojado cuando me doy cuenta de que mirarlo a través de la ventana me cabrea.

Saber que se divierte torturándome, me enfurece todavía más que la propia tortura.

Lo veo ahí parado frente a mi ventana y lo que me entra por el cuerpo ya no es miedo. Bueno, sí, pero por encima de todo cabreo. Furia asesina porque este degenerado crea que tiene algún poder sobre mí. Y yo, estando llena de ira, no tomo buenas decisiones.

Seamos sinceras, en calma, tampoco las tomo.

Rompo el contacto visual y salgo de mi dormitorio. Recorro el salón a zancadas. Llego al recibidor y abro la puerta. Desde la entrada le grito:

—¡A partir de ahora así de abierta va a estar siempre! —*Total, entra cuando le da la gana.*

Pero así lo que él hace no es especial. No es mejor que el resto de pirados que no son capaces de colarse en mi casa.

Y en este juego psicológico de perturbados en el que me he visto obligada a participar, siento que acabo de hacerle un puto jaque mate con la reina negra.

Se aleja de la ventana y recorre el espacio del jardín que nos separa acercándose a mí. Tiemblo de pies a cabeza, como una hoja. No me espero a ver si entra o no. A paso ligero, avanzo hasta mi habitación y vuelvo a sentarme junto a la ventana. Oigo la puerta cerrándose de un portazo tan fuerte que no entiendo cómo no se cae el edificio.

Dios mío, ¿y si me mata? Esto me pasa por orgullosa.

Silencio. Más silencio.

Y boom.

Doy un bote y suelto un grito cuando aparece en mi campo de visión, al otro lado de la ventana. Sacude la cabeza mandando un

mensaje claro.

«Chica mala. Nadie salvo yo impone las reglas. Aquí jugamos como yo diga», eso dice. Me aguanta la mirada y tengo que desviarla Agachar la cabeza aceptando mi derrota. Al cabo de unos segundos percibo por la visión periférica cómo se agacha sin romper el contacto visual. A este tío le encanta observarme.

Entonces mueve el brazo y le da un toquecito a la verja que protege mi ventana. Y esta se cae. Así, sin oponer la más mínima resistencia. Y eso que esta vez ni siquiera ha dado un tirón fuerte.

Me deja sin aliento. Acto seguido golpea la ventana con los nudillos un par de veces. Suave. Pidiéndome que lo deje entrar. Está loco y yo lo sé, pero ahora la puerta de mi casa está cerrada y eso me da una ridícula y ficticia sensación de seguridad.

—Muérete —vocalizo bien para que me entienda bien.

Y él sonríe. Es una sonrisa arrebatadora, pero dejará de serlo cuando le clave un cuchillo en la cara. Una cara bonita, donde las haya pero a veces en la vida hace falta hacer sacrificios.

El perturbado saca el teléfono y empieza a escribir. Mi móvil vibra segundos después.

Número oculto: Tengo un regalo para ti.

Tengo tan claro lo que le quiero decir que mis dedos vuelan sobre el teclado.

Anastasia: ¿Es una nota de suicidio?
Número oculto: Abre y lo descubrirás.

Ya lo dicen, la curiosidad mató al gato.

Y yo maúllo como una zorra mala.

CAPÍTULO 37

La ruina



Levanto el pestillo de la ventana y dejo que la abra de par en par creando un hueco lo bastante grande para que quepa su cuerpo. Pisa mis cojines en los que me tumbo para leer y añado eso a la lista de razones por las que quiero acabar con él.

Se ríe cuando me apresuro a limpiarlos. Ardo en deseos de coger el cuchillo que guardo en la mesita de noche y clavárselo en el riñón izquierdo. O el hígado. No soy tiquismiquis.

La manera que tiene de observarme tiene un peso sobre mi piel. Mi habitación se vuelve más pequeña con su presencia y se llena de su olor adictivo. Se me eriza la piel y el vello por el miedo, y aunque sería genial que se largara, no lo digo.

Mi acosador se saca algo de un bolsillo de sus pantalones cargo negros y me lo ofrece. No es un collar. No es ninguna joya. Tampoco un arma.

Es un bote pequeño, esférico.

—¿Qué se supone que es esto?

—Deberías saberlo, lo has probado antes.

Me deja sin respiración. No es posible. Lo destapa y el olor es inequívoco.

—No habrás sido capaz —musito nerviosa, asqueada y excitada porque, joder, sí sé lo que es.

Vaya que sí. Y no, no doy crédito.

—¿Cómo tienes las rodillas? Te fuiste muy deprisa de ese baño. —Me acaricia la mejilla—. No he podido parar de pensar en ti. Y eso que tengo muchísimo trabajo.

—La dura vida del asesino —pronuncio cada palabra con más desdén que la anterior, pero le resbala.

—Dura, sí. ¿Vas a esperar mucho para bebértelo?

Al tocarlo, un latigazo de un sentimiento que preferiría evitar me sacude el cuerpo entero como si me hubiera caído un rayo encima. No

me ha pasado nunca, pero imagino que sería algo así.

Hay una razón por la que no volví a cargármelas cuando las puso no quería darle una razón para que volviera aquí. *Ahora me arrepiento*

—Todavía está caliente. ¿Has visto a Juls desnuda por las cámaras? ¿Es eso lo que te ha inspirado?

El muy psicópata sonríe. Despacio. Me siento horrible por permiti que haya visto a mi amiga, pero esto es otra cosa. Lo que siento es alg incluso peor que eso y le gana el pulso a todas mis demás emociones.

—¿Estás celosa?

Ardo de rabia.

—Sal de mi casa. —Me levanto y señalo el exterior extendiendo e brazo—. Fuera.

Él me coge de ambas mejillas con la mano libre forzándome a que l mire. Me clava los dedos y me duele.

—Esta tarde no he mirado las cámaras —nos acerca y lo siguiente l susurra—. Para que te enteres, solo tengo que recordar tu sabor para correrme. No hay nadie más que tú. Y no lo habrá.

Mi corazón, estúpido, masoquista y lascivo, se salta un latido. Dos Quince.

—Pues te espera una vida de celibato y un dolor de huevos que n veas —mascullo.

No me muevo. Le reto con la mirada.

Él acerca el bote, aún tibio, y me suelta despacio la cara.

—No voy a bebérmelo. No tienes razones para castigarme.

—Es cierto que no las tengo. Pero si haces lo que quiero y te porta como una buena chica, tendré razones para premiarte. Y ambo sabemos lo mucho que disfrutarías si lo hiciera.

—Solo si esta vez coges el cuchillo con la polla.

—Oh, ambos sabemos que no es eso lo que quieres que haga con m polla —vuelve a susurrar y ahora es más ronco que antes. Estamos ta cerca que casi nos estamos besando, lo cual hace que me resulte má difícil prestar atención a lo que dice—. Te recuerdo que tengo ojos e todas partes.

—No es verdad.

—¿No?

—No, no en esta habitación —jadeo poniéndome nerviosa—. He rot todas las cámaras que has puesto aquí.

—Ay, Corderito. Creía que ya habías aprendido que yo no necesit invitación para entrar en esta casa. Te vi porque estaba justo ahí junto

tu cama —me quita el bote con semen de los dedos y acaricia mis labios con él—. Soñando conmigo. Metiéndote los dedos en el coño mientras imaginabas que eran los míos.

Abro los ojos y la boca por la sorpresa y el bochorno, y él aprovecha la oportunidad para verter el líquido en mi boca con brusquedad. El gusto salado y a él me inunda las papilas gustativas y me lo trago todo. Tal y como él quiere.

—Pero qué buena eres —gruñe sacándome los colores, obligándome a sentirme bien y mal a la vez.

Su pulgar me roza la comisura de los labios y me corta la respiración. Entonces mi acosador hace algo que no había hecho hasta ahora.

Me abre la boca, se sumerge en ella y me besa.

Es increíble la de cosas obscenas que hemos hecho y que hasta ahora no hubiera existido ni un solo beso entre nosotros. Pero habría sido mejor que jamás hubiera ocurrido porque mi acosador no besa, invade. Conquista. Folla con la boca.

Jadeo cuando me mete la lengua y hace lo que quiere conmigo. Le clavo las uñas en el cuero cabelludo cuando su boca toma absoluta posesión de la mía. Inclina mi cabeza hacia atrás forzando mi cuello hasta lo indecible, pero me lo sujeta como si quisiera que disfrutara de esto.

Me come en embestidas lentas al principio y profundas después como si estuviera probando hasta dónde puedo llegar sin que me rompa. El deseo me empapa sin que pueda evitarlo y me estremezco.

Me ahogo en la implosión de excitación que sacude mis cimientos, mi casa, todo.

Nunca me han besado así. Nunca he sentido nada parecido. Cada giro de su lengua arranca un sonido distinto de mi garganta. Me deshago en gimoteos desesperados y me doy vergüenza a mí misma pero quiero más. Entonces él se separa para respirar y... no, ver esos ojos verdes tan de cerca tampoco es buena idea.

—Joder, lo sabía.

—¿El qué? —me muerdo el labio inferior echándole de menos.

—Que me volvería adicto a ti de por vida.

La próxima vez que se acerca me muevo en el último segundo y le muerdo la mandíbula. A duras penas tengo tiempo de cerrar la boca y apretar los dientes. Es muy rápido y consigue apartarse. Me he hecho

un daño que no veas por el golpe, pero me lo quito de encima que es lo importante.

—¿Por qué te empeñas en hacer las cosas difíciles, Anastasia? –pregunta cabreado, con la respiración agitada y las ganas de castigarme resplandeciendo en sus pupilas dilatadas.

No respondo, hago algo mejor. Esquivo su cuerpo y salgo corriendo del dormitorio antes de que someta mi lengua como ha hecho ya con otras partes de mi cuerpo.

Corro lo más lejos que puedo de él y acabo en la cocina. No es muy lejos, pero tendrá que valer, supongo. Sin dudarlo ni por un instante cojo uno de mis cuchillos, y lo alzo hacia la puerta por la que he entrado.

Tengo el pulso a mil. Debo tener el corazón muy fuerte para que no haya renunciado ya a la vida. *Yo estoy a punto*.

CAPÍTULO 38

La ruina



Entra por el lado opuesto al que le espero, pero no importa, porque la isla de la cocina hace de barrera y tengo tiempo de reaccionar.

—Lárgate.

—Pero tú no quieres que me vaya, Corderito. ¿O si? —Se acerca a mí como si el pedazo de cuchillo que tengo entre manos le hiciera gracia.

Como si fuera puto adorable.

—Te he dicho un millón de veces que te odio. Que me das asco.

—Sí, pero tienes la fea costumbre de mentirte a ti misma.

—No lo hago.

—¿No? ¿Por eso estuviste a punto de correrte cuando me chupaste la polla?

Un calambre directo a mi sexo me sacude después de que lo haga dicho recuerdo.

Sí, es verdad, y es algo que me acecha, que me hace sentir mucha vergüenza y otras cosas a las que no quiero encarar. *Porque en la peli cuando el monstruo te persigue tú corres por tu vida, no te pones a analizar las cosas*.

—Dame tu móvil.

—¿Y si te lo doy, cómo voy a llamar a la policía?

Sigue caminando, pero yo no dejo de rodear la isla.

—¿Prefieres que vaya yo y te lo quite? ¿Es eso? ¿Estamos jugando a policía y el ladrón, Anastasia?

—No estamos jugando a nada porque ambos sabemos que tú eres las dos cosas —le lanzo mi móvil que se desliza por la superficie de la isla, solo para que no se acerque más a mí.

—¿Por qué tienes un billete de avión a Nueva York para mañana? – frunce el ceño mientras mira la pantalla

—No es asunto tuyo.

—Lo es si voy a tener que acompañarte.

Coge un cuchillo como el mío.

Luego otro.

Ay, madre mía

—Habla, Corderito.

—Mis padres quieren que vaya a una gala benéfica. Como buenas personas adineradas, no se dedican a otra cosa que a celebrar eventos y para ellos las apariencias importan mucho. Voy de bulto. Nada más ¿Ahora puedes irte de mi casa?

—¿No te han tratado bien?

No. Y es evidente que no quiero tener nada que ver con ellos.

Pero tampoco quiero que los mate, son mis padres. Así que intento sonar convincente.

—Estamos bien, siempre que sea lejos los unos de los otros. Pero voy a ir porque quiero recuperar algo.

—¿El qué?

—Algo que pertenecía a una persona que quería mucho y murió Algo que ellos se negaron a darme, aunque no tenían ningún interés real por ello —me duele solo decirlo.

—¿Quién y el qué? —insiste, como si tuviera algún derecho.

—Vete a la mierda, no voy a contarte mi vida.

—Bien, entonces debe ser importante. Iremos juntos. —Se guarda el móvil en el bolsillo trasero y asiente como si estuviera decidido.

—¿Estás mal de la azotea o qué? ¿Cómo voy a ir a ver a mi familia cogida del brazo de mi acosador? De eso nada. Vamos, ¡es que no hablar!

—No solo vas a ir conmigo —baja el tono—. Vas a pasearte por esa gala chorreando mi semen entre tus preciosas piernas. Y juntos vamos a recuperar lo que te pertenece. Y lo haremos por las buenas, o por las malas, Corderito. Pero lo haremos.

Lanza uno de los cuchillos en mi dirección y se clava en mi bata obligándome a permanecer pegada al armario detrás de mí. La sangre se evapora de mis venas y me ahogo en el grito que no suelto.

—¡¿En serio acabas de...?! —bramo, sintiendo agujas en los pulmones por lo que el miedo le hace a mi respiración.

Se acerca despacio. Ignorando que tengo un cuchillo en la mano aparta la bata de mi escote con el filo del que él sostiene y chasquea la lengua.

—¿Y mis placas? ¿Por qué no están rodeándote el cuello? Pensaba que los únicos collares que te ponías eran los que tú misma robabas –

sonríe de manera torcida y desvía la mirada por mi cuerpo—. ¿Acaso hiciste lo que te pedí, Corderito?

—No, las tiré por el váter.

—No es verdad, ¿dónde las tienes?

No contesto, así que mete las manos en los bolsillos de mi bata buscándolas. Se cuela en los dos delanteros, junto a mis tetas, y los dos de abajo. Me toca el coño a través de la suave seda y enseguida se empapa.

—Qué mojada estás ya, Anastasia.

—No es por ti, es que tengo la regla —miento.

Es cierto que sigo llevando la misma bata de antes. Pero a diferencia de cuando Juls estaba aquí, después del baño no me he puesto nada debajo. Antes de tener un acosador disfrutaba de los placeres de dormir desnuda. En cualquier caso, cuando clava el siguiente cuchillo en el extremo opuesto de la bata y esta se abre, él suelta un sonido gutural.

—Mentiras y más mentiras —me quita el cuchillo de la mano aprovechando que no me puedo mover, a menos que decida perder la bata por completo y quedarme desnuda del todo frente a él.

En vez de eso paso la otra mano, la que no está comprometida y me cierro la bata como puedo. Él se agacha y saca mi teléfono de su bolsillo.

—¿Qué estás haciendo?

—Tengo grabadas en las retinas todas y cada una de las fotos que te hiciste. Pero a estas alturas necesito nueva mercancía. El hambre no me deja dormir por las noches y tú aún no estás lista para que te folle de verdad.

—¿Has visto mis…?

—Sí. Las he visto.

Será hijo de…

—Eso es invasión de la privacidad. ¿Y qué quieres decir con que aún no estoy lista? Nunca va a ocurrir —"dijo ella, desnuda en su cocina".

Hunde la cara entre mis piernas y inhala con fuerza. *Oliéndome.*

—Abre las piernas, mi Ruina. Vamos a hacértelas como a mí me gusta.

—¿Q-qué me has llamado?

Me abre él mismo las piernas y empieza a hacerme fotos con mi móvil. *Porque así solo dos personas podrán verlo: la dueña, yo, y el que se cuela sin permiso en mis carpetas, él.* Es enfermizo, como todo cuanto nos rodea.

—Tienes un coño precioso. Rosa, brillante y suave —dice poniéndose una de mis piernas en el hombro para fotografiar un ángulo en el que esté aún más abierta. Se me escapa un gemido cuando me escupe en el clítoris—. Gime mi nombre, Corderito.

—*No*.

—Hazlo si no quieres que vaya a por el cuchillo —me clava los dedos en el muslo para que obedezca.

—¿En serio me has llamado ruina? Bancarrota, desgracia, desastre... No voy a permitir que me insultes. Además, Varek Kaelven es un nombre muy feo.

Me agarra un pecho con fuerza cuando se alza de golpe para obligarme a mirarle a la cara.

—Te llamo mi Ruina porque es lo que eres para mí. Porque me destrozas. Porque todo lo que no seas tú me sabe a poco. ¿Eres consciente de lo que me hace saber que estás goteando por mí y que no estás lista para que me entierre tan profundo en tu coñito que me notes hasta en la puta garganta? *No*. No lo sabes. No tienes ni puta idea. Pero lo vas a saber. —Me despoja de la bata con un tirón lento, estudiado como si estuviera desenvolviendo su regalo favorito, y luego me arrastra donde quiere.

Me sube a la isla. El frío de la encimera me muerde la piel caliente mientras me pega la espalda al mármol y me abre las piernas. Deja mi móvil grabando, colocado entre ellas, para que no pueda cerrarlas y favorecerme de la fricción.

Entonces ataca mis pechos. Intenta metérselos en la boca, pero no le caben. Los reclama con la lengua, con los labios, con los dedos.

Ejerce la presión exacta en los pezones y luego la supera por mucho. Me succiona la piel dejándome marca.

—Si no quieres ponerte un collar, quizá sea porque prefieres uno de carne y hueso —me ahoga rodeándome el cuello con los dedos y aprieta hasta que estoy desesperada por correrme.

CAPÍTULO 39

La ruina

Mis gemidos se vuelven lloros. Desde el principio ha dejado claro e destino que no podían alcanzar mis dedos, bajo ningún concepto. Me lo ha repetido al oído, grave, paciente, como una orden que quería tatua en mi cerebro. «Tú no puedes tocar».

Cuando no le he hecho ni caso, ha sacado sus esposas de policía y ahora mis brazos han quedado anclados el uno al otro por encima de mi cabeza y no me deja bajarlos. El metal muerde mi piel cada vez que tiro, recordándome las consecuencias de ser una chica mala. Gimo retorciéndome.

—Mírate, estás tan preciosa luchando contra ti misma —quita e móvil de entre mis piernas y las cierro enseguida.

Me aferro a ese segundo de falsa libertad como una muje deshidratada en mitad del desierto lo haría al último sorbo de agua.

Por desgracia él me las separa y me arrastra al borde de un tirón.

—*Por favor…*

—¿Por favor, qué? ¿Por favor, cómeme el coño? ¿Por favor, métem los dedos? ¿Por favor, fóllame? ¿Por favor, qué, Anastasia?

No quiero responder a esa pregunta. Alzo mi pelvis revolviéndome intentando salirme de mi cuerpo y veo cómo su fuerza flaquea.

Vuelve a escupirme y me da una palmada fuerte en el clítoris qu hace que me retuerza. Chillo. Nunca en mi vida he estado tan desesperada.

—No lo diré. —Las muñecas me arden de tanto tirar.

Mi cuerpo le busca sin que mi boca lo admita. Tiemblo de rabia y necesidad.

—Voy a ponértelo más fácil —su voz se arrastra por mi piel com dinamita a punto de explotar. Me mete un dedo, hasta el fondo y sin aviso—. Si quieres que pare, pídemelo.

No lo hago. De hecho me muerdo el labio inferior por terror a abri la boca. Ni siquiera respiro. ¿Y qué hace él? Introduce otro dedo.

Los mete y los saca mojándose con mi cálida miel, la que me resbala por los muslos, la que demuestra cómo estoy. El éxtasis y el alivio me ponen los ojos en blanco.

—¿Quieres más, Anastasia?

Me aterra que mantener la boquita cerrada vuelva a frenarlo. Que se detenga y me obligue a hablar cuando no quiero, humillándome con la verdad como la vez que me dominó en el sofá de mi salón.

Pero esta vez es diferente, como si ya nos conociéramos. Yo no digo que no y él me mete un tercer dedo. Es demasiado, mis paredes arden pero el deseo me impide emitir queja alguna. Solo me deshago en gemidos, en jadeos y en plegarias. Plegarias sucias, involuntarias y tan primitivas que no reconozco mi propia voz en ellas.

Parece que le estoy rezando y aunque a mi orgullo le jode horrores no le hago ni puto caso.

Su otra mano ataca mi clítoris presionándolo, pellizcándolo dándole golpes bruscos que envían latigazos chispeantes por todo mi ser que me electrocutan las vértebras sin piedad.

—Así me tienes todo el día. ¿Serías capaz de trabajar? ¿De seguir con tu día así?

No. Dios, no. Gruñe satisfecho.

Puede que no haya pronunciado su nombre en voz alta ni una sola vez, pero vibra dentro de mí, late y me quema imprimiéndose en mi garganta desde dentro como un tatuaje.

Entra y sale de mí dilatándome a la fuerza y yo ya… ya no puedo con más.

—Mi Corderito palpita muy rápido —chista la lengua regodeándose —. ¿Qué? ¿Vas a correrte ya? ¿Tan pronto?

Parece haberse olvidado de sus grabaciones y sus fotos, porque cuando le miro solo tiene ojos para mí, para lo que me está haciendo. Él también parece estar al límite. *Y es tan atractivo. Y está tan loco…* Me colma de atenciones y me destroza curvando los dedos, dando en el punto exacto que necesito desde todos los ángulos que se le ocurren.

Es evidente que querría sustituir los tres dedos por su polla, y aunque ahora mismo yo también quiero que lo haga, no concederle su deseo es victoria suficiente para mí. Al menos por ahora.

No tengo nada que hacer. Sus dedos son tan gruesos que casi son el triple que los míos. Así que les pierdo la batalla.

El orgasmo es glorioso.

Explosivo.

Violento.

Me enloquece y me sacude como un titán sádico con sed de venganza. Arqueo la espalda y abro la boca en un grito sordo imaginándome que me la llena con su lengua o con su polla. Cierro las piernas con tal de aprisionarle contra mí, con el deseo de retenerlo dentro de mi sexo para siempre. Él es más fuerte y se mueve tan rápido como quiere y justo como necesito.

No se detiene hasta que ya no puedo más. Hasta que mi cuerpo deja de obedecerme y soy solo una respiración quebrada y un puñado de músculos temblorosos. Hasta que resulta evidente que ha acabado conmigo del todo.

Solo entonces sale de mí y se lleva los tres dedos a la boca para dejarlos limpios.

CAPÍTULO 40

El verdugo



El trabajo de investigación puede ser tedioso, pero hemos conseguido una lista de personas que frecuentan el hotel de Jeremiah Thomson. Pese a todo, necesitamos más.

—¡No lo sé! —grita la voz angustiada del hombre que tengo atado a una silla, en mi encantador almacén.

Donde los sueños se hacen realidad.

—¿No lo sabes?

—Por favor, yo solo he ido ahí dos veces, ¡este es un castigo desmedido!

Le doy un puñetazo en la boca tan fuerte que me quedo con dos de sus dientes.

—¿Desmedido? Obligáis a mujeres a prostituirse para vosotros, les dais palizas solo por diversión, ¿y *esto* te parece desmedido? —Me cabrea, un grave error por su parte.

Meto el cuchillo en el cubo con sal y alcohol y luego se lo clavo.

En la pierna.

En el hombro.

Donde me da la gana.

Grita como un poseso. No conserva ni un gramo de dignidad.

—¿Qué pasa, Thrade? ¿No te gusta cuando el daño te lo hacen a ti? —acerco uno de los portátiles para que lo vea y le tiro del poco pelo que le queda cuando se niega a levantar la cabeza—. Dime, ¿qué hacías en estas grabaciones? ¿Mmm? ¿Qué hacías? —No contesta, así que vuelvo a empapar el cuchillo y se lo clavo por encima de la rodilla, esta vez para dejarlo ahí—. Yo te diré lo que hacías. Agredir sexualmente a una mujer drogada. ¿Sabes en lo que te convierte eso? —muevo el cuchillo dentro de su piel.

Hemos conseguido las cámaras del vestíbulo, pero no de donde ocurren las mayores atrocidades. Allí no hay cámaras, claro, razón por la cual tendré que ir allí. Y para eso, necesito el teléfono del medio

mierda este. Resulta que Thrade ha conocido a un nuevo rico llamado "Vance" y se muere de ganas de llevarlo al hotel una noche de estas.

—Por favor, p-perdóname la vida —dice con sangre resbalando por su barbilla—. Esa zorra no es nadie, ¡y yo tengo d-d-dinero! Mu.. ¡mucho dinero!

—¿Sabes lo que creo? Que si no sabes que tu polla no es un arma, es evidente que no deberías tener una —acerco el cuchillo a su entrepierna.

—¡No, por favor!

—¿Varek? —la voz de Lucas suena por el pinganillo que llevo en la oreja desde hace horas.

—Te escucho —digo poniéndole un esparadrapo en la boca al concejal.

—Parece ser que Logan Stelkon es el que lidera todo lo que dejó atrás Jeremiah.

—Repíteme el nombre.

—Logan Stelkon. Sí, has oído bien.

Stelkon lidera un partido que lucha por los derechos de la mujer tiene un coche cutre y siempre viste un atuendo barato. Uso a Thrade como mi saco de boxeo para la rabia, hasta que le desencajo la mandíbula y me salpica la sangre en la cara.

—Tenemos motivos para considerar que la fundación benéfica en apoyo a las mujeres que han sufrido violencia de género no es más que una vía para cazar nuevos… "talentos".

Le arranco el esparadrapo de la cara a Thrade y me quedo con parte de su bigote blanco.

—¿Logan Stelkon está al mando ahora?

Él asiente, llorando como una patética rata cobarde y rastrera. La ira hace que me hierva la sangre. *Hijos de puta*.

Aprieto los puños, pero solo quiero ver el mundo arder. Nada, salvo la promesa de que voy a descuartizarlos a todos, servirá para apaciguar mi furia.

Arrastro la silla de Thrade desde detrás, lo levanto con ella y los dejo caer juntos a la piscina de ácido un puñado de metros más abajo de mis pies.

—Quiero ir esta noche —le digo a Lucas cuando la estancia recupera el silencio.

—No puedes, tienen días específicos para esto, ya lo sabes. Mañana es sábado, tendrás que esperar al martes como muy pronto y aun así

creo que sería mejor recopilar más información.

—Están torturando a gente inocente, Lucas.

—Suponía que dirías eso, así que he avisado a Jared y a Aiden para que estén listos para este martes.

Jared y Aiden son dos armarios empotrados que me echan un cable cuando la cantidad de gente a la que tengo que hacer sangrar supera la decena. Los conocí en mi época de militar y tienen toda mi confianza.

Jared es letal. Solíamos zurrarnos en plan amistoso y alguna que otra vez acabamos con algún hueso roto. Sabe calar bien a la gente y tiene unos reflejos de la hostia. Su tez es oscura, pero no tanto como los tatuajes que le cubren los brazos o la que se le agarra al alma.

Aiden es muy inteligente, noruego y bastante calculador. Él es de los que en una situación límite entre salvar a su madre o a su mujer sabría escoger algo que le permitiera vivir con ello el resto de sus días. Un poco frío, pero buen tío. Paciente.

Lucas me cuenta que les ha conseguido una coartada similar a la mía y que iremos por separado, con una hora de diferencia. Yo iré el primero y Aiden el último.

Esos dos fueron los primeros a los que contacté al crear mi organización secreta, aunque llevan meses a su bola. Lucas es el único que los controla. Yo tengo demasiado con lo que lidiar.

Al parecer, tendré que esperar al martes.



Salgo de allí horas después.

El sol del mediodía pega fuerte cuando me paso a ver a Lina y al resto de chicas porque, ahora más que nunca, necesito comprobar que lo que hacemos en la organización sirve de algo. Pruebas de que, de hecho, sí salvamos vidas.

Están terminando una clase de defensa personal en el jardín. Digamos que me ayuda bastante.

Número oculto: Voy a encargarme de tu vestido para esta noche.

Anastasia: No.

Número oculto: ¿Prefieres ir desnuda?

No contesta. Sonrío como un tonto.

Número oculto: En una hora estoy en tu casa.

CAPÍTULO 41

El verdugo



Nos sentamos en el avión, ocupando dos de los típicos asientos de primera clase. Espaciosos. Medianamente cómodos. El de Anastasia y el mío están muy juntos, pero separados por una endeble barrera de la que me deshago en cuanto despegamos.

—¿Acabas de romperla?

—Por supuesto.

Me clava las uñas en el dorso de la mano cuando le pongo la mía en el muslo y luego me la aparta.

—¿Qué crees que haces? —gruñe.

—Muchos esfuerzos por no subirte a mi regazo y obligarte a ir encima de mí todo el vuelo, Corderito. Eso hago.

Está tan preciosa que quita el hipo. Tanto, que no parece real, ni de este puto planeta.

—Vete a la mierda.

—¿Sabes? He cambiado de opinión —muevo la barbilla hacia mí— Puedo obligarte, o puedes venir por tu cuenta.

Entonces se inclina hacia mí y susurra, envalentonada:

—Agente, ¿quiere que llame a la seguridad del avión?

A mí con amenazas. Por favor.

Le doy un tirón a su brazo y con una rápida maniobra la subo a mi regazo. No puede moverse, por mucho que quiera.

—A ver si sigues siendo Miss Mala Actitud cuando te incline sobre la cama en la que creciste y te folle hasta que pierdas el norte.

—Eso nunca va a pasar porque yo nunca voy a suplicártelo. Ahora déjame volver a mi sitio.

—Oblígame.

Patalea en silencio para no armar un escándalo. Está tan colorada.. Sin duda, es lo más gracioso que he visto nunca. Intenta pegarme, pero es como si lo hiciera con dos algodones de azúcar. *Adorable.*

Se inclina hacia mí para intentar morderme y mi polla ya no aguanta más. Paso a tener una evidente tienda de campaña en los pantalones.

Anastasia me muerde el cuello clavándome los dientes con fuerza La separo de mi cuerpo empezando a cabrearme por semejante actitud Parece empeñada en pensar que no tengo sentimientos.

Antes de que pueda decirle nada, ella va directa al antebrazo, con la boca abierta y los dientes listos, pero ve la cicatriz de una bala y se detiene. Me suelta y se queda muy quieta, sin apartar la mirada.

—¿Tienes alguna pregunta?

—No —responde enseguida, pero continúa pensando en ello, se lo veo en la cara. En sus ojos del color de la hierba y el caramelo. Con una voz más suave dice—: No me lo pongas más difícil. Esta gala no va a ser nada agradable para mí. Mis padres ni siquiera están contentos conmigo cuando hago todo lo que quieren. No quiero llegar con el vestido arrugado a la fiesta y el pelo hecho un desastre.

La suelto porque aunque lo parezca, no soy un gilipollas desalmado Inhalo, intentando digerir el cabreo con Sr. y Sra. Corderito repitiéndome una vez más que no tengo que matar a sus padres. No incendiar su antigua casa. Recordándome que Anastasia quiere que me comporte y que a mí me importa mucho lo que ella quiere.

Por eso no los he investigado. Cuanto menos sepa, mejor para todos

—Gracias —dice desde su asiento y espero que sepa que no tiene que dármelas.

—Nunca ganarás si intentas jugar con sus reglas en vez de con las tuyas. Tú eres la reina del tablero, Anastasia. No te comportes como un peón —agacha la cabeza y se la levanto—. Para compensar tu abandono ¿puedes contarme qué es lo que hemos venido a buscar y a quién pertenecía?

—¿Abandono? Estoy justo aquí.

Me inclino hacia ella.

—Si no estoy dentro de ti, «justo aquí» es demasiado lejos. —Vuelvo a mi sitio y yergo la espalda—. Habla.

Me enseña una foto de un hombre de mediana edad, sonriente Tiene los ojos azul cielo de un tono claro, casi blanco, pero transmiten calidez. Paz.

Levanto una ceja.

—¿Me llevas a Nueva York para secuestrar a un anciano?

—Este era mi abuelo. Quiero su reloj. —Sonríe con tristeza—. De pequeña me subía a su regazo, le estropeaba el nudo de la corbata, le pasaba el peine de bolsillo por el pelo y le robaba su reloj de pulsera que me iba gigante. Sé que sus corbatas ya no existen, junto con toda su ropa y sus cosas. Pero mi padre y mi hermano tienen mucho interés en las cosas de valor y sé que conservaron el reloj porque era bueno. —Hace una mueca—. Lo rayé con la esperanza de que me lo dieran, ya que yo jamás tuve intención de venderlo. Pero se lo quedaron igual.

—¿Tienes un hermano? No lo habías dicho.

—Sí, es cinco años mayor que yo. ¿Quieres beber algo? Me muero de sed.

El repentino cambio de tema es la guinda del pastel para la evidente lectura de sus intenciones. *No ha mencionado al hermano porque no tiene nada bueno que decir de él. Nada que no vaya a enfurecerme.* Y *pese a todo, no quiere que le haga daño.*

Pongo la mano en su muslo a través de la abertura de su despampanante vestido azul marino. Ese que abraza su cuerpo como me gustaría hacer a mí.

—¿Es que acaso quieres perder la mano? —pregunta en un tono mucho más dulce de lo que pretendía.

—Es evidente que tus padres, Don y Doña Palos Metidos Por El Culo no dejaron que experimentaras y vivieras con libertad, como querías. Que no te aceptaron como la mujer maravillosa que eres, con tus gustos, tus pasiones y tu esencia única. Eso me cabrea. Mucho. Y lo único en el mundo que a mí me calma eres tú, Anastasia. Si no vas a subirte a mi regazo, deja al menos que te toque.

—¿Tocarme? —sus ojos se agrandan y pasan a ocupar la totalidad de su cara.

—El muslo, Corderito. No te hagas ilusiones. Nadie volverá a ver cómo te corres salvo yo.

—¿Alguna vez vas a dejar de llamarme por ese mote estúpido?

—No, pero tú puedes llamarme lobo feroz. O semental. Escoge la especie que prefieras, no soy racista —me inclino sobre sus labios y la beso.

Es casto. Rápido. No quiero que se me ponga más dura de lo que ya la tengo. Me mira pasmada, dejando entreabiertos los labios que acabo de besar. Le doy un buen apretón en el muslo para que reaccione.

—Pero antes de llegar a Nueva York tenemos que hablar de algo importante. —Ladeo la cabeza—. ¿Qué vas a darme a cambio?

—¿Disculpa? No te he pedido que me acompañes, has venido tú a la fuerza.

—No a cambio de ir contigo a la gala. A cambio de comportarme —le aclaro.

Se queda mirando la mano que tengo en su pierna unos instantes. Luego alza los ojos hasta los míos. *Qué guapísima es, joder*.

—¿Qué quieres? —pregunta dócil, para mi sorpresa.

Sonrío de manera perversa y me inclino hacia ella.

—Quiero que la próxima vez que tengas un sueño que te moje las bragas, me dejes intervenir.

Me repasa el cuerpo con la mirada. Dudando de lo que le estoy proponiendo.

—Hablo de ayudarte a ti, no a mí, Corderito.

—¿Estás diciendo que la próxima vez que te metas en mi casa, como el buen acosador que eres, entres en mi dormitorio como un perturbado y me mires dormir…? ¿Si da la casualidad de que estoy teniendo un sueño subido de tono…? —carraspea y pestañea con rapidez—. ¿Que tú me tocarás? ¿Estando yo dormida?

—Sí, eso estoy diciendo, Anastasia. —La espina dorsal se me vuelve lava solo de pensarlo—. ¿Me lo permites?

—Sí.

—¿De verdad?

—Por supuesto. —Baja el tono—. Pienso poner tal cerrojo en la puerta de mi dormitorio que ni tú ni nadie podrá abrirlo jamás sin echar la puerta abajo. Y si la bella durmiente se despierta, se acaba la fiesta. —Me guiña el ojo y se recuesta en su asiento.

¿Acaba de retarme? ¿Y de vacilarme?

Fíjate, ahora me muero de ganas de volver a casa.

CAPÍTULO 42

La ruina

La casa de mis padres es una mansión, pero no te hagas ilusiones no es tétrica, ni tiene nada que mole de verdad.

Es un monumento pijo a la ostentación y el dinero, un «eh, somos mejores que vosotros» hecho de columnas blancas, techos de dos plantas y jardines con figuras tan bien recortadas que casi parece que las hojas de los arbustos tienen un *sesioneo* de spa matutino cada miércoles.

El camino de la entrada está lleno de coches con chófer: Mercedes Rolls-Royce... Nosotros también hemos venido en un coche caro, pero no es ningún acto de cortesía por parte de mis padres, *¡qué va, ellos no tienen de eso! Es como la varicela, no la pillaron de pequeños y ahora tienen terror a infectarse con el virus.*

No, hemos venido en un coche caro porque es la sutil manera que tiene mi padre de decir a sus amigos del club de golf, «tenemos invitados low-cost cuyas elecciones de vehículos enturbiarán vuestros globos oculares por encima de mi cadáver putrefacto».

La fachada está bien iluminada con focos estratégicos, resaltando las hiedras de los balcones y los ventanales con marcos de plata. Aquí fuera el olor de las flores frescas y la hierba mojada es embriagador. Se escucha el borboteo de las fuentes, el murmullo de los invitados y el silencio característico de la naturaleza de fondo. Estoy segura de que dentro habrá música, pero no se oye desde aquí.

Hay una norma —una súper tonta, en realidad—, y es que todos los invitados deben ir con máscara para hacer las donaciones anónimas. Pero te la dan en la entrada y “nadie” puede saber cuál es la tuya, ni siquiera tu acompañante.

Es una estupidez en sí misma, ya que tu pareja y tú sabéis bien cómo va vestido cada uno porque habéis venido en el mismo coche.Aunque, ¿el resto de personas? Serán un absoluto misterio.

La idea me viene que ni pintada para mis planes de ladrona.

—¿Has visto? Máscaras. Debe ser tu día de suerte, enmascararte es tu hobby favorito, después de acosar. Dime la verdad, ¿llamaste a mis padres para avisar de que venías?

Me mira como si estuviera a punto de quitarme las ganas de hacerme la graciosa con un solo resoplido. *Sí que parece un lobo feroz sí.*

Apoya la mano en el lateral del coche del que acabamos de salir y me enjaula con su cuerpo. Debería sentir claustrofobia, pero no es lo que ocurre.

—Y yo que pensaba que ibas a admitir que eres tú la que está más contenta por llevarlas.

—¿Y eso por qué?

—Siempre has querido que te follara sin saber que era yo, ¿no? Para así poder seguir convenciéndote de que esto no es lo que quieres.

—T-tú alucinas.

—Dime, Anastasia —se acerca más, casi nos estamos besando—. Si esta noche me encuentras en un mar de gente y te llevo a un lugar silencioso, ¿me dejarás follarte hasta licuarte el cerebro?

«Nunca», está en la punta de mis labios, pero los suyos están muy cerca y no consigo comprar el oxígeno requerido para empujar esas cinco letras fuera de mi boca.

El chófer a nuestra espalda anuncia que debe marcharse y yo me despego de la tapicería.

—D-debería entrar yo primera, para no ver qué máscara te dan. Tu traje es negro, es fácil que no sepa diferenciarte del resto de... —dejo de hablar cuando me coge la mano, entrelaza nuestros dedos y echa a andar hacia la entrada—. ¿Qué estás haciendo?

—No iba de farol cuando lo dije, Corderito. Recorrerás los salones de esta casa con mi semen chorreando entre tus piernas.



En cuanto atravesamos esas entradas con las máscaras puestas Varek se agarra a mi mano y no me la suelta como el buen psicópata posesivo que es. *«Lo único en el mundo que a mí me calma eres tú*

Anastasia. Si no vas a subirte a mi regazo, deja al menos que t toque».

Madre mía.

El salón de la entrada es inmenso y a pesar de que las ventana llegan desde el segundo piso hasta el suelo, también cuenta con una cuantas lámparas de araña que, si no me falla la memoria, mis padre encendían prácticamente todo el día.

Muy ecológico todo, sí.

Mi parte favorita son los frescos, que decoran las paredes junto co los espejos venecianos. *Algunos parecen un pelín perturbadores oscuros.*

La gente camina despacio hacia el salón principal, hablando y riendo como si no tuvieran una sola preocupación en la vida, así qu tardamos en llegar hasta él. El perfume de las mujeres se mezcla con e del dinero viejo, el aroma a nuevo de los trajes caros y el champán car servido en copas con formas estúpidas.

Varek me gruñe cuando le suelto para coger mi segunda copa Literalmente. Casi me hace sonreír, pero me aguanto las ganas.

Hablamos con varias personas que me reconocen pese al antifaz qu me cubre media cara y yo finjo alegrarme, pese a que no quiero tene nada que ver con este mundo, ni con la gente que habita en él.

En cuanto nos dejan en paz, respiro un poco más aliviada y le mir poniendo morros.

—No es justo, ¿por qué vuestras máscaras son más grandes Ocultan mejor.

—Espero por el bien de todos que no sea para ocultar cosas malas.

Su amenaza no demasiado velada me eriza todo el vello del cuerpo a la vez.

Yo también lo espero.

—¿Qué te ocurre? —pregunta cuando me quedo tiesa y empiezo a sudar al ver a *ese* hombre.

Madre mía, suerte que no he comido nada porque las náuseas so más reales que el vestido que llevo puesto.

Respira. Tranquila. Eso quedó en el pasado.

—Anastasia.

¿Por qué me gustará tanto la forma dulce en que pronuncia m nombre?

—Llévame a otro sitio. A la pista de baile. Donde sea, pero lejos Ahora, por favor.

Lo hace.

Mi vestido azul oscuro vuela de lo rápido que me lleva, pero no tira de mí, creo que me tiene cogida. La visión borrosa no me deja enterarme bien de nada.

—¿Qué ha pasado? —Pone mi mano en su hombro y lleva una de las suyas a mi cadera.

Entonces empieza a… *Madre mía,* a bailar conmigo.

Estoy tan alterada que me caería al suelo si no fuera porque él me tiene bien sujeta, haciéndome sentir a salvo en sus brazos.

—Mi padre…

—¿Te ha puesto así verle?

Sacudo la cabeza. Siento la lengua acartonada y ocupándome demasiado espacio en la boca.

—Mi padre intentó emparejarme con un hombre muy mayor cuando cumplí dieciocho. Era un baboso y todo el mundo sabía que era violento con las mujeres. Pero claro, era la única opción sobre la mesa para fusionar una de sus empresas con la de él. Le he visto y me he acordado de todo.

Más bien lo he revivido.

El pánico a que me arrebataran mi propia vida, la sensación asfixiante de que se me escapaba de las manos.

Si no me casaron con él fue porque me desplomé cuando los oí y estuve una semana en cama tan enferma que creyeron que la palmaba. Al final me dejaron libre por débil, me fui a la universidad y aproveché la oportunidad para huir de todo. Es genial cuando te ven tan poca cosa que terminan por olvidarse de que existes como si fueras basura.

Miro a Varek. Tiene la mandíbula tan apretada que no entiendo cómo todavía tiene dientes.

—¿Estás…?

—No. Claro que no estoy bien. Voy a pedirte algo difícil, Anastasia. Quiero que volvamos ahí atrás y me señales con qué hombre intentaron casarte para que pueda ir y matarlo.

—No vas a hacer eso.

—De hecho, sí.

—¿Qué hemos acordado en el avión?

Me clava los dedos en la carne y me acerca a sí.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? Ya me jode horrores no haber estado ahí para protegerte en aquel entonces, ¿pero encima quieres que no haga nada ahora que lo sé?

Me inclino sobre las puntas y le beso la mandíbula, para que la relaje. No lo hace, pero su cuerpo entero se amolda al mío, como si toda yo fuera su punto débil.

—Sí. Es eso lo que quiero. *¿Por favor?*

CAPÍTULO 43

La ruina

Una hora después de entrar en el salón de los peces gordos donde los músicos en directo hacen más amena la velada, encontramos a mis padres.

—Fíjate, pero si se ha quitado la ropa de chica de cementerio en prácticas, Robert —dice mi madre mirándome con recriminación tras su sonrisa falsa, siempre perfecta.

—Hija —dice mi padre antes de estrecharle la mano a Varek y presentarse a él con mucho más interés.

Hago un asentimiento de cabeza sabiendo que no les interesa oír mi voz si lo pueden evitar.

—En una media hora subiremos al escenario a saludar a todos nuestros invitados. Ya sabes, un pequeño discurso de tu padre que terminará con un brindis en nuestro honor.

—¿Tan pronto? Soléis dejarlo para más adelante.

—Algunos de los invitados llegaron antes. Solo los más importantes —aprieta los labios en una sonrisa altiva y estrecha la mirada en un gesto que finge ser amable.

¿Me estoy haciendo pequeña? Siento que me estoy haciendo pequeña.

—Estaré lista —respondo en tono bajo.

—No murmures, Anastasia, sabes cuánto lo odio. Y espero que dediques estos treinta minutos a retocarte un poco el maquillaje. No querrás avergonzarnos.

—¿Qué le pasa a mi maquillaje? —lo digo demasiado alto y ella echa la cabeza hacia atrás, como si le hubiera dado un empujón.

Pero es que hasta me he tapado los tatuajes porque sé cuánto los detestan. Tengo el cuerpo entero maquillado y he venido aquí, joder, después de que me lo dijeran en el último momento. Un poco de gratitud no estaría mal, para variar.

—Anastasia, no te dejes en evidencia —me recrimina mi padre olvidándose de Varek.

—Tranquila, cariño, siempre ha sido muy susceptible —mi madre suelta una risita cuando lo coge del brazo con su cara de «todo va bien».

Ven a alguien más interesante que yo y se marchan a hablar con ellos. Mi padre se despide de Varek y mi madre, no lo hace de ninguno de los dos.

De repente, estoy caminando a toda velocidad entre la gente, pero no soy yo la que impulsa mis pasos. Es él.

—¿Qué ocurre?

No contesta hasta que encuentra una sala a oscuras en la que poder acorralarme.

—Me cago en todos sus muertos, Anastasia. —Pega ambas manos a la pared para enjaularme como antes en el aparcamiento.

—¿No te han caído bien? —pregunto con retintín—. Pues son muy populares por esta zona.

—Serán desgraciados.

—Estoy segura de que no se dan cuenta de lo que hacen. Simplemente son así.

—Mis cojones. Saben muy bien lo que hacen.

Se quita la máscara y lo veo exhalar dilatando sus fosas nasales. Está muy cabreado y, aunque yo también, me preocupa lo que pueda llegar a hacer.

Llevo las manos hasta su pecho y le doy unas palmaditas.

—Gracias por comportarte como has prometido.

—Sí, de nada —sigue furioso, pero no puedo negar que me excita ver cómo alguien sale en mi defensa para variar.

Juls nunca ha conocido a mis padres, así que esto es bastante nuevo para mí.

—¿Piensas ir al discurso? —pregunta y no me había dado cuenta de que no hacerlo era una opción.

Hasta ahora.

—Yo solo quiero encontrar el reloj de mi abuelo y que nos larguemos de aquí, bien lejos. Y no volver. Quedarme en Seattle para siempre.

Sonríe de manera torcida y es arrebatadoramente hermoso. Su olor a humo, oscuridad, cuero y menta me llena los pulmones y me curva los

dedos de los pies. Echo de menos acariciar su cadena cuando rozo su cuello.

—Así que, que le den por culo a su puto discurso, ¿no?

Ya está otra vez obligándome a decir lo que quiero y pienso.

—Sí —me muerdo el labio—. Y que les den a ellos.

—Esa es mi chica —gruñe orgulloso antes de darme un beso nada contenido.

Todo lo relacionado con esta gala que me ha generado asco o ganas de llorar desaparece y el mundo va detrás. Su boca destroza mis muros y ataca mi hambre convirtiéndome en una vampira virgen a la que le ofrecen sangre por primera vez.

Desesperación no hace justicia para lo que siento, pero se le acerca bastante.

Me besa como si ya no nos quedara tiempo de vida. Sus labios exigentes arrasan con todas mis defensas. Me dejo llevar y para cuando se aleja, me tiemblan las piernas y mi corazón se ha olvidado de cómo latir sin urgencia.

Él suelta una risita arrogante como si acabara de admitirle *vete tú a saber qué* y yo le doy un manotazo para que corte el rollo. Luego se pone la máscara, entrelaza nuestras manos y buscamos alguna de las muchas escaleras que llevan al piso de arriba, donde están las habitaciones. *Allí es donde tenemos que buscar*.

Siento una sensación agridulce porque, aunque odio este lugar también me hace sentir un poco más próxima a mi abuelo.

—¿Sabes? Este lugar perteneció al padre de mi abuelo. Él tenía tierras y título, pero renunció a este último por amor.

—¿De verdad?

—Sí. Sus padres no querían que se casara con una chica pobre, pero él los mandó a tomar por culo.

—Una costumbre familiar, veo —dice, el orgullo de nuevo tintando su voz.

—Tuvo que acabar la casa con sus propias manos y la ayuda de algunos sirvientes leales. Este lugar fue lo único que no pudieron quitarle. —Es una historia que siempre me ha contraído el corazón.

Sabiendo que su unión era fruto del amor y unos fuertes principios entiendo muy bien por qué mi abuelo era como era.

Abrimos la puerta de varios dormitorios para descubrir que han sido convertidos en otra cosa. Uno tras otro, tras otro, no encontramos nada.

Pese a todo, no pierdo la esperanza y puede que le dé las gracias a Varek porque él tampoco lo haga.

—Has vuelto a hacerlo —dice con el murmullo lejano de la fiesta acompañando su voz grave.

—¿El qué?

—Llamarme por mi nombre.

—Sí, bueno, es que «el tipo al que voy a intentar matar en cuanto baje la guardia» es muy largo y revelador cuando quieres que alguien cierre la puerta rápido y con sigilo. Además, me gusta mantener mi vida privada lejos de los cuchicheos y el ojo público.

No parece que le convenza mi respuesta. Sigue sorprendido.

Le ha gustado.

Mi corazón no debería estrujarse de esa manera. *Abuelo, después de que me ayude a encontrar tu reloj, ¿puedes atormentarlo para que no me siga acosando? Grac-*

Todo pasa muy deprisa.

Abrimos unas pesadas puertas dobles y lo primero que vemos es a un tipo joven trajeado dándole un puñetazo a una mujer con un vestido amatista.

CAPÍTULO 44

La ruina



Se me desencaja la mandíbula al verla caer hacia atrás con impulso.

—¡Caroline! —chillo.

Corro hacia ella para protegerla con mi cuerpo si hace falta, a tiempo que oigo las zancadas furiosas de Varek, que no vienen en m misma dirección.

—Dios mío, ¿estás bien?

—Anastasia —dice sorprendida, con ligera alegría pese al dolor de su mejilla y el hecho de haber acabado en el suelo.

—Madre mía, tienes sangre. —Un par de gotas brotan de la parte alta de su pómulo y mi cabreo me hace rechinar los dientes.

—No es nada.

—Y una mierd… —Me doy la vuelta al oír los golpes.

El agresor está en el suelo y Varek encima, destrozándole la cara. Es algo que siempre había soñado con ver, no voy a mentir. Pero no puedo dejar que lo mate porque, aunque me pese, sigue siendo familia mía. Y una poderosa.

—¡Ya basta! ¡Suéltalo!

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¡Es mi hermano!

Sé que ha sido un error decirlo en cuanto Varek me mira. Lo hace con tal intensidad que retrocedo un paso. *Dios mío*.

—¿Has dicho tu hermano? —se yergue despacio sobre sus dos piernas olvidándose del agresor como si fuera una rata que no merece su atención.

La verdad, sí que es una rata.

—Puede.

—¿Te hizo algo así alguna vez, Anastasia?

Sí.

Muchas.

Montones.

Pero si lo digo la muerte y la sangre de mi hermano manchará mis manos. Y la alfombra.

—Vámonos de aquí, por favor. —Miro a Caroline—. Los tres.

Mi hermano balbucea algo sobre sus abogados y de que estamos muertos, pero le han partido la boca y no se le entiende muy bien. No creía que mis súplicas sirvieran de mucho, teniendo en cuenta la de veces que le he suplicado que me deje en paz y lo ha ignorado olímpicamente, pero Varek me coge de la mano y nos saca a Caroline y a mí de la sala.

Eso sí, no sin antes girarse hacia mi hermano mayor y dejarle claro que:

—Te levantas y te rompo las piernas, y luego te obligo a que te las tragues.

Antes de desaparecer, me giro para mirarlo y paladear el terror que se imprime en sus petulantes facciones heridas. No puedo evitar sentir una sacudida de placer. Y excitación. El miedo a que lo mate y la satisfacción de verlo magullado me han puesto cachonda.

—Vendrás con nosotros, me encargaré de que no vuelva a molestarte. Si necesitas dinero, no será un problema. Puedo darte trabajo —le dice a Caroline como una metralleta.

Ella lo mira como su héroe. Yo un poco también, no nos vamos a engañar.

Se saca una tarjeta del traje.

—Esta es mi tarjeta, tiene mi número, y…

—No voy a huir —dice Caroline, recuperando la compostura fría de la mujer que conozco—. Esto es algo normal. Ya lo tengo asumido. Si es el precio a pagar por una vida llena de lujos, lo acepto con gusto. Cuando mi marido muera dentro de muchos, muchos años, me habrá ganado hasta el último centavo que posea. La vejez va a ser mi edad de oro. —Se le escapa una breve carcajada y se lleva la mano enguantada a los labios, como si eso pudiera frenarla—. Pero ver eso ha sido genial. En serio, he disfrutado muchísimo. Un gusto volver a verte, Anastasia. Estás preciosa, como siempre.

Caroline le da un beso en la mejilla a Varek y se marcha contoneándose. Ninguno de los dos sabe qué decir.

Varek se gira hacia mí y es como si un muro se cerniera sobre mi cuerpo chiquitín.

—Tú la conoces. ¿Habla en serio?

—Sí, del todo. Caroline sabía muy bien con quién se casaba y aun as lo hizo. Nunca lo entenderé, ella es maja.

Inhala con fuerza. Se le vuelve a hinchar el pecho en cosa d segundos pese a que no le he visto exhalar. Tiene las fosas nasale dilatadas y su cuerpo desprende mucho calor. Decir que está cabread se quedaría muy corto para describirle. Parece costarle un imperi pronunciar las siguientes cuatro palabras.

—¿Te pegó alguna vez?

Cojo su mano y tiro de él para emprender de nuevo la búsqueda de reloj, pero no se mueve.

—Anastasia.

—Sí. Pero no una paliza, me pegaba como hacen muchos hermano mayores —digo, aunque no es técnicamente cierto.

Un adolescente de quince años no le da un puñetazo en la cara a s hermana de ocho solo "porque le apetece".

Tengo que echar a correr cuando Varek se da la vuelta. Casi pued imaginarme la lápida de mi hermano y su ataúd.

—Para, espera. No lo hagas.

—Tengo que matarlo.

—No, qué va.

—Es a lo que me dedico, Anastasia. A proteger a mujeres que l necesitan. A salvar inocentes de esta clase de escoria.

—Estoy segura de que no matas por un solo golpe. Yo te he hech cosas peores y sigo viva.

—¿Le defiendes? —pregunta ultrajado.

—No, claro que no. Pero Caroline se quedaría sin nada si m hermano muriera en extrañas circunstancias, ¿entiendes? Probablemente incluso en la calle ya que mis padres, que saben cóm se las gasta su hijo, la dejarían de lado sin dudar. Sé que el mundo sería un lugar mejor si no estuviera mi hermano en él, pero no sería la únic vida con la que acabaríamos.

—Tengo dinero. Puedo mantenerla.

Casi no controlo el jadeo. *¿Pero quién es este hombre?*

—Mira a tu alrededor. ¿Tienes tanto dinero como el que se merec Caroline después de haberse casado con *eso*? —inquiero—. Además imagino, *ya que me has hecho imposible todo el tema de denunciart a la policía*, que no te gusta dejar cabos sueltos. Lo cual se traduce e que, si lo matas a él, tendrás que acabar con toda su familia para que n lo busquen, y eso me incluye a mí. ¿Vas a matarme?

Me mira como si le estuviera ganando el pulso. Como si estuviera repasando la logística de su plan y viera los evidentes fallos.

—Tú sí que vas a matarme a mí —murmura y no se lo discuto.

Decido que es un buen momento para devolverle el colgante de las dos placas. Meto dos dedos en mi escote y las saco de un tirón bajo su atenta mirada.

—Toma, llevaba días queriendo devolvértelas, y como esta es la noche de recuperar lo que nos pertenece…

—¿Las has llevado ahí todo este tiempo?

Me encojo de hombros para que se haga todas las ideas locas que quiera.

—¿Vas a ayudarme a buscar lo que es mío o no, psicópata?

Entrelaza su mano con la mía y lo tomo como un sí.

CAPÍTULO 45

El verdugo

Pienso en cómo sería hundirle la vida a ese desgraciado para que pueda contárselo justo antes de empujarlo al fondo de mi piscina de ácido. Fantaseo con ello, sí, pero voy a cumplir mi palabra de no matarlo.

Aunque me cueste un puto imperio.

Lo cierto es que hay una fina línea entre proteger a mujeres y castrarlas de todo poder de decisión sobre sus propias vidas y yo jamás querría entrar en lo segundo. Lina nunca me lo permitiría y saber eso me ayuda a dormir mejor por las noches.

¿Preferiría que Evangeline se hubiera largado ya del refugio y estuviera intentando rehacer su vida?

Sí.

¿Querría llevarme a Caroline de aquí y alejarla de un hombre que acaba de pegarle?

Desde luego.

Pero no soy yo quien tiene que tomar esas decisiones. Reconozco que me lo repito un par de veces.

Hemos encontrado un antiguo despacho del padre de Anastasia uno que ya no utiliza, donde guarda de todo. Estaba cerrado con llave pero eso no ha supuesto ningún inconveniente a la hora de colarnos. A mis ojos, es muy descuidado por parte de Robert Valestri limitarse a confiar la seguridad de una habitación con secretos a una mera cerradura.

A menos que, tal y como ha dicho Anastasia, aquí no guarda nada que realmente le importe. Hasta el momento, ha sido el único lugar en el que ha merecido la pena entrar a buscar. La mansión tiene muchas salas y eso es una mierda cuando quieres dar con el tesoro.

Nos hemos quitado las máscaras para ver mejor, aunque las luces tenues no son ninguna maravilla. La cuestión es que a Anastasia no para de venírsele el pelo a la cara. Lo lleva liso, largo hasta el culo, es

otra de las cosas que ha cambiado. Me gusta de cualquier forma, perc esta noche es como si no fuera ella y la echo de menos.

Cierro uno de los armarios con cajones y me acerco por la espalda como un lobo acechando a su presa. *Es lo que soy. Lo que somos* Enrollo su pelo en mi mano, le doy un tirón y tras dejar su cuello dc cisne expuesto, se lo muerdo.

Emite un chillido suave cuando la pillo desprevenida, pero lc siguiente es un gemido.

—¿Qué estás haciendo?

—Quédate muy quieta —le pido.

Suelto mi agarre y separo su pelo en tres secciones, como decía e tutorial. *Puedo hacerlo, joder, he practicado con cuerdas y me ha quedado bien. Ahora solo tengo que repetirlo.*

—¿Varek?

Me la pone dura que me llame por mi nombre después de lo reacia que ha sido a hacerlo hasta el momento. Es como un regalo. Termino e peinado y dejo que se la coja.

—¿Me…? ¿Me has hecho una trenza?

—Te molestaba el pelo y me he dado cuenta de que no sabes hacértelas.

Boquea como un pez fuera del agua y se le enrojecen las mejillas Está preciosa cuando baja la guardia y deja de fingir que no me necesita.

Paso mi pulgar con fuerza por su hombro y la despojo de su maquillaje corporal, dejando expuesto parte del tatuaje de los pétalos de rosa negros chamuscados. Mi favorito, de todos los que adornan su cuerpo.

Ella respira de forma abrupta y sus pezones se marcan a través de la tela. Le gusta que le haga daño y eso también voy a conseguir que me lo reconozca.

Le quito la trenza de las manos y la enrollo alrededor de mi puño Con la otra mano la cojo de la cadera, la muevo y la aplasto contra la librería.

—*Varek* —gime cuando froto la polla erecta contra su culo.

Le beso el cuello y acerco los labios a su oído.

—Te advertí de las condiciones en las que ibas a pasearte por esta fiesta, Corderito. ¿Verdad que te lo advertí?

—¿A-aquí? ¿Ah-ahora? —jadea cuando meto una mano por la abertura de su vestido y de un tirón le rompo el tanga—. Oye, ¿podrías

no rompérmelos todos? Me vas a dejar sin nada que ponerme.

Sonrío satisfecho.

Eso sería genial.

La alejo de la librería para poder meter bien la mano entre sus piernas. La inclino sobre uno de los sillones. Ella se dobla más hacia delante frotando su culo contra mi erección mientras yo accedo a su coño sin contemplaciones.

Al notar su humedad… al descubrir lo mojada que está… Joder.

—Te ha puesto cachonda que te trence el pelo.

—Qué va —dice, ganándose un fuerte tirón.

—Corderito, sabes mentir con la boca, pero no con el coño.

Ella se retuerce mientras palpita contra mis dedos. Me desabrocho el cinturón y la cremallera del pantalón.

En cuanto me la saco, me froto contra la hendidura de su culo y ya estoy en el paraíso. No es solo el placer. Es que me deje. Es que se aferre a los cojines del sillón retorciéndose en mis dedos mientras se los meto.

Lo único que quiero oír el resto de mi vida es a Anastasia desesperada al borde de un orgasmo.

—¿Vas a dejar que me corra entre tus piernas como una buena chica?

Anastasia no contesta, pero mueve más el culo. Aumenta la fricción y me tienta una vez más con la fantasía de despojarla hasta del último gramo de ropa que lleva, enterrarme por fin en ella y follármela tan duro que luego no pueda ni caminar.

Pero no lo haré hasta que ella me lo suplique. *Sé que ese momento llegará. Y que no está lejos.* Las vértebras me vibran una a una y los huesos me tiemblan con cada movimiento que hacen mis caderas.

—*Varek* —gime a punto de correrse, pero no la dejo.

Cambio el ritmo para castigarla por no dejarme matar a su hermano.

Soy una escoria vengativa, lo sé. Pero también soy un hombre débil si se trata de ella, así que termino metiéndoselos como necesita curvándolos para machacarle el punto G hasta que se corre. Me succiona los dedos y sé que quiero morirme dentro de esta mujer.

Me froto contra ella una vez más y la obligo a erguirse de un tirón de trenza. Luego la giro hacia mí con brusquedad.

—Apártate el vestido del todo, Anastasia. Déjame verte bien.

Ella se toma un segundo para mirarme la polla como si fuera su fuente de placer y después, lo hace. Mete la mano en la abertura de su elegante atuendo y la lleva hasta su otra pierna exponiendo su sexo brillante para mí.

Le meto los dedos en la boca y ella me roza con la lengua chupando su sabor, reavivando recuerdos. Mientras tanto, mi otra mano recorre la punta de mi polla hasta la base, una y otra vez.

—Qué preciosa eres.

Yo la miro a ella, y Anastasia mira cómo me masturbo.

Se sube más el vestido, hasta las caderas. Mi parte más animal territorial y posesiva quiere manchar cada centímetro de su piel. En cuanto saco los dedos de su obscena y perfecta boca, los clavo en su pie para liberar otro tatuaje. Ella emite un quejido de dolor que me la pone más dura.

—Que alguien no acepte cada parte de ti… no significa que tengas que esconder ninguna. *Joder*.

—Déjate llevar —susurra mordiéndose el labio inferior, deseosa de que lo haga.

Cualquier cosa que haga se convierte en lo más sensual que he visto nunca.

—¿Esto es lo que haces cuando me espías a través de las cámaras? —Anastasia no me da oportunidad de contestar porque se acerca más a mí, y la punta de mi polla roza su clítoris.

Veo las putas estrellas. *Dios, es tan suave. Y está tan mojada*. Ella se estremece y mueve las caderas para repetir el contacto esta vez más lento.

—Dilo —muerdo hasta la última letra de la palabra.

Suplicarás, Corderito. Lo harás para mí. La aparto lo justo para no volverme loco del todo por no tener lo que más deseo, pero mi polla la reclama, joder.

La miro, abierta de piernas para mí, con el deseo avivándose cada vez más en su mirada y los labios entreabiertos con un hambre que no se le quita.

No soy tan fuerte como para aguantar más que eso. Me aprieto los huevos con la otra mano y doy una última sacudida. Todo mi cuerpo se contrae con un placer que me sacude hasta las neuronas. Me corro como un animal y lo hago con un sonido gutural enjaulando un «mía» que debería asustarla, pero no lo hace.

Mi semen aterriza en sus muslos, mezclándose con su propio deseo Sus ojos no se alejan de la escena, evitando perderse detalle mientras se queda sin respiración. Sé que mi chica sensible ha estado cerca de correrse otra vez. Anastasia lleva su índice a la punta de mi polla y luego se lleva ese dedo a la boca. Emite un gemido cuando cierra los ojos y lo limpia, uno que me la pone dura otra vez.

Entonces suelta su vestido y camina hacia la puerta con torpeza. Se gira hacia mí con las mejillas sonrosadas y la pecaminosa realidad goteando de su sexo, de sus muslos.

—¿Seguimos buscando? —pregunta.

Quiero casarme con esta mujer.

CAPÍTULO 46

La ruina

Nos vamos al aeropuerto en moto. Varek tenía una alquilada esperándonos junto a los distintos chóferes que nos han mirado fatal en cuanto nos hemos subido a ella.

Ni mi hermano ni yo aparecemos en la dichosa foto, lo cual es genial. Me siento orgullosa de mí y reconozco que también de hacer algo que sé que habrá molestado a mis padres.

Llegamos al aeropuerto cuando todavía falta una hora para que salga nuestro vuelo. estoy observando los aviones por los grandes ventanales cuando Varek le da un tirón a mi mano y me obliga a girar en su dirección. Debería ser ilegal ser tan guapo. Incluso las cicatrices las tiene bien puestas. ¿Y ese *smoking*? *Estoy delirando. Tengo síndrome de Estocolmo, pero versión stalker en vez de secuestrador.*

—Me da la impresión de que tus padres te obligaron a llevar una dieta muy estricta cuando eras una renacuaja. ¿Es así?

—¿Sabes? Da miedo todo lo que sabes de mí.

—Y yo que creía que ya habíamos superado esa fase.

—No, qué va.

—Dime, Corderito —susurra en mi boca—. ¿Qué es lo que más hubiera querido comer la Anastasia del pasado y no le dejaron?

—Donuts rosas con glaseado de chocolate negro, rellenos de chocolate blanco y más glaseado. Pero no se hacen guarradas así, desde que me mudé a Seattle, lo he preguntado en un buen puñado de pastelerías.

—Pero qué dulce —dice antes de alejarse de mí con una determinación que me deja clavada en el sitio.

Esperando.

No espero mucho tiempo. Enseguida viene a buscarme.

Me quedo sin palabras cuando veo que Varek ha conseguido que me hagan una docena.

—No puede ser —musito apretándole la mano.

Desvío la mirada de él al dueño. Creo que mientras yo estaba embobada con los aviones, Varek ha venido a hablar con este hombre y me da la impresión de que no lo ha amenazado con matarlo porque lo está mirando como lo miró Caroline después de zurrar a mi hermano.

—Pueden ser más si quieres —dice dándome un beso en la frente.

Este hombre me produce una vorágine de sentimientos contradictorios. Nuestra relación es tóxica, obsesiva, cruel, masoquista abusiva y todo lo que puedas imaginar.

La cosa es que debería sentir muchas cosas que no siento. Y siento muchas cosas que no debería sentir.

Gimo con el segundo donut y hasta pongo los ojos en blanco cuando trago. La Anastasia del pasado se habría muerto con esto.

—Deja de mirarme mientras como —pido con la boca llena de delicia, antes de morder mi tercer pecado capital.

Lo único que me ha pedido a cambio de los donuts es que me siente en su regazo. ¿Lo peor? Es que lo habría hecho gratis y no precisamente para apuñalarle un ojo, como debería. *El semen que tengo entre las piernas debe ser venenoso porque estoy perdiendo la cabeza.*

—Me alegra que te gusten. —Su cara confiesa algo muy distinto a lo que dice su boca.

Lo estoy poniendo malo.

Que se aguante, es mi momento.

Estoy a punto de echarme a llorar cuando, antes de subirnos a avión, Varek aparece con una caja de la misma pastelería. Viene en forma de cubo, así que se sujeta fácilmente con una cuerda negra de seda.

—¿Son para ti? Te ha picado el gusanillo.

—No. —Me los pone en la mano.

—Pero a mí todavía me sobraban de antes.

—Pues así tienes más —evita mirarme cuando lo dice y menos mal.

Así no tiene que ver cómo está rompiéndome las defensas. *¿Tan facilona soy? ¿Unos donuts y ya?* Me prometo que después de una ducha, volveré a buscar la manera de asesinarlo. *El problema es que me hace sentir vista y no sé si una ducha bastará.*

Llegamos a nuestros asientos y ni siquiera me opongo a que baje la endeble barrera que separa nuestros asientos. Puede incluso que no quiera que exista. Poco después del despegue, se marcha al baño. A

volver, noto el aroma a jabón de sus manos cuando se empeña en desdoblar una manta y ponerla sobre mi regazo.

Tiene que dejar de mimarme ahora mismo. A la de ya.

—Respira, Corderito —se limita a decir con una de sus arrogantes sonrisas impresa en sus carnosos labios.

Pero no puedo. *Voy a batir un récord del tiempo que ha estado alguien sin respirar*. Esta vez, cuando coloca la mano en mi muslo bajo la manta, ni siquiera me quejo. No. Me. Reconozco.

A diferencia de cuando vinimos, ahora es de noche, así que en cuanto el avión alcanza su máxima altura, apagan las luces para que los pasajeros se duerman. Es entonces cuando sus dedos bravos y aventureros se deslizan hasta la parte alta de mi muslo y encuentran mi sexo para rozarlo con picardía.

Tres círculos completos en el clítoris y la sacudida de placer es inmediata. Algo tendrá que ver el hecho de que, por su culpa, no he dejado de estar cachonda en ningún momento.

—¿Qué estás haciendo? —le recrimino en susurros, sin apartarle la mano. La vergüenza me sube a la cara y el placer me baja al vientre. Es como si mi cuerpo y mi moral fueran en direcciones distintas y yo estuviera en medio, partiéndome en dos—. ¿No habías dicho que eras el único que podía...?

Me callo cuando Varek mete uno de sus gruesos dedos en mi centro lo curva y... pierdo el norte, el sur y hasta la gravedad. Floto, levito y solo logro centrarme en su movimiento. Lo saca y vuelve a meterlo un poco más, obligándome a morderme el labio con fuerza para ahogar un grito lloroso.

Al alejar su mano, me quedo vacía.

—Eres una mujer libre, Corderito. Lo que tú decidas hacer con tu bonito coño es solo cosa tuya —susurra. Se lleva el dedo a la boca y lo deja limpio, pero me aguanta la mirada dejándome muy claro su mensaje—. Aunque yo podría taparte la boca, si quisieras. Y tú podrías morderme para ahogar tus gemidos. —Se inclina hacia mí y me remata —. Si te comportas como una puta, te trataré como la reina que eres.

Miro a mi alrededor. Sé que estoy chalada por considerarlo siquiera. No todos los pasajeros están dormidos y/o con antifaces, hay un riesgo.

Lo miro sintiendo que el corazón se me va a salir por la boca. Debería decirle que no, pero cojo su mano y es justo ahí donde la llevo a mi boca. Al mismo tiempo, bajo la manta y su atenta mirada, llevo dos de mis dedos a la abertura de mi vestido. Alcanzo mi centro en cero

coma y la excitación de lo prohibido hace que del primer roce ya salten chispas. Me retuerzo.

—Ahora chúpala —me ordena en un susurro, mirándome con pura devoción.

Y lo hago. Saco la lengua y chupo la palma de su mano, aferrándome a ella con la que tengo libre.

—Nada de tonterías, Corderito. Métetelos hasta el fondo.

Sigo sus órdenes y lo hago, de golpe, como haría él.

El gemido queda ahogado cuando Varek aprieta su mano contra mi boca.

—Eres increíble, Anastasia.

Tengo que moverme con cuidado para que lo que hago no resulte evidente y eso me está volviendo loca. Necesito ir más rápido. Sacudirme. Esa tortura mezclada con Varek, su mirada intensa y penetrante, y el hecho de que me esté dominando incluso sin hundirse en mí... *Ufff, quiero chillar*.

Le muerdo. Esa vía de escape me ayuda a lidiar con el placer y la angustia de tener lo que deseo y no poder tenerlo como deseo. Me saco los dedos y me acaricio el clítoris, haciendo que mi sexo se vuelva un manantial de humedad ilimitada. Me frustra cuando mi clítoris resbala hasta tal punto que no puedo ejercer la presión que necesito. *Antes esto no me pasaba. No me mojaba tanto. No así.*

La mano de Varek es tan grande que cuando se aprieta contra mí también me zafa de buena parte del oxígeno. Me arden los pulmones y eso aumenta la adrenalina. Mis dedos se deslizan por mi coño insaciable y hago algo a lo que nunca había recurrido: añado un tercer dedo. Es culpa suya. Él me ha acostumbrado a mucho.

Compartimos una mirada y sé que lo sabe. No tengo ni idea de cómo, pero lo sabe.

—Pero qué chica más sucia —gruñe por lo bajo, relamiéndose.

Varek. Su nombre es lo que gimo para mis adentros. Mis ojos caen de los suyos a su entrepierna. Está duro como una piedra y grande, muy grande, pero no presta la más mínima atención a su inmensa erección. En absoluto. Y mientras él la ignora, yo me imagino lo que sería sentirlo dilatando mis paredes con violencia. La abrasión y el placer se mezclarían hasta que resultara imposible distinguirlos.

Aprieta más sus garras de lobo contra mi cara cuando dejo de mirarlo a los ojos. Quiero decirle que estoy a punto. Que no puedo más. Solo consigo curvar las cejas en una expresión de sollozo. Le muerdo

con más fuerza. Me corro y me estremezco, sacudiéndome más de la cuenta. La miel se escurre entre mis dedos. Soy yo la que estalla en un orgasmo prohibido, pero casi parece que he actuado para él, para su gozo y disfrute.

Varek aparta su mano izquierda de mi boca despacio y aunque no me veo, estoy segura de que me ha dejado marca en las mejillas.

—Enséñamelo —ordena, porque no sabe hablar de otra forma.

Odio que me ponga tanto.

Le muestro lo que quiere y cuando se lleva mis dedos a la nariz tiene que cogerse la polla como si estuviera a punto de perder el control. Los lame despacio, como si fuera su plato favorito y no quisiera acabar rápido, sin degustarlo. Me arde todo el cuerpo con calambres que me piden volver a empezar.

—Gracias, Corderito.

CAPÍTULO 47

La ruina



Necesitaba una ducha antes de ir a trabajar, así que Varek me deja en mi casa. Sí, tener que ir a trabajar un sábado es de ser súper pringada, pero por lo visto las focas no pueden esperar al lunes a que todos vean las manchas que les han salido en la piel en un intento de la naturaleza de camuflarlas mejor con el océano contaminado.

—Puedo esperarte y llevarte a la oficina.

—No. Tengo algunas cosas en las que pensar, me vendrá bien caminar y estar sola.

—Celebra tu victoria como desees, Corderito —dice desviando la mirada hacia mi muñeca, donde descansa el reloj de mi abuelo.

Mi victoria. Más bien de los tres.

El reloj me va muy grande, así que lo tengo agarrado para que no se me caiga. No lo llevaré a ninguna joyería para que lo hagan más pequeño. Lo guardaré como lo que es: mi tesoro.

En cuanto abro la puerta, me tropiezo con tres cajas. Tres, bastante grandes. No me hace falta nada más que leer el letrero de Victoria's Secret para saber de qué se trata. *Tangas. Miles de tangas.* Me giro y él hace que su moto ruja antes de salir a toda velocidad de aquí.

Me muerdo el labio y me quedo mirando en la dirección en la que se ha ido aunque él ya no está. *Es como tener un demonio de la guarda* Te acecha, te observa, te tortura, se mete en tu casa y en tu vida como le da la gana. Da miedo, intimida, pero te salva, te protege, te cuida, te mira como si fueras una diosa y encima está buenísimo. Un ser de infierno donde los haya.

Mis padres siempre me han considerado dos cosas: la oveja negra de la familia y su propia ruina. Es curioso que Varek me haya apodado ruina y corderito. *Casi parece que todo esto ya estaba escrito.*

—Una ducha fría es lo que necesito —me digo pateando las cajas y no dejándome impresionar... tras coger un tanga de encaje amarillo limón la mar de bonito.

Bajo el agua caliente de la ducha me digo que lo que ha pasado en Nueva York se queda en Nueva York. Pero mientras me visto, no estoy muy segura de poder cerrar bien ese capítulo.

Desdibuja mis máscaras, expone mis miedos, me zafa de todo mi control y acepta hasta la última de mis rarezas. Si no quisiera matarlo clavándole el cuchillo de untar mantequilla en la garganta, sí querría follármelo hasta el final.

Puede incluso que quiera las dos cosas.

—Estoy perdiendo la cabeza.

Lo peor es que no me ha forzado. Ni una sola vez.

En cada uno de los semáforos en los que me hizo correrme la primera vez que me subí a su moto… Sé que podría haber levantado el culo del asiento y haber evitado la vibración. Estábamos parados y las esposas me impedían alejarme, no levantarme.

Pero no lo hice. Igual que tampoco le impedí que metiera dentro de mi cuerpo lo que le dio la puta gana. Una parte de mí creía que si me quitaba de encima el castigo, desaparecería de mi vida. Otra parte mucho más oscura y poderosa de mí… quería que pasara. Lo deseaba con mucha fuerza.

Igual que hace unas horas, cuando me moría de ganas por sentir su semen resbalando entre mis piernas.

Lo sé aunque jamás podría admitirlo en voz alta. Y mucho menos delante de él.

Antes de salir camino al trabajo pongo algo de comida para gato en el bol con forma de cuchillo, rezando porque cuando vuelva por la tarde, no esté esto lleno de hormigas y apestándome la entrada, como ha pasado desde la última vez.

¿Qué pasa, Michi? ¿No vas a decirme que no luche contra él porque he dejado de hacerlo durante dos minutos?

Me aferro al reloj de mi muñeca, el que todavía no estoy lista para guardar. *Ese gato no es mi abuelo reencarnado. Punto. Fin de la historia. Y <u>desde luego</u>, no está haciendo campaña a favor de mi acosador.* *No*. La opción más lógica es la otra.

Estoy como una puta cabra.

CAPÍTULO 48

La ruina



Cojo aire y me preparo para el interrogatorio.

—¿De verdad fuiste a ver a tus padres? —pregunta la enfermera más sexy del hospital cuando, con muchas ganas de hablar, me cuelo donde no debo con un café para ella y otro para mí.

¿Qué? La echaba de menos.

—Pues ya ves.

—¿Y? —pregunta en ascuas, en la salita de descanso.

—*Y*... —repito con su mismo énfasis—. No fue bonito.

No puedo darle detalles porque sabe hasta qué punto llegaría mi valentía estando sola. Me considero atrevida en muchos aspectos, pero no en cuanto a mi familia se refiere. Varek me sacó a empujones de mi zona de confort y... *¿he dicho ya cuánto odio mentir a mi mejor amiga? Lo de la doble vida es una puta mierda.*

Cuando le cuento lo que vi hacer a mi hermano, se la llevan los demonios. Ella sabe la clase de persona que es.

—¿Que Caroline dijo *qué*?

—Como lo oyes. Ya la conoces. En el fondo no me sorprende nada. Sabía el monstruo que era y se casó con él.

Julia estruja el vasito en su puño feminista y maldice todo lo maldecible. Menos mal que ya se había bebido el café. Le cambio de tema como puedo y lo mío me cuesta. Decido dejarla despotricar hasta que se quede a gusto y solo entonces volver a intentarlo.

—Mason, alias Superman, ¿qué novedades hay en ese ámbito?

—El sexo es alucinante. Empezaba a pensar que no encontraría nada a la altura de la erótica que leo, pero me equivocaba. Muchísimo.

Gastamos siete minutos en ese tema. Ojalá fueran veintiocho, en honor a la edad de Morelli, pero no puede ser. El descanso de Juls dura lo que dura.

—¿Tenemos pensado de qué vamos a disfrazarnos para Halloween?

—Había pensado en algo, ¿qué tal el lobo y la Caperucita? —suelta y me atraganto con mi propia saliva.

Toso todo lo que tengo y me tiro de cabeza hacia las puertas de la muerte.

—De lobo no, por favor.

—¿Por qué? Oye, te estás poniendo roja. ¡No me digas que tienes un fetiche con los hombres lobo!

Un problema más serio que ese, diría yo.

—No, no…

—No hace falta que lo niegues, si es genial. A mí me van más los vampiros que chupan sangre y otras cosas. ¿Y si vamos de monjas? Tipo «voy a confesarte todos mis pecados de rodillas y con la boca bien abierta»? O de un par de presidiarias guarronas con cadenas reales. O un par de ángeles vengadores con alas negras, tatuajes y mucho escote.

—¿Y si vamos de novias muertas con lencería bajo el vestido roto sangre y el velo desgarrado? Así podríamos comprarnos aquel vestido que nos gustó a las dos la última vez que fuimos de compras, sin preocuparnos de quién se lo pone primero.

—Tienes las mejores ideas del mundo. ¿Quieres ser mi mejor amiga?

Solo tiene cinco minutos, como mucho, así que tengo que aprovecharlos. Sacarme del pecho la espinita que tengo clavada. Soltárselo y ya, y aprovechar que la sala de descanso está vacía.

—Quería preguntarte algo.

—Pide por esa boquita —suelta prestándome toda su atención.

Siempre es fácil hablar con ella, pero estoy nerviosa y creo que lo nota.

—Verás, ahora mismo mis padres estarán cabreadísimos. No lo puedo saber seguro porque los he bloqueado y son demasiado vagos como para venir a Washington solo para echarme la bronca.

—Oh, lo estarán. ¿Alguna vez han dejado de estarlo? No saben la suerte que tienen con la hija que les ha tocado, pero es evidente que Dios le da pan a quien no tiene dientes —refunfuña y yo sacudo la cabeza.

—El caso es que este año no quiero ir a la cena de Acción de Gracias. No me quieren allí y yo… preferiría quedarme en Seattle. La del año pasado fue horrible y no… no quiero ir. Quizá nunca más. Así que bueno, me preguntaba si podría pasarla contigo y tu familia. ¿Y… también Navidad?

Me muero de la vergüenza invitándome así. Tanto, que tardo unos buenos segundos en atreverme a levantar la cabeza y mirar a mi amiga a los ojos. Lo hago porque no me queda más remedio, pues no ha dicho nada.

—Solo lo digo porque sé que tú estarás allí y yo adoro a tu familia. Además, hace dos años, cuando lo pasé con vosotros, creo que fue bien, ¿no? Tus tres hermanos suelen enviarme mensajes graciosos y creo que no molestaré mucho en una esquina de la mesa si… —bajo el tono subiendo un poquito más en la escalera del patetismo, a punto de ofrecerme a llevar mi propia comida—. O quizá sería raro.

—Sí —dice dejándome helada.

Quiero que la tierra se abra, me trague y me escupa muy lejos. *¡Me quiero morir!*

—Dios, claro, es tu momento con tu familia. Lo siento. Obviamente no quiero acoplarme y molestar. Olvida que lo he dicho, ¿vale? Haz como si esta conversación no hubiera existido.

—No. Yo…

—Mira, cielo, tienes trabajo, así que lo mejor será que me vaya y te deje…

—*Anastasia* —Juls utiliza un tono firme que no le había oído nunca y que hasta me da miedo.

Me giro en la puerta para mirarla y ella se acerca.

—No voy a pasar las fechas importantes con mi familia —su expresión se vuelve sombría y tensa—. Ellos se van de viaje y yo no voy.

—¿Qué?

—A Alaska. Primero en noviembre y luego más días en diciembre. Les hacía mucha ilusión y yo tengo trabajo.

El alivio de que no me haya rechazado me inunda.

Y luego se me rompe el corazón por ella.

—¿Cómo no me habías dicho nada? Sabías que tenía pensado ir a ver a mis padres, ¿pensabas pasar esas fechas sola?

—No, es solo que, bueno, me lo han dicho hace poco —dice, pero no estoy segura de que sea verdad.

Me acerco a mi mejor amiga y la abrazo fuerte. Está fría. Tensa. Más que de costumbre, quiero decir. Cuando me separo para mirarla a los ojos, veo una oscuridad en ellos que resulta más que reveladora. *Se está haciendo la fuerte conmigo.*

—Pues decidido. Cenaremos juntas. ¡Vamos a pasarlo increíble! Decoraremos toda mi casa y compraremos un montón de comida

deliciosa que luego fingiremos haber preparado nosotras.

—¿Y podemos ver especiales de terror?

—¡Por supuesto! En Acción de Gracias será el momento de los favoritos, esos por los que más agradecidas estamos. Y en Navidad maratón.

Sonríe un poco y yo mucho más, aunque me sigue doliendo el corazón.

¿Es que nadie cuida de ella? Aprecio mucho a sus hermanos, pero me van a oír. Pienso escribirles un buen párrafo respetuoso, hostil y recriminatorio. Hombre ya. Cuando Juls me ve las intenciones, se le llenan los ojos de lágrimas y sacude la cabeza.

—Ellos no tienen culpa de nada. Cuando quieres a alguien solo quieres que sea feliz, ¿verdad, Stassie?

—Vale, no habrá mensaje —hago una mueca—. Oye, ¿estás segura de que estás bien?

—Sí, perdona, a veces este trabajo me pone un poco sensible.

Me recrimino todas las veces que me he quejado del mío.

Al salir del hospital, sigo preocupada por ella.

Como sé que no voy a parar de darle vueltas al tema, decido hacer un buen uso de mi mala gestión mental de pensamientos obsesivos e irme de compras navideñas. *Ya, sé que no es ni Halloween, ¿pero existe alguna regla que me impida tener los regalos ya?*

¿No, verdad?

Pues arreando.

CAPÍTULO 49

La ruina



Hace diez minutos que he llegado a casa con las compras cuando alguien llama al timbre. No hay mayor momento de indefensión que cuando acabas de pintarte las uñas de los pies, pero es lo que hay, así que voy hasta la puerta como un pato mareado y me pongo nerviosa cuando vuelven a llamar antes de que llegue.

Imagino que no será Varek, él nunca es tan educado.

—A-agentes —tartamudeo al ver a tres policías en el umbral de mi puerta.

Teniendo en cuenta lo que mi acosador juró que haría si iba a la policía a contar toda la verdad, se entenderá por qué empiezo a temblar.

—Buenas tardes. ¿Es usted la señorita Valestri?

—La misma.

—Soy el agente Carver de la policía de Seattle, ellos son la agente Dinamos y el agente Radcliffe.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Se ha reabierto el caso del asesinato que tuvo lugar en la planta superior del edificio.

—¿Reabierto? ¿Pero no estaba claro que el marido se puso en plan Jack Torrance? ¿Que había sido el responsable de todo?

—Sí, hasta que alguien de nuestro equipo se topó por casualidad con un par de vídeos que muestran que el paradero del padre, justo antes de la hora en la que se prevé que murieron los niños, se encontraba a varios kilómetros de aquí.

—¿Está diciendo que la madre…? —pierdo y pierdo sangre y color.

Y luego pierdo un poco más.

—Todavía no lo sabemos.

—Dios, qué mal rollo.

Se miran unos a otros como diciendo «pues sí, chica, ¿por qué vives aquí y encima sola?».

—¿Podemos pasar?

Pues qué remedio, si les cierro la puerta igual me apuntan como sospechosa. Me hago a un lado y los tres suben al piso de arriba. Miro fuera, por si veo alguna moto. No tengo esa suerte. *¿Cómo voy a explicárselo? Lo verá por las cámaras.*

—Señorita Valestri, ¿hay luz aquí arriba? —pregunta el agente Radcliffe.

—No, ahora les llevo unas linternas.

Aguanto tres minutos en el segundo piso y me deja con todo el vello de punta. Hablar con los fantasmas de las personas que fueron asesinadas injustamente por un familiar *en teoría* me parece hasta divertido. *Raro, pero con su aquel.* ¿Pero pensar en el asesino en cuestión? *Nope. Qué miedo. Mejor espero abajo.*

De repente, me lo encuentro.

Ahí, en mi salón, de pie. Quieto. Esperándome.

Y me quedo sin aire.

Mi acosador ladea la cabeza para mirarme bien y se me para el corazón. Un reguero de sudor frío mana de mi frente como si alguien hubiera abierto un puto grifo en mi epidermis. Es la primera vez que corro a acercarme a él.

—No les he llamado yo —susurro rezando porque me crea.

—Lo sé.

—Tienes que creerme. Esos agentes se han presentado aquí sin aviso.

—Lo sé.

—Quieren buscar no sé qué pistas, pero de ti no les he dicho nada por favor, no hagas daño a mi mejor amig…

—Te he dicho que te creo. Les he oído llegar.

—¿Cómo?

Lleva su índice hacia la entrada, hacia el techo, diciéndome en mi cara que lo ha captado por las cámaras.

Encima me lo suelta mirándome como si fuera un animalejo adorable e indefenso, algo que me hace querer darle una patada en la entrepierna con todas mis fuerzas.

—Pero tendrás que pensar cómo recompensarme. Para empezar, la policía está en tu casa y eso va contra las normas.

—Pero acabas… ¡acabas de decirme que has oído lo que ha pasado —exclamo en susurros.

—Sí, pero no lo que has estado hablando con ellos ahí arriba. Hasta donde yo sé, ya podrías haber mandado una patrulla en mi búsqueda.

—Pero...

—Además, también debería enfadarme porque le hayas abierto la puerta a alguien que no soy yo, cuando ya ha oscurecido —chista la lengua—. Sobre todo teniendo en cuenta que vives sola.

—¡Son policías!

—¿Tengo que recordarte que *yo* también?

Le hincaría el diente en la cara con tal de arrancarle esa sonrisa arrogante de un mordisco. Quiero ir a la cocina, coger uno de mis mejores cuchillos y ensartárselo entre los ojos. O algo peor, en cuanto se me ocurra. Pero teniendo en cuenta que en mi edificio hay cuatro policías diría que no es la elección más sensata.

—¿Qué quieres? —mascullo entre dientes.

—Que vengas a dormir a mi casa.

—Lo siento, en el manual del psicópata, primero tienes que matar y descuartizar a tu víctima antes de poder transportarla —digo, pero el cretino no se ofende, sonríe más.

¡QUÉ RABIA!

—También quiero la llave de tu casa.

—Pero si ya entras aquí cuando te da la santa gana.

Se acerca más. Tanto que las puntas de nuestros zapatos chocan. Tanto que nuestros labios casi se rozan y me resulta imposible ignorar el olor a especias y a humo que desprende el cuerpo de puto coliseo romano que tiene.

—Sí, ¿pero cómo te sentirás la próxima vez que me veas aquí dentro y sepas que no me he saltado las normas para entrar? ¿Que estoy aquí porque tú me has dejado?

Suelto un gruñido.

—Eres un capullo muy enfermo.

—¿Y si este capullo enfermo te mete la mano en las bragas y encontrará un charquito solo para mí?

Alarga la mano y pongo distancia de por medio, rabiosa y colorada. Doy media vuelta para ir a la entrada, donde guardo una copia, pero antes de que consiga salir del salón me empotra con brusquedad contra una pared. Me alza las manos por encima de la cabeza y encima tiene la desfachatez de agarrármelas solo con una de las suyas.

—¿Señorita Valestri? ¿Está bien? —pregunta uno de los policías de arriba.

—Dí que sí —ordena en tono gutural aterrador.

—Sí, agente, perfectamente. Se me han caído unos libros, no es nada.

Varek sonríe de manera torcida.

Quiere dominarme en todos los aspectos. Decidir qué aire respiro y cuál no. Esto le encanta.

—Mi petición ha sido muy simple y todavía no te he oído darme las gracias, Corderito.

—¿«Vete a la mierda» te vale?

—¿Eso es que, en vez de que tú hagas algo por mí, prefieres que te castigue? —roza mi nariz con la suya—. ¿Quizá que te tumbe sobre mi regazo y te dé unos azotes? He visto tu historial de internet, no finjas que no te gustaría.

Mortificada. Avergonzada. Con un baño de patetismo recorriendo hasta el último rincón de mi cuerpo. Así me deja.

Me revuelvo para librarme de él y como las piernas son la única parte del cuerpo donde tengo algo de libertad, subo una de mis rodillas para intentar darle en su estúpida entrepierna.

La cosa no acaba bien…

Para mí.

Forcejeamos, me aprisiona las piernas con una facilidad pasmosa. En cuanto se cansa, me da la vuelta y me aplasta contra la pared inmovilizándome con todo su cuerpo. Es como si un armario empotrado cayera sobre un labubu, no hay nada que hacer.

—Eres un Corderito salvaje y eso me gusta. Pero puede traerte algunos problemas.

Oímos a los agentes acercándose a la puerta que conecta mi piso con el del Resplandor y él se despega de mi espalda. Obligo a mi corazón a no latir tan de prisa. Le recuerdo a otra parte de mi cuerpo que desde luego no tiene permiso para palpitar todavía más deprisa.

Entonces pasa algo curioso.

Mi acosador sale de la casa antes de que la policía llegue al piso de abajo. Sin decir adiós, ni tan siquiera cerrar la puerta.

Me pregunto si podré utilizar esta información a mi favor.



A la mañana siguiente, miro el móvil y leo un nuevo mensaje.

Número oculto: me he llevado mi regalo conmigo.
[Foto].

La llave.
Se ha llevado la llave de mi piso.

CAPÍTULO 50

El verdugo.



El lunes me paso el día trabajando codo con codo con Lucas, en su casa, escuchándole cada ciertas horas haciendo pedidos a domicilio Sus bebidas siguen siendo ridículas.

—Hola, sí, quiero un venti latte de avena, pero con avena sin gluten doble filtrado, mitad descafeinado, mitad normal, con espuma templada, tres *pumps* de caramelo sin azúcar y uno de vainilla normal agave en espiral, canela sobre la espuma pero no dentro. Sí. Exacto Gracias —me da un codazo—, ¿Tú quieres algo?

—Contratar a otra persona.

—¿Puedes hacerme dos iguales? —le dice al teléfono y alzo las cejas —. Genial, gracias. Adiós.

—No voy a beberme eso.

—No vas a volverte gay por beber lo mismo que yo, ¿sabes?

—No, gay no, pero igual me vuelvo otra cosa. —Aiden nos llama con nueva información y doy gracias.

Cuanto más descubrimos, más quiero explorar los beneficios de enterrar vivo a alguien. Más limpio, menos olores, más dolor…

Al acabar la llamada, nos contacta Jared y cuando por fin podemos ponernos a investigar las nuevas pistas, subo un poco la música para que Lucas no oiga cómo sorbo los escasos restos que quedan de mi café

Él la baja.

—Te ha gustado, admítelo.

—Sube la música a menos que quieras perder la mano.

Se ríe por lo bajo, pero obedece. Por desgracia, después de eso no se calla.

—¿Por qué tocas el volumen? Ya lo había subido.

—¿Podemos trabajar en silencio?

—Espera —se ríe y quiero pegarle un tiro en la cara—. Espera un segundo. ¿Lo has subido porque querías dejar el volumen en un número par? ¿Eres de esos?

—También soy de los que arrancan las uñas una a una cuando no consigo lo que quiero. ¿Te apetece probar?

—Trabajo, yo tengo mucho trabajo, no puedo hablar ahora —dice sorbiendo de la monstruosa bebida que aún tiene por la mitad, girando la cara hacia una de las quince pantallas que nos rodean.

Maldigo a los Thomson y a todos los enfermos que me han obligado a estar en esta situación.



Sé que esta noche no voy a dormir nada, así que voy a verla. La necesito más que nunca teniendo en cuenta lo que va a pasar mañana.

Desde su ventana puedo ver que ha puesto una silla junto a la puerta. Sonrío pensando que esa debe ser la increíble cerradura que no iba a dejarme acceder a su dormitorio. *Es tan tierna*.

Colarme en su casa usando la llave tiene un regusto dulce que me pone. **Pues vaya novedad, como todo lo que tiene que ver con ella**.

Quitar la silla de en medio sin despertarla me cuesta doce minutos pero merece la pena. En cuanto me paro frente a su cama ya me siento un poco más en paz.

No la despierto. Imagino que si le dijera que he venido porque necesito olerla se pondría furiosa, pero por suerte, no me va a hacer falta justificarme. Inhalo su aroma picante y único que empapa las paredes.

Mi Corderito está durmiendo de cara a la ventana, así que bordeo la cama recorriendo con la mirada el camisón de seda lila que las sábanas no han tapado del todo. Mi polla le da el visto bueno, pero luego le subo la sábana hasta sus hombros para que no coja frío. *Huele tan bien*.

Me doblo por las rodillas y apoyo los brazos en el lateral de su colchón. Le aparto el pelo que le tapa la cara y lo hago con suavidad para no despertarla.

Entonces veo las lágrimas. Muchas. Tiene toda la cara empapada. Sus quejidos enseguida se convierten en palabras entrecortadas pronunciadas muy flojo.

—P-por favor, y-yo solo quiero…

Apenas se le entiende.

—¿Qué? ¿Qué quieres, Anastasia? —susurro acariciando su mano.

Esta se cierra alrededor de uno de mis dedos con fuerza, sin dejar de llorar. Es desolador. La luz de la luna me permite ver todo cuanto me está rompiendo el puto corazón.

—Necesito… des… pedirm… me.

No lo entiendo. Y si no lo entiendo no sé a quién tengo que matar. Le acaricio el pelo con la otra mano, pero eso parece entristecerla más.

—Abuelo, no… no te mueras.

Sus palabras se me agarran al pecho como su mano se aferra a la mía. Una ola de furia homicida arrasa con todo y quiero ver el mundo arder.

¿Estás diciéndome que los desgraciados de sus padres no la dejaron despedirse de su abuelo? Quiero tener a toda su familia de rodillas y degollarlos uno por uno sin mostrar ni un ápice de piedad.

Pero si la conozco bien, eso solo me gustaría a mí. Inhalo con fuerza, me acerco a su frente y se la beso.

—Yo siempre voy a estar protegiéndote desde el cielo. No sufras. Estaré bien —susurro y después de eso, Anastasia ya no dice nada más.

Aunque no creo que sea verdad, que nuestros seres queridos vayan a alguna parte después de morir, necesito que pare y despertarla no es una solución. Llorará más al revivirlo todo y odiará que esté aquí. Y yo no puedo irme hasta asegurarme de que está bien.

Repito «estaré bien» hasta que sus sollozos amainan y su rostro se relaja.

Pero no me voy hasta mucho después de que me suelte la mano.

CAPÍTULO 51

El verdugo.

El entreno de madrugada solo dura dos horas porque necesito estar fresco para esta noche. Es martes. Estoy cabreado y nervioso, lo de hoy me importa mucho y necesito que salga bien.

Lo único capaz de darme paz... ya lo sabemos todos, pero no voy a cargar a Anastasia con esto. Esta oscuridad, la que desprendo ahora mismo, no quiero que la vea. Ni la parte perversa del mundo en el que yo vivo.

No me avergüenzo de disfrutar descuartizando a hijos de puta, la verdad. Pero si quiero que se enamore de mí, lo mejor será que le enseñe poco a poco lo roto que estoy.

A lo largo de la mañana, la observo trabajar ya que, por supuesto, cuento con los beneficios de tener pinchadas las cámaras de su oficina. Me quedo mirando el monitor como un tonto unos vergonzosos minutos.

Mía.

Quiero tatuárselo en la piel como ella se ha escrito en la mía.

Saber que he hundido los negocios de su hermano, el del puño suelto, me pone contento. Es curioso lo rápido que puedes mandar a pique una empresa solvente cuando amenazas a sus mayores inversores con sacar todos sus trapos sucios a relucir. ¿Pero qué puedo decir? La gente rica debería gastarse algo de pasta en comprar un poco de moral. Así no tendría tantas armas que usar contra ellos.

Número oculto: ¿de qué color es el tanga de hoy?

La veo consultar el teléfono de manera distraída, todavía con el ceño fruncido de estar en modo-trabajo. Y también la veo ponerse roja. *No te enamores de mí todavía, Anastasia. Quiero hacer mucho más para ganarme tu corazón.*

Anastasia: vete a la mierda.

Me arranca una sonrisa. *Ya sé de qué color son. "Uy, qué asco, e acosador la ha espiado mientras se vestía". Pues sí. ¿Algún problema?*

Número oculto: estos días voy a estar incomunicado por el trabajo, pero mañana te llegará algo de mi parte.

Guardo el móvil sin esperar su respuesta. Apago sus cámaras y me pongo a trabajar en la investigación. Hablo con Jared y Aiden, y, con un móvil desechable, me mensajeo con Logan Stelkon.

Logan, el nuevo líder de la organización, el que ha ocupado el tron después de que los Thomson la palmaran en "extrañas circunstancias". El tío que ya tengo en el bote gracias a los mensajes de Thrade. *Esos que mandé yo mismo desde su móvil mientras él se deshacía en m piscina de ácido*.

Pues ese Logan tiene dos manos derechas.

La escoria número uno se llama Eliot Peterson. Es una copia barata de Logan, un *wannabe* cruel y despiadado. La escoria número dos es Nathaniel Andrews, un pusilánime con gustos muy turbios al que también me muero de ganas de llevar a mi cueva de los horrores.

El quid de la cuestión es que voy a ver a Lucas y más pronto que tarde me doy cuenta de que intenta ocultarme información de uno de los dos hombres de confianza de Logan. Tengo un gran aprecio por el chaval, pero estoy a punto de darle una muestra gratuita de mis servicios.

—¿Lo que Eliot hace en el hotel? —traga saliva—. También se lo hace a su propia hermana.

—Manda a alguien a por ella.

—Esta noche es la gran noche. Todo está preparado. Si Eliot se huele algo…

—Que mandes. A alguien. A por ella.

—Lo haré si me lo pides —endurece la mandíbula—, pero estás poniendo en peligro un montón de vidas para salvar a una.

Ese es el problema ético que tendrá mucha gente. Elegir salvar una vida o un puñado de ellas. La cosa es que yo nunca elijo.

Yo lo consigo todo y luego un poco más.

CAPÍTULO 52

El verdugo.



Me reajusto la corbata y toqueteo los gemelos de las mangas. Salgo del coche y mi chófer se lo lleva mientras camino hacia las puertas dobles.

El hotel está en una buena zona. Lujosa, incluso. *Dicen que si quieres ocultarte, a veces a plena vista es el mejor sitio*. Aprieto los dientes y muestro mi invitación a los seguratas de la entrada. Me cachean para comprobar que no tengo armas y dejan entrar a la más peligrosa de todas. A mí.

El corazón me late en las sienes cuando cruzo el vestíbulo. El suelo es un espejo, lo cual me parece de un increíble mal gusto y una clara evidencia del lugar en el que me encuentro. *Puedo hacerme una idea de cómo se ponen los babosos con las chicas con vestido*. A los lados dos columnas revestidas de ónix sostienen una lámpara central que parece un sol atrapado, compuesto de miles de cristales.

El recepcionista es un hombre viejo que tiene las mejillas y las orejas rojas, no quiero saber por qué. Me sonríe y yo me esfuerzo en no poner cara de asco.

En cuanto llego a uno de los primeros salones donde hay gente bebiendo y riendo, veo a algunas chicas, prostitutas indudablemente inclinadas sobre sillones donde hay varios políticos que reconozco.

Prostitutas o no, no están aquí por voluntad propia, eso seguro. Se lo digo a Lucas a través del micrófono que tengo colocado debajo de uno de los empastes. Cuando me habla, muy dentro del oído, para decirme que va a intentar identificarlas, casi parece que esté dentro de mi cabeza.

Me marcho de allí porque he quedado con Logan y tengo la excusa perfecta para deambular por ahí. *No son estas las salas que me interesan, sino aquellas a las que aún no hemos conseguido acceder desde las grabaciones*. Por desgracia, me cortan el paso bastante pronto.

—Vance Kelson, por fin nos conocemos en persona. Encantado de verte por aquí. —Logan se acerca a mí ofreciéndome la mano, llamando la atención igual que su traje azul marino a rayas blancas.

Parece un gilipollas.

—El placer es todo mío.

—Es una desgracia lo que le ha pasado a Thrade —dice con la cara compungida lo justo para ser creíble.

—¿La policía dijo que fue un atropello?

—Sí, y que se dieron a la fuga, llevándose el cuerpo. Las bandas de hoy en día son muy sangrientas. Solo encontraron un par de dientes, algo de sangre y... —sacude la cabeza como si estuviera poniéndose malo.

Menudo personaje tiene creado para engañar al público.

—Varek, tengo noticias —dice Lucas en mi cabeza—. Estas últimas semanas han aparecido varias prostitutas de lujo muertas en callejones secundarios cercanos al hotel. Puedes imaginarte por qué no sabíamos nada.

Policías corruptos metidos en esto.

—Las cuatro mujeres muertas formaban parte de un club de señoritas de prestigio. Tiene pinta de que la pandilla de depravados sexuales con la que te codeas, no ha tenido que lidiar con ningún chulo con ganas de romperle las piernas a Logan al ver que cuatro de sus chicas no volvían. Si me preguntas a mí, es muy probable que dicho chulo cobrara una generosa suma por dejarlas trabajar ahí "y lo que pudiera surgir".

Las compran. Y cuando se cansan de ellas, las matan y compran más.

No sin antes tirar sus cadáveres al callejón como si fuera basura y borrar el registro policial bajo la alfombra.

Aprieto el puño con fuerza dentro del bolsillo del pantalón.

—¿Estás bien? —pregunta Logan interrumpiendo la historieta que me estaba contando sobre nuestro amigo en común, a la que no he hecho ni puto caso.

—La verdad es que no. Apreciaba a Thrade.

—Lo siento, tío. Mejor dejamos de hablar de él. ¿Quieres una copa?

—Whiskey. Sí, por favor.

Me lleva hasta unas escaleras. Los pasillos de por aquí son bastante estrechos y tengo la sensación de que si la música no estuviera tan alta

oiría algo interesante.

Llegamos a una sala pequeña, los dos solos. Una con moqueta de color rosa y paredes naranjas horrorosas, decorada con poco más que dos sillones blancos caros, igual de horteras, y una pequeña mesa de café.

Logan, que huele a polvo de talco y tiene las pupilas dilatadas como si se hubiera chutado algo, me lanza miradas desconfiadas cuando se cree que no miro. Es evidente que necesita corroborar el buen juicio de Thrade, que soy como ellos.

—¿Y las copas?

—Brittany —alza la voz y enseguida entra una chica con una bandeja, dos vasos y una botella.

He aquí la prueba.

CAPÍTULO 53

El verdugo.



Tiene un ojo morado y el labio partido. Su pelo es del mismo colo que el de Anastasia y mi estómago se da la puta vuelta. No debe tene más de veinte años. Le han puesto un vestido minúsculo que enseña casi todo el pecho y parte del culo.

Contengo las náuseas para no vomitar.

Mi instinto asesino es un lobo hambriento con ganas de arrancarl la columna de cuajo a Logan y la correa con la que lo sujeto está punto de partirse.

—Vaya, Thrade no había exagerado. —Sonrío de lado.

—No, aquí nos gusta divertirnos a lo grande. Trabajamos duro, no lo merecemos —acepta la bebida y la chica se queda ahí, expectante con la cabeza gacha y el cuerpo contraído por la tensión y el miedo.

No es como cuando juego con Anastasia. Aquí no hay deseo, n adrenalina, ni la más mínima excitación. Está aterrorizada y yo quier matar a quien le haya puesto una mano encima.

—Dime, Vance, ¿cambiarías algo de ella?

—Sí, la verdad es que sí.

—Ilumíname.

Doy un trago largo a mi copa y la miro bien. De pies a cabeza. De l forma más lasciva y repulsiva que sé.

—Para empezar me gustaría ser el autor de esos colores y dibujos Aunque tal vez me contentaría con hacerle nuevos —muevo la cop hacia esos moratones que tanto destacan en su tez pálida, luego paso l lengua por mis labios y en cuanto cierro la boca me la muerdo co fuerza.

—Thrade era un buen amigo. Sabía que no me defraudarías. – Logan se carcajea y la chica tiembla—. La única pega es que Brittany e

de las pocas jóvenes que aguantan mucha marcha sin perder e conocimiento, así que intentamos no maltratar mucho su integridad física. Ya me entiendes.

Dios, quiero matarlo con dolor. Lento. Uña a uña, ojo a ojo.

Sabía bien que tenía que venir preparado, que iba a estar rodeado de la peor calaña, pero tengo que recordármelo a cada segundo, joder.

Logan despacha a Brittany y ella se va a paso ligero, probablemente a esconderse, si puede.

—¿Así es como tratas a tus nuevos amigos? ¿Negándoles sus deseos?

—Te propongo algo mejor. Este jueves nos llegan nuevas chicas. Maduritas, crías, entradas en carnes, esqueléticas, de todo un poco. Dejaré que te diviertas con tres mujeres a tu elección.

—Los moratones salen con más facilidad a las huesudas. Será agradable tener distintas… muestras.

—Sabía que te parecería bien. Puedes follártelas, Vance, a cuantas quieras. Pero, igual que tú, la mayoría de los de aquí buscan otro tipo de dominación.

—Usarlas de lienzo y pintar en su piel, ¿no?

—Exacto. ¿Estarías interesado en ver nuestra sala de herramientas?

—No lo sé, prueba y te digo si me decepcionas.

Se ríe y sueño con hundirle los pulgares en los ojos y atravesarle el cráneo.

Logan me lleva a un nivel inferior, donde ya no hay música. Lo que oigo por los pasillos por poco se carga mi máscara. Cuento cinco voces distintas a medida que dejamos atrás una puerta tras otra. Cinco mujeres a las que están haciendo daño *ahora*.

En este preciso momento.

—Tío, lo entiendo —advierte Lucas dentro de mi oído—, pero estás apretando mucho los dientes. Te vas a cargar el micrófono y necesitamos pruebas. Cuantas más mejor.

Sí, las necesitamos.

No porque vaya a dejar a uno solo vivo, —esta escoria morirá después de que les haya hecho las atrocidades que se merecen—, sino porque imagino que a los votantes de todos estos políticos de mierda les interesará saber la clase de persona que eran.

Así no gastarán tiempo en llorar sus muertes.

Entro en la sala con olor a desinfectante y veo todo tipo de materia para agredir y agredir sexualmente a alguien. Desde fustas y esposas, a otro tipo de herramientas para más dolor y menos disfrute, acabando con cuchillos. *Estoy seguro de que nadie aquí lo usaría como lo hice yo con Anastasia*.

Hay collares de pinchos. Arneses de tortura. Incluso cepos de animales. *Dios, es asqueroso*. De repente oigo interferencias, un zumbido y luego nada.

Acabo de cargarme el micrófono.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Que sois un poco suaves para mi gusto, pero que podremos pasarlo bien. —Pongo una sonrisa maliciosa y él se carcajea.

—Thrade me dijo que eras policía, ¿es eso cierto?

—En teoría, dirijo el tráfico y pongo algunas multas, sí.

—¿En teoría? —repite con una mirada cargada de un brillo envenenado.

—Es más fácil tirar de los hilos desde dentro, ya sabes —me encojo de hombros y él capta el mensaje a la perfección—. Si este jueves me divierto... Puedes empezar a llamarme cuando necesites que te eche un cable con lo que sea.

Se cree que le ha tocado la lotería. El muy gilipollas.

Es evidente que ya me lo he metido en el bolsillo del todo. Me paseo por la sala con tal de darle la espalda y mientras estudio todas estas armas de tortura, pienso en cargármelo aquí y ahora.

Jared habrá llegado hace poco, pero Aiden ni siquiera ha tenido tiempo. Cada uno teníamos un objetivo, un aliado, alguien a quien camelarnos, alguien de quien obtener información. Aiden a Nathaniel Andrews, Jared a Danner Givens y yo a Logan.

No me importa. No me importa nada de eso.

Con mucho gusto intentaría cargarme a todos estos degenerados yo solo. ¿Pero y las chicas que todavía no han llegado? Se quedarían en el limbo, joder. Este grupo secreto de pirados se las llevaría y yo no podría hacer nada por ellas.

Es la única razón por la que me contengo.



Un rato después, consigo despedirme de Logan sin cargarme e progreso.

En cuanto me subo al coche de ventanillas tintadas de Lucas, a ur par de calles del hotel, descargo toda mi ira contra el asiento vacío de copiloto. Lo parto en dos y lo desencajo del sitio. Cuando termino, los pedazos caen hacia delante como un peso muerto, pero no me siento mejor. En absoluto.

Jared no tarda en aparecer.

Me propone lo que yo mismo he pensado. Lo que deseo, pero no puedo tener.

—No podemos hacer eso —rebate Lucas.

—¿De verdad? —pregunta Jared—. Porque Aiden, Varek y yo somos lo bastante buenos como...

—Os matarán. Y lo más importante, es del todo imposible que salvemos a todas las víctimas haciéndolo por las malas y con prisa. Hay que seguir el plan —dice Lucas sin dejar espacio para que nadie lo contradiga.

Procede a contarnos lo que he averiguado mientras estábamos ah dentro. Jared se carga uno de los asientos de atrás de la furgoneta y este cae sobre el hueco del maletero.

—Ni un puto micrófono ha sobrevivido —murmura Lucas cuando un chirrido molesto corta la entrada de información del canal de Aiden— Es evidente que las muelas no han sido la mejor de mis ideas.

Menuda mierda de todo, joder.

CAPÍTULO 54

La ruina

Entro en el hospital como si fuera mi casa. La verdad es que desde que conozco a Julia he venido un porrón de veces, así que un poco sí.

Subo hasta su planta y la veo en el pasillo. No tiene la bata puesta y lleva ropa de calle, lo cual quiere decir que sí tenía intención de cumplir su palabra y salir a su hora del trabajo.

La razón por la que no me acerco para sacarla de aquí a toda prisa antes de que alguien la necesite, es porque está hablando con dos policías. Por eso espero a una distancia prudencial.

*Salva vidas y encima ayuda a la policía cada dos por tres con la investigación de crímenes. *Admiración entrando en el chat.**

No es algo que ocurra cada día, pero de vez en cuando la policía habla con el personal médico para obtener información útil para los casos que tienen abiertos. Juls siempre se ofrece, si conoce al paciente. *Mi amiga mola un montón.*

En cuanto los dos polis se van, me acerco a toda prisa.

—Pero qué investigadora privada más guapa. —Da tal bote que casi se me caen los batidos de galleta de jengibre y ron al suelo—. La virgen, ni que fuera un poltergeist.

—An-Anastasia. Yo... ¿Qué haces...? ¿Por qué...? —tartamudea nerviosa.

—¿Estás bien? —miro hacia atrás dudando de qué pueden haberle dicho los policías.

—Sí, ¿qué haces aquí?

—Auch. —Levanto los batidos—. Habíamos quedado, ¿recuerdas? Para probarnos los disfraces de Halloween del viernes y hacerles los arreglos necesarios. ¿Sabes? Cuantas más palabras uso, más patética me sient...

—¡Oh! ¡Cierto! —fuerza una carcajada, pero no es sincera. Me coge del brazo y me lleva hacia el ascensor opuesto al que ha usado la policía

—. Venga, vámonos antes de que alguien me reclame y tenga que quedarme trabajando dos horas más. ¿Este batido es para mí?

Salimos del hospital y finjo no estar preocupada porque es lo que parece que necesita de mí. Pero indago si ha pasado algo en el trabajo de la manera más sutil que sé.

A medida que el otoño de Seattle nos enfría las mejillas, las carcajadas fluyen y todo vuelve a la normalidad. Salimos del metro y caminamos hacia mi edificio.

—¿Qué hay de ese enfermero que está coladito por ti? ¿Vent, se llamaba?

—Dent.

—Sigue sorprendiéndome que eso sea un nombre de verdad.

—A Mason también. Se pasó el otro día a traerme un café y me besó delante de todo el mundo —se le enrojecen las mejillas y agacha la cabeza—. Digamos que ya no voy a tener problemas de acoso.

No sé por qué, cuando llegamos a casa y Juls se ausenta para ir a baño, sigo pensando en eso. En el acoso. Miro el móvil para no aburrirme como una ostra mientras espero y por casualidad veo un nuevo mensaje de…

Varek.

Si lo abro es por eso, por no aburrirme. *Nada más.*

Número oculto: [vídeo]

¿Es esto lo que iba a llegarme? ¿Un vídeo? No debería mirarlo, pero ya he demostrado por activa y por pasiva que la curiosidad siempre me puede.

Le doy al play y me topo con un Varek sin camiseta, con sus placas rodeándole el cuello y con el casco de motorista puesto. Los tatuajes y las cicatrices decoran su piel y, aunque apenas hay luz, sus abdominales resaltan gracias a un suave neón entre rojo y violeta.

—Anastasia… —dice con voz muy áspera, sofocada, a través del casco y es como una peligrosa nube de tormenta eléctrica.

Y mientras tanto, su brazo…

Ay, mi madre.

Puede que el vídeo no alcance a grabar tan abajo, pero lo que está haciendo es evidente. Se está masturbando.

La realidad me arranca un gemido de placer y sorpresa en contra de mi voluntad. Todo mi cuerpo arde y se me seca la garganta a medida que los sonidos se vuelven más claros.

Húmedos.

Resbaladizos.

Varek vuelve a decir mi nombre y me acerco a la pantalla como una tonta. Pienso en el grosor glorioso de su polla alrededor de sus dedos en cómo la sentí cuando estuvo alrededor de mi boca.

Las venas de sus bíceps tensos se marcan con el esfuerzo. Las placas que estuvieron entre mis pechos ahora presencian la escena en directo repiqueteando la una contra la otra. Su respiración se vuelve más y más entrecortada. Y la mía también. Casi no me doy cuenta de lo fuerte que estoy palpitando. De que no soy capaz de apartar la mirada.

Estoy a punto de llevarme la mano a la entrepierna cuando mi amiga dice desde el baño:

—¿Pedimos la cena y así trabajamos mientras engullimos delicias?

Se me cae el móvil de las manos. Varek gime y yo grito. Julia me pregunta qué pasa. Consigo bloquear la pantalla del móvil antes de que entre en el salón.

—Nada, no pasa nada. Soy una torpe y me he dado en un dedo —digo recogiendo el móvil del suelo—. ¿Cena? Me parece genial. ¿Llamas tú mientras cojo los vestidos, la sangre falsa y todo lo que nos hace falta de mi dormitorio? —Me giro muy rápido y estoy a punto de atravesar la pared del salón en vez de la puerta.

Al entrar en mi dormitorio la oigo llamando a nuestro tailandés favorito y exhalo de alivio. *Poseída por una polla gruesa y kilométrica y un casco de moto. Anastasia, deberías ser más lista.*

La puerta de mi armario se abre sola, chirriando y sé que esta vez no ha ocurrido porque sea vieja. Alzo la vista como si eso me conectara con los fantasmas del piso de arriba y susurro en plan recriminatorio:

—Oh, venga, ¿por qué no acecháis al fantasma del hombre que os mató? Buscaos otro entretenimiento, cotillas.

Jueves.

CAPÍTULO 55

El verdugo



Espera al momento indicado. Eso dice la voz de Lina, en mi cabeza.

No me lo ha dicho hoy, fue hace años. Después de rescatar a una chica que tenía la edad de mi hermana, y de que muriera en mis brazos, tuve que tomarme unas semanas antes de poder volver a coger un caso.

¿Me gusta la idea de que esté Lina aquí, tan cerca del hotel? No. Por supuesto que no. Pero no quería perdérselo, ni desaprovechar la oportunidad de ayudar a las víctimas cuando las saquemos esta noche.

Además, cualquiera que la conozca sabe que Lina nunca está realmente en peligro.

Lina es el peligro.

Aiden, Jared y yo llegamos hasta la entrada del hotel, caminando desde tres direcciones distintas, y allí nos encontramos con otros dos invitados. *Es perfecto y sí, es cosa nuestra.* Cada uno de nosotros lleva el mismo traje que algún otro de los invitados de esta noche. Es una suerte que los borrachos no caigan en la cuenta de que, las casualidades vistas de cerca, rara vez lo son.

Entramos en el hotel y nos dispersamos como si no nos conociéramos.

Inicio de la operación:
23:19

CAPÍTULO 56

El verdugo



La sala a la que nos guían parece haber sido creada con el único propósito de recordarte que existen clases y que nosotros formamos parte de la élite.

Las luces doradas, cálidas y tenues de cristal, están suspendidas como gotas en el aire. A mi derecha, la barra elegante, larga y pulida está hecha de ónix translúcido retroiluminado y llena de botellas alineadas como joyas. Whisky envejecido treinta años, ginebras artesanales... Los invitados ríen y beben como si no tuvieran ninguna preocupación en la vida.

En el centro hay unas puertas dobles de madera de cedro negra que me da la impresión, conducen a los pisos inferiores. A donde quiero llegar.

Y a la izquierda, está el séquito de sillones y sofás que comparten una temática gris de terciopelo victoriano clásico. A mis ojos, todo en su conjunto es la pura imagen de la ostentación forzada.

En esta sala hay por lo menos cuarenta personas trajeadas adineradas y con las espaldas cubiertas listas para hacer barbaridades. Dos de las cuales son mujeres con traje que también he visto salir por la tele. Pero ni rastro de prostitutas con sonrisas fingidas plastificadas en sus magullados rostros.

Aiden, Jared y yo nos dispersamos cada uno hacia nuestro contacto, la persona que nos ha invitado aquí. En mi caso, camino hacia Logan sin importar con quién esté hablando.

En cuanto me ve, se acerca, se frota las manos y le cambia la cara a una mueca perversa.

—Vance, amigo. Me alegra que hayas podido venir.

—No me hiciste una invitación fácil de ignorar.

Se carcajea y mi alma se ennegrece y se pudre un poco más.

—¿Qué te parece si la primera copa te la tomas en la sala de los deseos? Ya está todo listo.

—Por mí genial.

Rodeo la sala con la mirada mientras Logan da unas palmadas para atraer la atención de los presentes.

Eliot está, pero Nathaniel no.

Esa escoria de aspecto blandengue y permanente en pánico no ha aparecido y espero que no sea una señal de que algo va mal. *Quizá se haya mandado a sí mismo al hospital.* He visto en las grabaciones cómo le gusta zurrar a mujeres atadas. Y cómo después se flagela a sí mismo para lidiar con el cargo de conciencia.

No seré yo quien le frene si le apetece acabar con su vida, pero preferiría hacer los honores.

Aiden, que ya lo ha sustituido por Eliot Peterson, tiene cara de estar pensando lo mismo que yo. Es sutil, pero le conozco lo bastante como para saber que está rezando a su dios nórdico del ateísmo para suplicar que no esté muerto y así poder matarlo él mismo.

Nos vamos a tener que pelear por la comida, lo estoy viendo.

Por si fuera poco, Jared no está con nadie. Miro a mi alrededor y no veo a Danner Givens por ninguna parte.

—¡Amigos! Amigos, ¿qué tal si empieza ya la fiesta? ¿Tenéis hambre? —Logan disfruta tanto de los aplausos y la validación de grupo que resulta patético.

Dudo sobre los límites de mi aguante. Dudo que si Logan, que fijo que tiene la polla más diminuta del planeta, no me quita su brazo de encima, se lo apartaré yo mismo, se lo arrancaré del cuerpo y le obligue a comérselo.

Hoy somos muchos menos que el otro día, solo los VIP, según dice Logan.

No me sorprende ver a Néreh Simon aquí porque pese a ser mujer lidera un partido a favor de volver a meter a las mujeres en casa ““donde pertenecen”” y de obligarlas a casarse llegado los treinta y cinco.

Me muerdo la lengua y sigo al líder del rebaño cuando sale de la sala. Caminamos por una zona del hotel que nunca he visto, ni por cámaras ni el otro día en persona. Un laberinto de paredes revestidas de un blanco marfil casi brillante que, compaginado con la moqueta rosa tiene un rollo hortera en la línea de Logan.

A diferencia de la otra vez, por aquí no se oyen gemidos, ni golpes de látigo.

A través de una escalera mecánica, rodeada de una caída de a menos tres metros, y una serie de cuadros abstractos suspendidos en e aire a modo de decoración, llegamos a un pasillo que sí reconozco. A final de este hay una puerta dorada. Solo está custodiada por un orangután enmascarado, lo cual evidencia que nunca han tenido un susto.

Hasta esta noche.

—¿Preparados? —pregunta Logan, antes de pedir que las abran.

CAPÍTULO 57

El verdugo



Nos adentramos en una sala oscura con un escenario y una gran mesa redonda y blanca, típica de secta, que ocupa el centro de la sala llevándose consigo todo el protagonismo. Huele a perfume y a algo rancio que se ha pegado a las paredes. A ambos lados del escenario hay dos pasillos que dan a habitaciones privadas. La única salida de todo este lugar, es la que tengo a mi espalda.

Sigo a Logan y me percato de que en una de las esquinas oscuras también hay una barra con un solo camarero enmascarado tras ella.

Los cubiertos de la mesa parecen de oro, igual que las copas vacías. A modo de decoración, hay un cúmulo de flores aquí y allá: peonías negras y lirios burgundy.

No me pasa por alto que en la zona oeste de la mesa, hay una pequeña escalera que la conecta con el suelo.

Logan ocupa la posición más céntrica de la mesa, frente al escenario, y yo me siento a uno de sus lados. En cuanto los invitados están acomodados, Brittany, acompañada de otras cinco mujeres igual de magulladas y poco vestidas, traen comida.

—Yo estaba esperando una copa y otro tipo de diversión —le digo a Logan.

Si alguien pretende que me trague un solo puto gramo de comida con lo revuelto que tengo el estómago, va listo.

Logan suelta una carcajada, pero se tensa cuando los comensales más cercanos a mí asienten y murmuran comentarios conformes comparten el sentimiento.

Como el hombre débil que es, cede ante la presión.

Hace un gesto con la barbilla al hombre tras la barra y él se lleva la mano a la oreja para comunicarse con otra persona. Segundos después tras las cortinas negras del escenario, aparecen.

Más de doce veinteañeras y una decena y media de mujeres por encima de los treinta. Todas asustadas, heridas, magulladas y

temblando. Ah, y completamente desnudas.

Algunas intentan taparse con los brazos, otras han llegado a este punto en el que ya no sienten vergüenza, solo un vacío profundo que se refleja en sus ojos.

Aprieto los puños bajo la mesa y me crujen los nudillos.

—Ahora nos entendemos —digo en tono firme, mientras el resto se vuelven locos, babean y alargan las manos para intentar tocarlas.

—No voy a defraudarte, Vance. Thrade era familia —dice con fingido pesar.

Thrade era un pez gordo al que habrías empujado debajo de un autobús si eso te hubiera permitido escalar un poco más alto.

Aprovechando la distracción grupal, me levanto y camino con paso decidido hacia la esquina. El camarero enmascarado pone dos vasos de whiskey sobre la barra cuando le señalo la botella y alzo dos dedos sin decir palabra. Después de que sirva las bebidas, en el breve instante en el que se gira dándome la espalda, me deshago de mi falso gemelo, lo rompo sobre el vaso y vierto la droga en el de Logan.

Me los llevo rápido de vuelta a la mesa y le entrego a Stelkon la suya, mientras yo le doy un trago al mío.

—El alcohol ya estaba en camino, amigo —dice un poco molesto de que me esté saltando sus normas de juego una y otra vez.

—Habrás podido comprobar que la paciencia no es lo mío —sonrío porque coge la copa, que es lo que importa.

Chasquea los dedos como si estuviera llamando a un perro. Tres de las chicas desnudas se suben a la mesa por la escalera lateral haciendo que todos los presentes se empalmen y babeen. La música sube un poco, un tema con bajo lento que pretende ser sexual, mientras del techo bajan un séquito de botellines de alcohol. Los invitados se descontrolan. Otra de las víctimas, una mujer más voluptuosa y pelirroja, de melena corta, viene directa a Logan.

Él echa la silla hacia atrás con intención de hacer que se siente en su regazo.

—Logan, te has portado —comenta Orial Sethens brindando al aire su voz sonando por encima de los silbidos y los gritos del resto.

La pelirroja sufre un beso de la asquerosa boca de Logan. Entonces él le acerca la copa a los labios y por desgracia es ella quien se la bebe. *Mierda, joder.*

Hago una de las cosas que mejor se me da: aprieto los dientes con rabia y tras el chasquido, rezo porque Lucas reciba la señal. *De eso se*

trataba esta vez, de cargarme lo que me había colocado en una de las muelas.

Logan se pone en pie y empieza a meterle los dedos bruscamente mostrándonos a todos el gran poder y control que tiene. Me pongo en pie también y le cojo del brazo apartándolo de la chica.

—¿Esto es un puticlub como otro cualquiera o alguien va a darnos lo que realmente queremos?

—No te pongas nervioso, Vance —dice intentando sonar educado pero con una tensión facial evidente.

Se hace un silencio incómodo pero lo corto rápido.

—El otro día me enseñó todo un arsenal de tortura —miro a los invitados uno a uno y me llevo la mano al pecho—. No sé vosotros, pero yo no quiero ver cómo se corre una puta cualquiera, yo quiero ver cómo llora, cómo sangra, ¡y lo bien que mis puños le dejan la cara!

Me vitorean. *Panda de animales*. *Pienso descuartizarlos*.

Lo que no pienso es quedarme de brazos cruzados mientras agreden sexualmente a una chica inocente en mi puta cara. Y por el rápido vistazo que le echo a Jared, y lo serio que está, él tampoco.

Habrá visto muchas barbaridades en sus años como militar, pero se le está cayendo la puta máscara, así que con más razón tenemos que acabar con esto cuanto antes.

La pelirroja drogada se tambalea y se apoya en uno de los comensales al perder el equilibrio, cosa que a Logan lo cabrea un montón, pero al que recibe sus tetas en la cara le encanta.

—¿Y a ti qué coño te pasa? ¿Vas borracha o qué?

—Mierda, tío —empiezo a tambalearme llevándome la mano a la frente—. ¿Es una jodida broma? Esto no se hace —me aferro a su otro hombro para no caerme al suelo.

Logan me sujeta con ambos brazos, suelta a la chica y esta se desploma. *¿Cómo voy a seguir el puto plan si tengo que fingir estar drogado? ¿Es que acaso no he apretado bien los dientes?*

—Yo también me encuentro un poco rara —dice Néreh y Sebastian Morelli a su lado, se suma.

El poder de la sugestión, supongo.

Logan no tiene tiempo de reaccionar. Las puertas se abren, Lina las cruza y finge ser de la limpieza. *Pero si se ha disfrazado y todo*. El quid de la cuestión es que ningún servicio de limpieza entraría hasta que la cena hubiera acabado. Además, está pisándole el brazo al orangután de antes que ahora está tirado en el suelo.

—¡Seguridad! —brama Logan a través del pinganillo de su oído pero mi equipo habrá dejado al suyo inconsciente.

—Buena suerte con eso. No van a poder ayudarte con el cuello roto escoria —Lina lanza un arsenal de bombas de humo y en segundos todo se inunda de una nube gris.

Las únicas víctimas que iban vestidas, corren hacia los pasillos como si esperasen que este gas fuera a matarlas, las otras se petrifican y chillan. Disparos salen en todas direcciones, pero Lina es más rápida y cierra las puertas.

Ella siempre es más rápida. Si no, no habría podido huir de su propio marido cuando la apuntó con un arma a la cara, hace ya más de diez años.

Entonces se apagan las luces.

Las víctimas y los degenerados se dispersan indiscriminadamente en todas direcciones.

Antes de perder toda visibilidad capto muchas cosas que me cabrean. Entre ellas a Eliot, que intenta cubrirse del humo con una de las muchachas, pero de nada le sirve. *Será escoria cobarde el putero barato este, maltratador de las narices.*

Me va de un pelo. Casi pierdo los papeles, cojo un cuchillo y le rebano la garganta. Digamos que eso sería como correrse demasiado rápido: satisfactorio, pero una putada enorme.

Sintiendo cómo los pulmones ya me arden y la visión se me nubla por el gas, saco del bolsillo de mi chaqueta un pasamontañas. A simple vista, no es más que neopreno militar y fibra de carbono flexible, pero en cuanto te fijas en los detalles, puedes ver los filtros a ras de la tela, la ventana ocular reforzada y el modulador de voz, por si alguien se me acerca lo bastante como para reconocerme.

Me lo pongo a toda prisa y hago una buena inhalación. El humo cubre hasta el último rincón de la sala y empiezan a sonar los golpes uno tras otro. Se desploman todos, hasta que al final solo quedamos tres en pie.

Jared. Aiden. Y yo. Aunque apenas los veo, son solo figuras.

Aiden, el que tardó más en cargarse el micrófono de su muela y el único que demostró que podía comunicarse con Lucas de esa forma dice:

—Estamos listos, tío.

Lina entra de nuevo en la sala, esta vez seguida de un puñado de nuestros hombres, apenas heridos. El humo gris empieza a disiparse

con rapidez.

—Los furgones aguardan en la puerta de atrás. Quiero a todas las chicas tapadas antes de salir de aquí, no son ningún trozo de carne aunque eso vosotros ya lo sabéis, ¿verdad?

Le responden a coro, como les he enseñado.

Busco a Logan y lo veo en el suelo, con el brazo estirado y su mano rodeando el tobillo de una de las chicas desnudas. Le aparto la mano, le cojo la cabeza y se la estampo contra el suelo con fuerza.

Pronto, muy pronto, en cuanto lleguemos al almacén y estés despierto, tendré todo lo que deseo.

La neblina se disipa y entonces… joder. JODER. Me acerco a la chica que está junto a Lina, disfrazada de limpiadora igual que ella.

—¿Qué mierda haces tú *aquí*?

—Trabajar, jefe —Evangeline me da dos golpecitos en el hombro a modo de despedida y pasa de largo.

Le lanzo una mirada asesina a Lina y ella finge que no la ve.

Esta noche mi mala leche va a alcanzar límites históricos.

CAPÍTULO 58

La ruina



No puedo dormir. No sé qué me pasa, pero estoy intranquila y no paro de dar vueltas en la cama.

Es como si tuviera unas manos rodeándome la garganta, pero no en el buen sentido. No le encuentro explicación a lo que me pasa, porque yo siempre duermo a pierna suelta. *Zorra con la conciencia tranquila entrando en el chat*. Siempre, salvo hoy.

¿A dónde iba? ¿Y por qué iba a estar incomunicado unos días? ¿Yo le ha pasado esto antes?

—Me da igual —me obligo a decir en voz alta.

No tengo sed, pero me levanto a por un vaso de agua. Y lo busco en el salón, en el baño y en todas las habitaciones. Pero no hay... vasos. De agua, eso. Por ninguna parte.

Anastasia: ¿Por algún casual estás despierta?

Juls no responde y entonces caigo en que hoy tenía turno de noche. Su móvil estará en las taquillas y no lo leerá hasta mañana. Lo borro y reescribo algo sobre Halloween y las ganas que tengo del plan de mañana por la tarde.

Supongo que lo que voy a hacer es una tontería muy grande que solo puede explicarse con que la falta de sueño hace que el cerebro haga barbaridades, porque abro el otro chat que tengo abierto, el que no es de Juls. El otro. Y mando un mensaje.

Para número oculto: ¿Estás a salvo?

CAPÍTULO 59

El verdugo

Lina se lleva a las chicas al refugio, donde recibirán la atención médica necesaria y estarán a salvo.

Por fin.

Nos las llevamos a todas. Lina ha sido la primera en proponer lo de taparlas con toallas, pero mis hombres se han dado mucha prisa en acatar sus órdenes. Son buenos tipos. *A diferencia de los hijos de puta inconscientes*. Hablando de lo cual, Aiden lidera la marcha de los furgones repletos de degenerados hacia mi gran almacén, donde recibirán la tortura merecida cuando despierten de aquí a unas horas.

—En cuanto salga el sol, Lina tendrá que pasarse una hora explicándoles a todas las víctimas que no han sido secuestradas por ninguna secta radical y que ya no corren peligro —dice Jared con una sonrisa burlona.

—Sí, pero ya está acostumbrada —me río por lo bajo mientras revisamos los despachos uno a uno en busca de información que todavía no tengamos.

—Si alguien puede hacerlo es ella —dice con un deje de admiración que no me pasa desapercibido.

Estamos un buen rato en silencio hasta que dice:

—¿No te cabrea?

—Vas a tener que ser un poco más específico, tío, a mí me cabrean muchas cosas.

—El martes esto estaba más lleno. Se han librado muchos.

—Sí, claro que me cabrea. Pero primero tienes que acabar con la persona que mueve los hilos. A menos que salga un nuevo líder, el resto caminará como gallinas sin cabeza y serán más fáciles de cazar. —Suelto los papeles—. Aquí no hay nada. Llama a Lucas para que venga con su equipo a echar el último vistazo y dile que me llame si encuentra algo.

—Dalo por hecho.



Lo primero que me dice Aiden cuando, horas después, aparco la moto en mi almacén aviva mi instinto asesino hasta la puta estratosfera.

—*¿Qué has dicho qué?* —bramo.

—¿Qué ocurre? —Jared, que venía detrás de mí, se percata de que algo no va bien.

—Logan ha escapado —sentencia Aiden.

—*¡¿Cóoomo?!* —brama Jared.

—¿Cómo ha podido pasar?

—Quizá se ha metido tantas mierdas en el cuerpo, tanta droga y sus variantes, que nuestra técnica no le ha afectado igual que al resto.

—Eso es una soberana estupidez.

—Quizá encontró la manera de no respirar tanto humo como los demás. No lo sé. Solo sé que cuando yo mismo lo metí en el furgón, no estaba despierto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —interviene Jared.

—Le di un buen puñetazo en la nariz y no reaccionó. Chorreó mucha sangre, no podría haberlo fingido. Y estaba dentro cuando ha llegado el furgón, lo sé porque lo he visto con mis propios ojos. —Se revuelve incómodo—. Logan ha debido huir cuando estábamos transportándolos hasta las celdas de los pisos de arriba. He interrogado a Sanders, que conducía el furgón en cuestión y a Macoy, que me estaba ayudando a traerlos dentro, pero ninguno ha visto nada. Es de noche, sería fácil escurrir el bulto. He enviado a quince de nuestros hombres a buscar por la zona, pero por el momento no han encontrado nada.

Jared la toma con las taquillas al fondo de la sala y se lía a puñetazos, pero yo hago algo mejor. Saco el arma y la descargo contra el puto techo de la puta nave. *Mierda, joder. No me lo puedo creer. Ese hijo de puta…* El eco revienta en todas direcciones y durante unos segundos solo oigo el pitido en mis oídos.

No. Me. Siento. Mejor.

—¿Jefe? —aparece Sanders en la entrada con el semblante pálido.

—Largo de aquí. Has acabado por esta noche.

—Sí, y llévate a Macoy contigo —dice Jared recuperando el aliento con los nudillos abiertos y ensangrentados.

Se suponía que no había forma alguna de que el gas fallara.

Tengo que hablar con Lucas.

—Lo vamos a encontrar —dice Aiden con una sonrisa maliciosa atípica en él—. Y entonces recuperaremos el tiempo perdido.

Aprecio lo calmado que es siempre, pero ahora me enfurece todavía más. No pienso descansar hasta que lo hagamos, pero joder, ya lo teníamos.

Enrabiado, saco mi móvil y abro el chat, el que tengo con él.

Vance: Dios, tío, dios. ¡¿¡¿¡¿Qué cojones, Logan?!?!?! Dudo que este mensaje te llegue, joder, lo dudo mucho. Pero ojalá que sí. Pude escapar. ESPERO QUE TÚ TAMBIÉN. ¡Necesito que alguien me diga qué cojones hacer ahora!

—Ahora solo hace falta que muerda el anzuelo. —*Estaré desorientado. ¿Tenemos alguna posibilidad?*—. Recemos porque este cagado, cometa algún error y consigamos capturarlo a él y al resto.

—Mientras tanto, podemos sacarles información a ellos —Jared señala al piso de arriba, donde están todos encadenados y algunos todavía inconscientes.

Es cierto. No todo nos ha salido mal.

—¿Qué hay de Lucas? —pregunta Aiden.

—Imagino que ya estará prendiéndole fuego a todo —comento.

No vamos a dejar nada del hotel salvo cenizas.

Tenemos vídeos. Tenemos fotos. Y tenemos testigos. No hacen falta más pruebas. Además, el fuego enviará un claro mensaje a los que se han librado esta noche: vamos a por vosotros.

—Todavía hay algo más.

—Joder, Aiden, para una vez que abres la boca, hoy no hay quien te la cierre.

—¿Qué más? —gruño.

—Lina me ha llamado. Ha dicho que una de las chicas saltó de coche en marcha antes de llegar al refugio. Intentaron recuperarla pero le perdieron la pista entre los árboles. Lina cree que es Brittany pero aún no está segura.

Me cago en mi puta vida.

Tres minutos después, cuando Lucas me llama, todavía estoy en pleno ataque de ira.

—Quiero que respires antes de oír lo que tengo que decir.

—Ya sé lo de Logan y lo de Brittany.

—No sé qué ha pasado con Brittany, pero no es sobre ella, ni tampoco sobre Logan.

—¿Y entonces qué?

—¿Te has sentado?

—Lucas, no me jodas. ¿Qué mierda pasa?

—Tienes que saber que está a salvo, estoy delante de su casa.

—¿De quién cojones estás…? —no termino la frase.

Se me atragantan las posibilidades.

La única posibilidad, en realidad, es la que se convierte en una lanza de hierro y cristal que me atraviesa el pecho de lado a lado. Entonces Lucas lo dice.

—Había una foto de Anastasia en el ordenador de Logan. La quieren, Varek.

CAPÍTULO 60

La ruina



La noche más larga de mi vida.

He visto unos cuantos vídeos de *Instagram*, de esos en los que salen hombres enmascarados sin camiseta que se cuelan en casas de *booktokers* y las secuestran. He visto Scream por tercera vez esta semana. He leído tres capítulos de mi nuevo libro oscuro, que solo tiene cinco porque la autora no es fan de los capítulos cortos.

Y aun así, el reloj no hace más que retroceder. Socoorrooo.

Lo peor de todo, lo que resulta súper humillante para mí, es que él lo verá por las cámaras cuando vuelva.

Si es que algún día vuelve.

De nuevo, no es que me importe.

CAPÍTULO 61

El verdugo



Tengo sangre hasta en las cejas.

—¡No sé... nada de...! Anastasia, no... —dice Hugo Kręsnikov a duras penas.

Traducción: no le suena el nombre.

Estoy a punto de decirle lo que voy a hacerle y de repente... ya no estoy allí. Mi cabeza decide castigarme con un déjà vu que no he pedido, clavándome las crueles garras del pasado.

Primero llega el frío.

El olor metálico en el aire.

Luego lo hacen las imágenes.

Atlas Martins está tumbado en la nieve manchada de rojo muriéndose. Está mirándome en plan «ayúdame, tío» cuando lo que quiero hacer es ayudarlo a que se muera con más dolor. Éramos familia hasta hace poco. Cuñados. Ahora su sangre me cubre los dedos y gotea sobre la nieve.

Mi única queja es que no puedo desmembrar a Atlas Martins. Sé que voy a arrepentirme de eso el resto de mis días.

Es una pena, pero la historia que se va a contar es que le han robado y el atraco ha salido mal. Nadie se creería ese cuento si se lo encuentran sin huellas dactilares y unas cuantas puñaladas en el estómago.

¿Pero me importa?

¿Me importa sacrificar mi vida con tal de tener lo que quiero ahora?

Si le doy su merecido ahora que aún está vivo, no tendré que arrepentirme de haber perdido la oportunidad.

Quizá Lara me odie por esto. Pero matarlo ha sido la única carta que me ha dejado para jugar, la única opción sobre la mesa. Y cualquiera que me conozca sabrá que lo volvería a hacer.

¿Debería dejarlo irreconocible ahora que pued...?

—¿Qu...? ¿Por qué no hablas? ¿Vas...? ¿Qué vas a...? —Hugo tartamudea trayéndome de vuelta al presente.

Anastasia. Piensa en Anastasia. El dolor se disipa a medida que sus ojos pardos ocupan mi mente. Ella es una fuente de calor en una tormenta de nieve, es lava recorriendo mi espina dorsal y avivando mi corazón muerto.

Lucas y otros de mis hombres están parados frente a su casa, sé que está a salvo, pero estoy rabioso porque necesite vigilancia. *Inhalo recuperando el control.*

—Estoy a punto de empezar con tus dientes, Hugo. Y si ya te has meado encima con las uñas, me da que no vas a pasarlo bien. ¿Quieres que empiece con una muela del juicio?

—¡No sé nada, lo jjjuro! Yo sssolo soy... soy un invitado de Log-gan, como tú.

—No, me da que como yo no. Además, tú llevas yendo allí más de medio año. Habrá algo más que puedas decirme. —No contesta de inmediato, así que me quedo con la última, la del pulgar, y él grita como un descosido.

Me va a romper los tímpanos, el muy llorica. Cojo las herramientas necesarias para poder con sus dientes y le abro la boca.

—Última oportunidad —digo y, de repente, ¡va y se le refresca la memoria!

Qué cosas, ¿eh?

—Hay un hosssstal.

—¿Un hostal?

—Sí. Allí eran las fffiestas más importantes, Era don-d-donde más nos reuníamos antes de que Jeremiah muriera. Logan pensaba dar un golpe de estado al liderazgo en secreto, pero.... p-p-pero al final no hizo falta. ¡No sé nada más!

—¿Ves qué fácil? Si es que te gusta sufrir a lo tonto. Venga, empieza a darme nombres. ¿Quiénes erais invitados a ese hostal?

El muy tonto dice que será su sentencia, si lo hace. Que lo matarán. No ha entendido que una muerte muy dolorosa o una muerte rápida son las únicas dos opciones que hay sobre la mesa, y que la única forma que tiene de salir fuera de estos almacenes, es en una puta bolsa de basura.

Pero lo va a entender.



Horas después tengo la espalda hecha polvo. *Joder, estoy agotado* Me inclino hacia la silla de Néreh, hasta dejar nuestros ojos a la misma altura. Llevo hablando con ella cinco minutos, y cuatro y medio queriendo matarla.

—Lo único que quiero saber es cómo has podido participar en esto Eres una mujer.

Me suelta un montón de mierdas machistas que me dan rabia. Un montón de argumentos asquerosos que no voy a verbalizar porque no me da la puta gana. Pienso en Anastasia, en que mataré a quien se interponga entre ella y la vida que quiera tener.

—¿Sabes por qué voy a matarte? —pregunto, y se le quita la mueca altiva que había mantenido hasta ahora, creyendo que no le había hecho ni un rasguño por debilidad—. Por Carla Dimetri, Sabrina Copperno y Alicia Sentha. Estoy seguro de que ha habido más, pero no conozco sus nombres. —Ladeo la cabeza—. ¿No te suenan? Te refrescaré la memoria. Carla era una prostituta de lujo y las otras dos eran estudiantes de psicología. Deberían sonarte, tú las asesinaste.

—Si una fruta tiene un golpe y empieza a pudrirse, nadie debería extrañarse de que la tiren a la basura, ¿no?

—Sí —asiento pensativo—, qué irónico que lo pienses.

La bala atraviesa su cráneo y lo demás ya es silencio.

La libero del agarre de la silla, y la llevo hasta lo que Jared ha bautizado como “el pozo”. Mi piscina de ácido acepta con gusto el cuerpo de la asesina que le ofrezco, pero no dejo caer la silla porque al final me quedo sin ninguna.

Me detengo junto a Jared. La camisa blanca que hacía contraste con su piel oscura está impregnada de una serie de fluidos que preferiría no ver, ni oír, ni oler. Aiden, a medias de una faena, también se acerca en un estado que no dista mucho del nuestro.

—¿Qué tenéis? —pregunta mientras se oyen gritos de fondo.

—Como sabíamos, hay policía metida en esto, no solo políticos —cuenta Jared.

—Sí, el problema es que han ido muriendo por esto y por aquello. –No por nosotros, sino en manos de Logan, que no se siente cómodo dejando cabos sueltos.

—Por eso esta panda de enfermos ha podido aguantar tanto tiempo saliéndose con la suya —maldice Aiden—. Logan ha estado detenido varias veces, pero alguien ha hecho lo posible por borrar sus datos de sistema cada vez.

Asiento.

—¿Habéis conseguido algún nombre más que poner en la lista?

—No en la última hora, no —responden a la vez.

Envío un mensaje nuevo y después subo a la celda a por otra bestia a la que dar su merecido.

Número oculto: Corderito, perdóname. Puedes fiarte de Lucas. Te lo explicaré todo en cuanto pueda ir a verte.

CAPÍTULO 62

La ruina



Grito y grito, pero el idiota al otro lado de mi puerta no atiende a razones. Tez oscura, insistencia diabólica y debe tener más o menos m edad. Eso es lo que voy a contarle a la poli cuando lo denuncie.

—¡Déjame salir de casa! —trato de desbloquear la puerta, pero e muy capullo ha bloqueado mi sistema de seguridad y lo está usand contra mí.

—No puedo, Anastasia. Pero puedes confiar en mí, igual que confía en Varek.

—¡No confío en Varek!

—*Auch*. Bueno, entonces confía en mí. Me llamo Lucas y te prometo que esto es por tu bien.

—Mira, Lucas, no sé qué pretendes, pero he pasado muy mala noche, es viernes, tengo que ir al trabajo, ¡¡y ya llego media hora tarde!!

—Oh, por el trabajo no te preocupes, he enviado un mensaje de tu parte diciendo que estabas enferma.

Será posible.

¿Esto significa que me ha salido otro acosador?

¿Acaso es el suplente de Varek mientras no está?

Venga ya, mi vida es un chiste que no tiene ni puta gracia.

Corro hasta mi dormitorio, hasta la ventana. Él es rapidísimo, peo me da tiempo a abrirla y gritar a través de las rejas:

—¡Socoooooorro!

—No queda nadie en esta calle, así que yo que tú ahorraría energías.

—¡Socorro, que alguien me ayude! —grito de nuevo, pasand olímpicamente de su sugerencia.

—Tengo entendido que esta noche Juls y tú vais a un parque d atracciones acuático decorado con la temática de Halloween, lo mejo será que conserves la voz. ¿Elegiste ese parque porque eres biólog marina?

—¡¿Y tú cómo sabes todo eso?! —*conoce a Juls*.

Dios mío, sí que es otro acosador.

¿Pero cómo se puede tener tan mala suerte?

—Además, ¿ves ese cartel de ahí? —señala mi jardín. Hay un letrero de espaldas a mí que yo no he puesto—. Dice «soy una loca que quiere escapar del manicomio, huye de mí si sabes lo que te conviene». Lo cierto es que el hecho de que hoy sea Halloween me viene que n pintado para retenerte aquí.

Lo miro, aterrada. Es alto, delgado, pero fibrado. De los que no aparentan estar tan fuertes como realmente están. Lleva unas gafas parecidas a las mías de trabajar, pero a su anguloso rostro le sientan de maravilla. A todo esto, tiene varios mechones de pelo manchados de sangre.

Me imagino lo peor. Que el tal Lucas vaya a empujarme directamente al psiquiátrico, pero de verdad.

—Dios mío, ¿qué va a ser de mí? No podré ver ningún estreno de ninguna peli de terror nunca más en la vida. Ni veré a Juls casarse. N podré tener hijos. Ni decidir si los quiero tener. Una camisa de fuerza y hasta luego.

—Eh, cálmate, Valestri, que no vengo a hacerte daño.

—¿Solo a acosarme, no? Voy a llamar a la policía. Dios, ¿cómo no lo había pensado antes? —Me saco el móvil del bolso que tengo colgado a hombro, pero él también saca el suyo.

No sé lo que hace, pero la pantalla del mío se apaga y por más que intento encenderlo, no lo consigo.

—No sé qué entiendes tú por calmarte, Anastasia, pero no es esto. – Se sienta en el suelo del jardín y me hace un gesto para que me siente también, pero junto a la ventana—. A estas alturas imagino que sabrás que Varek quiere protegerte, ¿no? Que no permitiría que nadie te hiciera daño. Pues fíate de que haya dejado que sea yo el que esté aqu contigo.

—Todo esto sería más convincente si no tuvieras la camisa llena de sangre. Una sangre que me apuesto lo que sea a que no es falsa.

—No, no lo es.

¿Y si es de Varek?

¿Y si le ha hecho daño?

—Pero eso no me convierte en el malo de la película, Stassie. ¿Puedo llamarte Stassie?

—No.

—¿Tú sabes que las cárceles están llenas de escoria, no? Pues las calles, también, pero a veces esa escoria tiene pasta y poder, y eso los convierte en escoria escurridiza. ¿Me captas?

—Ajá.

—Pues esta noche hemos hecho algo de justicia. —Se deja caer hacia atrás, como si estuviera agotado, y extiende los brazos sobre la hierba de mi jardín como si no tuviera una sola preocupación en el mundo.

Así parece un crío. No puedo permitirme bajar la guardia o acabaré muerta.

Aprovecho mi oportunidad. Empujo las rejas y estas se caen a plomo y lo golpean. *¡Sí!* Salto y corro por mi vida. Con todas mis fuerzas. Imaginándome que lo logro.

Por desgracia, no llego lejos. Agarra mi espalda y los dos rodamos por el suelo. Estoy forcejeando con él, gritando a pleno pulmón, tan concentrada en intentar soltarme de su agarre que no me percato del bramido de una moto. De los pasos.

—¡¿Estás intentando morderme?! —gruñe Lucas, sorprendido.

—¡Sí, suéltame!

—Madre mía, Stassie, ¿puedes estarte quieta un segundo? Déjame explicarme.

—¡Nunca! ¡Y no me llames Stassie!

Dejo de estar enredada en sus brazos y en el suelo. Varek me ha levantado con un solo brazo y el corazón se me ha salido por la boca. *Está vivo. Está bien. Aquí, conmigo.* Me suelta con delicadeza y aplasta a Lucas contra el césped de mi jardín.

—¿Qué crees que estabas haciendo?

—¡Nada! —exclama horrorizado.

—¿Te has atrevido a tirarla al suelo? ¿A tocarla? —La voz de Varek es un látigo letal y Lucas está en mitad de su camino.

—¡Me ha tirado las rejas de su ventana encima y ha salido corriendo por la ventana! ¿No se suponía que debía retenerla? —se excusa Lucas y hasta me da un poco de pena—. Eh, ¡me conoces tío! ¡Nunca le haría daño a una mujer!

—Es verdad, le he tirado las rejas encima —digo cuando Varek parece un lobo a punto de matar a bocados a su chucho.

—Ya lo sé. Lucas nunca te tocaría —gruñe sin mirarme.

—¿Y entonces por qué sigues aplastándome? —gruñe el susodicho de manera entrecortada, con la voz rasposa, casi inaudible.

—Porque podría haberse hecho daño y tu deber era mantenerla a salvo. —Varek se levanta y lo levanta consigo.

Este hombre y sus arrebatadoras muestras de fuerza que tan débiles me dejan las rodillas. Me acerco y le pego con el puño cerrado en el hombro. Luego, en el pecho. Entonces me agarra de la muñeca. Me mira con diversión.

—¿Es esta nuestra nueva forma de comunicarnos, Corderito?

—Puaj, ¿Corderito? —escupe Lucas.

—¡No vuelvas a hacerme esto! ¡¡Llego tarde al trabajo!! ¿Quién narices te crees para venir aquí y tocarme las narices de buena mañana en mi día favorito del año? —le grito, pero él no me responde igual.

—Lo siento, es por tu seguridad.

—No quiero oírlo. Me voy al trabajo. —Me doy la vuelta y atravieso el jardín en zancadas.

Por lo menos doy tres bien largas antes de que se ponga delante de mí y me corte el paso.

—No.

—¿No? ¿Sabes qué puedes hacer con tu «no»? ¡Metértelo por el.. *ahhhhh*! —chillo cuando mis pies dejan de estar en contacto con el suelo—. ¡Suéltame!

Varek me lleva hacia la casa como un puto neandertal y no se inmuta cuando le machaco la espalda con los puños, ni cuando amenazo con matar a toda su extirpe.

—Ha sido un placer conocerte oficialmente, Stassie —dice Lucas moviendo la mano en plan despedida amigable antes de subirse a una furgoneta en la que veo por lo menos otros cinco tíos.

Me cabreo todavía más.

—¡¿Cómo que oficialmente?!

CAPÍTULO 63

La ruina



Entramos en mi casa y Varek cierra la puerta tras de sí. Me baja de su hombro, pero para mi desgracia, cuando lo hace me obliga a resbalar por su dura anatomía. Haciendo que mis pechos se aplasten contra él que mis pezones reaccionen, que mi ropa de oficina tire de zonas vulnerables.

Sentir que sus manos podrían sostenerme durante mil años enteros sin cansarse me hace sentir diminuta y protegida.

Él gruñe, pero yo retengo mi gemido, lo cual me convierte en la ganadora absoluta de este asalto. Exhala y luego me doy cuenta de que... de que él me...

—¿Me estás abrazando?

Me quedo petrificada. Inmóvil. Huele a que se ha dado una ducha hace poco, pero se nota el cansancio en su voz y en la forma en la que se tensan sus músculos. Carraspea y me suelta después de unos largos segundos.

—Tenemos que hablar.

Me doy dos bofetones metafóricos y me obligo a salir del trance en el que me ha dejado. Entonces me cruzo de brazos y alzo la barbilla.

—¿Con mi culo te parece bien?

—*¿Qué?*

Salgo corriendo antes de que me vea venir. Atravieso el comedor a toda velocidad. Alcanzo mi dormitorio, pero... nop. No alcanzo mi ventana. Esta se cierra y oigo el *clic* del sonido antes de que Varek me gire y hable a un palmo de mi cara.

—¿Me vas a obligar a hacer esto por las malas, eh? —gruñe y puedo jurar que suena como el rugido de un tigre antes de devorar a su presa.

Suena animal, a una bestia, y me deja las estúpidas articulaciones blandas como gelatina.

Tira de mí y me lleva al sillón que tengo junto al sofá. Ese que compré por si hacía más amigos y los invitaba todos a la vez y no

cabíamos en un solo sofá. Ese que siempre está lleno de ropa porque no tengo a nadie más que Juls.

—Espera aquí —dice antes de volver a mi dormitorio, solo.

Le espero. No sé por qué. *Quizá lo del manicomio no sería tan mala idea, podría ser una solución para el problema que es evidente que tengo en la cabeza.*

Varek llega con una sábana, la rasga, me ata las muñecas y estoy tan en shock que solo reacciono cuando intenta atármelas al sillón.

Muevo las piernas, subo las rodillas para darle en la cara, pero no lo alcanzo.

Con una sola mano coge las sábanas y la otra la mete entre mis piernas, para que su pulgar dé justo sobre mi clítoris palpitante. No mueve el dedo, solo hace acto de presencia sobre la tela de mi pantalón de traje.

—Me urge hablar contigo. ¿Es necesario que te calme primero?

«*Que te calme*». Lo dice de una manera tan sucia que me pone enferma.

—Aparta la mano de mi coño o te arranco la cara de un mordisco.

—Bien, porque pienso mejor cuando no estoy empalmado —dice apartando el dedo de mi sexo.

Calambrazos. *Calambrazos malos zumbándome la piel.*

Argh, cuánta traición a mí misma.

—Es evidente que tú no piensas. Eres un asesino y solo sabes guiarte por impulsos.

—Deja de decirme guarradas, te he dicho que no quiero empalmarme —exhala y se pone serio. No serio divertido, ni serio amenazante. Serio serio—. Anastasia, estás en peligro.

—¿De qué estás hablando?

—Sabes que maté a Matthew por ser un violador, un maltratador y un pedófilo, ¿no?

Asiento.

—Es a lo que me dedico. Salvo a personas vulnerables, mato a los culpables y me deshago de las pruebas. Ser policía en una comisaría de poca monta es solo mi tapadera.

No quiero preguntarle nada. No me interesa. Aun así, me oigo decir

—¿Lo haces tú solo?

—Normalmente lo de matar, sí —dice y un escalofrío me recorre la espina dorsal—. Aunque tengo un gran equipo que me respalda. Cuando necesito salvar a muchas personas, o matar a muchos

degenerados, me llevo a otros hombres de mi confianza para que me echen un cable. Quien se encarga del refugio al que llevamos a las víctimas es una mujer que sufrió en sus propias carnes muchas de las barbaridades que han padecido las chicas a las que rescatamos.

—Para. No me interesa. No me lo cuentes. Eres un asesino y no quiero conocer tus motivos, ni tus métodos —espeto a la carrera antes de arrepentirme.

Estoy al borde de las lágrimas, la garganta me arde. Estar en su presencia es una lucha conmigo misma constante, y ya estoy harta.

Varek asiente y luego agacha la cabeza. Le he mordido. Le he pegado. Le he amenazado de muerte un millón de veces. Pero creo que esta acaba de ser la primera vez que le he hecho algo de daño.

—No te daré detalles si no los quieres. Solo te contaré lo que necesitas saber.

—No necesito saber nada —musito de morros, cabreada conmigo misma por lo que estoy sintiendo.

Lo que se aviva en mí por mucho que yo lo apague.

Exhala, como si no quisiera pronunciar las siguientes palabras.

CAPÍTULO 64

El verdugo



Trago saliva y empujo las palabras más allá de mi boca. Me raspan la garganta como si cada una viniera envuelta en cristales.

—Sí, necesitas saber algunas cosas porque estás en peligro. Existe un grupo secreto, una organización formada por trabajadores para el gobierno, políticos, en su mayoría, que se dedican al maltrato por placer. Secuestran a mujeres y se las turnan de unos a otros para denigrarlas, herirlas y darles palizas. Algunas veces violarlas y también matarlas. Y no solo eso, hemos descubierto que también se dedican a la trata de blancas.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —pregunta con el rostro compungido por el horror y el dolor, tratando de que no me dé cuenta de las ganas que tiene de llorar, de intervenir y de defender a esas mujeres.

Joder, si la conozco bien, sería capaz de ir ella misma a ese lugar para intentar salvarlas. Sería peor que Evangeline y Lina juntas.

—¿Es por ti? ¿Porque eres peligroso y me han visto contigo? ¿Quieren hacerme daño para hacértelo a ti?

—No, ellos no me conocen. No saben quién soy de verdad, ni lo que hago, ni que te conozco. Para ellos soy Vance, un policía corrupto que disfruta de lo mismo que ellos. *—Mis habilidades de hackeo me cubrieron las espaldas cuando me investigaron.*

De hecho, hablé con Logan haciéndome pasar por mi superior utilizando un modulador de voz. Todo está inventado. Hoy en día pretender ser quien no eres es pan comido.

—¿Y por qué creen que eres como ellos? —musita.

—Porque yo se lo he hecho creer —mis palabras le abren los ojos en shock—. Es parte de mi trabajo, infiltrarme, ganarme su confianza para que bajen la guardia y poder acabar con todo desde dentro.

—¿Y tú has…?

—Puedo asegurarte que nunca he hecho daño a una víctima con ta
de seguir en mi papel. Los planes no siempre salen bien, de hecho, rara
vez lo hacen —*si no el puto Logan no estaría por ahí, vivito y coleando*
—. No quiero entrar en detalles, porque tú no quieres que lo haga, pero
la víctima siempre está por delante del plan.

—Te creo —se mira las muñecas y resopla—. Aunque quizá esté más
loca que tú por creerte.

Acaricio sus manos con cariño.

—El caso es que ayer, tras limpiar ese lugar y vaciarlo, mi equipo
encontró tu foto en un ordenador. Tenían… —aprieto los dientes—
Tenían pensado secuestrarte. Convertirte en una de sus chicas.

—¿Pero por qué a mí?

—¿Porque vives sola? ¿Porque no tienes familia en Seattle? ¿Porque
eres preciosa? No sé las enfermizas razones que hay detrás de sus
elecciones, pero no me importan. No va a pasar.

—¿Porque los has matado?

—No, a todos no. Son un grupo muy grande y aunque ayer se
llevaron un buen golpe, todavía quedan muchos libres. Por eso he
pedido a Lucas que te vigilara. Por eso no quería que fueras al trabajo.

—Pero podemos denunciarlo a la policía.

—¿La misma que no hizo nada cuando les alertaste de mí?
Anastasia, en la organización hay gente muy poderosa, un par de
simples agentes no podrían hacer nada contra ellos. Pero yo sí.

—Libérame.

—Espera, hablemos antes de…

—Varek, ¡libérame! —alza la voz y lo hago.

Ella empieza a pasearse de un lado a otro en cuanto despega el culo
del asiento.

—Necesito que confíes en mí.

—¿Confiar en ti? ¿Es que has perdido la cabeza?

A la mierda.

La enjaulo contra la pared. Para que me mire. Para ser lo único que
vea. *Dios, qué bien huele. No se da cuenta del poder que tiene sobre
mí.*

Me tomo un segundo para digerir la realidad. Hace semanas que
conozco a esta mujer, pero me sigue faltando el aliento cuando la miro.
Sigo sintiendo que el suelo bajo mis pies se parte en dos y todo en mi
interior tiembla.

—Te doy mi palabra de que nadie tocará a la mujer de la que estoy enamorado.

Sus ojos doblan su tamaño. *Es adorable. A ver si se pensaba que lo acosaba porque quería robarle los calcetines.* Acaricio su mejilla y no se aparta. Porque mi Corderito cada vez se resiste menos a lo que nos está pasando.

—Estás loco. Y obsesionado.

—Por ti y contigo, sí.

—N-no… Tú… No deberías… —La beso. Quizá no es el mejor momento, pero tener su boca tan cerca es algo a lo que me resulta casi imposible resistirme.

En cuanto mi lengua se cuela en su boca y fuerza a la suya a someterse, Anastasia se deshace en gemidos, inclina su cuerpo hacia mí y sus lágrimas se mezclan con el deseo.

Me muerde el labio y si no estuviera tan duro me daría la risa. *Qué recuerdos.* Esta vez su mordedura es suave, succiona un poco con los labios haciendo ventosa y yo le meto las manos bajo la camisa de mujer de negocios buenorra que lleva puesta.

¿Cómo es posible que su piel sea tan suave? ¿Cómo es posible que se me permita tocarla con todo lo que han hecho las mías?

Sacude la cabeza cuando se cuela bajo uno de mis brazos y se aparta. Nuevas lágrimas resbalan por sus mejillas. Sé que no tiene que ver conmigo. Ni con ella misma. Pero sí con lo otro que le he contado.

—¿Puedes darme un golpe en la cabeza para que se me olvide? —se aparta el pelo de la cara.

—Puedo hacer otra cosa para que se te olvide, Corderito.

—¿Irte?

Sacudo la cabeza. Segundos después, la cojo y le clavo un poco los dedos en las caderas hasta que se retuerce contra mí al tiempo que resurge un poco de su odio habitual.

Esta es mi chica.

—Voy a cuidar de ti.

—¿Y si no puedes?

—No me subestimes, preciosa. No te he dado motivos.

Se muerde el labio inferior mirando los míos. Luego entierra la cara en sus manos. Le doy unos segundos.

—¿Y cuál es el plan? —alza la cabeza de golpe—. Esta noche es Halloween y no pienso saltarme la fiesta con Juls. ¡Ni muerta!

Se me escapa una sonrisa.

Preocuparse por cosas insignificantes cuando su vida está en peligro es típico de la gente que vive fuera de mi mundo de oscuridad y muerte. Por eso hay gente que muere en incendios con tal de salvar los discos duros y las joyas familiares. Pero quiero que ella viva aquí bien lejos de toda la oscuridad. Le acaricio la mejilla apartándole el pelo de la cara.

—Irás a la fiesta, Anastasia. Pero con una condición.

CAPÍTULO 65

La ruina

Estoy en la lista de mujeres apetecibles para el tráfico de personas ¿Y yo tengo que seguir con mi vida tan tranquila? MADRE MÍA.

Encima, como si la lista de mis desgracias no fuera ya lo bastante larga, mi acosador quiere que vaya por ahí armada. Está loco. Loco como para tener la intención de venir a buscarme al trabajo cada día y lo que es peor:

Llevarme.

En su moto.

A mí.

Por la ciudad, llena de semáforos en rojo.

¿Se supone que voy a pasarme el día con la ropa interior empapada por ir subida a su moto con él y sus malas intenciones? Vamos, que no, que mejor que me maten ya. El lunes buscaré la manera de quitármelo de encima.

—¿Estás bien? Pareces distraída —comenta Julia al apagar el motor cuando aparcamos en el parking del parque de atracciones.

Son las seis de la tarde y la fiesta de Halloween empieza ya. Dura hasta las dos de la madrugada y debería estar eufórica. Muerta de ganas. Es mi día favorito del año, joder. Y en vez de estar presente, no dejo de pensar en lo que me ha contado Varek. En que estoy en peligro. Y en que él también lo está. Con ese trabajo, como para no estarlo. *¿En serio es un justiciero versión sádico? No, Anastasia, es un puto asesino y debería estar en la cárcel…*

¿Verdad?

Recuerdo lo que ha pasado antes en mi casa, mi cabeza vuelve allí sin poder evitarlo.

«—¡No vas a venir conmigo al parque de atracciones!

—Pues si yo no voy, tú tampoco. Para mí las dos opciones son perfectas.

—Vete a la mierda.

—Empezaba a echar de menos esas cuatro palabrillas.

—Juls no puede verte. Te reconocerá.

—¿Por qué? ¿Le hablaste de mí? —pregunta con una estúpida sonrisa arrogante impresa en la cara.

—Pues claro, pero no te gustaría oír lo que dije —me cruzo de brazos, dejando que se imagine la larga ristra de insultos.

—No iré contigo de la mano, Corderito. Haré lo que mejor se me da: vigilarte desde la distancia —acerca sus labios a los míos— acecharte —me roza la mejilla y los sube a mi frente—, procurar arrancarle el corazón del pecho al que se atreva a dirigir su atención en tu dirección —y me besa.

Y cómo me besa.

Que alguien lleve presos a esos labios impuros que me están llevando por el mal camino».

—¿Anastasia?

—Perdona, Juls, estaba pensando en algo del trabajo. —Le cojo la mano—. Tengo muchas ganas de esto.

—Yo también, amiga. ¿Seguiremos haciendo esto cuando seamos dos ancianitas?

Me sacude el corazón sin poder evitarlo. Con la familia que tengo que Juls quiera pasar tiempo conmigo es algo que a veces me choca ¿Pero que quiera ser amigas hasta que seamos viejas? Me inclino hacia ella y le doy un fuerte abrazo.

—Por supuesto.

—¡Cuidado, que nos manchamos las perlas de sangre!

Estallamos en carcajadas, salimos del coche y entramos en el parque.

El arco de la entrada ha sido convertido en la boca abierta de un tiburón zombie sanguinario. Es enorme y oscura, y en cuanto la cruzas un par de piratas sanguinarios te dan un susto de muerte y luego te sueltan «que disfruten de Halloween».

Nada más salir, nuestras botas de tacón blancas se sumergen dos centímetros en un líquido espeso de color rojo.

—¡Ew! —exclamamos al tiempo antes de arrastrarnos fuera como podemos.

El viento frío nos da en la cara y la música tétrica del fondo del océano reverbera en nuestros oídos.

—Mira, ¡mira! —Juls casi me arranca el brazo para señalarme una carroza de estilo victoriano repleta de calaveras ensangrentadas

flotando en agua que se derrama a través de los cristales rotos— Cuando me muera, quiero que me lleven en eso, ¿vale? Apúntalo.

—Apunto que estás chalada. —Aceleramos el ritmo para entrar en calor y para no perdernos nada.

Hay muchas atracciones de miedo en la que queremos subir y espectáculos que ver. Obviamente, los túneles del terror no pueden faltar, ni los acuarios. *¡¡Esto me encanta!!*

A lo largo de la avenida central hay por lo menos dos docenas de Parcas vagando sin rumbo y asustando a aquellos que pasan más cerca de su lado. Miden más de tres metros y la guadaña parece súper afilada así que dan un miedo que te cagas. Que salpiquen y arrastren agua oscura con algas a su paso, no ayuda a que disminuyan los gritos.

Tras dejar atrás el lago de los ahogados —del que salían todo tipo de sonidos aterradores—, llegamos a la zona de arañas y fantasmas. Montamos en la primera montaña rusa, esquivando las tarántulas diabólicas e inmensas que se mueven por el parque sin rumbo. No esperábamos que nos cayeran cientos de ellas en miniatura en la primera bajada de la atracción. Casi nos da algo al ver lo rápido que se movían.

Al bajar, le compramos palomitas con sirope azul de chocolate y caramelo a una mujer vestida de sirena muerta, con el pelo negro tapándole la cara, pero no lo bastante como para que no se vean los moratones del cuello. Tiene los brazos llenos de marcas de redes, quemaduras de sal y la piel marcada por la hipotermia. Sus pies unidos y llenos de escamas no tocan el suelo y sus ojos están vacíos, pero el hueco es sangriento a más no poder.

Es asqueroso, sí, pero no nos quita el hambre. *Estamos chaladas.*

Tras el primer túnel del terror, estoy bastante convencida de que el corazón se me va a salir por la boca. El miedo me aviva los sentidos. Me calienta y me hace sentir viva. Y excitada. Y mi mente perturbada viaja hasta esos ojos verdes cargados de posesividad obsesiva, sexo increíble y muy malas intenciones.

Estoy nerviosa por lo que me ha contado Varek. Tranquila por saber que está en alguna parte del parque, cerciorándose de que estoy a salvo pero muy intranquila por si Juls le ve y sospecha. Peor, ¿y si averigua que se trata de él? No tengo ni idea de cómo saldría de ese problemón.

¿Y qué pensará cuando me vea así vestida? Lo habrá hecho ya imagino, llevamos aquí dos horas. Me muerdo el labio maldiciendo

por haberme perdido su reacción. Me lleno la boca de palomitas con la intención de ahogarme y dejar de pensar en él.

No funciona, pero están riquísimas.

CAPÍTULO 66

El verdugo



Estoy impresionado por el aguante del estómago de Anastasia y Julia. Tras las palomitas y las dos manzanas de caramelo, se han subido a una atracción de caída libre con rebote al final que bien parecía una centrifugadora. Los gritos de Anastasia —que tan bien reconozco— eran los que más se oían.

Por si fuera poco, tras salir de su segundo túnel del terror, les parece buena idea compartir unas fajitas. *Vaya dos.*

Estoy a punto de acercarme y pedirle que afloje un poco o se pondrá mala del estómago. Es como una niña ilusionada, no parece ver sus propias limitaciones, solo piensa en todo lo que quiere hacer. Aunque la manera en que le brillan los ojos... es muy adulta.

Joder, está excitada y me está poniendo muy difícil no acercarme.

Ella tiene delirio porque la asusten y yo lo tengo por ella.

El parque entrega pulseras de colores a sus visitantes: verde - no quiero que me asusten, amarilla - sustos medios, roja - si no he tenido varios infartos severos al final de la noche no sentiré más que decepción.

¿Alguien puede adivinar cuál lleva ella? Efectivamente. La roja. Por supuesto.

Sé bien lo mucho que le pone el miedo a mi Corderito.

Antes he visto a un hombre calabaza babear en su dirección observándola de forma lasciva, y lo he empujado al lago de los no sé qué ahogados de un puñetazo. No me arrepiento de nada. *Si lo vuelvo a ver, lo ahogo de verdad.*

Al llegar a la zona de las muñecas diabólicas de porcelana pasan cerca de mí y estoy a punto de... Digamos que casi soy incapaz de contenerme. Anastasia está imponente. Hasta el punto de que me enferma que alguien más la vea así.

Lleva un abrigo abierto que deja ver con claridad su atuendo. Su vestido blanco no es un disfraz, es una provocación. Está manchado de

sangre, decorado con perlas y cortado a la altura justa para que el tejido se enganche a su culo y se deslice por sus muslos de forma insinuante con cada paso.

Lo ha rasgado en los sitios estratégicos donde debería ser ilegal mirar, incluido un generoso trozo de un lado de su culo. Lencería. Encaje blanco demasiado inocente para el cuerpo pecaminoso que está abrazando. Eso es lo que deja entrever su vestido.

Esta mujer va a conseguir que me corra solo de verla.

Distingo el borde del sujetador bajo la tela, la curva que insinúa y que quiero meterme en la puta boca. Las perlas envuelven su garganta reemplazando a mi mano que podría estar asfixiándola, si ella me dejara. Y luego está la sangre que la mancha aquí y allá, y parece caramelo rojo. Baja por sus manos, por su cuello y su escote, por sus muslos... Esto último me pone aún más enfermo.

Quiero follármela hasta que el único pensamiento racional que tenga sea yo.

Hasta que mi polla le licúe el cerebro.

Hasta que su clítoris tenga impreso mis huellas dactilares y su coño sepa a mí.

Juls podría llevar una copia idéntica o un pijama de tréboles de neón, no tengo ni idea, porque no la veo. Ni a nadie más. Solo a Anastasia. Su mejor amiga la coge del brazo y le hace un comentario que no oigo. Tampoco me importa. En realidad, creo que me he quedado sordo porque se ríe y está todavía más guapa, joder.

Cuando pasa cerca de mí, por poco caigo de rodillas. Postrándome a sus pies. Quiero hundir los dedos en ese líquido brillante y tatuarle un «mía» rojo que ahuyente a todos los demás. Quiero que se deje las botas puestas mientras la follo hasta que se le olvide su nombre.

La música ensordece el gruñido que emito cuando un pirado con un cuchillo se cruza en el camino de ambas para asustarlas. Ambas chillan y rompen en carcajadas. Pero cuando pasan de largo, el tío se vuelve para mirarle el culo.

Me crujo los nudillos.

Hora de trabajar.

CAPÍTULO 67

La ruina



Bienvenidos al infierno, es el nombre del túnel del terror en el que nos hemos metido.

Tiene la entrada demasiado pequeña para un adulto, pese a que es una atracción para mayores de dieciocho, y pronto descubrimos por qué. Los zombies que nos encontramos... No, ninguno se sostiene en pie. Están desmembrados, pero eso no les impide perseguirnos.

El suelo es de madera, así que oímos los terroríficos crujidos y esos típicos «chas» de sangre. De repente, *¡boom! ¡Susto!* Las luces cambian de rojo a un blanco enfermizo que nos permite ver toooodo lo que no queríamos ver. Salimos corriendo. Esta especie de hospital abandonado es muy grande.

Nos paramos a recuperar el aliento y un zombie me respira en la nuca. El alma casi se me sale del cuerpo. Se oyen pasos lentos. Otros muy rápidos. El pasillo se estrecha. Más y más.

—¡Juls!

—¡Lo séeee!

¡No nos queda otro remedio que pasar justo por donde no queremos! Hay un grupo grande de zombies, esperándonos en una esquina. La mano de mi mejor amiga aprieta la mía y viceversa mientras ellos murmuran que tienen hambre.

DE NOSOTRAS.

Volver atrás no es una opción, también se oyen ruidos espantosos de ahogamiento en tu propia sangre. Agarradas, chillamos como dos locas y corremos en busca de la salida. Intentan frenarnos, pero no lo logran. El vapor frío nos sopla en la nuca, nos clavan las uñas, nos manchan de sangre, ¡pero conseguimos llegar al otro lado con vida!

Al salir, no podemos parar de reír hasta que nos duele la cara.

—¡Ha sido brutal!

—¡Mucho mejor que los otros años! —corrobora.

El corazón me va a mil por hora. Estoy acelerada, aterrada y excitada a partes iguales. Porque mi cuerpo se activa con la adrenalina y entonces el miedo se siente igual que el deseo. *Sinceramente, nunca he tenido muy claro dónde termina uno y empieza el otro.*

Y tengo ganas de ver a Varek.

Muchas.

Llevo sintiéndolo en mi piel toda la noche, pero ahora ya NECESITO tocarlo.

Estoy convencida de dos cosas. La primera, que estoy como una cabra por ansiar de esta manera la compañía de mi acosador. Y la segunda, que es la primera vez que alguien se preocupa tanto por mí.

Está aquí, en algún lugar de este parque, porque yo quiero pasármelo bien con mi mejor amiga. ¿Quién hace eso?

Crecí en un ambiente hostil y no estoy acostumbrada a ser más que un cero a la izquierda. Fueron muchas las veces que necesité que me defendieran, que me protegieran, fueron montones las que lloré por no importarle a nadie, rezando porque me cuidaran o me calmaran cuando estaba asustada. La única familia real que tuve fue mi abuelo y él se fue demasiado pronto. *Y luego... Luego está Varek, capaz de reducir el mundo a cenizas si alguien me pone un dedo encima.*

Supongo que lo veré en dos horas, cuando el parque cierre, ¿no? ¿O se irá sin decirme nada? No sé cómo puedo estar tan segura de que está aquí, de que no se ha olvidado de mí. «Te doy mi palabra de que nadie tocará a la mujer de la que estoy enamorado».

Dios santísimo. El estómago se me contrae y el corazón empieza a dar volteretas.

—Ya falta poco para las doce.

—No me puedo creer que ya hayamos pasado cuatro horas aquí y que solo falten dos.

—¿Crees que deberíamos escondernos y quedarnos aquí toda la noche? —propongo con un movimiento de cejas insinuante.

—Diría que sin el personal vagando por ahí, ni la gente vestida como nosotras, ni las atracciones encendidas, este lugar perdería un poco de su gracia.

—Pienso suplicarle al parque que el año que viene abran hasta que se haga de día. Recogeré firmas. Será oficial.

—¡Cuenta con tu primera firma! Oye, ¿quieres comer un poco de...?

—No puedo más —la corto antes de oír su siguiente y alocada propuesta que acabe con la vida de mi estómago—. Aunque tal vez

luego te acepte un helado.

—Hechhhh… *¡Ah!* —nos topamos con un zombie.

Bueno, no, *Juls*, se lo come.

Caminábamos distraídas, el zombie estaba agachado junto a un banco con forma de barco y Juls se estampa contra él. Pierde el agarre de mi brazo y gesticulo para poder cogerla, pero ella cae hacia delante.

Aunque no se estampa contra el suelo.

El zombie, casi como si la hubiera estado esperando, estira las piernas cuando Julia pasa por encima de su espalda y la coge antes de que se dé contra el suelo. Pero no de cualquier manera. La hace rodar entre sus brazos y la inclina como aquel marinero cogió a la dentista en Times Square. El zombie la besa como hizo aquel hombre para celebrar el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Si no hubiera estado tan en shock, ya estaría zurrando al zombie por creerse con el derecho de morrear a mi amiga, así por el morro.

Nunca mejor dicho.

CAPÍTULO 68

La ruina

El zombie la deja en el suelo y sonríe mientras ella lo mira sorprendida como si, no sé, acabara de follarse su boca. Estoy confundida. Creo que le ha gustado. No sé si debería zurrar al zombie o dejarlos a solas.

—¿Qué haces tú aquí? —La voz de Juls se vuelve aguda, eufórica.

Muerta de alegría. Y entonces extiende los brazos hacia el zombie y él la estrecha entre los suyos, carcomidos por la muerte.

Un segundo… estrecho la mirada, ladeo la cabeza mientras vuelven a besarse.

—Juls, necesito un mínimo de confirmación de que este hombre es Mason y/o de si quieres que me dé el piro.

—Hola, Anastasia —dice él y por fin reconozco su voz, ya que de su apariencia no reconozco nada.

—Ufff, menos mal.

—¡¿Qué haces aquí?! —pregunta Julia emocionada, agarrándose a su cuello de zombie.

—Quería darte una sorpresa. Sé que os encanta este lugar y he pensado en pasarme después de que tuvierais un rato para vosotras solas.

Qué encanto. Halloween es una fiesta especial para ambas y la celebramos juntas y por todo lo alto desde el primer año que nos conocimos.

Si quería venir antes, pero ha esperado con tal de darnos nuestro momento, Clark Kent acaba de ganar un montón de puntos en mi libro. Y en el de Julia también, teniendo en cuenta cómo lo está besando.

—¿A dónde pensabais ir ahora, chicas? —pregunta el zombie con una lentilla blanca en el ojo, que da un mal rollo que no veas.

—A la montaña rusa del Valle muerto.

—¿Y n…? —Mason se queda a mitad de la frase y cuando sigo su mirada me doy cuenta de que hay alguien parado a mi lado.

Alguien. DIOS SANTO.

Casco de motorista abollado y arañado. Ropa oscura rasgada con una generosa cantidad de piel expuesta. Abdominales, bíceps repletos de venas y tatuajes. *Varek. Madre mía, ¿cómo puede estar tan bueno?* La sangre falsa ha besado su cuerpo aquí y allá, haciendo salivar al mío.

¿Y si nos tomamos un minuto para apreciar que se ha disfrazado cuando NO es en absoluto obligatorio hacerlo para entrar en el parque?

El corazón me hace cosas raras. Mi sexo palpita nervioso mostrando debilidad mientras noto cómo bajo mis barreras. Desearía rodearlo para ver el estado de su espalda. Tiene demasiados músculos en ella y mis uñas se mueren por clavarse en todos ellos.

—¿Quieres algo, tío? —pregunta Mason, protector, después de que Juls se quede a medias de un «¿quién...?».

Su respuesta es entrelazar su mano con la mía y por poco me voy al suelo. Si viera esto en un vídeo de internet sería de las que comentarían algo como «qué miedo, ojalá me pase».

Varek ha aparecido por Mason. No sabe quién es y no se fía.

Pongo mi otra mano sobre las nuestras y sonrío. Varek se sube la visera del casco de moto y no encuentro esas llamas verdes imposibles que tan loca me están volviendo. En vez de eso me topo con una versión más amarillo lima que hace que sus ojos se asemejen a los de un lobo. *Ay. De ahí la ropa rota.*

—¿Stassie, estás bien? —la voz de mi amiga me saca del trance y me arden las mejillas.

—Sí. Yo...

—Soy Vance —se presenta mientras yo recupero el aliento—. Tú debes de ser Julia, la mejor amiga. He oído hablar mucho de ti.

Sí, a través de las cámaras.

—Encantada de conocerte —dice ella algo cortada, sin entender nada.

—Lo mismo digo.

—Nos conocimos en el trabajo hace unas semanas —miento, una vez más.

Una punzada de dolor me lacera el estómago porque detesto engañar a mi amiga. Lo odio con todas mis fuerzas. Una parte de mí piensa que si ninguno de los dos hubiera aparecido, no habría tenido que mentirle, pero eso solo sería un parche.

—Ahhhhh —canturrea Juls mirándome con un *«tía, te voy a matar ¡¿cómo no me lo habías contado?!»* clarísimo en la cara.

—¿Y tú eres? —le ofrece también la mano.

—Soy Clark Kent.

Ambas rompemos en carcajadas.

—Creo que te has confundido de disfraz, tío —dice "Vance".

Me mira como si odiara que tuviera un secreto para él, como s detestara que hubiera algo que todavía no sabe de mí y como s estuviera tentado a matar al zombie por haberse reído también.

Me veo tentada a torturarle. A paladear el momento.

—Así es como le apodamos la noche que lo conocimos. Ahora nc lleva las gafas. Es… una tontería —comenta Juls en un tono amable hasta dulce.

Varek me aprieta la mano como reprimenda por no haberlo hech antes que ella y yo le devuelvo el apretón. Mason dice que lo mejor sera que aprovechemos la hora y media que nos queda y no hace falta que lc diga dos veces.

Ellos dos caminan delante cuando me inclino hacia Varek y pregunto nerviosa:

—¿Acabas de llegar? —me aguanta la mirada y me muerdo el labio Es ahí a donde caen sus ojos, así que aprieto más—. Llevas aquí desd que hemos entrado, ¿verdad?

Él asiente. Una vez. Y me incendia de pies a cabeza. *Lo sabía*.

Iba a preguntarle algo más, pero mi línea de pensamiento se corta cuando veo la forma en la que sus ojos me están recorriendo enterita Siento cómo me mojo cada vez más. Siento cómo luchar es cada ve más difícil.

Yo odio a este hombre. Me lo recuerdo, por si se me estaba olvidando.

Juls oye el tintineo del puesto ambulante del algodón de azúcar y sale corriendo. A ella le hincha el azúcar y a mí los lácteos, pero solo s vive una vez, así que decido que es hora del susodicho helado y echo a andar en otra dirección, bastante cercana. No me sorprende cuando Varek me sigue, pero sí el hecho de que me guste que lo haga.

La calavera disfrazada monta los conos de helado más terroríficos e ingeniosos que he visto nunca, pero lo más adorable de todo es la minicalabacita que está sentada en el extremo del carrito. Su hija imagino. Debe tener cinco o seis años. Es adorable, tiene un par de fantasmitas dibujados en las mejillas.

—Así será nuestra hija —susurra en mi oído y me aprieta contra s cuando todo mi cuerpo se contrae con un espasmo.

Dios santo.

El mayor peligro me lo voy a llevar a casa, ¿no es así? ¿Y por qu me estoy imaginando a una niña con mi pelo y sus ojos verdes?

—¿Te lo estás imaginando? —me aprieta más contra sí.

—Ya te gustaría.

Solo tenemos a un grupo de chavales de instituto delante, así qu nos toca enseguida.

La calavera me pregunta lo que quiero y se lo digo: caramelo caramelo, caramelo. Luego me giro hacia Varek.

—¿Tú qué quieres?

Sacude el casco de la moto en negación. Se ha bajado la visera y m muerdo la lengua para no sonreírle. La calavera tiene que hablar co alguien del parque y se aleja dos pasos del carrito, disculpándose co nosotros.

De repente, una voz aguda y bastante mona llama mi atenció cuando toca el bíceps de Varek. Él la mira desde las alturas y tengo u déjà vu tipo Monstruos S.A: el monstruo y la bebé. Ella empieza a hace una mueca llorosa y él se apresura a quitarse el casco… ¡¡y le sonríe!!

Ay, dios, no. ¿Qué es este ataque gratuito a mis ovarios? ¿Por qu siento que alguien me está retorciendo desde dentro? No puedo quere darle hijos a este hombre. ¡Mis hormonas me están jugando una mal pasada!

A la niña —a la que se le pasan las ganas de llorar por completo—, s le ocurre preguntar:

—¿Qué es un chupetón?

—¿C-cómo? —el tío más aterrador que conozco empieza tartamudear y después de un largo momento repite—: *¿Cómo?*

—He oído a esos chicos decir… decir que lo que tenía la chica en e cuello parecía un chupetón —mueve su pequeña manita con ímpetu emoción, señalando a los chavales que estaban delante nuestro en l cola, que ahora ya están un pelín lejos como para responsabilizarse d lo que han soltado.

—Ah. *Ahhhhh*. Pues… —Varek se pone más nervioso. Podrí ayudarle si no me lo estuviera pasando tan bien—. Es un… moratón. Sí un moratón.

—Entonces cuando me caigo y me sale una mancha en la rodilla, ¿e un chupetón?

—No —vocifera horrorizado.

Ahí ya estallo en carcajadas. *No me lo puedo creer*.

—¿Cuál…? ¿Cuál es la diferencia? ¿Tiene…? ¿Tiene otro color? – pregunta cantarina, ladeando su cabecita llena de rizos y pinzas de calabaza.

—Pues la verdad es que no.

—Pues la verdad es que no lo entiendo —imita su tono.

Varek balbucea cortocircuitándose. Se cruza de brazos y la niña lo copia. No le quita ojo, es evidente que no va a dejar el tema.

Decido intervenir y salvarle la vida.

—A veces cuando los mayores se dan besos en el cuello, hacen un poco de ventosa, succionan el aire, por así decirlo, y la marca que dejan en la piel se llama chupetón y es similar a la de un golpe cuando te caes.

La niña se tapa la boca con horror.

—No le pienso dar besos a nadie, entonces. ¡No quiero hacerles daño! —Se baja del carrito de un salto y corretea hacia su madre, que ya viene a preparar mi helado.

—¿Cómo le cuentas eso? Es solo una niña —pregunta él escandalizado.

Y a mí me da otro ataque de risa.

CAPÍTULO 69

La ruina



La montaña rusa me va bien para despejarme. O eso me digo a m misma para engañarme. Lo cierto es que cuando la adrenalina y e miedo zumban así por mi cuerpo, lo mejor que puedo hacer es alejarme de Varek. Pero no puedo.

Cosas inofensivas, como una rampa inclinada, se vuelven mi peores enemigos. ¿Por qué? Porque cuando, en el reino de los payasos muertos, en la cola de una caída libre directa hacia la boca del payaso decapitado, Varek se coloca detrás de mí y me agarra la cintura, su polla queda justo a la altura de mi culo.

Y no se mueve: lo hago yo. Me froto contra él como si fuera un animal en celo.

Me clava más los dedos, como si fueran las garras de un lobo, y me gruñe al oído justo cuando la risa de un payaso diabólico suena a nuestro alrededor y mi mejor amiga chilla entre carcajadas.

Espero que la idea de precipitarme a una muerte horripilante a manos de un payaso gigante me sirva para bajarme el calentón.

No sucede.

Lo peor es que después de bajar de la atracción me doy cuenta de que no hay nada que asuste a Varek. *Si me hacía falta cualquier otra pista de que estoy obsesionándome con un psicópata, ya no.*

—Vale, creo que ha llegado el momento de separarnos —dice Juls despeinada y eufórica cuando salimos de la atracción.

—¿Separaros? —pregunta Mason confundido, con el ceño fruncido.

—Hay un túnel del terror que la menda con fobia a los payasos no quiere ni oler —comenta señalándose a sí misma—. Puedo con algunos pero no con tantos a la vez y menos si se mueven y te persiguen como locos.

—Y hay un par de atracciones que dan vueltas sin parar que mi estómago no puede resistir. Por mucho que me pese —añado

concluyendo la explicación.

Juls me agarra de las manos y yo las aprieto.

—De acuerdo, nos separamos y volvemos a reunirnos para la gran final.

—Ajá. Tenemos una hora.

—Date prisa y no mueras, ¿vale?

Me arranca una carcajada y ambos se marchan en la dirección opuesta. Me giro al hombre que sujeta el casco. Le suelto la mano enseguida.

—Ya podemos dejar de fingir que somos pareja.

—Claro —dice él antes de agarrarme de nuevo y apretar con fuerza.

Intento soltarme, pero no me deja. El corazón me late a toda velocidad, pero pongo los ojos en blanco. Espero que se niegue a seguirme, a ser tan colaborador, ya que ya no tiene que fingir. Pero no deja de hablar como si…

—… como si fueras a entrar al túnel conmigo.

—Voy a entrar.

—¿En serio?

—No voy a dejarte sola, Corderito —lo dice y su tono no suena a «porque necesito protegerte», sino más bien a «porque estoy obsesionado contigo y eres el aire que respiro».

Estoy teniendo un aneurisma y mi corazón se ha vuelto un volcán en erupción, pero todo se congela cuando nos paramos frente a la entrada.

—Ohhh, no —gimoteo cuando lo veo.

El cartel está en el suelo, las luces apagadas y la entrada abandonada.

No está activo. Este año no lo han montado.

—¿Era aquí?

Asiento poniendo morros como una cría.

—Qué pena, me hacía mucha ilusión entrar. Era tan chulo. Y daba tanto miedo.

—*Joder* —gruñe, yo que sé por qué.

—Había un montón de cabezas de payasos por todas partes, ¿sabes? Y daban un miedo que te cagas y lo que ha dicho Juls de que te perseguían era cierto. Hacía falta un mooontón de personal del parque —empiezo a explicarle detalles tontos que decoraban la zona que rodeaba el túnel.

Me suelta la mano. Al mirarle, sus ojos están distintos. Se han vuelto gélidos y aterradores.

—Tienes diez segundos.

—¿Diez segundos para qué?

—Para correr.

¿Piensa…? No. Ni de coña.

¡¿Piensa cazarme?!

—¿P-p-por qué ibas a hacer eso? ¿Cuál es el fin?

—Sabes bien cuál es el fin —muerde cada palabra y me recorre un escalofrío de lava sinsentido—. Nueve.

—No he suplicado.

—Lo harás. Ocho.

Antes de que diga siete, ya estoy corriendo.

CAPÍTULO 70

La ruina

Las botas tienen un tacón lo bastante grueso como para que pueda correr por mi vida como si fuera en deportivas. *No voy a dejar que me atrape*. ¿Y si lo sé, por qué no puedo parar de desear que lo haga? ¿Qué es lo que va a hacerme cuando lo haga?

Joder, lo sabes bien, Stassie.

Chillo cuando me topo con el payaso de dientes amarillos, largos y afilados como cuchillas que se clavan en el buzo deformado que tiene en la boca. En esos ojos rojos que tantos años vi encendidos como luces de bioluminiscencia rotas.

La brisa fría, salada y marina choca contra mi cara en contraste con lo mucho que me arde la piel. Está bastante oscuro, pero veo el séquito de cabezas de payasos clavadas en picas. Ese puñado de sonrisas grandes ocupando más de media mejilla, ¡qué mal rollo dan, joder!

Las bombillas de colores chillones están apagadas o rotas. Las sombras distorsionan todo a mi alrededor, convirtiéndolo en algo aún más terrorífico.

En una intersección tomo la decisión incorrecta. ¡No entiendo cómo puedo equivocarme si he estado aquí un millón de veces! Podría haberme ocultado en el pequeño laberinto de las sonrisas terroríficas ¡podría haberlo hecho y Varek no me habría encontrado! Pero por algún motivo idiota, en vez de eso voy hacia la entrada del túnel.

No tengo escapatoria. No hay salida porque el túnel está cerrado y hay una valla. Retrocedo sobre mis pasos y choco contra un muro. Uno cuya carcajada malévola reverbera en mi pecho y cuyos brazos me rodean con fuerza.

No sé dónde ha dejado el casco de moto, pero ya no está en la ecuación, lo cual significa que me va a ser más difícil escapar de su doble agarre. Mi sexo recibe un calambrazo de placer y chillo asustada.

Trato de alzar la pierna para darle un rodillazo, pero lo esquiva y me bloquea. Se inclina hacia mí y me muerde el cuello. No es suave, es un

castigo, y hace que me tiemblen las piernas.

—¿Qué vas a hacerme? ¿Ob-obligarme? Dijiste que no me forzarías.

—Nunca lo haría. Pero te he dicho que corras y no lo has hecho.

—Claro que sí.

—Te he visto correr muchas veces, Anastasia. No lo has dado todo – se inclina hacia mi oído y mi vista cae sobre un globo negro atascado en un arbusto, riéndose de mí—. ¿No vas a preguntarte por qué?

Ladeo la cabeza. Sus labios están tan cerca que me resulta imposible no mirarlos. Me intoxica tanta cercanía. Su aliento mentolado me recuerda el sabor de su lengua secándome la garganta. Llevo toda la noche ansiando algo que no debería querer.

—Ya sé por qué. Son los tacones. —Me zafo de él, pero vuelve a cernirse sobre mí.

Retrocedo y me topo contra algo. Otra cabeza gigante de payaso. Sin escapatoria.

Sus labios alcanzan los míos y en cuanto Varek entra en mi boca, mi garganta se vuelve el hogar de los gemidos.

Me sujeta por la nuca. Si me quedaba algún resquicio de control, él me lo quita. Por mucho que le odie —porque le odio—, mi coño no. Se vuelve un manantial cada vez que está cerca. Cada vez que se mete dentro de mí de alguna forma, mi sexo sueña con que se lo coma también a él.

Debería pedirle que parase, pero no lo hago.

Muevo las caderas hasta juntarlas con las suyas y él emite un sonido gutural, dándome la última advertencia. Rompe el beso para mirarme para deleitarse con lo que acabo de hacer.

—Nunca va a pasar.

—Oh, pues claro que no, Corderito.

—Yo a ti te odio —me aferro a las últimas briznas de fortaleza hundiéndole las manos en el pelo.

Coge mis caderas y me mueve contra su erección hasta que gimo abiertamente.

—Odias el poder que tengo sobre ti. Odias que te consuma a este nivel. Odias saber que, desde el principio, ninguno de los dos tuvo elección de salir de esto. ¿Verdad, Corderito? —pregunta en tono insolente mientras se inclina y sus manos amasan mi culo.

Entonces nos unimos en un beso sucio y lo que compartimos tiene que ser una mezcla de todos los pecados divertidos del infierno.

Mis planes se vuelven un castillo de naipes en mitad del puto huracán Katrina.

Mi cuerpo siempre responde con la verdad, aunque yo no quiera. No sabe de moral, ni de lo que está mal. Solo se rinde al deseo y me vuelve una esclava de él.

—¿Por qué a mí? ¿Por qué no a cualquier otra? —jadeo suplicante de respuestas, rezando porque sus manos no se alejen de mí, ni dejen de acariciarme.

—Porque no hay ni habrá jamás ninguna otra. Porque me enamoré de tu parte salvaje antes de que tú misma te permitieras verla.

Me enamoré. Me enamoré. Me enamoré.

—No vuelvas a decir eso —gimo cuando mete una de sus piernas entre las mías.

—Podría irme a la otra punta del mundo y tú serías la única palabra que ocuparía mi puta boca, Anastasia. La única razón por la que seguiría respirando.

Yo dejo de hacerlo cuando la sinceridad de sus palabras me asfixia los pulmones. Ha metido la mano en mi pecho y se ha llevado mi corazón consigo, arrancándomelo sin permiso.

—Basta —jadeo al borde de perder las riendas de mi autocontrol.

—Si quieres que me aleje, ¿por qué te aferras a mí con tanta fuerza Corderito?

Es cierto, le estoy clavando las uñas, atrayéndolo hacia mí con una posesión que no me representa.

Se supone que es un monstruo, pero vuelve a darme la opción de dar un paso atrás, como cada una de las anteriores veces.

Le odio por eso, porque me obliga a admitirme la pura verdad. El deseo visceral de que me penetre, de sentirle tan dentro de mí como sea posible, de perdernos el uno en el otro sin freno.

—¡No puedo más! —chillo, muriéndome de deseo y respirando de manera entrecortada.

—Dilo.

—Esto es una tortura. ¡Un infierno!

Sonríe de manera torcida, regocijándose en mi derrota, en las lágrimas que se me acumulan en los ojos.

—Dilo, Anastasia. Suplícame.

—Qué tortura.

—Ay, Corderito. Todavía sigues muy entera, no tienes ni idea de lo que es la tortura. Pero lo vas a saber. *Dilo*.

—*Por favor*.
—¿Por favor, qué?
—Te lo suplico. Fóllame.

CAPÍTULO 71

La ruina



La excitación que acompaña sus amenazas no es más que otro clavo en mi futuro expediente psiquiátrico. No hay nada que nos una que no sea tétrico, escalofriante o aterrador.

Pero no me importa.

Me quito el abrigo y Varek se aleja de mí lo justo para mirarme bien de esa forma que solo lo haría un puñetero acosador. Tiene esa expresión en la cara de «punto de no retorno» y me parece genial porque si no se da prisa estallaré por combustión espontánea.

Le deseo. Le deseo más cada segundo que paso a su lado porque estoy igual de trastornada que él.

—No puedes romperme la ropa —digo con voz temblorosa cuando su mano se acerca al tirante de mi vestido—. No puedo salir del parque desnuda.

Sonríe de forma maliciosa como si, de repente, obligarme a eso fuera justo lo que más quiere hacer.

—Vas a dejarte las botas puestas.

Solo por el tonito de orden ya me inclino hacia delante para quitármelas.

En cuanto lo hago, me da la vuelta, se inclina sobre mí y se frota contra mi culo, esta vez sin ningún disimulo. Gimo dudando en cómo utilizar sus casi dos metros de altura contra él, pero el placer brusco y violento hace que no se me ocurra nada.

—Este lugar podría tener cámaras, ¿sabes?

—No las tiene.

—¿Cómo lo sabes?

Me muerde la oreja y luego me chupa la parte del cuello un poco más abajo donde late mi pulso desbocado. *Lo sabe porque ha estado vigilándote, tonta.*

Le da un tirón a mi vestido sin romperlo y luego hace lo mismo con mi sujetador. La luz de la luna baña mis pechos y veo un músculo

palpitando en su mandíbula cuando inhala de forma sonora.

—¿Crees que dejaría que alguien viera cómo te lleno ese precioso coño, Anastasia? ¿Cómo te follo hasta que no puedas más? —chista la lengua y me estremezco—. Ese placer es todo mío.

Que me mire así es un puñetero preliminar.

Estoy tan excitada que tengo los muslos empapados con deseo y ni siquiera me está tocando. Soy un monstruo por ansiarle, pero a él no parece importarle que así sea. A diferencia de mi familia, Varek no rechaza mi oscuridad.

Me desnuda por completo y yo se lo permito. Mi sangre se vuelve lava. Dudo si van a salirme llamas de la piel.

—¿Estás conforme con que te odie? —pregunto en un jadeo.

—Odiar es una palabra que no significa lo mismo para nosotros que para el resto del mundo —dice dando una vuelta a mi alrededor observándome, relamiéndose.

Me siento hermosa. Deseada. Libre. *Estoy como una puta cabra.*

—Tomo la píldora —me oigo decir, porque por lo visto la húmeda y turbia idea de que su semen llegue hasta lo más profundo de mi ser me suelta la lengua.

Gruñe como si le hubiera afectado.

—Ya lo sé, tengo cámaras en tu casa. Conozco tus rutinas.

—Estás enfermo.

—¿Quién de los dos está más enfermo aquí? —el muy capullo suelta una risita—. Respira, Corderito.

—Desnúdate. No me hagas perder el tiempo.

Sonríe de manera torcida y lleva una mano a mi garganta. Aprieta mientras me penetra con los faros de intensidad esmeralda que tiene por ojos.

Me mira como si supiera la de veces que me he masturbado pensando en él. Como si estuviera grabando a fuego toda la verdad en su cabeza.

—¿Qué quieres?

—Ya te lo he dicho.

—¿Y si quiero comerte el coño primero, Anastasia? —roza uno de mis pezones con un solo dedo y lo hace con una suavidad extrema que contrasta con la manera en que me aprieta la garganta.

Le cojo la erección sin que se lo espere y empiezo a mover la mano a su alrededor. Tiene la polla gruesa y larga, y la necesito.

Mis técnicas funcionan, porque el lobo se arranca la camiseta de cuerpo dejando que la luna bañe sus tatuajes, sus cicatrices y sus marcas de balas. Pensaba inhalar y recuperar el oxígeno perdido, pero su anatomía me lo impide.

Una vez más, la evidencia de que lo hirieron me cabrea.

Una vez más finjo que no.

Varek no frena ahí, se deshace del cinturón y me mete la mano bajo sus calzoncillos para que toque la piel ardiente y dura de su polla. Sigo sin acostumbrarme a su tamaño. Me la aprieta contra sí y luego me la aparta de un zarpazo.

Se desnuda para mí y sé que voy a volver a este momento un millón de veces en mi cabeza, quizá para siempre. Quiero hacer lo que ha hecho él, rodearlo y comérmelo con los ojos, pero no me atrevo. No soy capaz. *Sí que soy un puto Corderito.*

—Una buena chica apartaría la vista de mi polla, si quiere que empiece suave —dice, pero no la aparto.

Tampoco cierro la boca. Estoy a punto de perder la cabeza del todo y arrodillarme cuando se acerca a mí y se roza hasta que la humedad de mis muslos se la deja brillante... sin llegar a tocarme del todo.

—Me estás torturando —gimoteo.

—¿Lo notas? —acaricia mi pecho sin acercarse al pezón mientras su polla se acerca más a mi coño, mientras se da placer sin permitirme jugar también—. Esto es lo que has hecho conmigo durante semanas Corderito.

¿Lo he hecho?

Suena espantoso.

Pues que se joda.

—Debería castigarte —dice, como si me hubiera oído.

—Tú verás cómo quieres desaprovechar la única pérdida de razón que voy a tener en mi vida —quería encogerme de hombros para rematar el farol, pero no puedo.

Al tiempo que pellizca mi pezón, la punta húmeda de su polla da contra mi clítoris para luego resbalar sobre mis pliegues. Mi estómago se encoge de la impresión y me deshago en gemidos. Me besa como si quisiera tragárselos, como si quisiera comerme a mí. Cuando su lengua está resbalando hasta mi campanilla, su erección se mete en mi entrada un par de gruesos centímetros y ya estoy a punto de correrme. Sería tan patético que me pasara.

Llevo una mano hacia su polla para alentarlo a que se dé prisa, pero mi espalda se estampa contra algo y Varek me aprisiona las manos por encima de mi cabeza. Dominándome. Obligándome a doblegarme ante él. Noto cómo se le pone más dura.

—¿Crees que voy a dejar que te corras tan fácilmente? —Me la mete un poco más.

Empiezo a ver lucecitas, a sentir los mordiscos del inminente orgasmo y rezo porque se despiste y me dé lo que quiero. Pero me la saca y paladea el terror de mis ojos.

Me da la vuelta y me inclina sobre un payaso muerto.

—No tienes ni idea —dice antes de meterse dentro de mí desde detrás.

En esta postura la entrada es más fácil y cuando su mano llega hasta mi puñetero clítoris creo que me voy a morir. Mis gemidos se vuelven gritos ensordecidos por los terrores del parque. Círculos. Pellizcos Presiones intensas. A mí me gusta todo lo que hace con las manos Centímetro a centímetro, su polla dura dilata las paredes de m sediento sexo.

—Tienes un coño tan prieto, joder. ¿Desde hace cuánto que aqu solo entran tus dedos, Corderito? —dice con sorna y me toca el orgullo así que suelto entre jadeos.

—Ma-Matthew.

Enrolla mi pelo en su mano en un solo movimiento rápido y me da un fuerte tirón que me arquea la espalda.

—No vuelvas a pronunciar el nombre de otro hombre.

—¿O qué?

Me embiste con fuerza dejándome sin aire. Otro puñado de centímetros que ni siquiera alcanzan la mitad de su envergadura. Me va a desgarrar, a llegar al estómago, a hacerme imposible olvidarlo. Pero por favor, que lo haga más rápido.

—¿O qué? Te juro que no vas a poder andar derecha en un puto año Anastasia.

Me tira del pelo hasta que me arde la cabeza, como si supiera que eso me pone los pezones más duros. Le mojo los dedos y la polla con m placer y me empiezan a temblar las piernas.

Una. Vez. Más. Él frena.

Exhala rabioso tras dejarme sobre un pequeño manto de flores. Me abre las piernas con brusquedad y hunde la cara en mi sexo. Me

succiona con tanta fuerza que veo las estrellas. Estoy tan frustrada qu cuando se aleja al notar que estoy a punto, quiero darle una paliza.

Se alza hasta mi boca y me besa de manera electrizante mezclando mi sabor con el suyo. Tentándome con todo cuanto anhelo para luego arrebatármelo como un verdadero cabrón.

—Admite que quieres que te destroce aquí mismo.

—Más quisieras. De todas formas, no iba a caberme. La tienes inmensa y los tíos así rara vez saben usarla —digo esperando que su ego y su orgullo entren en acción.

Vuelve a cogerme de la nuca y a comerme la boca con rabia. Como si toda mi existencia fuera ultrajante, una absoluta desfachatez de cosmos. Me mete los dedos, los curva y golpea mi punto G con cas demasiada fuerza. Es perfecto.

—Suplícamelo otra vez y puede que te dé lo que tanto quieres.

A las puertas de correrme, muevo las caderas contra él, pero me frena para quedarse con todo el control. Sus dedos se mueven rápido.

—Te lo suplico —pido, humillándome.

Varek me saca los dedos y se los lleva a la boca. Solo dice dos palabras más.

—Buena chica.

CAPÍTULO 72

La ruina

Siento que cuando me embiste por primera vez, dejo de ser virgen No lo era ni de coña, pero es así como me siento. Es como si un tren tratara de colarse por un túnel muy estrecho y amenazara con echar abajo la puta montaña.

Entonces sale de mí y vuelve a embestirme metiéndomela un poco más.

—*Dios* —gimoteo incapaz de concebir cómo va a conseguirlo.

Es imposible. No queda espacio. Ni un solo resquicio.

El dolor está ahí, pero el placer es un puto egocéntrico y se queda con toda la atención del público y los focos del escenario. La lujuria me suplica que no pare.

—Solo con verte así ya siento que me estoy jugando la vida —gruñe y aunque no lo entiendo, no me importa.

Estoy llena por completo, pero todavía queda mucho camino y creo que de verdad va a romperme. Y que yo voy a dejarle hacerlo.

Le clavo las uñas en la espalda mientras le rodeo la cintura con las piernas. Necesito hablar, dejarle claro cómo funciona el cuerpo humano y hacerle conocer sus límites. Antes de que lo logre, Varek me embiste con rabia y noto su polla en el ombligo, casi en el corazón como si quisiera follárselo también.

—Eso es, grita. Solo ha entrado la mitad —me besa sucio mientras me rompe—. Sé que tienes miedo.

—Sí —me retuerzo revelando todas mis cartas.

—Normal, lo tienes *tan* estrecho —gruñe mientras sus placas rebotan en mis pechos—. Pero ahora tu coño es mío.

Me muero por decirle «y una mierda», pero no quiero que pare. No cuando estoy al borde del precipicio. No cuando todo lo que hace es lo más placentero que nadie me ha hecho jamás.

Alterna embestidas frenéticas, con lentas y profundas, y bien podría ponerme una soga al cuello y acabar conmigo cuanto antes.

Me arrastraría por una eternidad de esta tortura aunque sin duda me volvería completamente loca.

Le beso mientras su polla palpita muy dentro de mí machacando todas mis terminaciones nerviosas, venerando mi coño como nadie había hecho nunca.

Me aparta las piernas de sí y me alza una rodilla hasta el hombro estirando mi cuerpo como un puto chicle. El cambio de ángulo genera un cataclismo en mi organismo que no controlo y que apenas tolero. Es demencial y estoy segura que de también es otro mundo, pero me aferro a él como un clavo ardiendo.

—Mírame —ordena, y ahora mismo haría cualquier cosa que me pidiera.

El alivio más puro me intoxica, me desborda, me asfixia y me someto a él de todas las formas posibles. Gruñe un «mía» que ni siquiera discuto. Se me tendría que caer la cara de vergüenza para hacerlo justo ahora, cuando me tiene a su total merced.

—*¡Varek!* —chillo su nombre, traicionándome a mí misma un poquito más cuando se clava dentro de mí y el mundo se vuelve un borrón que pasa a estar en un segundo plano, eclipsado por el orgasmo diabólico, perverso y corrosivo que estalla y hace conmigo lo que quiere.

El placer me destroza, le da la vuelta a mi piel y a todo mi ser, y luego me hunde en las brasas para que me queme. Me rompe, me cambia, me vuelve una esclava incrédula al borde de la muerte. Nunca había sentido nada remotamente similar a esto.

No puedo parar de retorcerme contra él. Es increíble. *Y odioso*.

Nos cambia de postura, hace lo que quiere conmigo y me trabaja hasta que vuelvo a estar contra las cuerdas. Hasta que el deseo me deja jadeante.

Varek me muerde. Me succiona la vida del cuerpo. Me penetra hasta lo indecible y se me arquea tanto la espalda que creo que voy a fracturármela. Mis piernas pasan a estar aún más abiertas.

—Córrete dentro de mí —suplico y él se hunde un poco más, aún sin llegar a hacerlo por completo.

Sus manos están por todas partes y poseen hasta la última superficie de mi piel. Su lengua le hace de todo a mis labios. Los mancilla tanto como es capaz. Su olor a humo y a cuero se mezcla con el del sexo y los sonidos resbaladizos son lo único que hacen eco a nuestra pelea carnal.

Es odioso por hacerlo tan bien. Por tenerme tan a punto, tan anhelante y cachonda perdida.

—Sí, joder. *Anastasia* —pronuncia mi nombre de forma entrecortada, en un rugido áspero que podría abrir el puto cielo.

Me corro sintiendo cómo su base choca contra mí y su larga erección me llena por completo. Se me ponen los ojos en blanco. Mis caderas se sacuden con violencia. Varek me deja sin palabras y pone mi maldito universo patas arriba.

Me embiste dos inolvidables veces más y se derrama dentro de mí como una avalancha, sacudiendo mi cuerpo de dentro a fuera. Resulta ser mejor que nada que hubiera imaginado. *Y joder si lo había imaginado*.

Es crudo, sucio y me encanta.

Mi placer se estira y se mezcla con el suyo, y espero a que termine pero sigue aniquilándome con rabia voraz. «Me mata» y «nunca me he sentido tan viva» son los dos únicos pensamientos recurrentes.

Siento cómo su lava líquida me deja sin aliento, acompañando los últimos latigazos de un orgasmo que creo que no voy a terminar de entender en la vida. Saber que ha eyaculado dentro de mí y recordar cómo se lo he suplicado, me remata.

Querría que se arrancara de mí, se vistiera y me dejara aquí sola y desnuda después de haber conseguido lo que quería de mí, pero me da besos en el cuello como si fuera su manera de reanimarme.

La música del parque, la banda sonora, se vuelve molesta. Demasiado fuerte. Más incluso que el latido de mi corazón. Por eso la oigo. Frunzo el ceño al entender que es la sinfonía que pone el parque cuando anuncia el cierre inminente de sus puertas. Los fuegos artificiales me dejan ojiplática.

¡¿Ha pasado una puta hora?!

Solo entonces recuerdo…

—Juls —es lo único que logro jadear.

No me llega el aire.

No me funciona la lengua.

Tampoco el cerebro.

Pasa un largo instante mientras él sigue haciendo lo suyo con esos labios pecaminosos que me han llevado por el mal camino. Me gruñe cuando entiende lo que he dicho.

—Tampoco me gusta que digas el nombre de una chica mientras sigo dentro de ti.

—Había... Había quedado con ella para ver el espectáculo final ¡Los fuegos artificiales!

Se ríe. Es ronco y sexy, y me curva la sonrisa.

—¿Así es como vas a llamar a lo que ha pasado?

—Idiota —le gruño, pero él alcanza mi boca y me hunde la lengua hasta que me rindo ante la evidencia de que nuestros cuerpos encajan muy bien así de juntos.

Sale de mí despacio, como si no me hubiera follado con rabia y odio hasta hace un segundo. Y luego tira de mi mano para ponerme en pie.

Me trae mi ropa primero y luego se viste él. No soy capaz de controlar el temblor de mis manos, de mi cuerpo. Es como si alguien hubiera estado gritándome con un megáfono y me hubiera dejado tonta.

Las vibraciones del orgasmo todavía zumban por mis venas. Hasta tenerme en pie es difícil. *No mentía con lo de no poder caminar*. Sé que es justo eso en lo que piensa cuando me ve dar un paso, pero yergo la espalda y echo los hombros hacia atrás porque por encima de mi cadáver se lo admitiré.

—Puedo llevarte en brazos, si quieres.

—Prefiero que me mates. Has tenido lo que querías de mí. ¿Ahora vas a dejarme en paz?

—No. Y no finjamos que quieres que lo haga.

Evito mirarle directamente a los ojos para que no sepa el claro alivio que cae en cascada por mi interior.

—Aunque me arrancaran la piel a tiras, tu nombre seguiría impregnado en mis huesos, mi Ruina.

—Eso es perturbador.

Me coge de las mejillas y vuelve a besarme.

—Pues ve acostumbrándote.

CAPÍTULO 73

La ruina



Varek no hace ningún comentario sobre que mis pasos no sean tan rápidos como lo son habitualmente, pero sé que se da cuenta y me da un montón de rabia.

Pido disculpas al personal del parque cuando tienen que abrir las puertas para que salgamos nosotros, pero Varek no parece sentirlo ni pizca.

—Has dicho que querías quedarte aquí toda la noche —se encoge de hombros—. Yo me quedaría contigo.

—Eso es... —Mi corazón se salta un latido, pero por suerte mi cabeza toma los mandos—. Un segundo. Estaba a solas con Juls cuando se lo he dicho. ¿Cómo te has enterado? ¿Me has pinchado el teléfono? —lo señalo con el índice acusador.

¿Y él qué hace? Morderlo, pillarlo entre sus dientes y darme un beso en la punta al soltarlo.

—Nada ha cambiado, Corderito. Todo es como tiene que ser.

Está zumbado. De mente. Pirado hasta la médula. Y yo me he acostado con él. Y ha sido el mejor sexo de mi vida entera.

Se vuelve a poner el casco de la moto y es tremendamente difícil discutir con él si lleva máscara. Intenta cogerme la mano, pero yo se la suelto. Esta vez no me obliga, agarrándomela a la fuerza. Desearía poder verle los ojos y comprobar si hay decepción en ellos. Desearía que la hubiera, hacerle daño como él me lo hace a mí con todo esto.

—Tu amiga está ahí, con el zombie ese —dice en tonito despectivo.

Hubo un tiempo en el que podía engañarme con que su posesividad y su competitividad se debían a un micropene. Pero ya no. *Joder, ni de coña.*

Antes de que trote hasta ella, tira de mí, se inclina hacia delante y... me abrocha el abrigo. Luego se me queda mirando, pero me veo a mí misma reflejada en su casco. Por eso puedo ver mi miedo.

Me doy la vuelta y camino hacia mi amiga.

—Lo siento —es lo primero que le digo a Juls.

Pero su cara compungida de lástima cambia y cuando me da un abrazo diciendo en voz bien alta «te perdono porque eres tú», suelta acto seguido en un susurro:

—¿Te lo has follado en el parque, pedazo de zorra?

Intento soltarla, pero no puedo. Me aprisiona con su cuerpo como una araña en sus redes.

—Contéstame, me lo debes por el cuelgue y abandono. Anastasia Valestri.

Está claro que todo el mundo hace lo que quiere conmigo.

—Sí.

Cuando Juls se separa de mí, su sonrisa es tan kilométrica y luminosa que le hace la competencia a la luna. Ella tiene el labia corrido, pero nada más con lo que pueda equilibrar la balanza. *Mal Clark Kent, muy mal.*

—Bueno, chicos, ha sido el mejor Halloween de la historia, pero nosotros ya nos vamos —suelta mi ex-mejor amiga cogida al brazo de su novio.

—Pero si hemos venido juntas, en coche. *Las dos* —remarco entre dientes bajo la intensa mirada del tío del casco.

No entiendo cómo sus ojos pueden ser tan repentinamente penetrantes, ¡si ni siquiera se los veo!

—Ah, ya, pero tú te vas a volver en su moto, ¿no? Imagino que no habrá venido solo con el casco.

Mira a Varek y el capullo se limita a asentir, dejando que todo el peso recaiga sobre mí. *Leodioleodioleodioooooo.*

—Genial, pues decidido. Nos vamos en plan parejitas.

—Ha sido un placer, tío —Mason le aprieta la mano a Varek y él murmura un «lo mismo digo» sin siquiera levantarse la puta visera del casco.

Acepta las llaves del coche de Juls cuando ella se las ofrece y Mason se pone a encender las luces de los faros, con tal de encontrarlo en el aparcamiento.

Juls se acerca a Varek, le abre la visera y le da un tirón a su brazo para que se agache a su altura. Le susurra algo cerca de la cara y luego se va dando saltitos hacia Mason. Quiero matarla. Y saber qué le ha dicho. A poder ser, no en ese orden.

En cuanto nos quedamos solos, separo los labios para preguntar pero él no me da la oportunidad y pasa de largo.

Me obliga a perseguirle, como si esa fuera la nueva dinámica. Está borracho si de verdad cree que se va a salir con la suya. Drogado.

—Dime qué te ha dicho —le ordeno, pero él pone las manos bajo mis axilas y me sube a su moto como si fuera una cría.

—¿Tengo que coger las esposas o puedo fiarme de que te agarrarás a mí? Tu seguridad es muy importante.

Mariposas. Chispas. Electricidad en mi estómago. El corazón me late de manera arrítmica, desacompasada. Debería ir al médico. Me pone el casco y me da dos golpecitos con el dedo para que le conteste. Pongo los ojos en blanco.

—Lo haré. ¿Pero qué te ha dicho?

Se sube a la moto y enciende el motor. Estoy convencida de que no me lo va a decir hasta que se gira delante de mí y dice:

—«Me gustas para ella».

Algunos días después…

CAPÍTULO 74

El verdugo



Algunos dirían que es muy temprano para matar. Pero yo no soy de esos.

He conducido durante una hora intentando mantener la cabeza fría pero lo cierto es que no lo he conseguido del todo.

Todavía oigo a Anastasia corriéndose. Es algo que suena en bucle en mi cabeza, que me ha despistado más veces de las que me gustaría admitir, que me ha despertado empalmado día sí y día también. *Eso las noches que no me ha mantenido en vela.*

Aunque sé que bajar la guardia, en un trabajo como el mío, podría causarme la muerte, no consigo que me importe. Necesito oírla tanto como respirar. *Y eso me mata, pues que así sea.*

Aparco en casa de Nathaniel Andrews a eso de las nueve y cuarto de la mañana. Qué gracia, se iba a trabajar. ¿Es gracioso, verdad? Buena parte de sus conocidos han muerto en mis manos, pero él se iba a trabajar.

—Vance. Estás vivo —no estoy seguro de si se alegra, o de si acaba de cagarse encima, este hombre siempre tiene una cara de susto que no se aguanta.

—De puro milagro. Imagino que ya te habrás enterado de lo que pasó.

—Sí, qué terrible —dice compungido.

Se sube al coche y baja la ventanilla.

—Contacté con Logan, me dijo que me escondiera, pero no ha vuelto a escribirme.

—Lo mejor será que hagas lo que te dice y esperes. Son tiempos difíciles. Oye, si no te importa, ahora tengo que irme. Hay mucha gente buscando a nuestros compañeros.

Meto una mano por la ventanilla y agarro el volante.

—Tengo una pregunta antes de que te vayas. ¿Tú por qué no estuviste allí? Resulta un poco sospechoso, si lo piensas. Tan cercano

que eres a Logan, sabías lo que iba a pasar esa noche. Era una cena especial. Y aun así, no acudiste. ¿Acaso nos delataste? ¿Mmm? ¿Nos vendiste, Nathaniel?

—No, yo nunca haría eso. Estaba enfermo. Todavía lo estoy.

Ni que lo digas, tío. Enfermo de cojones.

Lo cojo de su patética camisa a cuadros y le acerco la cara a la ventanilla. Cuando ya está a punto de cagarse en los pantalones, le pregunto dónde están los demás. Le pido que me dé la dirección del hostal secreto, que necesito un lugar donde poder esconderme.

Un buen actor nunca sale de su papel, ¿no es así?

El problema llega después…

—No recuerdo dónde está el hostal. A esas alturas de la vida, la memoria ya va fallando y yo hace mucho que no voy por allí.

Eso quiere decir que Logan ha hablado con él. Y que no se fía de mí. No tiene por qué saber que estoy detrás de todo, quizá solo quiera cubrirse las espaldas.

Meto la mano y, tocando un botón en la puerta, bajo todas las ventanillas del coche de Nathaniel. Luego quito las llaves del contacto y me las quedo.

—¿No sabes dónde están los demás? ¿No? —resoplo—. Qué curioso. ¿Sabes qué más es curioso? Esto —emito una carcajada mientras lo saco del bolsillo y se lo enseño—. Esto. ¿Te lo puedes creer? ¿Quién lleva una caja de cerillas en el bolsillo hoy en día?

—V-Vance, yo no… —tartamudea.

—Ya lo sé, tío, no te acuerdas, ¿qué le vamos a hacer? Las cosas, si las fuerzas, no salen bien. —Empujo el minúsculo palo de madera encendido y lo cuelo por la ventanilla trasera de su coche.

—¡Dios mío!

—Anda, ¿y eso? —empujo la puerta del conductor, cerrándola de nuevo cuando Nathaniel intentar salir—. Tío, ¿acabo de…? ¿Acabo de prenderle fuego a tu coche? ¿En tu cara?

—V-voy a llamar a la policía.

—Pero si la policía ya está aquí. ¿Me vas a llamar a mí?

Sonrío al tiempo que la certeza de su muerte invade sus ojos tan oscuros como su alma. Sabía que, a diferencia de Logan, a él sí podría romperlo. Estaba seguro de que a Nathaniel podría sacarle toda la información que tuviera.

Una hora después concluyo que no me equivocaba.

CAPÍTULO 75

El verdugo



Aquella noche de éxitos y pérdidas, Jared, Aiden y yo dejamos a Eliot para el final.

Todo el mundo sabe que la mejor parte del concierto es la última canción. Su muerte fue un trabajo en equipo. La cabeza de Elio terminó muy lejos de su cuerpo e incluso la colgamos del techo para hacer algunas fotos. Quedaron épicas y no lo digo porque fuera el autor sino porque es la verdad.

Estos días, mirando la polaroid, no he podido evitar pensar que sería el *Christmas* perfecto, el que sin duda le mandaría a Logan por Navidad. *Pero mira por dónde, tengo la impresión de que no va a vivir tanto como para recibirlo.*

Le hago una foto a Nathaniel cuando ya no tiene huellas dactilares y me prometo enmarcarla.



Entro en el almacén cabreado por no haber dado todavía con el puto hostal. Tengo mucha, pero hasta mi paciencia tiene un límite. *Y cuanto más tardemos, menos posibilidades tendré de bailar sobre las cenizas de Logan.*

—Niños, ¿estáis en casa?

Jared y Aiden han estado pasando mucho tiempo aquí últimamente. Creo que de forma perturbadora —como diría Anastasia—, soy portador de buenas noticias, y me gustaría compartirlas con ellos.

Están limpiando la sangre de la gran celda y acabando con las últimas pruebas que quedaban. No les digo que les he traído comida

para que terminen de limpiar, así que les espero abajo. Llamo a Lucas eso sí.

Luego envío un mensaje a Anastasia.

Número oculto: ¿Ya puedes caminar derecha o todavía no?

No me contesta. Le envío otro.

Número oculto: Corderito, si haces esto para que vaya a verte y te castigue solo tienes que decirlo. Sé que he estado muy ocupado con el trabajo estos días, pero no por eso vas a ser una chica mala, ¿verdad que no? ¿Sabes lo que les pasa a las chicas malas, Anastasia?

Nada. Ha tapado la cámara del móvil, pero está en el trabajo. Eso significa que puedo verla por las cámaras de seguridad.

Hoy se ha puesto guapísima. Todo le queda bien, pero ese vestido negro realza sus curvas hasta lo indecente. Está tratando de ignorarme, pero todos sabemos que no se lo voy a permitir. ¿Lo sabemos, verdad? Claro que sí.

Se negó cuando me planté en su oficina para llevarla a casa. No se fiaba de lo que pudiera hacerle a su bonito coño una vez se subiera de *backpack* en mi moto. Como ya suponía que diría eso, dejé un coche listo con un conductor dispuesto a hacerle de chófer, asesino a sueldo y camarero, todo en uno.

Aun así, si soy honesto conmigo un minuto, admito que el hecho de que la mujer de la que estoy enamorado acepte que la siga y proteja otro hombre que no soy yo, me pone un poco celoso. Y posesivo. Y territorial.

Eso activa mis dotes de hacker. Y digamos que, cuando Jared baja las escaleras, estoy de mal humor y soy un peligro con patas.

—¿Qué haces?

—Shawn Cappri, Liam Smith, Alex Marren —repito—. Quiero matarlos.

—¿Son nuevos descubrimientos de la organización secreta de escoria humana? —frunce el ceño con seriedad, arrastrando una de las sillas hacia mí—. No me suena ningún nombre, ¿eso es que son de partidos minoritarios? ¿O no son políticos? ¿Acaso son policías?

—Biólogos marinos.

—¿Qué coño iba a hacer un…?

—Salieron con ella. Con *ella*, Jared.

Se le relaja el rostro y, pese a que podría costarle la vida, sonríe.

—¿Tu chica?

—Mi mujer —le ladro—. Mi puta reina, Jared. La tuvieron y es mía.

La besaron. Se… *joder,* se acostaron con ella. Tuvieron el puto privilegio. La escucharon gemir. Quizá incluso tuvieron la suerte de saber lo que es que esa diosa se corra en tu polla.

Me dan ganas de clavarme un puñal en el corazón, estoy seguro de que dolería mucho menos y la muerte por desangramiento no es tan terrible.

Jared carraspea.

—¿Te ha puesto los cuernos? ¿Es eso lo que dices?

—Claro que no. Salió con ellos hace siglos. Medio año con Shawn tres meses con Liam y dos semanas con Alex.

—No le duran mucho los novios.

—Ella sabe que no puede mirar a otro hombre a menos que quiera que le rebane la garganta. Al hombre, claro está —prosigo, ignorándolo

—Claro, era de esperar que la psicosis no se limitara a un ámbito de tu vida… —murmura por lo bajini, pero yo le oigo, y me produce intensos deseos de arrancarle la tráquea y demostrarle hasta qué punto no está equivocado.

Hacía tiempo que no ardía en deseos de cambiar el pasado.

Corderito, vas a acabar conmigo.

—Oye tío, una pregunta, ¿tú no eras policía como tapadera? ¿No deberías estar… trabajando de eso en vez de estar aquí comiéndote la cabeza?

—Estoy de excedencia laboral. Demasiado estrés postraumático.

Aprieta los labios para contener la sonrisa y me levanto para zurrarle justo cuando Aiden llega desde los niveles superiores.

—Vale, todo limpio —dice bajando las escaleras de forma escandalosa—. ¿Sabemos algo de la hermana de Eliot Peterson?

—Sí, el otro día la vieron bailando sobre la tumba de su hermano —dice Jared esquivando mi golpe y lanzándome otro.

Los periódicos no paran de hablar de la desaparición de todos esos políticos. Todavía no los han dado por muertos, así que no está cundiendo el pánico en masa.

En las redes la gente se llena la boca con palabras como «rebelión» o los Illuminati. Mientras no nos descubran, ni pierdan el tiempo

llorando las muertes de unos personajes ficticios e idealizados que nada se parecen a lo que eran en realidad, mi conciencia está tranquila.

Me dejo caer sobre la silla con las costillas doloridas y Jared me imita jadeando y con una mano en la cara. Somos un par de tontos. Podríamos ser hermanos.

Saco la comida de las bolsas y la reparto.

—Logan conoce este sitio —dice Aiden dándole un sorbo a su bebida—. Por fuerte que le diera el puñetazo y por muy desorientado que se largara de aquí, estoy seguro de que algo recuerda.

—Es cuestión de tiempo que lo encuentre.

Lo cual significa que a partir de hoy dejará de ser mi lugar de trabajo. Me encantaría matar a Logan antes de tener que renunciar a este lugar, pero…

—Ya he comprado la gasolina —admito.

Tengo otros sitios donde llevar a cabo mi hobby favorito. Tres en el estado, a decir verdad, pero este… este era especial. Exhalo melancólico porque entre estas paredes han pasado cosas preciosas.

—¿Antes has gritado algo sobre una buena noticia? —pregunta Aiden y acto seguido procede a hincarle el diente a su hamburguesa.

—Sí, su novia no le es infiel —suelta Jared y empujo la pata de su silla y lo hago tan fuerte y tan rápido, que pese a sus reflejos, se da un buen porrazo y pierde una alita de pollo.

Por listo.

—Nathaniel está muerto.

—*¡¿Cómo?!* —exclaman al tiempo.

Les enseño la polaroid y a duras penas puedo dejar de sonreír. La cara de Aiden es un cúmulo de emociones, pero como es nórdico, pues se reflejan en versión light.

—Te habrás quedado a gusto —dice Jared apartando la mirada.

El tío ha visto y hecho muchas barbaridades, pero si le pillas con la guardia baja, tiene un estómago sensible. Jared es un compendio de cosas contradictorias. Le confiaría mi vida cualquier día.

—Qué envidia —Aiden hace una mueca.

—¿Quieres una copia para tu nevera?

—Con esta me vale —me roba la foto y la mira con devoción—. ¿Que ha dicho? ¿Algo relevante?

—No mucho. Era evidente que Logan le había pedido que no me contara nada del hostal, si preguntaba. Pero es posible que Stelkon desconfíe de más personas, no solo de mí.

—¿Crees que te esperaba? —pregunta Jared.

—¿Nathaniel? No, ni de coña.

—Supongo que podría decirse que la fase de ir de amiguitos con Logan ha terminado —dice Aiden.

—Por mí genial.

—La próxima vez que vea a Logan le atravesaré el estómago y veremos las ganas que tiene de seguir callando —dice Aiden con ese aura gélida y terrorífica manando de sus poros.

Solo así podremos estar seguros de que las chicas que tienen en ese hostal y las que piensan secuestrar —cosa que no les vamos a permitir —, estarán a salvo una vez nosotros dejemos de estar encima. Chicas como Anastasia.

Una llamada de Lucas interrumpe nuestra sed de sangre. Por lo visto, no estaba teniendo una cita con ese tío empresario que le gusta sino trabajando.

—He estado rastreando los últimos movimientos del coche de Nathaniel.

—¿Cómo? —pregunta Jared—. El GPS y el coche ahora no son más que chatarra.

—Sí, hemos visto la foto.

—¿Siendo el puto dios del hackeo, quizá? El GPS estaba vinculado a wifi de la casa y al aparcarlo se guardaban los registros de rutas automáticamente. Los datos con los que he tenido que trabajar no son más que una mierda informática monumental y se borran cada dos meses, pero he encontrado algo de interés.

—¿El qué, Lucas? —pregunto.

—La señal se perdía cerca de la Cordillera de las Cascadas, más allá de la ciudad de Seattle. Lugar al que Nathaniel fue varias veces antes de palmarla, la primera fue la noche siguiente a que quemáramos el hotel. Tiene que ser allí. Es lo único que tiene sentido.

La muralla azulada detrás de la ciudad que parte el estado de Washington en dos.

—¿El hostal está en la puta montaña?

—Tiene pinta, sí.

CAPÍTULO 76

La ruina

Ahora sí me he convertido en la ruina, pero la de mi propia existencia.

¿Cómo pude acostarme con mi acosador? Y peor todavía, ¡¿cómo pude disfrutarlo tanto?!

Intento no estar mucho en casa porque la idea de que me vea a través de las cámaras me hace sentir odiosamente cerca de él. Tampoco me quedo en la oficina más tiempo por si aparece con la moto. Mi nueva rutina consiste en visitar la librería del centro comercial y tomar una ingente cantidad de batidos deliciosos sin venir a cuento.

También he estado ignorando sus mensajes de forma deliberada como una verdadera profesional del pasotismo. En cuanto a las riendas de mi cabeza... No, no las tengo cogidas. Mi mente va por donde quiere y por lo visto, solo quiere volver al parque de atracciones.

Claro que folla como un puto dios.

Obviamente.

¿No has visto lo arrogante que es?

Encima mi mejor amiga no para de darme la lata para que le cuente todo sobre "Vance". Hoy hemos quedado para ir al cine, pero ella no tenía ni idea de que mi intención era ver la peli con ella y esquivar su interrogatorio. Sorpresa sorpresa, no funciona y al salir del cine cuando propone ir a tomar algo, acepto porque soy una mujer muy débil. El tema de Vance tarda en salir más o menos hasta que nos sentamos.

—Me da que has encontrado un diamante de los buenos, pero tiene pinta de ser un rayo.

—¿Un rayo? ¿A qué te refieres?

—Ya sabes.

—Si es una metáfora sobre lo que dura en la cama, el dardo ni siquiera ha dado en la diana. Se ha clavado en la espalda de un motorista que ahora va a venir a matarte.

Se muere de la emoción, hasta le brillan los ojos y hace eso de patalear con las piernas.

—¡No, Stassie! —se carcajea—. Me refería a que un tío tan buenorro y encima motorista, será tan letal como un rayo. Un ligón con experiencia. Pero vamos a profundizar más en eso del sexo.

—¿Tú… crees que es un…? —no sé por qué pero hasta repetir las palabras de mi amiga me cuesta.

Pues claro que ha tenido a otras.

Probablemente decenas. Si no cientos.

Montones de mujeres a las que ha hecho correrse y disfrutar.

Por algún motivo totalmente ajeno a esta conversación, empiezan a picarme las palmas de las manos. No me pasaba desde el instituto cuando algo me daba mucha rabia y estaba fuera de mi control. Pero ahora también me pica el resto del cuerpo. Y siento una pesadez en el pecho y otra en el estómago.

—¿Pero tú le has visto bien? —Juls se ríe de nuevo—. Madre mía Stassie, si parecía un actor de cine con todos esos músculos. ¿Y esos ojazos?

—Eran lentillas.

—Lo demás se le da bien, ¿no? —hace un movimiento de cejas insinuante—. Va, no te hagas de rogar, ¿en la cama cómo es?

Hasta hace nada, Juls y yo nos contábamos todos los detalles relacionados con los tipos con los que nos acostábamos. *Todos*. Pero esta vez, me parece mal hacerlo. Lo cual es una locura porque Julia es mi mejor amiga y Varek es mi acosador.

—¿Stassie? —inhala mucho aire de golpe y se lleva la mano a la boca —. ¿Te da corte?

—No, claro que no.

—Te lo quieres guardar porque te importa —esto ni siquiera lo pregunta.

Me pongo roja. Más y más roja a medida que hace preguntas.

—No, puedo contártelo. En serio. No me importa en absoluto.

—¿Sí? Genial —clava los codos en la mesa—. Soy toda oídos.

—Me… O sea, yo le… Y luego él… Entonces ambos… —carraspeo y la cara está a punto de estallarme.

Mi amiga, por el contrario, se parte el culo en mi cara. *Quiero buscar una cueva, meterme en ella y no salir jamás.*

Hablar con gente está súper sobrevalorado, joder.

—¿Sabes? Creo que tengo un fetiche con los colgantes de hombre –admite—. Mason siempre lleva una llave colgada al cuello y hasta a esc quiero hacerle cosas *locas*.

Me muerdo la lengua mientras pienso en las placas de militar dc Varek, pero no lo digo.

—¿Crees que estoy chiflada?

—Dado mi historial, sería hipócrita por mi parte decirte que sí – aprieto los labios y ella rompe en carcajadas.

CAPÍTULO 77

El verdugo

Estoy triste.

Está hecho. Mi almacén ya es historia.

En estos momentos ya no es más que un edificio abandonado medio derruido, con aspecto de haber sido deshabitado desde hace décadas. Si alguien buscara a quién pertenece ese montón de ruinas, tampoco me encontrarían.

Es de noche cuando aparco la moto junto al coche de mi Corderito y al tocar el capó compruebo que está frío. Me acerco al coche con las ventanas tintadas aparcado en la acera de enfrente y golpeo la de conductor con los nudillos.

—Buenas noches, jefe. No ha habido ningún percance.

—Me alegra oír eso, Fidgherald. Shelby, Olsen, Ruiz, los cuatro podéis iros a casa. Voy a pasar la noche aquí con ella —*quiera o no*.

—Perfecto, jefe.

—A su disposición —dicen a coro.

Arrancan y se van, dejando la calle desierta.

Mandé que arreglaran y sellaran todas las rejas de las ventanas de Anastasia y añadí las que faltaban en el piso de arriba. Compruebo la de su dormitorio aunque no hace falta y luego entro por la puerta principal, desbloqueándola con un par de toques a la pantalla de mi móvil.

La casa está en silencio. Huele a calabaza porque a pesar de que Halloween ha acabado, tengo la impresión de que su intención es dejar la decoración así hasta el año que viene. Quizá le ponga algún gorro navideño a las tarántulas que salen de las calaveras.

Mi extraño y chalado Corderito.

Compruebo todas las habitaciones, que no haya nada extraño, y dejo su dormitorio para lo último. Sonrío cuando, al intentar girar el pomo una cerradura inteligente me dice que me vaya a tomar por culo. Tardo tres minutos en desactivarla. No quiero cargármela porque el esfuerzo

me ha parecido adorable. De hecho, le hago una foto y me la pongo de salvapantallas.

¿Como cuando tu hijo te hace un dibujo feo, pero es tu hijo y lo cuelgas en la nevera con orgullo? Pues igual.

Dos, tal vez tres hijos, estaría bien. Muy bien, en realidad. Anastasia embarazada estará guapísima. Y buenísima. No me imagino lo que sería tener una versión en miniatura de ella correteando por ahí. Si sale niño, lo sacrificamos y volvemos a intentarlo.

Estoy de coña.

Crear una vida juntos es un puto sueño para mí, pero su falta de respuesta a mis mensajes me deja claro que aún no está preparada para oír nada sobre los muchos planes que tengo para nosotros.

Giro el pomo y me cuelo en su cuarto. Lo primero que hago es gruñir, porque… está desnuda. Completamente desnuda. El edredón solo le tapa la mitad del cuerpo así que le veo un pecho y bajando la mirada más allá de su ombligo, también veo parte de su coño.

Fíjate, lo de mi almacén ya me duele menos.

Se da la vuelta y rueda sobre su cama enseñándome su perfecto culo redondo en el que quiero hundir la cara y la polla. También me muero de ganas de hacerla disfrutar follándomela por detrás. Empaparla lo bastante para que lo disfrute tanto que no pueda sostenerse a cuatro patas y sea yo el que tenga que sostenerle el culo en alto para penetrarla. Empalmado, me acerco a ella y la meto bajo las sábanas para que no coja un resfriado. No me pasa por alto que tenía una mano agarrándose un pecho. *Ni tú puedes resistirte a lo preciosa que eres ¿eh? Desde luego, de compartir cama contigo, yo tampoco podría.*

Para mi sorpresa, en cuanto me acerco inhala con fuerza y emite un gemido agudo, débil y largo, de los que más me gustan. Como si su cuerpo me reclamara incluso aunque tenga la conciencia apagada.

Tengo que cogerme la polla cuando me da una sacudida. Esta es la versión más pura y vulnerable de Anastasia y quiero venerarla.

Incluso dormida puede conmigo, esta mujer tiene un puto don.

Me suelto la polla, cojo uno de los libros de su mesita y lo abro por la mitad. Ni siquiera me sorprende que la primera palabra que leo sea eyaculación. Mi Ruina es una chica traviesa y salvaje, claro que disfruta leyendo estas cosas. Emite otro sonidito que me vuelven todavía más loco. *¿Es uno de estos libros lo que la ha puesto así? ¿Está fantaseando con algún personaje? Porque quemaré estas páginas si…*

—Kaelven.

Lo repite una vez más y solo entonces me lo creo.

—Qué bien lo pronuncias y qué bien quedaría mi apellido al lado de tu puto nombre —gruño en voz baja y ella arquea la espalda y se retuerce, somnolienta.

Se destapa y el frío le contrae el cuerpo y le endurece los pezones. *Le gusta. Y a mí me deja tonto verla desnuda.* Anastasia separa las piernas enseñándome lo brillante que tiene el coño.

—Más… *Más…* —dormida, acerca dos dedos a su entrada.

Vuelve a pronunciar mi apellido como si fuera la última gota de oxígeno antes de la muerte. Suena agónica, suplicante, y me trae muy buenos recuerdos en el parque de atracciones. *«Te lo suplico. Fóllame»*. Gruño sintiendo cómo mi mundo sale ardiendo.

Ha ignorado mis mensajes. Se ha hecho la difícil.

Pero mírala ahora.

A punto de correrse en sus dedos pensando en mí. Adorable Corderito. Tus intentos de resistirte me la ponen cada vez más dura.

Chisto la lengua, le aparto la mano de sus intenciones y cogiéndola por los tobillos, le abro bien las piernas. Me inclino hacia ella y la huelo con el eco de su respiración agitada rebotando por su habitación. Su sexo desprende ese olor dulce y picante que también caracteriza su sabor. Uno por el que me muero de sed, joder.

Acerco mi lengua a su clítoris suave, sensible y desesperado.

El placer la sacude y baja más las caderas, aplastándose contra mi boca. Me cojo la polla al tiempo que la succiono siguiéndole el ritmo a su respiración para no despertarla.

«*¿Estás diciendo que la próxima vez que te metas en mi casa, como el buen acosador que eres, entres en mi dormitorio como un perturbado y me mires dormir…? ¿Si da la casualidad de que estoy teniendo un sueño subido de tono…? ¿Que tú me tocarás? ¿Estando yo dormida?»*.

Su sexo palpita contra mi lengua mientras su espalda se arquea de placer. Anastasia gime como me gusta y le propino un mordisco suave en uno de sus labios. Palpita tan rápido, tan fuerte, que creo que no voy a tener oportunidad de meterle la lengua o los dedos, que se va a correr antes. Estoy tan duro, que quizá yo también.

—Cómeme… *por favor* —suplica y yo soy un hombre de palabra.

Si ella acata las normas, yo también. Por eso le succiono el clítoris con fuerza y la siguiente vez que lloriquea, le meto los dedos. Tres. De golpe. Eso la destroza y en cosa de segundos se corre. El orgasmo la

sacude con violencia repentina. Anastasia se vierte sobre mí como s
hubieran abierto las puertas de un manantial y juro que voy a hacer l
indecible para dejarla seca.

Entonces se despierta.

CAPÍTULO 78

La ruina



Acabo de tener un sueño erótico con Varek. Otro, quiero decir. No me sorprende porque es algo que me ha pasado cada vez que he cerrado los ojos desde que su gruesa y enorme polla me obligó a cambiar la forma en la que camino.

Estábamos en el parque, en una de las atracciones de miedo, y él me inclinaba sobre los asientos para subirme el vestido y devorarme sin tapujos delante de cualquiera que quisiera mirar. Sucio, lo sé.

La habitación está a oscuras, pero no lo suficiente como para que no me dé cuenta de que parte de mi sueño se ha materializado en la realidad.

Podría decirse que no esperaba que al poco de abrir los ojos, todavía adormilada, palpitando por el orgasmo y con la garganta seca de gemir —por lo visto no solo en sueños—, lo vería entre mis putas piernas. Pero ahí está.

Me quedo quieta y él decide inclinarse y darme un casto beso en el clítoris antes de sacarme TRES malditos dedos del coño.

—¡¿Pero qué estás…?! ¡¿Es que te has vuelto loco?!

—¿Creías que me había olvidado de tu promesa en el avión? —pregunta lamiéndose los dedos uno a uno.

Me veo obligada a cerrar las piernas cuando él observa mi sexo empapado cargado de lujuria hambrienta.

—¡¿De qué narices estás hablando?! ¡¿Y cómo has entrado aquí? ¡Tenía un cerrojo!

—Estábamos en el avión cuando lo hablamos —repite y entonces lo recuerdo.

Es cierto. Me lo preguntó. Me preguntó si podía tocarme mientras tuviera un sueño erótico.

«¿Me lo permites?

—Sí.

—¿De verdad?

—Por supuesto».

Madre mía, ¿accedí a eso? Bueno, ahora que lo pienso… Sí. Lo hice ¡Pero solo porque pensaba que la cerradura inteligente lo dejaría fuera… ¿verdad? ¿O acaso lo deseo más de lo que puedo concebir? ¿Estoy tan loca como para eso?

Camino hacia la puerta, cojo la bata y me la echo sobre los hombros mientras tiro del pomo de la puerta.

—Vete de mi casa.

Él la cierra de golpe.

—No.

—¿Disculpa? —lo miro horrorizada y como el acosador sádico que es, él lo disfruta.

—No tienes protección. He mandado a casa a los que estaban velando por tu seguridad. Esta noche yo soy tu guardaespaldas. —Tira de mí y me lleva a la cama. Me mete bajo el edredón con bata y todo, y me tapa con él—. Puedes dormir, si quieres. A ver si con un poco de suerte vuelves a soñar conmigo y puedo torturarte sin darte el orgasmo que tanto quieres.

Está empalmado. Eso quiere decir que no ha hecho nada consigo Que ha respetado las normas. *Anastasia, ¿pero tú te oyes?*

—No vas a volver a hacer esto nunca en tu vida.

—Me diste permiso.

—Pues te lo quito.

Se queda serio. *Casi parece… no. No me lo puedo creer.*

¿Es tristeza lo que veo en sus ojos?

—Como quieras —acepta.

Bien. Genial.

En realidad no, no me siento mejor.

Al silencio que se genera entre nosotros sí puedo admitirle —en voz muy bajita—, que puede que me haya gustado. Que lo que más me excita de nuestra perturbadora relación, justo después del miedo que me hace pasar, es lo impredecible que resulta.

La idea de que quiera darme placer incluso dormida me pone Mucho. Y estaba claro que yo nunca he tenido las riendas, así que eso no cambia nada.

—¿Quieres compartir tu conversación interna con el grupo? –pregunta en tono ronco, pero divertido.

Alzo la vista y lo veo observándome. Como siempre. Como el acosador que es. Sin saber de dónde demonios sale mi pregunta suelto

en tonito repelente:

—¿Ya no tienes mucho trabajo?

Sus labios se curvan en una sonrisa torcida.

—Así que me has echado de menos, Corderito. Qué bonito —intenta cogerme la mano, pero la aparto—. Yo también. Cada vez que respiro.

Mi corazón se sacude frenético.

Giro el cuerpo hacia él como un gatito terco buscando mimos. *Sí, te he echado mucho de menos*. Varek acaricia mi mejilla y me aparta el pelo de la cara con los mismos dedos que tenía dentro de mí.

—¿Vas a contarme algo de tu trabajo?

—¿Quieres que te lo cuente?

Medito unos minutos recorriendo su perfil con la mirada. La luna baña sus facciones como me gustaría hacer a mí a besos, si lo nuestro no estuviera tan mal. Si no fuera tan enfermizo. Me incorporo.

—Sí. Quiero.

CAPÍTULO 79

La ruina



Me observa como si fuera el mayor regalo que ha tenido en la vida y se me pasan las ganas de decirle que no soy suya.

—¿Quieres que hable sin más o prefieres hacerme tú las preguntas?

—Prefiero preguntar —digo sintiendo que así tendré algo más de control sobre esto—. ¿Has…? ¿Has salvado a alguien estos días?

—Sí, a más de cuarenta mujeres inocentes.

El alivio me invade el pecho y me llega hasta la punta de los dedos. La pega es que dura poco, hasta que otra pregunta nace en mi mente.

—Puedo imaginar la clase de personas que sueles matar.

—Muy malas personas, escoria.

Asiento sintiendo que estoy jugando con dinamita a punto de explotar.

—¿Alguna vez has asesinado a una mujer?

—Sí.

—¿A más de una?

—A cinco.

Se me congela la sangre. Él hace una mueca, pero no agacha la cabeza. Tampoco parece arrepentirse.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque eran cómplices o causas directas del maltrato o la prostitución de mujeres inocentes.

Mi garganta emite un sonido incrédulo con el que casi me ahogo. Ahora sí se me cae el mundo a los pies. *¡¿Existe una sola mujer en el mundo capaz de ESO?!*

—Yo he conocido a cinco —responde, porque por lo visto no me he limitado a pensarlo.

—¿Y…?

—¿Qué, Anastasia? —empuja, insiste, queriendo que vea toda su sed de sangre, su parte sádica, la parte oscura de su personalidad.

No se avergüenza y eso me atrae mucho.

—¿Disfrutaste haciéndolo?

—Siempre disfruto hiriendo a personas crueles que no tuvieron compasión con quienes más la necesitaban. Me intoxico de satisfacción cuando les veo retorcerse en la silla y más todavía cuando veo en sus ojos que lo saben, que van a morir y nadie va a venir a salvarlos. Pero en el caso de esas cinco mujeres... —exhala—. No. Supongo que no es justo para las víctimas. Ellas merecían una venganza a la altura de la que le doy al resto de degenerados, con tal de compensar todo lo que les han hecho. No —se corrige—, en realidad, con tal de que yo pueda vivir conmigo mismo —se corrige, mostrando un lado egoísta de su acto temerario, sangriento, sádico y heroico—. Pero no puedo.

—¿Y entonces? ¿Cómo las matas?

—Un disparo en la cabeza suele darme resultado. Las miro a los ojos antes de hacerlo, eso sí. Lo contrario sería de cobardes.

Tiene muchas cicatrices. Montones. De cuchillos, de disparos de balas y de cosas que estoy segura que prefiero no saber.

Me muevo rápido. Me subo a su regazo. Le miro durante varios segundos y luego le rodeo con los brazos. Él no tarda nada en devolverme el abrazo, en apoyar la barbilla en el hueco de mi cuello e inhalar el olor que desprende mi pelo.

—¿Y esto?

—Más de cuarenta mujeres inocentes son muchas mujeres. Es un gran éxito. Gracias a ti no están muertas, ni viviendo horrores que no merecen sufrir. Para ellas eres su héroe —*y puede que en parte, para mí también*.

Pero eso no puedo decirlo. Moralmente, no me sentiría en paz conmigo misma. *Estar con él es un conflicto constante y una prueba tras otra para mis principios*.

Aunque lo pienso.

Creo que fue muy valiente por no rendirse pese a todo el daño que le han estado haciendo durante estos años. Cuento tres disparos de bala, innumerables cortes y cicatrices mezcladas y ocultas entre los tatuajes. Como si no quisiera que cualquiera supiera su historia. Como si solo pudieran conocerla aquellos a los que permita acercarse lo suficiente.

Como a mí, ahora.

Deposito un beso en su cuello, sobre su piel caliente, en el punto exacto donde le late el pulso. Tras unos segundos Varek me separa de sí para ver si miento. O quizá para regocijarse en mi corazón gris y resquebrajado.

—¿Lo has dicho en serio?

Asiento. Si sigue mirándome así voy a derretirme aquí, en su regazo irremediablemente. No puedo soportarlo así que desvío la mirada y como si tal cosa, saco el tema.

—Puedes participar.

—¿Cómo dices?

—Siempre que oigas que estoy teniendo un sueño erótico —carraspeo—. Puedes hacerme lo que quieras.

Me gira la barbilla hacia sí con brusquedad. Su mirada imposible ruge con llamas esmeraldas de las más peligrosas.

—¿Lo que quiera? —su voz es casi un gruñido.

Me recorre un escalofrío de miedo. Me palpita el clítoris y estoy segura de que él lo nota.

—Sí, Varek. Lo que quieras, incluso usarme para aliviarte a ti mismo. Pero solo si me oyes gemir —me apresuro a remarcar, con las mejillas sonrojadas.

—Prometo agudizar el oído.

—De todas formas, tú nunca vas a estar aquí mientras duermo.

—Ajá.

—Así que dudo que vuelvas a tener la ocasión. Jamás.

Trato de sonar convincente, pero su mirada es pura lujuria. Su aura es asesina y tan cegadora que gana hasta la luna. No puedo apartar la mirada de él. Ni de sus labios. Ni de su cuerpo cuando se mueve y empieza a desvestirse haciéndome un strip-tease solo para mí. Se queda sin camiseta y yo me lo como con la mirada desde su regazo.

—¿Qué estás haciendo?

—Estaría dispuesto a llegar muy lejos por proteger tu vida Anastasia.

—Esa es la impresión que me ha dado, sí —murmuro nerviosa.

—Dispuesto a hacer cosas que te horrorizarían. Todo con tal de mantenerte a salvo. ¿Lo sabes?

Asiento incapaz de encontrar las palabras.

—Bien. Me alegra haberlo aclarado porque durante la próxima hora te va a parecer todo lo contrario —lleva la mano a mi garganta y aprieta con fuerza privándome de todo oxígeno antes de besarme.

Al cabo de unos días

CAPÍTULO 80

La ruina



Juls a veces desaparece.

Hay días, como hoy, en los que no contesta a mis mensajes. Días en los que no puedo contactar con ella, ni aunque la llame.

Empezó a ocurrir a mediados de año y creo que sé por qué es. Su trabajo. Me da la impresión de que a veces, como enfermera, presencia cosas tan duras que no puede ni estar conmigo.

Lo cierto es que me duele no poder ser de utilidad. Y más todavía que tenga que pasarlo sola. Ojalá tuviera un trabajo más fácil, pero a mi amiga le encanta ayudar a la gente. Quizá con el tiempo deje entrar a Mason a una parte de su corazón a la que una amiga no puede tener acceso. Ni siquiera aunque sea como una hermana.

Al mediodía salgo del trabajo a por algo de comer —una vez más siendo explotada por mi jefe—, y voy *a ese* 7-Eleven porque estoy mal de la cabeza.

Me vibra el móvil con una llamada y lo saco a toda prisa, pero no es el «número oculto», esta vez es un número súper largo. Descuelgo esperando que sea alguien preguntándome si estoy satisfecha con mi compañía del gas o algo así, pero cuando hablo, nadie responde. Oigo una respiración agitada. Pero nada más. Presto atención a las inhalaciones entrecortadas. *Son jadeos*. No suena como si la persona al otro lado de la línea estuviera sufriendo, no, más bien... todo lo contrario. Aunque no hay gemidos, es la percepción que tengo. A los pocos segundos, la llamada se corta.

—Joder, qué mal rollo —exhalo—. Al menos en The Ring te decían que te quedaban siete días de vida.

Por alguna razón, mi instinto me asegura que no ha sido Varek. Doy un bote cuando oigo un claxon y siento una gélida zarpa invisible aferrándose a mi nuca. *«[...]Necesitas saber algunas cosas porque estás en peligro. Existe un grupo secreto, una organización formada*

por trabajadores para el gobierno, políticos en su mayoría, que se dedican al maltrato por placer[…]».

Corro a sacar el bote de pimienta del bolso y miro a mi alrededor, en todas direcciones. Un anciano me da un susto de muerte —y yo otro a él —, cuando decide salir del 7-Eleven a mi espalda justo en ese momento.

Doy un grito y me llama sinvergüenza. *Estás a dos pasos de tu oficina y a plena luz del día, Anastasia, no seas paranoica.* Entro rápido para pillarme un sándwich y troto a la vuelta.

Mejor sobreexplotada que asesinada.

Al llegar a mi trabajo empapada en sudor, estoy a punto de mensajear a Varek, pero no quiero que vuelva a ponerme vigilancia a todas horas por una llamada en la que no me han dicho ni media palabra. Ya, la persona al otro lado parecía estar masturbándose, pero tampoco puedo estar segura. Y quizá ha sido un error telefónico y la persona que ha llamado a mi número estaba corriendo por ahí haciendo deporte de forma saludable.

—¿Anastasia? —mi jefe me llama tras el primer bocado de sándwich y me obligo a centrarme en problemas más actuales.



Como Juls está fuera de servicio, al salir del trabajo voy directa a casa.

Tras llamarlo paranoico hasta la saciedad, conseguí librarme de chófer de Varek. Estos últimos días he estado viniendo en mi coche como medida de precaución *y porque era la única opción que Varek estaba dispuesto a darme sin volverse loco*. Aunque toooodos los días ha sido un fastidio porque adoro los paseos, hoy me ha aliviado mucho.

Puede que le haya pedido que no lo haga porque me hace sentir en peligro constante, pero creo que Varek tiene a hombres siguiéndome por si acaso. No los veo, pero los siento, observándome. Hoy ese dato también me alivia.

Pienso en la última conversación que tuvimos y me cabreo un poco más de lo que ya lo estaba. Rescata a montones de mujeres. Las salva. Para ellas será su héroe. *Es evidente que se aprovecharía de eso*

oportunidad, ¿no? Cuanto más pienso, más me cabreo. *¿Tendrá apodos distintos para cada una o todas seremos Corderito para él?*

Me arrastro hasta el salón y me dejo caer en el sofá con una copa de vino. Me obligo a abrir la novela que tengo a medias, a enfrascarme en el romance oscuro ambientado en el mundo de mafia, y a rezar porque la distracción calme un poco mis emociones. Antes de que lo consiga me vibra el móvil.

No tengo ni idea de lo que pensaba decir él, porque en cuanto descuelgo, no le doy oportunidad a soltarlo.

—¿Con cuántas te has obsesionado antes de mí?

El silencio dura pocos segundos, pero ya me imagino su sonrisa.

—He estado con Elisabeth esta mañana y con Tracy ayer por la noche. ¿Te refieres a eso o quieres una pinza temporal más grande?

Le cuelgo. Vuelve a llamar.

Le cuelgo otra vez.

A la tercera se lo cojo.

—Con lo único con lo que llevo obsesionado toda mi vida adulta es con matar escoria humana —dice cabreado. Me gusta hacerle perder la paciencia—. Tú eres la primera que obsesiona mi corazón, además de mi cabeza, Anastasia Valestri.

—Sí, ya —resoplo, pero débil, porque ha sonado sincero.

—No trates mi sinceridad como basura si quieres volver a verla —gruñe y da un golpe en la ventana del salón dándome un susto de muerte.

Está aquí, en mi jardín.

—¿Entendido?

Trago saliva con dificultad y asiento. A él se le suaviza la mirada como si creyera que no va a ser capaz de cumplir sus palabras si se trata de mí. Que será lo sincero que yo le pida que sea y me contará todo lo que le pida que me cuente. Eso hace que mi corazón se estremezca y se corra del gusto, para ser honesta.

—Soy la primera. Bien, digamos que te creo —estrecho la mirada— Antes de mí, en Halloween, ¿hacía cuánto que no te acostabas con alguien? ¿Una semana? ¿Cuatro días?

—Año y medio.

Me quedo de piedra. La negación de mi cabeza choca contra la crudeza de su mirada. Pero si este hombre es puro sexo auditivo, visual olfativo y musculoso. *Vale, ni yo sé si eso último termina de tener sentido, pero el mensaje se capta, ¿no?*

Es el dios del sexo. La representación del acto hecho ser humano Con esas cicatrices de guerra y esos ojos verdes cargados de emocione salvajes que sacuden mis hormonas y despiertan mi instinto animal Con esa boca pecaminosa que sabe llevarme al cielo.

—Sigue mirándome así, Corderito… —no termina la amenaza y quiero que la termine.

Estoy a punto de decir una barbaridad. Algo de lo que me arrepentiré cuando recupere el norte. En un último intento de control me muerdo el labio inferior y aprieto para callarme. *No le invites a entrar.*

No lo hago y él desaparece entre las sombras.

Espero a que entre en mi salón sin permiso, pero no lo hace. La decepción me corroe las venas y me recrimino que así sea.

CAPÍTULO 81

El verdugo

Salimos de cacería.

Jared, Aiden y yo nos ocupamos de dos hombres más de Logan. Po mucho que hayamos torturado al primero, no ha soltado prenda.

En cuanto al segundo… tampoco. Lealtad entre la escoria, ahora s que lo he visto todo. Hoy ha sido un día largo, intenso, pero no en e buen sentido. *Lo que yo llamo un día de mierda, vaya.*

—¿Dónde estabas anoche, tío? —le pregunta Jared a Aiden con e sonido de la carretera de fondo.

Jared es el que conduce, Aiden va detrás y yo de copiloto. No m gusta nada lo de no ir en mi moto. De hecho, la única persona con l que quiero compartir coche es Anastasia. Aunque tendría un gra problema porque su maravilloso culo tendría que ir sobre mi regazo No puede pretender sentarse a mi lado sin más, que no soy de piedra.

O sí, según se mire.

—¿Disculpa?

—Anoche, te llamé y no me lo cogiste. Cuando te fuiste parecía tener prisa. ¿Dónde estabas?

—Por ahí.

Por ahí, repito en mi cabeza.

—¿Y eso dónde queda? —Jared se cruza de brazos, perspicaz.

—¿Tengo que darte explicaciones de todo lo que hago, capullo ¿Desde cuándo? —pregunta Aiden, críptico.

—Callaos —pido.

Una de las mujeres más fuertes que conozco me ha llamad proponiéndome algo que todavía no sé si me parece bien. Ya se h hecho de noche, pero nosotros tres todavía tenemos mucho trabajo. *A veces mis días largos son eternos.*

—Lina, no quiero forzarlas a nada —le digo por el manos libres.

—No es lo que estás haciendo. Varek, ellas quieren ayudar —insist Lina—. Evangeline habla muy bien, ¿sabes? Creo que sería capaz d

venderle un abrigo a un esquimal.

Jared se ríe tras el volante y le lanzo una mirada asesina.

—¿Y no crees que habrá algún problema con que seamos tres hombres? —pregunta Aiden, crítico como de costumbre, analizando la posibilidad con frialdad—. Son mujeres a las que un montón de hombres han violentado de formas muy asquerosas, que renieguen de nuestro género por completo sería una reacción habitual. Al menos durante un tiempo.

—Quizá habría pasado si Evangeline no hubiera estado hablando de Varek como su dios. En serio, te está convirtiendo en una superestrella. Quizá te hagan la ola cuando llegues.

—Entonces nosotros seremos los bailarines que lo acompañan —dice Jared entre risas.

—Yo no sé bailar —admite Aiden.

Corto la llamada antes de tener que cargármelos a los dos.

—Vamos a pasar por delante de la casa de Anastasia, así que pararemos un momento, ¿de acuerdo?

—No nos pilla de camino y ya vamos tarde —frunce el ceño como si no entendiera de lo que hablo.

Dejo que el silencio amenazante hable por sí solo y tras mirarme de reojo despacio, asiente. Aiden baja la ventanilla como si Jared se hubiera cagado encima y tuviera la necesidad de ventilar el vehículo. Si fuera un tío que sonríe, ahora lo habría hecho.

En cuanto llegamos casi arranco la puerta del coche para salir.

Anastasia me pidió que mis hombres dejaran de acosarla, dijo que no quería ver a un extraño aparcado delante de su casa día y noche. Acepté al ver por las cámaras que de verdad le ponía muy nerviosa. No quiero torturarla.

Al menos, no así.

He de reconocer que tengo unas cuantas alarmas repartidas por su casa que enviarían a alguien de mi confianza en cosa de minutos aparte de mí, claro está.

Y que, en el trayecto del trabajo a casa y viceversa, tiene vigilancia. La siguen de lejos, para que no se percate.

Además, volviendo al edificio encantado en el que vive, digamos que cuenta con unas buenas barreras de seguridad. Nadie podrá colarse. Nadie. La única manera que tendría un pirado de entrar es que ella le abriera la puerta. Y Anastasia nunca haría eso.

Sonrío nada más verla. Está en el sofá, leyendo. *Mi pervertida rata de biblioteca.* Antes de cruzar todo el jardín me giro hacia mi coche y lanzo una mirada asesina a los dos cotillas, que suben la ventanilla para conservar la puta cabeza sobre los putos hombros.

En serio, estaba mejor solo. Decido llamarla porque estoy desesperado por oírla. Me gustaría todavía más sentir cómo se corre en mis dedos, en mi boca, en mi polla o en cualquier puta parte de mi cuerpo, pero con su voz me conformaré.

—¿Con cuántas te has obsesionado antes que yo?

Anastasia despliega un adorable ataque de celos en mi cara y por poco atravieso la ventana. Quiero comérmela. Quiero casarme con ella y hacerle mil hijos.

Lo necesito.

Todo.

Ahora mismo.

Me pregunto si se da cuenta de que está mostrando mucho interés en mí y de que no parece poder resistirse a hacerlo. Yo le respondo a todo, porque no hay ni una sola parte de mí que no esté dispuesto a enseñarle. O a obligarle a ver.

—Año y medio.

Sus labios de puro caramelo se quedan abiertos de forma obscena cuando se le desencaja la mandíbula. La polla se me pone dura como una piedra y casi atravieso los pantalones y el cristal con ella.

—Sigue mirándome así, Corderito… —Y voy a perder la puta cabeza.

Y voy a hacértela perder a ti.

Habría jurado que no tenía corazón. Pero aquí está, latiéndome como loco por Anastasia Valestri. La mujer que me lo ha robado sin dejarme ni un solo pedazo para mí.

Jared me grita desde la calle y me arrepiento de no haberle arrancado la tráquea cuando tuve oportunidad. Aunque nunca lo admitiré, el desgraciado tiene razón, tenemos mucho trabajo y no puedo quedarme más.

Corto la llamada y veo el deseo en los ojos de mi Corderito, pero esta vez tengo que ignorarlo.

Entro en el coche feliz y cabreado a la vez. *Soy un tío complejo.*

—Por un segundo he pensado que ibas a cantarle una serenata –dice Jared.

—¿Te arranco la cabeza de los hombros?

—¿Por qué? ¿Necesitas un jarrón para meter las flores para tu chica?

El tío no se amilana y arranca. *Será soplapollas*.

CAPÍTULO 82

El verdugo



Llegamos al refugio un rato después. Jared y yo con la cara un poco partida, pero llegamos. Lina nos recibe en la puerta.

—No he podido convencerla para que lo dejara estar —dice a modo de saludo en cuanto me bajo del coche.

—Ya, ya... Vas a dejarla dirigir el refugio a este paso, Catalina.

—Eh, no me culpes a mí, tú también eres un blando con ella.

—Yo no he sido blando con nadie en mi puta vida.

Aiden y Jared carraspean dejándome en mal lugar.

Al pozo, hoy los tiro al pozo.

Aunque tienen razón, con Anastasia sí me ablando.

—¿Le has dejado claro a Evangeline que, en cuanto yo lo diga, la reunión se acaba y que no podrá volver a sacar el tema nunca más?

—Sí —se apoya en mi hombro para sacar la cabeza y dirigir la mirada a quien hay a mi espalda—. Hola, Jared. ¿Cómo estás, Aiden?

—Muy bien, Lina, buenas noches.

—Es un placer para mí volver a vert...

—¿Lo ha entendido? —interrumpo a la caballería de Jared y sus chorradas cordiales—. ¿Dejará el tema?

—¿Y yo qué sé? ¿Te crees que esa chica me escucha más que a ti?

Lina impone un huevo y un grito suyo sería capaz de callar a cualquiera. Pero Evangeline es peculiar. Justo por eso considero que esto es un error.

—¿Pero sabe que ya puede volver a su vida de antes? —insisto refunfuñando—. ¿Que puede olvidarse de todo esto? ¿Dejarlo atrás?

—Como iba diciendo, es un placer volver a verte, Catalina —oigo decir a Jared, antes de mirar por encima de mi hombro y verle besando la mano de Lina—. ¿Vas a entrar con nosotros?

—No puedo, tengo que hacer el último entrenamiento del día con el resto de las chicas. Pero me encantaría. Estoy segura de que irá bien.

Yo no, joder.

Recorro a zancadas la hilera de losas irregulares de piedra pálida medio hundidas en la hierba. Entre las losas asoman pequeñas flores blancas y diminutas que me recuerdan a las perlas que llevaba Anastasia rodeándole el cuello la noche de Halloween.

Tomo el desvío y voy hacia la biblioteca, donde celebramos todas nuestras reuniones. Para llegar a ella, en el lateral del refugio recorremos dos hileras de árboles jóvenes con troncos altos y finos. Veo a Evangeline.

Está parada frente a la puerta de entrada y en cuanto nos ve, echa a correr. Nos alcanza enseguida.

—Quieren darte información… *Vance* —dice Evangeline creyendo que Jared y Aiden podrían estar aquí sin ser de fiar. *Inocente*—. Hay algunas que recuerdan más que otras y algunas que están más dispuestas a revivirlo que otras. Pero todas son muy valientes. Son increíbles y tenéis que escucharlas.

—Nos morimos de ganas —dice "Jance".

—No las presionaremos —sigue "Ailan".

Yo, "Vance", prefiero no decir nada porque si sale algo de mi boca será un «no» tan grande como una catedral. *Ya lo han pasado muy mal, joder*. Echo a andar y ellos me siguen.

—Esperad, esperad —alerta Evangeline, cortándonos el paso en los cuatro escalones que nos separan de la puerta—. Todavía os falta el pase.

—¿Necesitamos un pase VIP?

Ay, la hostia.

Evangeline saca de su espalda lo que había estado escondiendo todo este rato. La capa de Superman, el cinturón y la insignia.

—¿Y esto? —pregunta Aiden.

—Les he hablado muy bien de *Vance* y creo que se sentirán más cómodas si empiezan a verle como le veo yo. Perdonad que solo tenga un disfraz. Quizá os querríais quedar fuera —suelta con la sutileza de una jirafa en patines, lanzándoles una mirada que los invita a irse.

Oigo la risa de Aiden a mi espalda.

—Son de fiar, Evangeline. Saben que no me llamo Vance.

—*Ahhhh* —tras analizarlos con su visión de rayos x, les sonríe abiertamente—. Entonces encantada. Toma, para ti la capa y para ti el cinturón. ¡Venga, venga, os están esperando!

—¿Pretendes que atraviese la puerta o me vas a dejar abrirla? —le gruño cuando está a punto de estamparme contra la puerta mientras

me pego la «S» en la sudadera.

Lina la está entrenando de lo lindo porque esa fuerza no la tenía hace semanas. Casi me dejo ahí los dientes.

En cuanto entramos en la sala, maldigo todo lo maldecible. Al no esperar que nadie más viniera conmigo —culpo a Lina por ello— algunas se encogen cuando nos ven llegar. *Normal, joder, somos tres armarios y algunas de ellas todavía están muy heridas*. Otras parecen muy sorprendidas por nuestra ridícula apariencia.

—Este es Varek. —Evangeline me presenta como si fuera el payaso que ha venido a su fiesta de cumpleaños, la visita que estaba esperando con más ilusión—. Y ellos son…

—Aiden.

—Jared.

Se hace un silencio raro y bastante ridículo, dadas nuestras pintas.

Decidimos tomar asiento y aceptar todo lo tenso e incómodo que va a ser esto. Evangeline muestra una empatía desbordante y no presiona a nadie, solo habla de lo agradecida que está a lo que hice y a lo que Lina sigue haciendo. Me da un poco de corte oírla decir esas cosas de mí. Imagino que las víctimas están muy agradecidas, claro, pero no solemos tener tiempo de escucharlas decir hasta qué punto.

El silencio que sigue sus palabras se expande hasta el último extremo de la sala, hasta que Aiden lo rompe.

—Hace cinco años estaba prometido. Iba a casarme con una mujer increíble… hasta que un día atracaron el banco cuando ella estaba dentro. El grupo la cogió como rehén. La… la violaron entre cinco y después la mataron, dejando su cuerpo tirado en un callejón como si fuera basura —explica causando horror en todos los presentes, incluso en los dos que ya conocíamos la historia—. Ni que decir tiene que encontré y maté a esos cinco desgraciados. No paré hasta dejarlos irreconocibles, hasta que no había nada que pudiera sostenerse en pie. Pero no me quedé solo ahí. Eran de una banda. Maté hasta el último de ellos.

Sé que no se limitó a matarlos.

Primero se convirtió en su peor pesadilla. Los torturó hasta que no eran más que cuerpos desmembrados. Entonces acabó con su existencia. Tuvieron su merecido, sin duda.

—Ninguno de nosotros puede borrar lo que os han hecho pasar —concluye Aiden—, pero sí podemos dar cierre a este capítulo de vuestra

vida y al mismo tiempo, asegurarnos de que no se lo hacen a ninguna otra mujer.

—Yo recuerdo a un hombre —interviene una chica de pelo corto y ojos llorosos, con varias cicatrices en la frente y el pómulo izquierdo— Era mayor, no estaba la noche que nos rescatasteis. Él... siempre parecía triste. Al principio creí que no... —se le endurece el rostro— Pero disfrutaba haciéndome daño. Mucho. Y luego se lo hacía a sí mismo.

—Nathaniel —decimos Jared y yo al unísono.

—Ya está muerto —corrobora Aiden.

—¿Los vais a matar a todos? —pregunta otra mujer, alrededor de los treinta y cinco, con unas marcas salvajes en cuello y boca.

—Sí —respondemos al unísono.

A algunas se les ilumina el rostro. A otras les horroriza.

A mis ojos, las cárceles están para personas que cometen errores, no para animales que hacen salvajadas. De esos últimos me encargo yo.

—¿Pero eso no es injusto? —pregunta una pelirroja de las primeras filas, con la mirada vacía—. La muerte es rápida. Tendrán una paz que no merecen.

—Su muerte no será rápida, te lo aseguro. Será lenta, agónica y lo peor que han sentido en toda su vida —digo y decido cortarme un poco tras oír algunos jadeos de miedo. Carraspeo—. Es la única manera que tenemos de asegurarnos de que no se escapan por la tangente por ser quienes son. De que no volverán a hacer nada parecido nunca más.

—Yo recuerdo a un hombre —dice una voz muy floja al fondo de la biblioteca.

Poco a poco se van abriendo y conseguimos tres nombres nuevos. En mayor o menor medida, todas mencionan a Logan. Es evidente que el catador de vino quiso darle un sorbo a todas las copas con tal de asegurarse de que la mercancía era buena.

Algunas se irán mañana por la mañana, otras se quedarán un poco más por si traemos a nuevas víctimas estos días, y otras quieren seguir los pasos de Evangeline. Por supuesto, les dejo claro que esa última opción no es una carta que esté en la baraja y que las plazas de mi equipo están cubiertas. Algunas se desilusionan, otras parecen más motivadas para hacerme cambiar de opinión.

La virgen.

CAPÍTULO 83

La ruina

Me contoneo y hago lo que puedo para que entre por completo Hasta el final.

—*Vamos…* —jadeo.

Tú puedes… tú puedes… ya casi… No. No hay manera. Apenas me cabe. *Joder, estoy empapada.* Jadeo con la respiración entrecortada y muevo el cuerpo para favorecer el asunto. Conseguir lo que tanto ansío Pero no.

Siempre he sido muy estrecha, pero no de caderas, así que cuando e pantalón no me sube tras cuatro minutos intentándolo, lo descarto y me busco otro. Me seco el sudor de la frente y termino eligiendo un vestido.

—No es esta la clase de ejercicio que le gustaría hacer a una por las mañanas —admito en un susurro malhumorado, porque a nadie le gusta que un trozo de tela la llame culona.

O sí, depende de como se mire.

Puede que esté cabreada por otra cosa. Puede que esta noche me haya despertado a mitad de un sueño erótico y al abrir los ojos no haya encontrado nadie a los pies de mi cama, por ejemplo. O puede que tenga que ver con que deseo tener una polla dentro de mí.

Pero no cualquiera.

La polla de Varek Kaelven.

Ya en mi oficina, entre las cartas por abrir que hay en mi mesa, veo una sin remitente. Me avergüenza admitir que he saltado muy rápido a

por ella. El corazón me da un vuelco cuando veo una foto mía de esta mañana. Le doy la vuelta y leo.

Estabas muy guapa. Me dan ganas de probarte.

Como si no lo hubieras hecho ya. Ruedo los ojos y me convenzo de que sigo cabreada con él. Guardo la foto en el cajón y me olvido de mi acosador. En la medida de lo posible.

Una hora después recibo un mensaje.

Es de Julia. Me pide que vaya a verla al hospital en cuanto pueda. Lo hago en cuanto salgo del trabajo.

Su mensaje no explicaba mucho, pero si ella me necesita, yo me gasto las suelas de las botas corriendo. Ni siquiera me paro a comprar cafés.

Lo único que llevo son dos botellas de agua salidas de la máquina expendedora de mi oficina porque me niego a ir con las manos vacías a ver a una persona que no tiene ni dos minutos para beber en sus larguísimos turnos de mil ochocientas horas diarias.

Llego bastante rápido.

—Hola, niña bonita —dice Zuri, la mujer de tez oscura y pestañas infinitas que además de un encanto también es la que dirige el cotarro de toda la planta del hospital.

—Hola, jefa.

—¿Vienes a por tu otra mitad?

—Ya lo ves. ¿Delilah está bien?

—Más enamorada de mí cada día que pasa.

—No es para menos —le guiño un ojo.

La verdad es que me encantaría quedarme a charlar con Zuri de su mujer o de lo que quiera, porque la aprecio de verdad, pero sigo caminando rápido en busca de Julia porque hay algo que me huele mal.

La encuentro enseguida.

Su cara es un poema cuando me ve y sé que he hecho bien, que he percibido la urgencia como debía.

Echa a andar hacia el ascensor sin esperarme y yo rezo que no sea su manera de darme plantón. La sigo. Por suerte, cuando llego al ascensor, Julia está sosteniendo las puertas para que entre.

Me lo suelta de sopetón en cuanto se cierran, con la tristeza desbordándose en sus ojos.

—El padre de Mason ha muerto.

—*¿Q-qué?* ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Hace unos días. Mason estaba muy raro conmigo y ahora todo tiene sentido. Ha sido de repente, un infarto. Ayer fue el funeral. Me siento fatal. —Se abraza a mí y le respondo con el mismo ímpetu.

—Ya imagino. Es terrible. ¿Era mayor?

—Qué va, no tanto. Mason está destrozado. Creo que va a romper conmigo.

—¿Qué dices?

—No me coge las llamadas. Es una de las pocas cosas buenas que tengo en la vida, Stassie. Él y tú iluminái mis malos días y los buenos también, y si quiere romper…

—Cálmate un segundo —las puertas del ascensor se abren y me la llevo conmigo.

Conozco este edificio como la palma de mi mano, así sé dónde están las salas de descanso.

—Vamos, siéntate —le doy pañuelos y meto una moneda en la máquina del café porque el agua no parece suficiente para una situación como hoy. *Joder, tendrían que tener tequila en esta máquina*. Mientras el café sale de la máquina yo me siento frente a ella en la mesa y le cojo las manos—. Mason no va a romper contigo. Solo está pasando por un mal momento, es normal que necesite espacio. Y tiempo. ¿Quién no lo haría en su situación?

—Ya, pero son estos momentos en los que la pareja se une más, ¿no? ¿Tú qué crees?

—Que no estoy capacitada para dar consejos de pareja, pero aun así puedo asegurarte que lo que vi la noche de Halloween fue a un chico muy interesado en ti. Para empezar, ¿quién se pone una lentilla de color blanco en el ojo con lo que molesta llevarlas? ¿Y todas esas vísceras repugnantes de zombie medio putrefacto? Juls, está coladito por ti, nadie se toma tantas molestias porque sí.

—Vale, sigue hablando.

—Además, vi como te miraba cuando quisiste comprar algodón de azúcar. Fue más o menos como miraste tú al carrito del vendedor.

—Y no se quejó cuando veinte minutos después quise comprar almendras garrapiñadas.

—¿Que hiciste qué?

—No solo eso, encima me las pagó y me dejó soltarle la lata sobre lo bien que nos lo hemos pasado juntas todos estos años en Halloween –

sonríe de oreja a oreja—. Nunca se queja cuando le hablo de ti y estoy segura de que soy un coñazo.

—Como tu mejor amiga y dueña de ese cariño, estoy segura de que sí que lo eres. —Ambas nos reímos y le limpio las lágrimas antes de ir a por su café y pulsar el botón de nuevo para que caiga otro para mí.

Vuelvo a sentarme, le doy un trago a esta desgracia de brebaje y rezo para que nadie nos interrumpa la charla.

—Eres la mejor. ¿Entonces crees que en un par de semanas volverá a dejarme entrar?

—Seguro que sí. Si no, antes. Mientras tanto, puedes usarme a mí como distracción. No voy a ofenderme. De hecho, ¿quedamos el sábado por la tarde para ir a por libros? Me estoy acabando uno y ya no me quedan más en la recámara.

—El sábado no puedo.

—¿Y eso?

—La policía me necesita para… —se limita a decir poniéndose un poco blanca.

Sé que no me puede hablar de los casos en los que ayuda, pero me sorprende que siga poniéndose tan nerviosa cuando nunca me he pasado de la raya pidiéndole que me explique cosas que no puede contar. *Fuera del sexo me gustan los límites, ¿por quién me toma?*

Le cojo la mano y se la estrecho.

—Admiro tu fortaleza, ¿te lo he dicho alguna vez?

A mi mejor amiga se le llenan los ojos de lágrimas a la velocidad de la luz y aunque le tiembla mucho el labio inferior, no derrama ni una sola.

Lo dicho. Una puta jabata.

Varios días después…

CAPÍTULO 84

La ruina



Al llegar a casa después me pongo la peli de miedo que Juls y yo vimos dos veces la noche de Acción de Gracias.

Desde pequeña supe que muy normal no era. No cuando las cosas que adultos describían como aterradoras o asquerosas a mí me hacían sentir cosas agradables.

Pero es que mi casa daba miedo y esas películas me hacían sentir a salvo. Eran igual de perturbadoras que mi realidad, pero yo las elegía. Al principio me culpaba porque el miedo me hiciera sentir tan viva. Pero desde que me mudé a Seattle y conocí a Juls, una obsesa del cine terrorífico y gore, la cosa cambió.

Aun así, tengo que reconocer que la presencia de Varek en mi vida ha vuelto a cambiarlo todo. A mejor. Supongo que nunca he temido a un monstruo porque yo también tengo uno dentro. Al menos, así es como me hicieron sentir de pequeña. Ahora lo normal me adormece y lo incorrecto me despierta.

Me gustan las cosas rotas. Los lugares abandonados. Las historias macabras. No es postureo, es que la oscuridad me parece honesta.

Las sombras no mienten.

Quizá debería dejar una nota a mi mejor amiga por si algún día aparezco muerta. «No soy la típica zumbada que no huye del asesino porque quiere ver si está buenorro bajo la máscara. Yo intenté huir de él, llamar a la policía y... y luego me corrí en su cara un millón de veces porque de hecho, sí, la tiene bonita». No sería una gran carta y desde luego, no sería apta para todos los públicos.

Veo It tras prepararme unas palomitas y luego me pongo a releer uno de mis libros favoritos porque necesito mantener la cabeza ocupada y la casa se me está cayendo encima.

No es mi culpa, es la necesidad que me corroe. Mi corazón se salta un latido al oír que tengo un nuevo mensaje, pero lo disimulo genial.

Número oculto: Sube al piso de arriba.

—Nop —digo en voz alta sin apartar la mirada de mi libro.

¿No se dedica a espiarme? Pues que vea bien la peineta que le estoy haciendo y la disfrute con salud.

Número oculto: Anastasia.

—Vaya, recuerdas mi nombre, qué detalle. ¿Qué ha pasado con eso de oveja? ¿Ya te has cansado del mote? ¿Ahora soy solo «Anastasia»?

Ni siquiera sé por qué estoy tan rabiosa. Bueno, sí lo sé.

Porque lleva días desaparecido y la última vez que nos vimos fue a través de mi ventana. Yo estaba sentada justo donde ahora y él se marchó cuando no quería que lo hiciera.

Y admitirme eso me cabrea horrores.

Pero es la pura verdad. Una que me hace sentir culpable por desearle tanto. Porque sé que incluso después de todas las locuras que ha hecho, yo estoy a sus putos pies.

De rodillas.

Número oculto: Se me está acabando la paciencia.

No es una amenaza sanguinaria, violenta y espeluznante, pero me levanto porque sé muy bien de lo que es capaz. Varek es un experto a la hora de matar a alguien de un solo vistazo, sin decir ni una sola palabra. ¿Si te amenaza? Oh, entonces ya estás perdida del todo. El móvil me vibra cuando dejo el libro.

Número oculto: Sube al piso de arriba.

Sí, hombre. Es lo que diría alguien sensato. Pero yo soy cualquier cosa menos eso, así que mis pasos me llevan hasta la entrada, hasta la escalera y la puerta que siempre tengo cerrada a cal y canto.

Salvo que hoy está abierta del todo. El cartel de «mal rollo» de Jul es lo que la sujeta para que no se cierre. *Qué irónico.*

Me muerdo el labio y alcanzo el primer escalón. *Quiere que suba arriba. ¿Para qué? ¿Cuánto tiempo lleva él ahí? O, ¿está siquiera? Quizá me ha dejado otro de sus regalos.* Llego a lo alto de la escalera

con las manos temblorosas y tratando de dar con la razón por la que me quiere arriba.

No tendría mucho sentido que me asesinara después de todo e acoso. Sería como regar una planta para que crezca y en cuanto empieza a hacerlo, provocar que se muera. Una irracionalidad... *¿no?*

Estoy muerta de miedo, pero me encanta. *¿Va a asustarme? ¿Algo peor?* Mi ropa interior está empapada de deseo y por si fuera poco, se me está clavando de una manera que caminar se vuelve algo mucho más difícil e interesante. *Tengo que replantearme si sirve de algo que la use. A estas alturas, ya no estoy muy segura.*

El aire aquí arriba es frío y todo está muy oscuro. El mal rollo de este lugar sobrepasa todos los límites habidos y por haber. Mis pasos me llevan hasta la última puerta por instinto y porque es allí donde encontramos las velas y las rosas negras la última vez. La puerta está entornada, así que solo tengo que empujarla con los dedos.

Pero esta noche no hay velas. Ni rosas. Solo una camisa de fuerza en el suelo.

Doy un paso atrás, pero la puerta se cierra a mi espalda. Varek chista la lengua.

—¿Querías cambiar de parecer?

—No.

—Bien, porque no voy a dejarte marchar.

—¿No? El otro día lo hiciste sin que tuviera que pedírtelo.

Tonta de mí. ¿Por qué se me escapan las palabras así de directas y vulnerables? Su ego crece y su altura también. Es evidente que se siente muy bien consigo mismo. Varek y su olor a humo especiado se acercan a mí como si estuvieran acechándome.

—Yo también te he echado de menos.

Quiero decirle que yo *no* he dicho eso, pero mi sexo ha palpitado callándome la boca.

—¿Sabes lo que ocurrió aquí realmente? —pregunta.

La policía descartó las nuevas pistas. Eran falsas. El padre de familia fue el que trajo la Parca y la desgracia a esta casa. Punto. Recuerdo lo que comprendí hace días:

«Es evidente.

Aquella noche los agentes dijeron que alguien de su equipo se había topado con nuevas pruebas de casualidad. Entonces Varek llegó y me impuso el castigo. SERÁ CABRÓN. Él fue la persona de su equipo que encontró las supuestas pruebas.

Anastasia: ¡¡Mandaste a la policía a mi casa aquel día!! ¡¡Reabrieron el caso por tu culpa!!

Número oculto: vamos, Corderito, no puedes enfadarte porque quisiera un poco más de ti».

Recordarlo me irrita lo suyo.

—¿Lo sabes, verdad?

Asiento despacio.

Su voz en mi oído es un arma sexual contra mis defensas. Está sirviendo como un taladro de pulsaciones machacándome el clítoris.

—¿No crees que ya es hora de purificar este lugar, Anastasia? ¿De quitarle todas las malas energías?

—¿Y eso vamos a hacerlo con una camisa de fuerza? —pregunto con la lengua seca, sin poder apartar la vista de la prenda que hay en el suelo.

Es la típica que he visto en las películas de terror, con la diferencia de que esta tiene parte de la espalda descubierta y un arnés sexy en el cuello. La idea de no poder usar las manos, de que me domine a ese nivel, me da mucho miedo.

Y me excita al mismo nivel.

Varek cruza su brazo sobre mi abdomen y una de sus enormes manos se mete tras mis pantalones, y después, bajo el encaje. Arqueo la espalda contra su pecho.

—Vas a desnudarte y a quedarte solo con eso —empieza a tocarme sin llegar a meterse dentro de mí—. Vas a ponerte a cuatro patas y a dejar que te folle este precioso culo. —Me muerde el lóbulo, le da un último toque a mi clítoris y me arrebata la fuente de placer para darme la vuelta y cogerme la cara con la mano húmeda—. ¿Qué me dices?

Mi corazón late con fuerza desmedida cuando trago saliva.

—Si quieres que me desnude y me ponga a cuatro patas… oblígame.

CAPÍTULO 85

La ruina



La furia lujuriosa se refleja en su mirada esmeralda, gélida y poderosa. Se me encoge el estómago cuando, de un tirón, Varek baja mis pantalones y mi tanga dejándome sin nada. Me desnuda de cintura para abajo y luego pone uno de mis pies sobre su hombro, solo para tenerme bien abierta y contemplarme.

Si las miradas mataran, yo ya estaría muerta.

Un músculo palpita en su mandíbula cuando se yergue de nuevo y dudo si voy a correrme sin que me toque. Es posible.

Me lo quita todo y mientras se cierne sobre mí mirándome como si fuera su obra de arte favorita, ataca mis pechos con la boca y los dedos hasta que mi cuerpo se retuerce de placer. Él sonríe de forma arrogante y lleva otro dedo a mi muslo. No a mi sexo, sino a mi muslo, como si supiera que ya estoy goteando por él. Y así es. Algo oscuro se crispa bajo su sonrisa maliciosa.

Me rodea para coger la camisa de fuerza y oigo ese sonido a mi espalda, ese que sale de su boca cuando se chupa el dedo.

—Pero mírate, Corderito —susurra rozándome el cuello con la nariz —. ¿Vas a correrte antes de que empecemos?

—N-no. Para nada.

—Bien —se pone serio—, porque no puedes. No puedes correrte hasta que yo te lo diga o habrá un castigo.

Me pregunto si el castigo tendrá que ver con la tienda de campaña que se ha formado en sus pantalones.

Trago saliva y asiento. Varek me pone la camisa de fuerza y mientras lo hace, nos retamos con la mirada. Mis fuerzas cada vez flaquean más, pero soy muy orgullosa como para no ocultarlo. Lo cierto es que funciona como una camisa normal y corriente, con la diferencia de que al final me ata los brazos a la espalda.

Quién me iba a decir a mí que esto podría ser tan excitante.

Varek aprieta tanto que no existe ninguna posibilidad de que me escape. Después me abrocha y ajusta el arnés del cuello. Puedo respirar bien, pero menos que antes. Bocanadas menos profundas. Eso me acelera aún más el corazón.

—No hables si no te lo ordeno. Si no, habrá un castigo.

Me paso la lengua por los labios, dejándole claro lo que pienso de sus amenazas. Nunca me he sentido tan viva.

—Arrodíllate.

—Tú a mí no me mandas.

Jadeo de la impresión cuando me da la vuelta y me lleva él mismo hasta el suelo. En cosa de segundos me deja a cuatro patas, pero apoyando los hombros en el suelo, en vez de las manos, y con el culo alzado de forma obscena sin que yo haga nada. *Varek*. La única razón por la que no me he comido el suelo con la cara es porque me ha cogido del pelo frenando el golpe.

Me separa las piernas, me abre como quiere y me mete la lengua en el coño con la misma violencia.

Chillo mientras él resbala por los pliegues de mi sexo haciéndome temblar de necesidad. Varek me lleva hasta las puertas del orgasmo y gimo sintiendo cómo me tiemblan las piernas. Aparta la boca de mí para torturarme y gruño frustrada por lo que he perdido. Él suelta un gruñido de placer.

—*Capullo*.

—¿Sigues hablando, Corderito? Acatarás las normas por las buenas o por las malas —sus dedos resbalan por mi clítoris con la rapidez de un puñetero limpiaparabrisas revolucionado. Lo único que le hace los coros a mis gemidos son las gotas de humedad que oigo derramándose en el suelo.

Me estremezco ante el creciente placer. Me veo obligada a morderme el labio inferior con tal de no suplicarle como una desesperada. Entonces se detiene y esta vez no hablo. Solo emito un gemido lloroso que me sale del alma.

Ladeo la cabeza para lanzarle una mirada asesina, pero no alcanzo a verle. Oigo el tintineo de su cinturón y poco después lo siento. Su polla. Abriéndose camino a través de mi centro. Dilatándome. Es tan gruesa que cada vez que me la mete siento que me va a romper. No quiero fiarme, no quiero hacerme ilusiones. Pero llega tan adentro que mi coño llora de felicidad. Es justo lo que quiero. Es todo cuanto necesito.

—Eso, empápame bien la polla, así te dolerá menos.

Cuando me la saca estoy a punto de romper en sollozos desgarradores.

Me deja vacía. Desamparada. Y quiero llamarle de todo. Insultarle a gritos para que todos los vivos y los muertos del planeta me escuchen.

Puede que mi visión sea reducida, pero soy muy capaz de hacerme una clara idea de lo que lo está haciendo respirar así. No me está tocando, pero suelta gruñidos guturales, dignos de una bestia. El roce húmedo, rítmico de su mano. El sonido de la piel moviéndose, lento constante.

Se está masturbando. Muevo el culo hacia él, pero su otra mano mantiene mi cadera firme.

—Esto es lo que pasa cuando te ganas a pulso que te castiguen Anastasia —su voz es gutural, áspera por el placer que se está dando.

Junto las piernas con tal de conseguir una mínima fricción, pero él no me deja. Odio la puta camisa de fuerza y cuando tenga las manos libres, pienso matarlo. Lo oigo gruñir mi nombre y eso casi me detona. Siento el cálido semen caer sobre la parte baja de mi espalda hasta el principio de mi culo.

—Tendrías que verte. Estás preciosa.

Gimo llorosa. Incluso con lo cabreada que estoy, lo mucho que lo odio y la frustración sexual que llevo encima, sus halagos me ponen las mejillas rojas.

—Bien, ahora que sabes lo que pasa cuando no acatas las normas vamos a empezar otra vez. —Espera a ver si respondo, pero no emito ningún sonido porque no ha hecho ninguna pregunta directa—. Buena chica.

Me estremezco con el cumplido. Él se acerca a mi culo y noto lo húmeda que tiene la mano que me roza para abrirme bien. Trago saliva. Estoy hecha un desastre y apenas me tengo en pie, pero él no para de decirme lo guapísima que le parezco.

Varek me mete un dedo, despacio, mojándolo bien en el semen primero.

—¿Habías hecho esto alguna vez? Responde con sí o no.

—No —gruño retorciéndome de gusto.

La sensación es extraña, apretada, pero una ráfaga de viento podría hacer que me corriera ahora mismo.

—Buena chica —esta vez es como si me succionara el clítoris directamente.

Oigo su sonrisa en el ambiente la siguiente vez que me ve suplica rota entre gemidos. El tío es un sádico de cuidado. Varek lleva la punta de su polla a mi coño para empaparse de nuevo, como si supiera que yo no he parado de gotear. Después la lleva hasta mi culo y avanza despacio.

Chillo de la impresión cuando su glande me abre poco a poco Parece haber un muro infranqueable.

—Esto solo funcionará si te relajas. Si no, tendré que parar Corderito —lleva la mano a mi clítoris y me acaricia con los dedos con un mimo que no concuerda con la violencia de antes.

Este hombre es un cóctel sin sentido hecho de dinamita y pétalos de rosa negros. Tenso el culo para que crea que aún no estoy lista y me aprovecho de sus caricias. El lento ir y venir de su larga erección me está volviendo loca y... y... No hace falta mucho más que eso, en realidad.

Me corro como una avalancha.

El placer es una recompensa generosa después de la tortura, una desmedida incluso, pero no me quejo. Solo estallo en mil pedazos y lo disfruto hasta la saciedad. Él no pierde la oportunidad y gruñe al ganar un puñado de centímetros, hasta el punto en que dudo quién ha tomado el pelo a quien.

El orgasmo me deja blanda y maleable, así que al principio no entiendo por qué tira del arnés de mi cuello para castigarme.

—Sé lo que has hecho, Corderito. Eres una listilla, ¿eh? ¿Te creías que no me daría cuenta? —me da un tirón en el cuello que me deja sin aire, pero enseguida me suelta porque le faltan manos y quiere pellizcarme el clítoris como remate.

—*Varek*.

Su polla avanza más, aunque no hay espacio. O lo tiene, pero es muy, muy justo. Es una experiencia nueva. Diferente a todo. Pero, dios me está gustando muchísimo. Varek es tan paciente que casi lo es demasiado.

—Esa es la única palabra que se te permite. ¿Quieres que deje que te corras cuando quieras? —pregunta con voz letal, fría como el acero— Entonces grita.

Lo hago y Varek alaba mi culo. Lo expuesto que lo tengo. Lo abierta que estoy para él. Cuánto le gusta que le dé el control.

Entonces sus palabras se vuelven gruñidos y sus embestidas más rápidas. Me siento segura con él y si esto se lo contara a cualquiera, me

llevarían a un maldito manicomio. Es una suerte que se me haya prohibido abrir la boquita, ¿eh?

El sonido de su pelvis chocando contra mi culo es basto, crudo y violento, pero lo que siento es pura gloria santísima. Está hasta dentro de mi cabeza, obligándome a suplicar en silencio que se corra y me empape hasta el último rincón de mi anatomía.

—Nadie va a tocarte después de esto, Anastasia. Ni tú misma lo harás sin acordarte de mí.

Por encima de mi cadáver le hablo de en quién pienso cuando me masturbo. Su polla es gruesa y una condenada bendición. Pero él es un demonio contra el que pienso luchar hasta el último de mis días.

—No pares —suplico, sin control.

Me gano un pellizco fuerte en el clítoris, pero funciona. Se hunde dentro de mí tanto como puede y se me saltan las lágrimas. El dolor no hace más que maximizar el placer, que es mucho mayor que cualquier otra sensación.

—Llora, si quieres. Me pone ver que todavía te mueres por más.

Me pone los ojos en blanco. Él entra más y más, y no sé si va por la mitad o ya me la ha metido entera, pero yo empiezo a correrme.

Esta vez es como la erupción de un volcán. La lava va saliendo despacio, sin nada que la frene, y el orgasmo se clava tan dentro que le da la vuelta a mi piel y me araña la garganta.

Sigo corriéndome cuando él llega al límite de su puñetera e infinita resistencia. No deja de embestirme y su semen se resbala por mis muslos.

Cuando todavía está dentro de mí y el oxígeno no parece llegarle a los pulmones a él tampoco, tira de la correa de mi cuello y me yergue hasta que mi espalda choca contra su pecho.

—No hay ni un solo rincón de tu cuerpo que no me pertenezca. —Su polla se mueve en mi interior y jadeo.

Si me suelta ahora me caeré de cara, así que me muerdo las ganas de decirle que está flipando. Lo siguiente lo gruñe en mi oído.

—Y yo soy igual de tuyo, mi Ruina.

Me eriza el vello del cuerpo y me estremezco contra él. *Me parece justo*. Varek me abraza y me gustaría decir que lucho, pero no lo hago.

Es evidente. *Me he metido dentro de la boca del lobo… Y no quiero irme*.

CAPÍTULO 86

La ruina



Huele a humo negro del tóxico, del que contamina, del que sale cuando haces cosas malas con el fuego. Y me encanta.

Varek todavía no se ha ido. Nos hemos duchado juntos y lo que he compartido con él bajo el chorro de ducha me ha quitado el hipo de por vida. Ahora ya no solo me mira como si fuera su reina, también me cuida como a una.

Para colmo, se ha empeñado en prepararme algo de cena, pese a lo tarde que es. Lo raro es que me apetece. Lo raro es que me gusta verle en mi cocina. Pero lo más raro de todo es que mis pulmones no se marchitan con el humo tóxico, si cabe, doblan su tamaño.

Solo llevo un albornoz y todavía tengo el pelo mojado, pero quiero tirar del cordón y quedarme desnuda de nuevo.

—¿Sigues espiándome mientras trabajo? —pregunto, creo que porque necesito recordarme las dinámicas insanas de nuestra relación.

—¿Cómo voy a saber sino que tu jefe intentaba propasarse contigo? ¿O que el alcalde de la ciudad te ponía una mano en la espalda como si tuviera permiso? Por cierto, su candidatura acabará la semana que viene por abandono.

Mi corazón se salta quince latidos seguidos. Casi muero en el acto.

Pues claro que fue él. ¿Quién si no?

—¿Les has hecho algo? Hace tiempo que no veo al alcalde. Y está claro que fuiste tú quien se libró de mi antiguo jefe.

—No mato a babosos, Anastasia. Si no, en esta ciudad solo quedarían mujeres.

—¿Por qué lo haces? —me chupo la mermelada de tomate que se me ha quedado en los dedos y él me mira la boca como si fuera lo único que puede saciar su hambre.

Me tiemblan las piernas incluso estando sentada.

—¿Protegerte? Ya sabes por qué. ¿Espiarte? —acerca sus labios a los míos—. Porque me relaja. Saber que estás a salvo me da paz.

—Eso es una incongruencia porque no estoy a salvo contigo.

Me abre las piernas y se coloca entre ellas mirándome desde las alturas. Tiene el pelo oscuro húmedo de la ducha y no debería oler tan bien, ni ser tan atractivo, ni provocarme tantas ganas de besarlo y de desnudarme para él. No debería, pero así es.

—Sabes que el daño que yo te hago te gusta.

—Puede, pero eso no hace que seas menos peligroso. Te he tenido miedo muchas veces en el pasado y a ti eso te la pone dura —bajo la mirada hacia su pantalón, anhelando tenerle en la mano, en la boca o dentro de mi cuerpo.

Estoy sonrojada cuando me coge de las mejillas para alzarme la cabeza.

—No me gusta que me tengas miedo porque creas que voy a hacerte daño. Me gusta ver cómo me cedes tu control, como dejas que todo dependa de mí. Me gusta el deseo que te deja jadeando y también que temas, con todo tu ser, la verdad que revelo de ti misma. —Me muerde el cuello y ahora sí, una bonita erección sobresale de su pantalón y allí es donde llevo la mano.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque no necesitabas que te lo dijera. Tú esto ya lo sabías. Los hombres a los que mato nunca dan opción a sus víctimas y yo siempre te la he dado.

Sí, cada una de las veces, me dejó una salida para que la tomara si quería. Quizá en algunos casos no era muy obvia, pero yo la veía. Es algo que sigo sin querer admitirme a mí misma, pero que es la pura verdad: yo he permitido esto.

—A ellos no les importa su placer. Yo en cambio solo vivo por el tuyo.

Acaricio su erección por encima del pantalón y él junta nuestras frentes.

—Me gusta que hables así —siento cómo se calienta más, cómo se le pone más dura y larga.

—Nunca te dejaré escapar.

Abro los ojos como platos y me quedo petrificada. Paralizada, fría y puede que muerta. Es como si un juez acabara de dictar sentencia delante de mí sin que hubiera abierto la boca, ni hubiera podido presentar mi alegato.

Señoría, impugno el juicio.

—T-t-tú no puedes decidir eso por mí.

—No vas a dejarme —insiste, ahora en mis labios, llevando mi mano de nuevo a su entrepierna, tocándose con ella.

Me roza la boca en una caricia húmeda en la que pronto intervienen nuestras lenguas.

—Te repito que… —me quedo a medias porque tanta química y deseo me están atrofiando el cerebro.

—Si quieres que salga de tu vida, tendrás que matarme.

El corazón turbio que tengo se me contrae ante la idea de que no estar a mi lado le suponga un dolor tan incontrolable. Pero mi cerebro es el que toma las riendas:

—Eso es manipulación.

—Está bien. Si no quieres estar conmigo, yo mismo haré los honores.

La idea me horroriza hasta la médula y me niego a admitirme por qué. Todo era más fácil cuando me creía las mentiras que yo misma me decía, asegurándome que le odiaba.

Desvío la mirada hacia uno de mis cuchillos, uno de los que se clavó en la bata de seda que luego tuve que tirar, uno de los que no me robó.

Varek alarga la mano, lo coge y lo pone entre nosotros, con el mango en mi estómago y el filo apuntando al suyo.

—¿Qué estás haciendo? —jadeo nerviosa.

—Me parece que necesitas que te demuestre qué es lo último que quieres que haga en realidad —dice con total seriedad y calma— Aceptarlo de una vez.

Sé que sería capaz de hacerse daño por esto. Mucho. Quizá llegar hasta el final.

—Para —gimoteo empujándolo hacia atrás—. Una cosa es que quiera decidir por mí misma cómo mierda vivir mi vida y otra muy distinta es que quiera verte morir en mi cocina. Idiota.

El insulto le curva la sonrisa torcida y lobuna. Vuelve a acercarse pero dejo caer el cuchillo al suelo como medida de seguridad. Cuando alarga la mano hacia otro, se la sujeto.

—*¡Para!* ¡Basta ya!

Me coge en brazos y me empotra contra la nevera haciendo saltar algunos espeluznantes y tétricos imanes.

—La Caperucita no debería querer salvar al lobo feroz —susurra en mi boca.

—Tú no te haces pasar por una ancianita indefensa para apuñalar por la espalda. Tú enseñas los dientes y si atacas, lo haces de frente. Es

evidente que el libro ha cambiado mucho —trago saliva—. ¿Por qué no alterar también el final?

Mueve las caderas abriéndome el albornoz y rozándose contra mi sexo expuesto. Le beso y me pierdo en su boca agradecida por la forma en que mi atolondrada cabeza se calla durante más de un segundo y medio.

Suena algo molesto que no sale de nuestras gargantas. Tardo un poco en entenderlo.

—Tu móvil —gimo.

Él no parece oírlo. Ni a mí. Está muy ocupado comiéndose con los ojos cada centímetro de mi piel y metiéndome una pierna entre las mías. *Madre mía si es como si no me hubiera visto desnuda nunca en la vida*. Es como si solo tuviera ojos para mí. Mi sexo palpita con fuerza, recreándose en todo su poder.

—*Varek*.

Exhala y pega su frente a la mía. En la pantalla leo el nombre de Lucas. *Me acuerdo de él*. Varek no quiere descolgar, es evidente, pero no quiero ser yo la causante de que una mujer en apuros acabe muerta.

—Cógelo.

Obedece y siento un gustillo calentito recorriéndome las venas por ser la que da las órdenes por una vez.

—*¿Qué?* —ladra acariciándome el costado con devoción, subiendo el pulgar hacia uno de mis pezones—. Estoy ocupado. —Se inclina hacia mí para besarme el cuello cuando se frena a medio camino—. ¿Vas en serio? ¿Cuándo?

Noto cómo todo su cuerpo se enfría. Cómo se tensa, pese a que se niega a soltarme. Intento bajar hasta el suelo porque estar cachonda de manera unilateral no mola nada, pero me tiene encajonada contra la nevera y no puedo moverme. No sin aumentar la fricción entre mis piernas.

Antes de colgar pronuncia las temidas palabras «estaré allí en veinte minutos».

—¿Puedes bajarme?

Sacude la cabeza y exhala.

—Dame diez segundos para que me haga a la idea de que necesito irme ya —pide en tono ahogado.

Qué gracioso, diría que ese es el tiempo que necesito para correrme. Sentir las inmensas dimensiones de su polla dilatándome en

todas direcciones mientras me embiste con todas sus fuerzas... *sí, co*
diez segundos bastaría para unos cuantos rodeos.

Pero imagino que él ya no tiene las mismas ganas, que ha oído alg
horrible, lo bastante horrible como para tener que irse de mi lad
cuando ninguno de los dos lo desea. Supongo que eso le cortaría el roll
a cualquiera.

Varek no me deposita en el suelo, me coge, me lleva a la cama y m
deja allí con cariño. Me besa el pelo de la misma forma. Lucho con l
urgencia que tengo de saltarle encima y suplicarle que se quede. Que n
corra peligro esta noche. Pero me obligo a cerrar la bocaza.

—Que descanses.

Estoy a punto de decirle que puede volver aquí cuando termine, se
la hora que sea, pero cuando me armo de valor... él ya no está.

Varios días después.

CAPÍTULO 87

El verdugo

Hoy hemos perdido una víctima. Empezando por el principio.. Logan me ha enviado un mensaje.

Logan Stelkon: no quiero asustarte, Vance. Pero muchos de los que estábamos allí aquella noche están muertos, sino todos. Escóndete. Mantén un perfil bajo. Me reuniré contigo en cuanto pueda.

Es imposible que sepa que fui yo, sé que solo está siendo precavido pero me jode que Lucas no haya podido localizarlo. La última señal de teléfono de Logan, antes de que lo apagara, se ha emitido camino a la puta Cordillera de las Cascadas. Pero no hemos conseguido ninguna localización exacta.

Esta mañana hemos pillado a Patrick Trieton, un político economista que había estado yendo al famoso hotel durante el mes previo a que lo quemáramos, y lo hemos traído al almacén. Nos pasamos la tarde intentando que hable.

¿Sale bien?

Adivina.

A Patrick, igual que a mí, tampoco le dijeron dónde estaba el hostal. Estoy seguro de que Trieton no nos ha mentido. Lo cierto es que después de mearse y vomitarse encima, y de perder todas las uñas y algunos dientes, la mayoría se vuelven cooperadores, charlatanes y honestos.

Es increíble la poca tortura que aguantan para lo mucho que les gusta infligirla.

Para mi desgracia, ninguno podrá contarnos aquello que no saben.

Es una mierda, pero eso no es lo peor. Lo peor es que la chica que estaba en su casa, esposada y en unas condiciones nefastas, Maya Evans, no ha sobrevivido al trayecto en ambulancia. La historia de Patrick saldrá por las noticias mañana temprano, igual que ha estado

pasando con toda la escoria que hemos matado, pero siento que hoy no habrá justicia de ningún modo.

—Tengo una mala noticia —dice Lucas.

—Peor que la que tengo yo para ti, lo dudo. Maya está muerta.

Le oigo maldecir. Creo que romper un vaso. Y eso que esto nos pasa a veces, no es la primera vez, ni será la última.

—¿Qué tienes para mí, Lucas?

—Creo que será mejor que te lo diga en otro momento.

—No, ahora.

—No te va a gustar.

—Joder, Lucas. ¿Le…? ¿Le ha pasado algo a Anastasia? —pregunto porque ese es mi mayor pánico desde que la conozco.

—No.

—¿Es sobre Camille? ¿La han encontrado?

—No, tampoco. Es Enrique Arquette —otro político—, tenemos motivos de peso para creer que es un pedófilo.

—Mándame la dirección de su casa.

—Ese es el problema. No está allí. Las cámaras de una gasolinera le han visto meter a un niño en un furgón de muy malas maneras. He intentado seguir el rastro con las de tráfico, pero le pierdo antes de que llegue a ninguna parte. Tenemos su casa vigilada, igual que la de todos los demás, así que si vuelve, lo sabremos.

Se me hunde el corazón en el pecho. Niños. Esto ya es lo que faltaba ¿Ahora los niños también están en su punto de mira? ¿En serio?

—Hablaré con Jared y Aiden —le digo antes de colgar.

Suelto un grito de rabia.

La organización secreta es jodidamente grande. Sus extensas patas de araña se extienden más y más hacia el ámbito legal. Jueces Abogados. De todo un poco.

Cuanto más escarbamos, más mierda sacamos. Me guardo el móvil y me limpio los restos de sangre de la mano cuando Aiden me da con un trapo en el hombro.

—¿No tienes que irte?

Frunzo el ceño y desvío la mirada alrededor de este pequeño almacén que se parece un poco a mi favorito, el que tuve que destruir Es la versión reducida, *pero no es lo mismo*.

Alzo la vista hasta los ojos de Jared. Es evidente que los ánimos están por los suelos.

—¿Yo?

—Son las ocho. Dijiste que esta noche tenías planes.

Joder.

Una emoción de mierda, igual de dolorosa, pero muy distinta me corta por dentro ensañándose conmigo. Me lo merezco por haberme dejado llevar por el trabajo un día como hoy.

—Sí, es verdad —respondo con voz queda.

—Puedes pirarte, ya casi hemos acabado —Jared señala los barriles con ácido como si nada.

Cualquiera diría que somos tres tíos normales y no tres asesinos deshaciéndose de un cadáver.

—Os lo agradezco. Llamaré a Lina de camino para que le cuente a las chicas que nos hemos deshecho de Patrick. Se alegrarán.

—Un segundo, tío —Jared me pilla en la puerta. Tiene las ojeras marcadas y se le ve algo hecho polvo, igual que a Aiden y a mí.

—¿Qué pasa?

—¿Recuerdas a Sebastian Morelli?

Un cincuentón que conseguimos sacar del hotel con vida, para después matarlo como es debido: despacio y con dolor.

—Claro que me acuerdo —sonrío de lado—. ¿Qué pasa con él?

—Tenía mujer e hijo.

—Adivino. Les zurraba y les hemos hecho un gran favor. No hace falta que nos den las gracias.

—No, de hecho... *No*. —Hace una mueca—. Me han saltado algunas alarmas con el hijo. Creo que puede estar metido en todo esto. Durante los últimos diez años, Sebastian Morelli trabajó como político desde distintos estados del país. Ya sea desde Ohio, Texas, Florida Massachusetts o Washington. Hasta donde yo sé, su familia lo siguió a todas partes.

—Bien. ¿Quieres que me encargue de averiguar...?

—No hace falta, yo me ocupo. Solo quería mantenerte al tanto Disfruta de tu cita —me da unos golpes en el hombro a modo de despedida y se aleja.

Pero yo no voy a ver a mi Corderito.

Esta noche no.

CAPÍTULO 88

El verdugo

Es tarde cuando llego al restaurante y ocupo una mesa de las de la ventana y de las que tienen sofás. Supongo que eso le da más realismo al asunto porque así solían ser las cosas.

El local está casi vacío. Lo cierto es que su comida no es muy buena Pido dos batidos de chocolate y dos hamburguesas con patatas. Lo traen enseguida.

—Espero que tu cita llegue pronto, bombón —la camarera me guiña un ojo antes de irse, sin saber que soy un asesino y que ya tengo dueño.

—No vendrá —musito sintiendo cómo se me cierra el estómago.

«—Vamos, dale una oportunidad, no está tan malo.

—Eso lo dices porque tienes el paladar atrofiado. Vámonos de aquí, puedo invitarte a algo mejor que esto.

—Me gustan las luces de neón, la camarera es un encanto y el batido es el más dulce que he comido en todo el año.

—Claro, porque le ponen cinco kilos de azúcar para disimular que el chocolate está rancio.

—Nos quedamos y punto.

—Sí, señora.

Se carcajea cuando doy mi brazo a torcer».

Aparto la pajita del batido y le doy un trago. Está asqueroso. Tal y como le gustaba a Lara. Saco mi móvil y accedo a la cámara de recibidor de casa de mis padres. Desde allí se ve parte del salón, de sofá en el que suelen sentarse a mirar álbumes de fotos. Tienen una tarta de cumpleaños encendida, como cada año.

Entro en el chat de Lara.

Lara 7 de diciembre: sé que acabamos de colgar, pero me he dejado el PD. PD: me muero de ganas de ir a verte, hermanito.

Lara 10 de diciembre: ya estoy en el aeropuerto, ¿vas a venir a buscarme o voy a tener que hacer autostop?

[Lara ha compartido una foto contigo el 15 de noviembre]

Lara 15 de diciembre: ya estoy en casa. Me encantó el viaje. Espero que sepas que vuelvo a cumplir años el mes que viene y que voy a tener que ir a verte otra vez. ¿Cuela?



Lara 4 de enero: No hagas caso a mamá, solo estoy resfriada y no quiero contagiárselo. Iré a verla en cuanto pueda.

Lara 29 de febrero: menudo mensaje de voz más largo me has dejado en el contestador. Oye, para de cotillearme las redes sociales, ¡¡claro que tengo amigas!! Pero ahora soy una mujer casada con preferencias más exclusivas. Ellas tienen la universidad y yo… yo lo tengo a él ♥

Lara 20 de marzo: perdona no habértelo cogido, me duele mucho la tripa y estoy descansando. No se lo cuentes a papá y mamá o creerán que vuelvo a estar enferma, y estoy como una rosa. Luego cuando se me pase te mando un vídeo bailando.

Lara 24 de marzo: siento no habértelo cogido, ahora no puedo hablar.

Clavo la mirada en la última notificación. Creo que, como a Nathaniel, a mí también me gusta flagelarme por mis pecados. Por eso lo releo y lo releo.

Antes de irme del local, pido que me den la comida para llevar y se la regalo al primer indigente que encuentro. Imagino que, de estar viva, mi hermana pequeña habría apreciado el gesto.

CAPÍTULO 89

La ruina

El martes me despierto temprano, más de una hora antes de que suene mi alarma para ir al trabajo. Me doy cuenta de por qué al abrir los ojos. No es porque esté lloviendo a cántaros.

Es porque no estoy sola en la cama.

Varek está a mi lado, dormido. Lo primero que me sorprende no es que haya vuelto a burlar la cerradura de la puerta de mi dormitorio aunque puse varias distintas, sino el hecho de que ni siquiera se ha metido debajo de las sábanas conmigo. Se ha tumbado encima sin más como si su batería se hubiera agotado justo aquí.

Recorro las cicatrices de su rostro con cuidado de no despertarle. Dudo que alguna vez deje de odiar a este hombre, pero lo cierto es que ese sentimiento se reduce cada día que pasa. Se ha transformado en otro, sin mi permiso. Por mucho que me esfuerce en avivar el fuego de odio, este es cada vez es más pequeño.

Mis dedos llegan hasta sus labios, los verdaderos culpables de todo y mientras los acaricio él emite un sonido somnoliento. Las cejas se le curvan un poco, con pena. Me incorporo para mirarle mejor.

¿Está teniendo una pesadilla? ¿Y por qué narices me importa? ¿Y por qué me late tan raro el corazón?

Me destapo y el frío me muerde la piel, pero no me importa. Me subo sobre su cuerpo y lo abrazo con todo lo que tengo. Su pulso golpea fuerte contra mi mejilla. Alzo la barbilla para mirarle y comprobar si mejora, pero no. Una lágrima escapa de sus ojos cerrados y le recorre la mejilla. Me rompe el corazón.

Le abrazo más fuerte. Tanto que le despierto.

Alzo la barbilla de nuevo hacia él y el verde de sus ojos me deja de rodillas. Esta mañana se ve de un color más pálido, como si algo terrible le hubiera consumido su intensidad.

—No sabía a dónde ir. Necesitaba que dejara de doler.

No me lo pienso. Me lanzo a su boca y se la beso. No sé lo que le ha pasado, ni si soy lo bastante fuerte como para escuchar su historia, pero *necesito* que deje de sentirse así. *Es como si me arañaran la piel desde dentro.*

Soy yo quien le separa bien los labios para que me deje entrar, quien le mete la lengua, quien juega con ella hasta que somos uno. Pero su dulzura es superior a la mía. Y la forma perfecta en que sus brazos me aprisionan contra sí, con fuerza, me arrancan las palabras de la garganta.

—Háblame —pido.

No lo hace.

Hunde una mano en mi pelo mientras la otra acaricia mis curvas pegándome contra sí. Pero no es como si quisiera follarme aquí y ahora. Es como si necesitara recorrer hasta el último rincón de mi cuerpo para asegurarse de que sigo aquí.

—¿Alguna vez has sentido verdaderos deseos de que me aleje de ti Corderito?

Lo aprieto con más fuerza temiendo que diga lo que diga, se separará de mí.

—No voy a responder a eso.

—Necesito saberlo.

¿En el fondo de mi corazón? No.

Nunca tuve verdaderos deseos de que se alejara. No los tuve, porque sabía que el miedo que sentía no era miedo a acabar en una cuneta sino a pillarme de un loco. De admitir que yo también lo estoy por desearle tanto.

Pero no puedo decirlo en voz alta, así que le beso.

—Mis labios están sellados —digo al separarme un poco, pero él me estrecha entre sus brazos en el abrazo más sentido que me han dado nunca y empiezo a preocuparme a lo bestia—. Varek, quiero saber lo que ha pasado.

—Yo no quiero que lo sepas.

No hace falta ser muy lista para saber lo que Varek ha estado haciendo. Hay un montón de casos, decenas de escándalos, que salen por televisión a diario. Noticias sobre los políticos que han desaparecido, de los que han salido vídeos e imágenes perturbadoras que tienen a los medios y al público como locos.

Pero me pregunto si tiene que ver con eso. O si es otra cosa.

—¿Por qué no quieres que lo sepa?

—Porque sería otra razón para que me odiaras y ya tiene suficientes.

Debería creerle. Tengo muchas razones, montones. Pero ignoro todas las señales de stop y acelero.

—Por favor, quiero saberlo. Déjame ayudarte. Calmar lo que sientes *Por favor*.

Me sostiene la mirada para comprobar si estoy hablando en serio Entonces tira de nosotros y se sienta contra el cabecero dejándome sobre su regazo.

CAPÍTULO 90

La ruina

Coge el edredón de la mitad de la cama en la que he dormido y me tapa con él.

—Ayer era el cumpleaños de Lara, mi hermana pequeña.

—¿Y fuiste a verla?

Me acaricia la espalda con los dedos, por debajo de la camiseta de pijama. Luego niega con la cabeza.

—Murió hace años. Tenía solo diecinueve años.

Saca su teléfono y tras dejar atrás un rarísimo salvapantallas de m cerradura, me muestra una foto. Es de ambos. Una chica rubia, muy guapa, sale con unas orejeras marcadas y la nariz roja, pero riéndose a carcajada limpia. Varek tiene una preciosa sonrisa que le ilumina los ojos. He visto esa sonrisa, me la ha dedicado muchas veces, es de las sinceras.

—¿Cómo fue? —pregunto fijándome en que la chica lleva curiosas llaves colgando de sus pendientes y también en un colgante.

—En manos de su marido. Era un hijo de puta que la maltrataba y nadie de mi familia lo sabía. Lo conoció a los dieciséis. Nunca vi nada extraño en él, aunque es evidente que la alegría de Lara me cegó.

Habla con cariño de Lara y de sus padres, de lo destrozados que quedaron al perder a su hija pequeña. Es evidente lo culpable que se siente. Tanto, que no va a visitar a la familia que le queda. Nunca.

Suelto lo que he estado preguntándome desde que ha empezado a contarme la verdad.

—¿Esto...? A lo que te dedicas, salvar mujeres indefensas.. ¿empezaste por Lara?

—¿Tendría sentido, verdad? Pero no, no empecé en esto por ella – sacude la cabeza—. Esta era una necesidad que yo tenía de serie. No mato porque pueda decidirlo, mato a violadores, maltratadores y asesinos porque es lo que necesito. Igual que te necesito a ti.

—Estoy aquí. Sigue hablando —le acaricio las mejillas y él me aprieta la cintura.

—Tras mis años de militar, después de todo lo que vi, fue evidente que la justicia no es para todos, solo para unos pocos. No me parecía bien, así que decidí llevar esta doble vida. Cuando mi hermana murió hacía tiempo que yo me había ido de Texas. No nos veíamos mucho. As que cuando ocurrió, yo no estuve ahí para ver las señales.

—Estabas salvando a mujeres que lo necesitaban.

—Pero era mi hermana pequeña.

—Sigue sin ser culpa tuya —digo con la garganta ardiendo con un nudo enorme.

—Sí, lo es.

—¿Culpas a tus padres? Ellos estaban en Texas.

—A mi hermana se le daba muy bien fingir que no pasaba nada.

—¿Entonces cómo puedes culparte a ti, idiota? —se me rompe un poco la voz, pero finjo que no.

—Porque es a lo que me dedico —bajo el tono—. Porque si alguien debería haberlo sabido, era yo.

—No estabas allí. ¿Cómo ibas a verlo desde Washington? Lara no te llamó pidiendo que la ayudaras, ¿cómo ibas a...? Es injusto que te culpes. ¿Crees que ella lo haría?

—Lara sí me llamó.

—¿Qué?

—La noche que la mataron, me llamó. Y no lo vi. Era temprano, por la mañana. Yo estaba durmiendo porque había tenido una noche muy larga de trabajo. Al despertarme la llamé y al no contestar, llamé a mis padres por si sabían qué podía necesitar de mí. —Se le ensombrece el rostro—. Fue entonces cuando oí las sirenas de fondo y a mi madre llorando desconsolada.

Me pone el móvil en la mano, cabreado.

—Lee el último —ordena mostrándome el chat de Lara Martins.

Hoy no puedo hablar. Otro día. Te quiero.

Será. Imbécil.

—No me mires así, ya lo tengo superado —dice, pero lo que yo oigo es que no lo va a superar nunca en su vida—. Maté a Atlas con mis propias manos.

—¿Atlas?

—Su marido. Creía que acabar con el desgraciado que la mató a golpes me haría sentir mejor, pero de vez en cuando veo los ojos de Lara en el agua, mirándome con recriminación por acabar con la vida del único hombre al que amó.

Él nunca gana. Ese es el quid.

Pase lo que pase, él pierde. Él es el culpable.

Rompo a llorar y le doy puñetazos en el pecho, en los brazos, donde pillo.

—¡Eres un idiota! —suelto un grito gutural.

—Anastasia.

—No fue culpa tuya. ¡Has decidido cargar con algo que no te corresponde!

Nos da la vuelta en la cama y paso a estar aprisionada contra el colchón y con él encima. *Ojalá me haga daño físico, ojalá pueda dejar de dolerme el corazón así y pueda centrarme en otra puta cosa.*

—¿Vas a echarte a llorar, Corderito?

—Vete a la mierda.

—Oh, venga ya, ¿te estás ablandando conmigo?

Vuelvo a darle puñetazos en el pecho. En el lado izquierdo.

Él se lamenta y me coge de la cintura. Me clava los dedos en la carne, pero no me sujeta las manos porque quiere que sea yo la que se frene. En el fondo estoy convencida de que no me detiene porque cree merecerlo. Quiere que lo golpee. Piensa cargar toda la vida con esto.

—¡Te odio!

—Para —lo dice varias veces, en un gruñido.

No por él, por mí. Su tono es firme, pero no me grita. Yo sí lo hago.

—*¡No!*

—He dicho que ya basta.

—¡El síndrome del corazón roto…! —le pego de nuevo con lágrimas corriendo por mis mejillas—. Si vas a matarte tú mismo, ¿no te importará que te allane el terreno, verdad? ¡Que te golpee el corazón hasta que te deje de latir y se rinda!

Me coge las manos y me las aprisiona sujetándomelas por encima de la cabeza. Me besa obligándome a ceder ante su poder.

Le rodeo la cintura con las piernas y le meto la lengua hasta donde me lo permite. Varek me besa como si quisiera arrancarme el aire que estoy usando para chillarle. Estoy tan furiosa. Sus manos me inmovilizan como si estuviera hecho de hierro y como si no fueran a

separarse de mí nunca jamás. Le muerdo el labio y se aparta para mirarme.

—¿No soy tu puta reina? ¿No significaba tanto para ti? —recrimino.

Vuelve a besarme y lo hace con violencia. Hasta que me doblega como quiere. Tenso las piernas más y más. La necesidad me está matando y la pena, y el dolor, y todo lo que siento, ¡¡que es demasiado para una sola persona!! Su respiración golpea mis labios cuando se separa un segundo.

—Sí, eres mi Ruina. *Mía*. Mi puto mundo y te quiero.

Mi parte racional chilla en pánico, pero la emocional guía mi cuerpo y mi corazón.

Tiro de él con todo mi ser, le busco, le araño, me aferro. Sus manos tiemblan cuando me tocan como si tuviera miedo de romperme o romperse él. Podríamos cruzar esa línea, sudar, darnos placer el uno al otro y fingir que eso arreglaría una mierda. Podríamos arrancarnos la ropa y fingir que el dolor se deshace con el roce de nuestra piel. Pero no lo hacemos. Varek pega su frente a la mía a medida que mi respiración deja de ser tan agitada, pero no dejo de aferrarme a él como un koala.

—Te odio, Kaelven.

—Yo a ti te quiero, Anastasia.

Nuestros besos se vuelven distintos a todo lo que hayamos tenido alguna vez. Lentos. Profundos, pero no por la invasión de nuestras bocas, sino por la intimidad de lo que ha compartido conmigo. Puede parecer que es él quien no me está dejando caer. Pero no es así. Varek se aferra a mí como un clavo ardiendo y quiero ser justo eso para él. Su ancla. Su Ruina.

Suya.

CAPÍTULO 91

La ruina



No dejo de pensar en la hermana de Varek. En lo que diría o haría de saber que su hermano se culpaba de esa manera de su muerte. No la conocí, pero seguro que le dolería horrores.

Igual que a mi abuelo, de saber que no me dejaron cogerle la mano en su lecho de muerte, ni despedirme de él con palabras que es probable que ya no hubiera oído.

Si yo fuera un fantasma que vaga por ahí muerta del asco, mi único pasatiempo sería espiar a mis seres queridos y hacer todo lo posible para que les fuera bien en la vida. *Ah, y también dedicaría algún que otro ratillo a la venganza y al tormento de malhechores. Eso por supuesto.*

En la oficina, me paso cinco minutos en el baño buscando a Lara en redes sociales, pero lo único que encuentro es un perfil privado. En la foto sale la misma chica de la imagen de Varek. Ella rubia, él moreno, ella sonriente, él con el ceño fruncido. Era una foto bonita y esta también lo es.

Imagino que está mal cotillear el perfil de una muerta, pero con la disculpa de todo lo santísimo, no me importaría tener más argumentos de que esa buena persona jamás culparía de su muerte a su hermano mayor solo por no responder a una llamada.

—¿Anastasia? —mi jefe me intercepta en el pasillo, cuando voy camino a mi mesa.

No me pasa por alto que no me toca el hombro, ni tampoco se acerca a echarme el aliento en la cara, ni se mete en mi burbuja de espacio personal. *¡Qué gustazo!*

—Buenos días, señor Alcántara.

—Buenos días para ti también. Tenemos una reunión en veinte minutos. No me va el correo, así que os estoy avisando a todos uno a uno, como se hacían las cosas antaño. En la sala de siempre, ¿vale?

—Allí estaré.

Y se va sin lanzarme ninguna mirada lasciva.

Menuda experiencia. ¿Es esto lo que disfrutan los afortunados muggles de por ahí?

Días después

CAPÍTULO 92

El verdugo



Me paso los días de arriba a abajo con Jared y Aiden, rastreando pistas que podrían o no llevarnos hasta Logan como perros de caza y de tanto en tanto, comprobando en mi teléfono que Anastasia sigue en la oficina. *Creo que, de no ser por las cámaras, no podría apartarme de lado de la mujer a la que quiero.*

Me llevo una mano al cuello por acto reflejo pero mis placas ya no cuelgan de él. Se las he dejado sobre su libro favorito. Espero que cuando las vea, se las ponga. Ojalá nunca quiera quitárselas y me lleve siempre cerca de su corazón.

Y de sus tetas, claro.

El viernes por la mañana, nos detenemos en la calle de Enrique Arquette, el hombre al que Logan no ha dejado ir al hostal. Tenemos una grabación telefónica muy suculenta que va a salir a la luz a media tarde:

—Vamos, Logan, no puedes dejarme en la puta estacada ahora. Necesito esconderme como todos vosotros.

—¿Y qué harás en el hostal? Las putas de por aquí no son de tu gusto. Ni tienen polla, ni ocho años. Cáscatela en tu puta casa y déjame en paz.

Desactivo la seguridad de la verja y Aiden es el primero en cruzarla. Arquette está forrado, como todos los que se dedican a esto, lo cual significa que el jardín es lo bastante grande como para que los tres nos ocultemos entre los arbustos y así podamos acceder a la puerta de atrás y colarnos sin ser vistos.

Justicia poética, supongo.

Rompo la cerradura de un golpe seco.

—Os juro que como haya alguien con él… —Jared no termina su amenaza, pero no hace falta.

Yo pienso lo mismo.

Hemos desactivado las alarmas así que cuando cruzamos la puerta nada nos delata. Nos desplegamos por el salón y la cocina. Una parte de mí... *joder*, es reticente a seguir avanzando porque incluso a estas alturas me horroriza de lo que es capaz el ser humano. Lo que nos vamos a encontrar. *Pero mirar hacia otro lado no hará que deje de pasar.*

Después de registrar el resto de la casa, llegamos al sótano.

Lo encontramos a él embobado mirando como un baboso las grabaciones en directo de tres cámaras de seguridad. Hay un crío inmovilizado con cadenas en cada una de ellas, temiendo por su vida.

A Jared se le va la mano y le pega un tiro a la de él, la que sujetaba el ratón del ordenador. Aiden le da un buen golpe para inmovilizarlo. Repaso las mayores crueldades que he hecho a lo largo de mi vida y no doy con nada que sea suficiente para él.

—No lo matéis —pido.

—No, por favor, ¡no me matéis! —corrobora Arquette llorando a moco tendido mientras sangra y se queja de su mano—. Tengo dinero ¡mucho dinero!

—Íbamos a hacerlo aquí —me recuerda Aiden.

Es cierto, hemos traído todas las herramientas.

—Ya no.

Quiero tener tiempo para él.

Días. Semanas, si aguanta.

Me conocen así que aceptan esposarle. Antes de entrar en las salas de los niños, pienso lo genial que sería que Lina hubiera venido con nosotros. Una mujer transmite más seguridad a un pequeñajo, es una pena que solo estemos los tres. Sacamos a los dos niños vivos fuera de la casa, más allá del jardín, y cubrimos al que ya no lo está con una sábana, en señal de respeto. *No tengo estómago para esto.*

No huimos hasta que la policía está aparcando. Han sido avisados de lo que iban a encontrarse y de la ayuda que necesitarán los dos niños pequeños.

Ansío que Arquette viva un puto infierno y al final la cárcel nos va a hacer el servicio. *Ya ya, no soy muy fan de las cárceles cuando se trata de animales como estos, pero cuando Jared lo sugiere... Bueno digamos que al principio a Aiden y a mí nos parece una mierda monumental de idea. Pero entonces propone convertir a Arquette en un completo eunuco.*

En ese momento empezamos a entender su visión.

Todo lo que ocurre con las cámaras del puto y asqueroso Arquette me trastoca la cabeza. Me hace cuestionarme cosas que nunca me había preguntado. Así que le escribo.

Número oculto: ¿Te hace sentir incómoda que te espíe por las cámaras allá donde vayas?

Anastasia: No quiero responder a eso.

Número oculto: Necesito saberlo.

Anastasia: Me gusta saber que hay alguien que vela por mi seguridad. ¿Ha…? ¿Ha pasado algo?

Número oculto: Una mañana de mierda, nada más.

Anastasia: Lo siento.

¿Es pronto para que le pida que se case conmigo? Es imposible que se dé cuenta de que es lo más puro y bueno que tengo en mi vida.

Pero se dará cuenta.

CAPÍTULO 93

La ruina



Como casi cada viernes, he tenido muchísimo trabajo en la oficina así que salgo tarde.

Tampoco me da tiempo a abrir el correo que me dejan en la mesa durante el día, lo cual se traduce en que me llevo un puñado de sobres a casa.

La mayoría son periódicos o revistas donde se ha escrito algo de lo que yo he dicho, pero al recoger me doy cuenta de que entre mi correspondencia, hay un sobre sin remitente. La verdad, es el que más ilusión me hace. *Estoy pirada, lo sé. ¿Qué le vamos a hacer?*

Acabo de prepararme un descafeinado y de ponerme algo más cómodo de ropa cuando recibo un mensaje. Es de Juls. La sonrisa se me desvanece a medida que noto el tono extraño del escrito de mi mejor amiga:

Juls: no salgas de casa esta noche. Tengo que contarte algo muy importante, iré en cuanto pueda. Por favor, no salgas de casa y espérame. Sola, ¿vale? ¿Me lo prometes? Es muy importante, Stassie.

Le pregunto qué narices pasa, tecleando a toda velocidad con el corazón en la garganta y las manos temblorosas. Le mando una docena de mensajes, pero ya no aparece en línea. Para no preocuparla, le aseguro que voy a estar aquí y espero su respuesta. Luego me impaciento mientras sigo esperando.

—¿Qué narices habrá pasado? —le pregunto a mi televisor, que es el único que me escucha.

Cae la noche y empieza a llover que no veas. Estoy intranquila como para ponerme a leer, segura de que no voy a poder concentrarme, así que pongo una película de miedo para relajarme, pero tampoco le hago mucho caso.

Pienso en todo lo que ha pasado. En Lara. En Varek. Sé que se ve como un monstruo, uno que hace falta para acabar con otros monstruos peores.

Pero yo no lo veo así. Ya no.

Más bien como un héroe oscuro de moral gris cuyos límites están difusos de narices. Abro el sobre y frunzo el ceño al coger la pinza de pelo. Es metálica, tiene forma de calavera y es…

Mía.

Pero hacía mucho que no la veía. Quizá más del tiempo que conozco a Varek. ¿Por qué? Porque tuve la genial idea de dejársela a mi amiga y la muy pánfila se encariñó con ella hasta el punto de que me supo fatal pedirle que me la devolviera. *¿Por qué me la da ahora? Y sobre todo ¿desde cuándo Juls me envía cartas?*

¿O acaso no ha sido ella?

Alguien llama a la puerta y se me cae el móvil en el sofá del susto. En cuanto tengo un segundo para reaccionar, corro a la puerta esperando que sea mi amiga.

Pero no.

CAPÍTULO 94

El verdugo



Por la tarde cambiamos de objetivo y buscamos a algunas de las víctimas. La lista que tenemos es larga y todavía no hemos perdido la esperanza de que no estén todas en el hostal.

Me refiero a esas mujeres que no estuvieron allí ese jueves y que no rescatamos, pero que sus familiares no han vuelto a ver desde la mañana del viernes siguiente.

Mujeres que frecuentaban ese hotel, pero que por A o por B no tuvieron la suerte de estar en el lugar correcto en el momento indicado.

Nos topamos con unos cuantos muros al intentar hablar con familiares de los agresores, todos aseguran que sienten repulsión por lo que han descubierto y que no saben nada de dónde están ahora. Les ponemos micros aquí y allá para que más tarde Lucas compruebe quiénes mienten y quiénes no.

Me subo a la moto, saco el móvil y la busco. Anastasia ya está volviendo a casa, con mi seguridad escoltándola. *Ya deberías estar en casa, Corderito. Voy a tener que apretarle las tuercas a tu nuevo jefe o librarme de él igual que hice con el antiguo.* Veo un mensaje, no de ella, de otra persona. Antes de leerlo ya tengo muy claro que no me va a gustar lo que diga.

Evangeline: hola, jefe, ¿qué tal? ¿Te acuerdas de Jennifer? Sé que dijiste que no querías más ayuda, pero ella necesita formar parte de esto y ser útil, salvar a otras chicas. Antes de que digas que no, piénsatelo. PD: Lina ya la ha metido en los entrenamientos extras que hace conmigo.

#BienvenidaALaFamiliaJennifer.

Varek: ni de coña.

Evangeline: oye, es genial que seas el verdugo. Te admiro por ello, en serio, pero nos han hecho daño a nosotras. Lo hemos sufrido en nuestras propias carnes. Lo mínimo es que participemos en las consecuencias.

Varek: ¿por qué te incluyes? De Matthew ya no queda ni el polvo. En todo caso, es Jennifer la que tendría razones para que tengamos esta conversación

Evangeline: pero es que yo soy muy empática y siento muy adentro lo que ha vivido Jennifer, no puedes dejarme fuera.

—Joder, qué paciencia.

—¿Todo bien, tío? —pregunta Aiden.

—No. No sé qué narices está haciendo Lina con el refugio. No paran de salirnos nuevas voluntarias para pelear. A ver si se cree que salvamos a las víctimas para ponerlas en peligro otra vez. Es que no tiene ningún puto sentido.

Se aguantan la risa. Más les vale aguantársela si no quieren morir. Jennifer es una de las que estuvo en el hotel en contra de su voluntad durante meses. Una chica normal, como Evangeline, a la que secuestraron y ahora quiere luchar. ¿Me siento orgulloso? Sí. ¿Cabreado? También.

Estoy a punto de ponerme el casco de la moto cuando Jared me frena y dice:

—Entonces, Lina… ¿está soltera?

Le miro. Es un tío bastante robusto. Grande y, sin duda, fuerte. Pero estoy bastante seguro de que en cuerpo a cuerpo podría matarlo incluso a él. No saldría ileso, por supuesto, pero lo lograría.

—¿Crees que me ha oído? —le pregunta a Aiden apoyado en el capó de su coche de brazos cruzados.

—Creo que está barajando las posibilidades que tiene de matarte si haces daño a Lina.

—No osaría —Jared se lleva la mano al pecho. Sonríe como un gilipollas—. A mí me va más lo de arrodillarme y hacerlas sentir bien. Me gustan las mujeres fuertes y admiro mucho lo que ha hecho con el refugio.

—¿Has estado alguna vez con una mujer maltratada? —le pregunta Aiden en tono serio.

—¿Maltrat…? —el rostro de Jared se descompone—. ¿De qué cojones estás hablando? ¿Alguien le ha hecho daño a Catalina?

Lo de su ex-marido no es algo que vaya contando por ahí. Además las labores de estos dos no suelen dejarles mucho tiempo libre que pasar en el refugio.

—Esa pregunta no deberías hacérnosla a nosotros, Jared —responde Aiden.

—Tío, ¿vas a decir algo al respecto? Me da muy mal rollo que estés tan callado.

—Le gustan los coreanos —sentencio.

—¿Y qué cojones quieres que haga con esa información? ¿Que me busque una clínica de cirugía plástica y me opere los ojos?

—De restaurante, gilipollas. —Me pongo el casco y arranco la moto.

—*Ahhh*. Guay. —Sonríe de lado—. ¿Entonces crees que me dirá que sí, si la invito a uno?

Sí. He visto cómo le mira. Habría acabado por pedírselo ella misma.

—No lo sé. Puede, si te arrastras —le aconsejo, porque a ella no le gusta nada que lo hagan.

—No sé, tío, prefiero enamorarla con mis encantos. Llevarla en brazos en vez de perseguirla, ¿sabéis? —Mira a Aiden.

—A mí no me metas. Cuando la cagues y él te mate, no quiero convertirme en un daño colateral —el noruego se da la vuelta y camina hacia su coche, y yo me largo a nuestra próxima localización.

Estamos a medio camino cuando Lucas nos llama. La conversación es a tres bandas, así que yo también los oigo a ellos pese a que voy en moto y ellos en coche.

—¿Qué tienes, Lucas? —pregunto.

—Hemos recibido un soplo.

—¿Has conseguido rastrear el móvil de Logan?

—No, ha sido de tus compañeros de la policía. Se están empleando a fondo. Por lo visto hay un parking de un centro comercial abandonado donde según dicen, se han estado reuniendo algunos de los políticos que se esfumaron en cuanto salió el escándalo a la luz. Es posible que Nathaniel se dirigiera allí cuando le encontraste en su casa. Tengo fotos. Bastante borrosas, pero lo suficientemente buenas como para reconocer a Danner Givens y Logan Stelkon. Convendría que alguno se pasara por allí, puede que haya alguna pista o que quede alguien que ha visto u oído algo que las cámaras no.

—Iré yo. Jared, Aiden, vosotros dos seguid con el plan, buscad pistas que puedan llevarnos hasta las víctimas. Volveré en cuanto registre ese aparcamiento.

—Hecho —responde Aiden—. Ten cuidado.

—Llámanos si necesitas ayuda, tío.

Su coche toma un desvío y desaparecen de la carretera. Entonces empieza a llover.

Media hora después, estoy empapado y tengo que reducir un poco la velocidad. Estoy a solo un par de kilómetros del aparcamiento cuando vuelvo a hacer un giro innecesario y compruebo, tal y como pensaba que un coche y tres motos negras me están siguiendo la pista.

—Lucas, me están siguiendo. Voy a darte las matrículas para que busques a quién pertenecen. ¿Lucas?

Por encima de la lluvia oigo un zumbido en la oreja similar al que hacía un televisor en los noventa cuando la pantalla se quedaba en gris.

Mierda.

CAPÍTULO 95

El verdugo



Si están interviniendo mi comunicación, significa que tengo que alejarme de ellos para poder avisar a Lucas. Así que acelero. Ellos también.

El paisaje se convierte en manchas oscuras: postes, señales que pasan a toda velocidad por mi visión periférica. Debería poder dejarlos atrás, pero no lo consigo. El coche sí, pero las motos me siguen la pista de cerca. Me cambio de carril. Acelero todavía más, pero las ruedas resbalan más de lo que me gustaría y estoy a punto de perder el control dos veces.

—¿Lucas? —bramo. De nuevo, sin éxito. Solo hay interferencias y más allá, silencio—. Mierda, joder.

Dos de las motos aceleran hasta colocarse a mi lado. Es de noche y no hay nadie más en la carretera, nadie a quien este comportamiento pueda resultarle sospechoso. Saco el arma y apunto al que está a mi derecha, a la altura del pecho, pero justo antes de que dispare, todas las luces de la carretera se apagan. Todas.

¿Quién cojones es esta gente?

Reduzco la velocidad y aprieto el gatillo. Con un fogonazo tras otro convierto una de las motos en un colador.

El motorista pierde el control.

Se cruza de lado.

Choca contra el quitamiedos con un chirrido de metal y huesos.

No sé si he matado al conductor. Con una mínima visión solo habría necesitado un tiro para acabar con su vida, pero el coche ha apagado sus luces para ponérmelo más difícil y apenas veo nada.

Las otras dos motos me persiguen serpenteando, esquivando mis disparos con movimientos medidos, pero no es lo que más me preocupa.

No sacan sus armas.

Está claro que me quieren vivo.

Las tres motos entramos en una curva larga a la vez. Y yo lo hago con una mano en el manillar y otra en el arma. Es una estupidez, pero no tengo alternativa. Disparo con la adrenalina asfixiándome consciente de las pocas balas que me quedan en el arma.

He conseguido alejarlos cuando de repente el coche aparece de la nada cegándome con las luces desde muy cerca.

Me desequilibro y tengo una centésima de segundo para sentir las garras de la muerte rodeándome la nuca antes de saber a ciencia cierta lo que va a ocurrir.

Pierdo el control de la moto. Derrapo y mi agarre se suelta de manillar.

Salgo disparado hacia el lado opuesto que lo hacen mi moto y mi arma. Mi cuerpo corta el viento al tiempo que veo mi moto chocar con brutalidad contra el lateral de la carretera y quedar destrozada. Antes del impacto oigo la voz de Lucas en mi oído, entrecortada y llamándome repetidas veces. *«¿V-Vare-ek?»*.

Siento el impacto en todas las vértebras. Aterrizo con un golpe que me rompe el casco con un grujido asqueroso. El dolor irradia por todo mi cuerpo de un modo tan violento que ni siquiera grito.

No pierdo el conocimiento de inmediato. Por eso tengo oportunidad de ver cómo se bajan de sus vehículos. Cómo se acercan a mí.

—Anastasia…

CAPÍTULO 96

La ruina



Me quedo sin palabras cuando lo veo ahí plantado, en el umbral de mi puerta.

—Mason, hola.

—¿Qué hay, Stassie? —pregunta pasándose una mano por el pelo mojado ahora que está resguardado de la lluvia.

—¿Ha pasado algo? ¿Vienes por Juls?

—¿Por Juls? —frunce el ceño y sacude la cabeza—. No, ¿por qué iba a venir aquí por ella?

Decido no comentar nada del mensaje que me ha enviado, por si acaso eso tan urgente que mi amiga quería contarme era, no sé, que iba a dejar a su novio el Clark Kent de Seattle.

Suelto una risa rara.

—Bueno, eres su novio y ella es mi mejor amiga. No es una locura que vinieras a hablarme de su regalo de Navidad o cualquier cosa así ¿no?

Puntazo para mis reflejos. Me sostiene la mirada como si quisiera decirme algo que no entiendo. No algo malo, algo divertido. Un secreto de la clase que todos quieren saber.

—Tienes razón —sonríe y asiente paladeando mi mentira tragándosela sin sospechar—. Pero no, venía a verte a ti.

—¿A mí?

—Ahora somos amigos, ¿no? Me divertí mucho en Halloween contigo.

Eso sería raro, puesto que él y yo no estuvimos juntos casi nada.

—Mason, ¿estás bien? ¿Seguro que no ha pasado nada? —pregunto y es justo en ese momento cuando mi cerebro decide recordarme una cosa sobre mi pinza de la calavera.

Un detalle de nada. Juls. Fue a ella a quien se la dejé y cada vez estoy más segura de que mi mejor no me la ha enviado por carta cuando pensaba presentarse en mi casa esta misma tarde.

De haber sido Varek significaría que se habría colado en e apartamento de Julia para quitársela. El quid de la cuestión es que, en lo más profundo de mi corazón, sé que Varek no cruzaría esa línea Reprimo un escalofrío.

¿Quién ha tenido acceso ilimitado al apartamento de mi mejo amiga?

—No, nada —Mason suelta una risita—. Madre mía, ha empezado a llover de repente y he acabado empapado.

Asiento con una mueca de apuro en la cara.

—Ya lo creo, te ha pillado bien. Qué suerte que hayas encontrado m apartamento.

—Sí, Juls me había comentado que vivías por aquí, ella... ella siempre habla de ti. Oye, Stassie, ¿no te da mal rollo este edificio?

—No mucho, no. Es que estoy un poco loca.

—Ya veo —ladea la cabeza y yo carraspeo apartando la mirada—. Te gusta pasar miedo, ¿eh? Incluso más que a Juls. Ella no está tan... *loca*.

—O está más sana y cuerda de aquí arriba, según como lo mires – me doy dos toquecitos en la frente—. Oye, puedo dejarte un paraguas s quieres. No sé dónde vives, pero a menos que sea a la vuelta de la esquina, llegarás calado hasta los huesos —digo mientras recorro su ropa con la mirada.

Al subir de nuevo hacia sus ojos, me quedo a medio camino porque veo el collar que siempre le ha rodeado el cuello. Solía llevarlo metido por dentro de la camiseta, así creía que era solo una cadena.

Pero no.

Hay una llave colgando de ella. Una que he visto antes. ¿Dónde? Fácil.

En la puta foto de Lara y Varek.

Su hermana tenía este collar. Es una llave demasiado peculiar como para no ser la misma. Demasiado única e inconfundible.

Es. La. Llave. De. Lara.

—Eres un encanto, Stassie. Lo del paraguas sería genial.

—S-sí. Claro. Dalo por hecho.

—Oye, no quiero pasarme de la raya y aprovecharme de tu hospitalidad, pero, ¿podrías prepararme algo caliente? ¿Un té o algo por el estilo?

Retrocedo.

—¿Todo bien, Anastasia? —pregunta acortando la distancia—. Te estás quedando blanca.

Le doy la espalda para ocultar el sincero pánico de mis ojos y empujar con fuerza un tono de voz calmado.

—Sí, solo que me he acordado de que he encargado una pizza... No.. No sé cuánto dinero suelto tengo por aquí y quiero darle una buena propina al repartidor —me acerco al zapatero, donde guardo el spray de pimienta—. Ya sabes, Clark, con lo que está lloviendo, el repartidor se la ha ganado con creces.

—Qué curioso. He estado observándote un buen rato a través de la ventana y no he visto que llamaras a nadie —su voz es una soga rodeándome el cuello y mis manos se paralizan antes de abrir el cajón superior.

Lo siguiente que oigo es la puerta de mi casa cerrándose a mi espalda. Y mi corazón dejando de latir por completo.

CAPÍTULO 97

La ruina

Agarro el espray de pimienta moviéndome tan rápida como una bala y sin mirar a donde apunto, alzo el brazo y rocío al aire nada más girarme. Le doy en la boca y también en los ojos.

Dejo caer el spray y echo a correr.

—¡Hija de puta!

Atravieso el comedor escuchando sus pasos siguiéndome de cerca. Sus gritos. Pero es mi casa, eso tiene que darme alguna ventaja, ¡¿no?!

Pues no mucha, no.

Llego a mi dormitorio y encuentro la ventana abierta. Estoy segura de que tengo tiempo de empujar las rejas, saltar a la calle y gritar «socorro que alguien me ayude».

Pero esta vez, *esta maldita vez*, cuando empujo las rejas con todas mis fuerzas, NO se mueven ni un milímetro. No se caen al suelo como ha ocurrido tantas veces. *Están fijas*.

No puedo salir. El pánico me recorre la cara con horror y el grito muere en mi garganta sin siquiera tener oportunidad de ser liberado.

Uno de los brazos de Mason me rodea la garganta y me tira al suelo con tanta fuerza que me deja atontada unos segundos. Empiezo a ver lucecitas frente a mí y oscuridad en los extremos. *No te desmayes. Aguanta*. Ruedo antes de recibir el golpe en la cara que pensaba propinarme con el puño cerrado. Me pongo en pie y busco algo con lo que atizarle. Le lanzo un libro con fuerza y la esquina se le clava en la cara haciéndole una herida.

—Pero serás zorra.

—Es lo que tiene comprar solo ediciones especiales.

Le esquivo cuando intenta agarrarme de nuevo y pienso que, si salgo del dormitorio y logro que me siga la pista, tal vez pueda volver a entrar sola y echar el cerrojo. Ese que Varek no rompió.

Por desgracia, Mason me agarra del pelo y me estampa contra la pared con fuerza.

Cuando caigo al suelo me da una patada en el estómago que me deja sin aire y clavada en el sitio. Siento un miedo corrosivo, similar al de un ataque de pánico, pero peor. Sin duda muy distinto al que a mí me gusta. Siento náuseas. Asco. No quiero que me toque, aunque creo que lo que quiere es matarme.

—Mason, espera un segundo —jadeo con el sabor de la sangre en la boca.

—Me parece que no. —Me coge del pelo, me arrastra hacia el centro del salón.

Me da la vuelta para dejarme bocarriba. Entonces Mason se sube encima de mí con los ojos rojos y llorosos del espray de pimienta.

«Vamos, Corderito, sabes hacerlo. Defiéndete».

Pongo en práctica mis clases de defensa personal y le ataco con todo lo que tengo, primero dándole un puñetazo en la mandíbula y después intentando zafarme de él levantado las caderas y moviendo las piernas. No me sale bien. Es muy fuerte. Intento usarlo en su contra, pero es como pelear contra un muro de hormigón. Le araño la cara con las uñas sin alcanzarle los malditos ojos por mucho que lo intente.

Mason me reduce. Me aprisiona con su cuerpo con rabia al tiempo que me rodea la garganta con los dedos, privándome de todo oxígeno.

¿Cómo he podido estar tan equivocada? Mi instinto ha estado atrofiado todo este tiempo. He huido de un hombre que quería protegerme y me he hecho amiga del peligroso. ¿Y Juls? Dios mío ¿estará bien? ¿Le habrá hecho algo? ¿Era esto lo que quería decirme? ¿Que no podíamos fiarnos de Mason? Dios mío, ¿Juls está…?

Las lágrimas se escurren de mis ojos y resbalan por mi cara mientras los pulmones empiezan a arderme.

—Suélt…ame, cabró-ón…

Sus ojos dan más miedo que cuando iba de zombie. No hay vida en ellos, solo maldad. Es espeluznante y va a ser lo último que vea antes de morir.

Varek… Varek, por favor, ven a salvarme.

Mason aprieta más y el miedo empieza a abandonarme, igual que la vida. Él se inclina hacia mi rostro para asegurarse de que escucho lo que tiene que decir.

—Cuánto voy a disfrutar corriéndome en esa boquita tan sucia que tienes.

Entonces el silencio se queda con todo.

CAPÍTULO 98

El verdugo

La sangre me gotea por la frente cuando abro los ojos. La cabeza me duele. Todo el cuerpo, en realidad. *Para que luego digan que llevar protecciones cuando vas en moto no sirve de nada. Joder, estoy vivo gracias a ellas.*

No reconozco el lugar en el que estoy, ni siquiera cuando la habitación deja de dar vueltas, pero todavía llueve así que no debe de ser lejos de donde caí. Estoy esposado a una tubería. Cada mano a una diferente, como si fuera Jesús en la cruz, pero en versión zulo oxidado.

Apenas hay luz en este antro con pinta de almacén abandonado desde hace siglos. Miro a través de las ventanas rotas, pero solo veo el cielo oscuro. Si sigo en Seattle como creo, Lucas no lo tendrá tan difícil a la hora de encontrarme.

Oigo a alguien aproximándose. Una mujer. Lleva tacones y está subiendo las escaleras.

Un edificio de más de una planta.

Abandonado.

Y que no sea mío.

¿Dónde cojones estoy?

Eso deja de preocuparme cuando la persona echa a un lado la puerta corrediza y entra en la sala en la que me encuentro esposado. No porque vea el cuchillo y la pistola que lleva en cada mano, sino porque distingo bien los ángulos de su rostro entre las sombras.

—Ya era hora de que despertases. Estaba empezando a impacientarme —dice esa voz que tan bien conozco.

La última persona que me esperaría que estuviera detrás de esto. La mujer con la que bajé la guardia desde el principio.

—¿Tú…? ¿Tú has hecho esto?

—Oh, ya lo creo que sí. —Se agacha frente a mí para verme bien. O quizá para que yo la vea bien a ella—. Y esto solo ha sido el principio —promete.

Y luego me clava el cuchillo en la pierna.

Continuará…

Nota de la autora

Naomi Swanson



Gracias

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí, Corderito. Espero qu hayas disfrutado de «Abre la boca, mi Ruina» tanto como yo escribiéndola. Los dedos me volaban por el teclado y noooo podía parar. ¿Tienes idea de cómo va a seguir la cosa? Yo sí ;)

La segunda parte de la historia de la Ruina y el Verdugo **pronto** estará disponible. Se llamará **Te encontraré, Corderito** y la tiene ya en **preventa** en Amazon. Es el método más rápido si quieres se una de las primeras personas en recibir tu ejemplar en Kindle la noche que salga a la venta.

Hasta entonces, cierra puertas y ventanas, comprueba las rejas de estas últimas y no te fíes de ningún extraño, **sobre todo si está enmascarado.**

Si esta novela te ha roto un poquito o robado el sueño... debería disculparme, pero no lo voy a hacer.

😈😈😈😈😈😈

Pero sí te daré un consejo: cuidado si te acercas a un 7-Eleven. Se ha corrido la voz de que no son seguros.

Ahora de corazón, **gracias** por haberle dado una oportunidad a Varek & Anastasia, y a mí, Naomi Swanson. Me chiflan los dark romance y espero que podamos disfrutar de muchos más.

Pd: recuerda, los acosadores solo son arrebatadores en la ficción. Si te ocurre algo similar en la vida real, ¡no dudes en

llamar a la policía! Al 99% de chicas que no se llaman Anastasia Valestri les ha funcionado bien.

Si quieres estar al día de mis publicaciones, puedes seguirme en Instagram: @NaomiSwanson_ Y en TikTok como @Naomi.Swanson.Ofi (de Oficial) :)

Te adoro

¡Nos vemos en la segunda parte!

Prometo **más intensidad** al más puro estilo **Varek Kaelven** con un **0% de descanso.**



OBJ [2]

Tabla de contenido

Abre la boca, mi Ruina

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

CAPÍTULO 57

CAPÍTULO 58

CAPÍTULO 59

CAPÍTULO 60

CAPÍTULO 61

CAPÍTULO 62

CAPÍTULO 63

CAPÍTULO 64

CAPÍTULO 65

CAPÍTULO 66

CAPÍTULO 67

CAPÍTULO 68

CAPÍTULO 69

CAPÍTULO 70

CAPÍTULO 71

CAPÍTULO 72

CAPÍTULO 73

CAPÍTULO 74

CAPÍTULO 75

CAPÍTULO 76

CAPÍTULO 77

CAPÍTULO 78

CAPÍTULO 79

CAPÍTULO 80

CAPÍTULO 81

CAPÍTULO 82

CAPÍTULO 83

CAPÍTULO 84

CAPÍTULO 85

CAPÍTULO 86

CAPÍTULO 87

CAPÍTULO 88

CAPÍTULO 89

CAPÍTULO 90

CAPÍTULO 91

CAPÍTULO 92

CAPÍTULO 93

CAPÍTULO 94

CAPÍTULO 95

CAPÍTULO 96

CAPÍTULO 97

CAPÍTULO 98

Nota de la autora

[1] Firma Naomi Swanson.

[2] Naomi